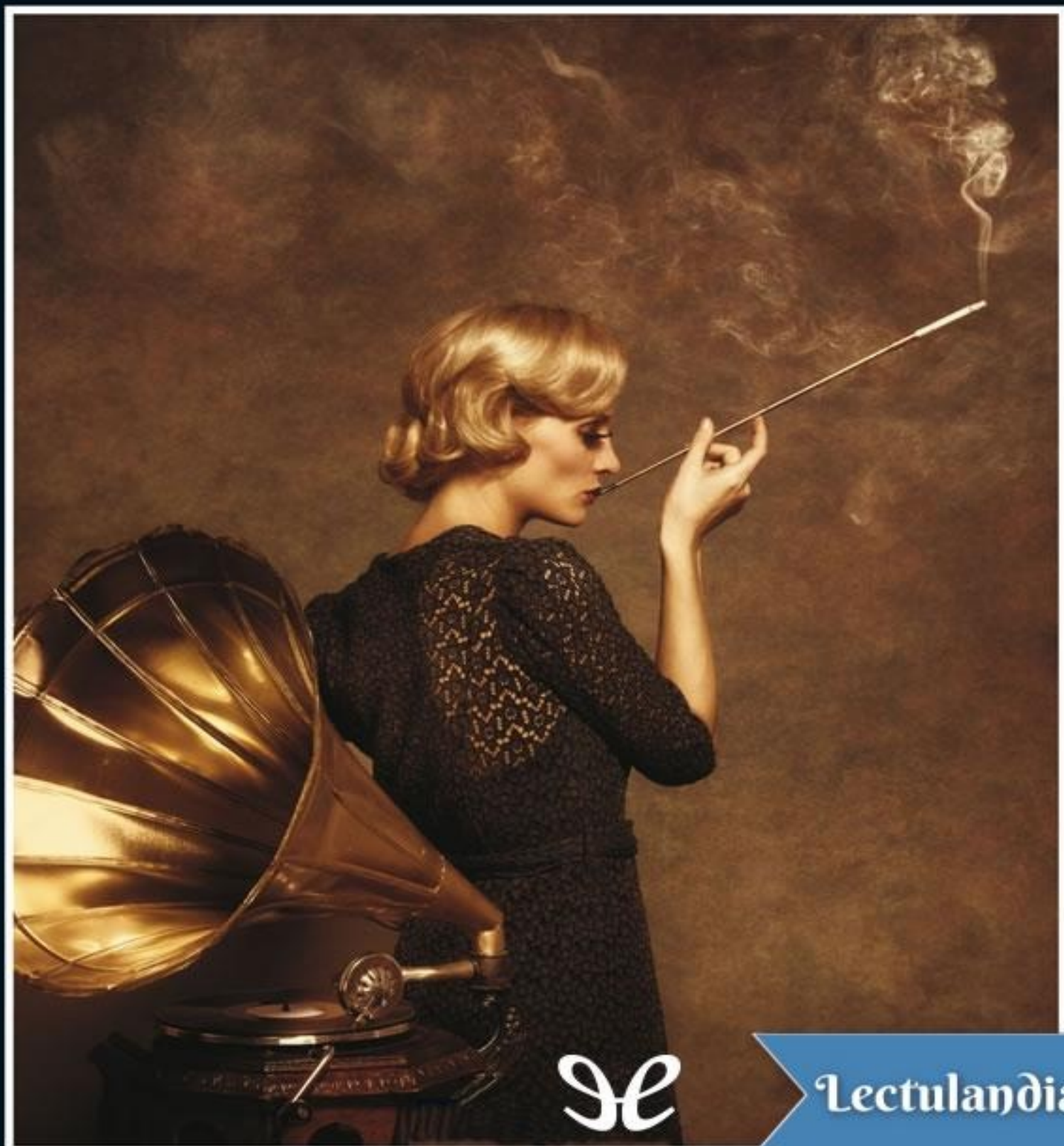


Fernando Aramburu

LA GRAN MARIVIÁN



de

Lectulandia

En Antíbula, el país dominado por un partido colectivista, la muerte de una gran actriz como Marivián, el rostro del régimen, merece funerales de Estado y grandes ditirambos en la prensa. Un periodista, que acaba de perder su trabajo porque le han hecho responsable de un obituario anónimo menos entusiasta, se propone desvelar la verdadera biografía de una mujer tan seductora.

¿Qué se esconde tras su trayectoria de conquistas y éxito imparable? ¿Qué sucedió en su infancia y en su paso por algunas de las instituciones del régimen? ¿Y cómo explicar sus películas, sus relaciones con la «nomenklatura», su doble vida?

Mientras reúne testimonios, documentos y entrevistas que actúan a modo de piezas de un gran rompecabezas, el narrador no oculta que también lo mueve el deseo de aclarar la muerte de su hermano, y pronto descubre que debe ser cauteloso, porque la Policía del Pueblo lo vigila.

Lectulandia

Fernando Aramburu

La gran Marivián

Antíbula - 3

ePub r1.0

Titivillus 14.03.2018

Título original: *La gran Marivián*
Fernando Aramburu, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi hermano, que en paz descanse,
sin el cual este libro nunca habría llegado a existir.

Nota del autor

Las notas biográficas que componen el presente volumen no fueron escritas con el propósito de perjudicar ni ensalzar la memoria de Marivián. Pongo en duda que los hombres de mi época, empezando por los jueces, concedan crédito a mi afirmación. También pongo en duda que lleguen a leer esta suma de apuntes y reflexiones. O al menos eso espero por la cuenta que me trae.

Reuní tal suma pensando en un futuro que presumiblemente no conoceré. El futuro en que la palabra «verdad» no sea la cáscara de una nuez vacía. El futuro en que por primera vez sea instaurado un régimen democrático en Antíbula, del cual, por el momento, no se perciben síntomas.

Entendí, sin embargo, que nunca llegaría la hora de abordar la tarea si la postergaba hasta el día en que las leyes garanticen a los ciudadanos el derecho a expresarse libremente. Juzgo improbable que para entonces quede vivo ningún testigo de los hechos que dieron lugar a estas notas. El tiempo ya se ha llevado por delante a unos cuantos.

Hoy por hoy, a los tres años de su enigmática muerte, Marivián continúa dividiendo Antíbula en dos bandos de opinión inconciliables, coincidentes con las dos tendencias políticas totalitarias enfrentadas en nuestro país desde la revolución del año 28. La propaganda gubernamental persiste en su empeño de magnificar la figura de Marivián. La oposición, en cambio, congregada en torno a los ideales de la tradición católica, no cesa de arremeter contra el personaje, convertido para sus intereses igualmente proselitistas en símbolo supremo del pecado. Los ánimos siguen tan alterados que todavía, entre nosotros, alabar o vilipendiar a la célebre actriz se interpreta como una toma consciente de partido por una u otra ideología, y en muchos casos puede que así sea.

Afirmar que Marivián fue una mujer hermosa, que hasta la fecha ninguna otra la ha superado en gracia y talento sobre los escenarios de Antíbula, supone la constatación de una verdad que solo desde una ceguera intencionada podría negarse. Sin menoscabo de sus cualidades artísticas, no es menos cierto que la famosa actriz, la diva de las divas, protagonizó escándalos sin cuento, llevó a cara descubierta una vida disoluta y estuvo implicada en asuntos tenebrosos que hicieron de ella lo contrario de una ciudadana modélica.

Pienso que incurren en idénticas simplificaciones quienes cada dos por tres la declaran heroína de la clase revolucionaria como quienes la reducen a la forma femenina de Satanás. No descarto que mis notas contengan errores involuntarios; pero incluso en tales supuestos las escribí con la firme voluntad de atenerme a hechos que juzgo probados.

No tengo por qué ocultar que nunca conocí a Marivián en persona. Asistí, por

descontado, a numerosas representaciones suyas. Conozco sus películas. Poseo la colección entera de sus discos. Una vez la vi cruzar el puente de Caipitu rodeada de aquel séquito de guardaespaldas, sirvientes, fotógrafos, reporteros y pisaverdes de toda laya que en su época de mayores éxitos la seguía a todas partes. Mi experiencia propia dudosamente habría alcanzado para componer media página del presente escrito.

Cuanto sé de Marivián es resultado de prolijas averiguaciones. Estos fragmentos de su biografía contienen información que me fue proporcionada en el proceso de los últimos tres años por quienes tuvieron trato personal con ella o escribieron sobre su vida profesional o privada con conocimiento de causa.

Quiero con ello decir que el mío no es un relato concebido para satisfacer las expectativas de admiradores o detractores. Ya una vez cometí ese error y lo pagué caro. He aprendido la lección trabajando de la manera más discreta, sin resquemores, sin el aliciente de unos emolumentos y sin la esperanza de ver algún día impreso el fruto de mis afanes, lo cual, en compensación, me libraré de poner mi vida en peligro.

Tengo bien presentes las consecuencias de mi actitud. Una obra objetiva sobre Marivián es una empresa condenada de antemano al rechazo de las editoriales oficiales y de las clandestinas. Me pareció, sin embargo, que alguien debía dilucidar el personaje sobre la base de fuentes fidedignas antes que este se desdibuje del todo tras el velo inevitable del olvido. Y no solo por el personaje en sí, a fin de cuentas un ser humano con sus particulares peripecias vitales, sino porque pienso que no andan descaminados quienes postulan que hay en su biografía elementos suficientes para entender un tramo esencial de nuestra turbulenta y fracasada historia.

No importa que mi aportación pase inadvertida a mis contemporáneos. Quizá las generaciones venideras, libres de los prejuicios actuales, apasionadas con otros ídolos, estén en condiciones de posar una mirada sosegada sobre la figura de la gran Marivián y, de paso, sobre los acontecimientos en su mayor parte infortunados de nuestro tiempo. Y aunque doy por seguro que para entonces estaré bajo tierra, me complace, a la vista de los resultados obtenidos, pensar en la hipótesis de un pequeño gesto individual de agradecimiento póstumo.

No pido más. En realidad, no pido nada.

Presenció el paso del cortejo fúnebre en una acera del Bulevar de las Damas. No se veía nada tan pomposo en Antíbulas desde las exequias del general Cuntobre.

Estaba yo de mal ánimo. De víspera entré a pedirle al director de *Voz Roja* que me proporcionara un documento acreditativo porque me apetecía asistir al entierro de Marivián en el cementerio del Trirrón. El director, con una sequedad que me era desconocida, mencionó al compañero a quien había encargado cubrir la noticia. Luego, sin mirarme, me mandó esperar fuera de su despacho. Salí al pasillo, mudo de extrañeza. Nos unía, si no una amistad profunda, sí una relación de confianza

cimentada en largos años de trabajo en el periódico y en no pocos favores recíprocos.

Hasta ese día yo había sido el único miembro de la redacción que entraba en su despacho sin llamar a la puerta. El director, Tebe Fren, obtuvo el primer premio de la APSIC (Asociación de Periodistas al Servicio del Ideal Colectivista), en su duodécima edición, con un artículo que yo redacté y él se limitó a firmar. Nunca se me habría ocurrido pedirle una recompensa.

Al año siguiente gané yo el premio siendo Tebe Fren miembro del jurado. Le debía, además, mi ingreso en el periódico. Su mediación me había permitido emprender varios viajes al extranjero. En repetidas ocasiones había sacado la cara por mí delante de algún censor. Me tenía al corriente de sus conflictos matrimoniales. Habíamos combatido juntos, yo a sus órdenes, durante la revolución.

La secretaria me tendió un impreso para que yo lo firmara. En lugar de un documento que me facilitase la entrada al cementerio recibí una carta de dimisión. La única posibilidad de no ser expulsado de la APSIC, me dijo de parte del jefe, consistía en presentar mi renuncia como afiliado. Así es nuestro país. Si no quieres que te maten, suicídate.

Devuelto el carné, perdería mi condición de periodista; pero al menos me quedarían otras opciones para no morir de hambre. ¡Qué consuelo! La secretaria me comunicó que aquel era el último favor que me haría Tebe Fren. Después me comunicó que la dirección del periódico me concedía diez minutos para reunir mis pertenencias, desocupar el escritorio y marcharme. No me quise quitar de en medio sin decir adiós. Con pasos resueltos entré en el despacho y le pedí explicaciones a Tebe.

—Lo sabes de sobra. Y ahora mismo tu presencia aquí me compromete.

Aseguró que mi mueca de perplejidad le parecía fingida. Y antes de conminarme a abandonar para siempre el edificio, me dijo:

—Como no ignoras, ayer se publicó en *Dios Mediante* un artículo anónimo contra la puta esa que acaba de morir. Un elemento infiltrado se apoderó de la hoja mecanografiada y la entregó a la Policía Secreta del Pueblo, que ha identificado el teclado de tu máquina de escribir. ¿Cómo pudiste ser tan imprudente?

Lo mismo me estaba yo preguntando en aquellos momentos.

—El problema no es tanto el contenido del texto. Dentro de una semana, ¿quién se acordará de la mujerzuela de marras? Lo grave es que hayas colaborado en un panfleto ilegal. Conque si quieres ahorrarte las incomodidades de un interrogatorio en los sótanos de la Posepu, firma la hoja donde reconoces que no supiste mantener en lugar seguro tu máquina de escribir y desaparece durante una temporada de la vida pública. Te aconsejo un rápido cambio de oficio. Hazte panadero o cualquier cosa con la que llames poco la atención.

Hasta la una de la tarde estuve esperando en casa, calzado y con el abrigo puesto, a

que vinieran a detenerme. Supongo que Tebe Fren habría encontrado las palabras justas para convencer al burócrata de turno de que algún reportero de *Dios Mediante* había usado a escondidas la máquina de escribir registrada a mi nombre. Y que para castigar mi negligencia había decidido mi expulsión del periódico.

A la una, cansado de esperar, salí de casa. Las calles reservadas para el paso del duelo estaban de bote en bote. Numerosas personas agitaban en el aire banderolas de papel, bien con la efigie de Marivián, bien con el emblema del Partido, y casi todo el mundo sostenía en la mano una hotidima roja. Tanto las banderolas como las flores las repartían gratuitamente en las esquinas chicos y chicas vestidos con el atuendo de las Juventudes Colectivistas, completado con un brazalete de luto. Agentes de uniforme, apostados de trecho en trecho a los bordes de la calzada, se encargaban del mantenimiento del orden. Aquí y allá se perfilaba sobre el mar de cabezas la silueta de algún que otro policía a caballo, con la metralleta intimidatoria terciada a la espalda. Pululaban en medio del gentío las habituales gabardinas de la Posepu. Pensé que quizá no había quedado en las dependencias policiales personal disponible para venir a prenderme.

La dirección del Partido había resuelto conferir al sepelio de la actriz el rango de un acto de Estado. En los edificios oficiales las banderas ondeaban a media asta. Los colegios habían suspendido las clases. Las emisoras de radio no cesaban de sintonizar canciones de la difunta. Los noticieros repetían que el jefe de Gobierno y Secretario General del Partido Colectivista había cancelado su viaje a la República Democrática Alemana a fin de poder dar el último adiós a la ilustre camarada.

Cinco días permaneció el cadáver expuesto en el vestíbulo del Palacio de la Revolución. Miles de antibuleses desfilaron por delante del ataúd. Bajo una cubierta de vidrio se dibujaban los rasgos de la difunta. Todavía agraciados, presentaban un brillo pastoso, como de cera. Toda la cabeza menos el rostro había sido envuelta en un paño blanco. El paño ocultaba parte de la frente y, por supuesto, la espléndida melena de Marivián. Nadie podía comprobar en lo poco que quedaba a la vista los destrozos que había causado en el cráneo de la mujer el mortal accidente, si es que fue un accidente.

Mientras bajaba por las escaleras escuché bisbiseos procedentes del portal. Anduve despacio, de manera que quienes estaban allí reunidos no me sintieran. Temí lo peor, pero no; eran seis ancianas sentadas en sillas de cocina junto al rincón de los buzones. Reconocí a la del bajo derecha y a otra medio cheposa que vive un poco más arriba, casi al final de la calle. A las otras no las había visto nunca. Duras de oído, se percataron de mi presencia cuando estaba a pocos metros del corrillo. Se apresuraron a esconder torpemente los rosarios y la vecina del bajo su devocionario. Que por favor no las denunciase.

—Recen ustedes tranquilas —les dije sin detenerme—. No tengo la menor intención de crearles problemas.

—Que Dios lo bendiga.

Como nadie ignora, el Palacio de la Revolución, antes de 1928 Palacio Real, dista menos de un kilómetro del cementerio del Trirrón. Un recorrido tan corto no se adecuaba al desfile ostentoso que se le había preparado a la difunta. Los dirigentes del Partido decidieron que la comitiva fúnebre, con presencia del Secretario General a la cabeza del Gobierno en pleno, efectuara un amplio rodeo a fin de que el mayor número posible de ciudadanos pudiera presenciar la conducción del cadáver. El ataúd fue paseado con honores militares durante más de cuatro horas por las calles céntricas de Antíbula.

La ciudad había amanecido sembrada de pasquines en los que las asociaciones ilegales congregadas en las Milicias de Dios llamaban al boicoteo de las honras fúnebres e instaban a todos los creyentes en la fe de Jesucristo «a que permanezcan reunidos en grupos de rezo hasta tanto que haya caído sobre la grandísima pecadora la losa de su sepultura, donde arderá eternamente en justo castigo de sus vicios innumerables y ofensas a la religión».

Al llegar al Bulevar de las Damas, una chica sonriente de las JC me ofreció una hotidima, que acepté, así como una banderola del Partido y otra con el retrato de Marivián que por invitación suya yo mismo extraje de la cesta.

A Tebe Fren le había oído decir al comienzo de mi carrera periodística:

—Cuando estés entre cebras píntate de rayas. Cuando estés con toros ponte cuernos.

Acogiéndose a dicha estrategia, Tebe había logrado una buena posición a la sombra del Partido. No sin astucia había sabido poner freno a sus ambiciones, conformándose con la dirección del periódico. Desde su primer rechazo a la presidencia del Comité Revolucionario de Prensa y Publicaciones había visto subir y

caer en desgracia a varios ministros, algunos de los cuales trabajaron después a sus órdenes.

Un día, a solas los dos en su despacho (donde a menudo pernoctaba para no correr el riesgo de sorprender a gerifaltes del Partido en su cama matrimonial), me reveló en voz baja que desde el triunfo del colectivismo su mayor meta en la vida era simplemente sobrevivir.

—Ahora ya solo creo en esto —dijo levantando de la mesa, con gesto inexpresivo, una de aquellas botellas de vodka que solía regalarle por cajas el embajador de la Unión Soviética.

Blitte de Fertaxel describe por extenso (págs. 334-347) los actos fúnebres en honor de Marivián. Su biografía, sin duda la más difundida hasta la fecha, fue redactada con intención apologética. El propio autor reconoce en el segundo tomo de sus célebres *Crónicas de un hombre de su tiempo* (cap. VIII) que la compuso por encargo del Comité de Propaganda del Estado. Fertaxel, excelente escritor, aunque propenso a la prosa florida cuando escribe para complacer a sus protectores, esperó la llegada de los restos mortales de la actriz junto al mausoleo, al pie de la tribuna reservada a las autoridades.

Tengo entendido que relató el desfile previo a la inhumación a partir del reportaje fotográfico de uno de sus ayudantes. Prefiero por tanto, en lo tocante a dicho episodio, fiarme de mis ojos y mis oídos, que vieron y oyeron lo que los suyos no pudieron ver ni oír.

Pasada la una de la tarde me agagué con mis banderolas y mi hotidima a la muchedumbre. Era un lunes templado de principios de octubre de 1957. Una común seriedad se advertía en los semblantes. No ignoro que lo mismo podía deberse a pena sincera que al temor y respeto cauteloso suscitados por la copiosa presencia policial. Abundaban las personas que ostentaban distintivos de luto, e incluso las vestidas completamente de negro. Y como la gente parada en las aceras guardaba silencio o hablaba en voz baja, y como además había sido cortado el tráfico de vehículos motorizados en la zona céntrica de la ciudad, zumbaba de continuo en mis oídos, en lugar del estrépito urbano de costumbre, un rumor apagado que ponía una nota de gravedad en el aire.

Después de caminar un rato por el Bulevar decidí colocarme al amparo de un castaño de Indias de tronco grueso, frente al Museo de Arte Popular, en la inteligencia de exponerme al menor número posible de miradas.

Se oían cada vez más cerca los sonos del himno nacional. Abría la marcha una compañía de gastadores, mozos corpulentos ataviados a la usanza antigua con uniforme de alamares, morrión empenachado y picos y palas al hombro. Se trata de un cuerpo meramente decorativo del ejército, capricho del Secretario General, camarada Ij, que por los tiempos del último rey Bofrén capitaneó una compañía

semejante. Se sabe que, al término de cada actuación, los mozos cambian sus uniformes de pega por los de sus unidades correspondientes.

Siguió una banda militar de cornetas. A unos cincuenta metros de donde yo me encontraba terminó de interpretar los últimos compases del himno. Los músicos, adustos, estirados, pasaron de largo haciendo chacolotear todos a una sobre el asfalto sus tacones marciales, provistos de refuerzo metálico, y antes de perderse de vista en dirección al azogue de Blaitul, a una señal brusca del corneta mayor atacaron nuevamente el himno nacional.

Tras varios minutos sin que viniera nadie, atravesaron el Bulevar en columna de tres en fondo, camisa azul marino, pañuelo carmesí alrededor del cuello, al pie de doscientos miembros de las Juventudes Colectivistas. Cada uno empuñaba con mano enguantada una antorcha encendida. Había, sobre todo de la mitad para atrás de la formación, parloteo y regocijo entre ellos, algún que otro saludo en dirección al público y, en suma, un visible relajamiento de la disciplina tal vez achacable a la edad. Divisé entre los últimos, haciendo gansadas con la antorcha, a mi sobrino. Rápidamente me escondí detrás del tronco. Me dolió verlo allá, honrando, aunque sin respeto, a la mujer que fue causa de la destrucción de su familia cuando él era un niño de nueve años. Quizá no supiese toda la verdad. Yo, desde luego, nunca se la he revelado y sospecho que mi cuñada tampoco. Mejor así.

Tras un nuevo corte en la parada, no tan prolongado como el anterior, pasaron dos camiones del ejército con los remolques abarrotados de veteranos de la revolución del 28. Un poco por delante de ellos venía un viejo vehículo militar con una plataforma en la parte posterior sobre la cual una estatua de bronce escrutaba la lejanía. Representaba al fallecido Tuergo de Brendades con la barba frondosa de su juventud y aquellos ojos penetrantes que por la época en que acaudillaba guerrilleros por los montes de Ayueltu bastaban, según decían, para poner en fuga al enemigo.

Siguieron una serie de representaciones (de alcaldes, de los distintos gremios, de organismos culturales y deportivos), reconocibles por sus estandartes y atuendos; una banda infantil de pífanos y un grupo de veinte niñas con peplos blancos como los que vestían las mujeres de la Antigüedad. Bajo la atenta mirada de dos monitoras, las niñas, diez a cada lado, sostenían un enorme rectángulo de tela en el cual campeaba, estampada de cuerpo entero, con traje de lentejuelas y escote generoso, la imagen de la actriz a quien estaba dedicado el «imponente y merecido» (*Voz Roja*), el «macabro y pecaminoso» (*Dios Mediante*) espectáculo.

Desfiló acto seguido un batallón del arma de artillería al que días atrás le había sido asignado el nombre de Marivián, según declaraba una pancarta tendida entre dos cañones del 155. Llegaron luego los portadores de efigies. Oscilaban en lo alto de los bastidores los retratos de costumbre: Marx y Engels, Lenin y Stalin, los generales Cuntobre y Obruda, el guerrillero Tuergo de Brendades y el mercader de perros Natenés. Y a su zaga, mayor que ninguno, el del Secretario General y Padre de la Patria, camarada Ij. El cual venía en persona unos metros por detrás con su corbata de

luto y sus solapas empedradas de condecoraciones. Sentado en su Chaika descubierto, obsequio reciente de Nikita Jruschov, repartía saludos con la mano a izquierda y derecha. El suyo encabezaba una larga columna de coches oficiales donde viajaba, flanqueada de motoristas, la comitiva de ministros, funcionarios de rango superior y cargos principales del Partido.

Para entonces ya había empezado a oírse al fondo del Bulevar el rataplán de los tambores. Conforme ganaba en intensidad se me iba poniendo la carne de gallina. Como en mí, el potente sonido obraba un efecto paralizador en la muchedumbre. Bastante antes que la primera fila de tambores hubiera llegado a mi altura, noté que los latidos de mi corazón se acompañaban por sí solos a la solemne y monótona cadencia de los retumbos.

Seguía a los tambores la carroza con los restos mortales de Marivián. Tres parejas de caballos tiraban a paso lento de la carroza, todos negros, como negros eran asimismo los arneses, las sombras espesas que proyectaban sobre el asfalto, el airón de plumas de corneja que adornaba sus frentes.

En lo alto de un catafalco revestido de raso se erguía, en medio de una pila de ramos y coronas de flores, el ataúd blanco. Había sido colocado en posición vertical para que el pueblo pudiese contemplar el rostro sereno de la difunta tras un ventanuco cubierto por un vidrio. Colgaba sobre la tapa el símbolo de la hoz y el martillo compuesto con rosas rojas. Al punto recelé que el cadáver hubiera sido fijado al fondo del ataúd mediante alguna clase de dispositivo para que no resbalase hacia abajo. A este respecto no abriga dudas quienquiera que se esconda tras el seudónimo de Abrel Darbast. Sin especificar la procedencia del dato asevera en su diatriba contra Marivián que «clavaron el cuerpo a las tablas porque en todo querían aquellos impíos imitar la pasión de Cristo». (*Pérfida mujer*, pág. 96).

El paño que envolvía la cabeza de la difunta apenas dejaba al descubierto un reducido óvalo facial. Llevaba Marivián los ojos cerrados. Sus labios apretados aún conservaban en su cérea palidez un toque de sensualidad femenina. El cadáver exhibido con tales extremos de solemnidad me recordó las figuras santas que por los tiempos de mi niñez se sacaban en procesión por las calles de Antíbula.

«Y como a una virgen santa pasearon el cuerpo que había sido sentina de perversiones».

(Abrel Darbast, *óp. cit.*, pág. 92).

El extenso reportaje aparecido al día siguiente en *Voz Roja* afirmaba que el color del ataúd fue elegido (no se especificaba por quién) en consonancia con la conocida canción de Marivián:

Llebadme en mi caja blanca

hasta el último horizonte.

La masa saludaba con una lluvia de hotidimas el paso de la carroza. También yo arrojé la mía para evitar suspicacias entre los agentes de la Posepu. Vibraban las banderolas en el aire al tiempo que cientos de bocas emocionadas formaban un hervor de vivas y requiebros.

—¡Flor de la revolución!

—¡Gloria de Antíbula! ¡Camarada!

Y otros, menos ampulosos, pero igual de exaltados:

—¡Guapísima!

Me percaté de que algunas personas confundidas en la multitud se daban la vuelta con intención de ofrecer la espalda a la carroza en claro gesto de negación y desdén, gacha la cabeza y en los labios un temblor nervioso de plegarias. Ya andaban las gabardinas de la Posepu pidiéndoles la documentación y llevándose a algunos por la fuerza.

Cerró la marcha una fila de camionetas rodeadas de chiquillería bulliciosa. Subidos a los remolques, chicas alegres, con los rostros ocultos por caretas que reproducían los rasgos de Marivián, lanzaban a la rebatiña caramelos, peladillas y unos llaveros provistos de un colgante en el que podía verse la imagen sonriente de la famosa actriz.

«Mediaba la tarde otoñal del 7 de octubre. Seis oficiales de nuestro glorioso Ejército Popular transportaron en andas el ataúd hasta lo alto de la cuesta donde en menos de cinco días había sido levantado el suntuoso mausoleo. Ya el sol se había puesto detrás de los árboles y muros del cementerio; pero perseveraba, como apenado de tener que marcharse, en el empeño de seguir iluminando con su claridad declinante la superficie pulida de las columnas. Estas habían sido dispuestas de modo que circundaban el hueco destinado a guardar para siempre, en su bien ganado reposo, los restos mortales de quien jamás vaciló en servir con su hermosura, su voz prodigiosa y su genio escénico a la mejor y más justa de las causas. Las autoridades y un número notable de representantes del cuerpo diplomático ocuparon las gradas de una tribuna construida al efecto, después de una última y sentida mirada al rostro más bello que tuvo jamás revolución alguna. El camarada Ij pronunció un discurso enjundioso en su contenido, exacto en la expresión, sereno en el tono, como todos los suyos, que no pudo menos de conmover a los circunstantes. Se acordó de resaltar las virtudes y méritos de la artista fallecida y animó a los oyentes a tomar de ella ejemplo de dedicación, de entrega y lealtad a los principios inquebrantables del colectivismo. En varias ocasiones sus palabras fueron interrumpidas con salvas de aplausos. Terminada la intervención, pidió tres hurras en honor de la difunta, correspondidos con fuerza y emoción por la numerosa concurrencia, y acto seguido dio orden de que se procediera a inhumar el cadáver. A este punto, el corneta del batallón de artillería

Marivián interpretó el himno de Antíbula mientras el ataúd, en cuya blancura parecían reflejarse con rara intensidad los últimos rayos de la tarde, era bajado con las debidas precauciones al interior del foso. Por último fue encajada en el hueco la losa sepulcral donde figura la escueta inscripción: CAMARADA MARIVIÁN(1917-1957)».

(Blitte de Fertaxel, *Marivián, esposa del pueblo*, pág. 346).

Al día siguiente el mausoleo apareció pintarrajeado de injurias y monigotes obscenos. Dos de las ocho columnas de mármol habían sido dañadas a golpes de piedra o de martillo, esto no se sabe bien. Órdenes superiores determinaron que la prensa oficial silenciara el destrozo, del que no ha quedado para la posteridad un solo documento gráfico. Sin dar explicaciones, el cementerio fue cerrado al público y reabierto al cabo de varios días, una vez ultimada la reparación del mausoleo. Pocos antibuleses se enteraron de lo ocurrido.

Yo lo supe por Tebe Fren, a quien en el curso de un encuentro secreto en el parque revelé mi intención de aprovechar el mucho tiempo libre de que ahora disponía para escribir un libro biográfico sobre la actriz. Tebe reprobó la idea.

—En mi familia —me justifiqué— tenemos una cuenta pendiente con ella desde la muerte de mi hermano. Quiero averiguar cómo era de verdad aquella mujer y ponerlo por escrito.

—Supongo que sabes a lo que te arriesgas. Si la elogias te sacudirán los unos. Si la denigras te sacudirán los otros.

—¿Y si en lugar de elogiarla o denigrarla me limito a contar fríamente hechos de su vida?

—Entonces te sacudirán todos.

Convine con Tebe en redactar crónicas, artículos y reseñas que se publicarían en *Voz Roja* con su firma, siempre y cuando, me advirtió, el contenido de mis textos estuviese en conformidad con la ortodoxia del Partido.

—En la que en el fondo no crees.

—Lo que creo o dejo de creer —me contestó— es asunto mío. Y habla más bajo porque vas a espantar a los pájaros.

Se reservaba la opción de introducir retoques en mis colaboraciones escritas. Me remuneraría bajo manga y en metálico cada una que se publicase. Por ningún concepto debía yo personarme en la redacción del periódico.

—Lo sentiré mucho por tu salud, pero en cuanto metas la nariz en el edificio mandaré que te detengan.

En adelante nuestros contactos se llevarían a cabo por persona interpuesta de su confianza. Me refirió, antes de separarnos, el ataque que había sufrido la tumba de Marivián. Del Comité de Propaganda le había llegado una nota sin firma para que la publicase como artículo de fondo. Media hora después recibió una llamada telefónica del ministro del Consejo de Seguridad del Estado para que no la publicase. El camarada Ij se llevaría un disgusto en el caso de que se hiciese mención pública del

incidente, lo que venía a significar, por un lado, que la decisión de retirar la nota había partido de él, como quizá también, un poco antes, el encargo de escribirla; y por otro, que habría represalias hartamente dolorosas si no se respetaban al pie de la letra sus designios.

A Tebe fren las vacilaciones del Comité Central le traían al paio.

—A mí me manda el Partido: oiga, publique usted esto en la edición de mañana, y lo publico. Me manda que no lo publique, y no lo publico. Si quieren que me ponga a cuatro patas debajo de la mesa, lo hago. Si les apetece que saque en primera plana a mi madre desnuda, también. ¿Tú crees que tengo ganas de amargarme la vida?

—Supongo que si triunfan los otros irás todos los días a la iglesia a comerte los santos.

—¡Por supuesto!

«Recemos para que la justicia de Dios caiga sobre quienes dieron sepultura a la pecadora en lugar sagrado.

»Recemos para que no escapen al castigo divino los hombres sin alma que profanaron la basílica del Santo Jancio, en la muy noble y católica ciudad de Fótebre, y con el mármol arrancado de los ornamentos del deambulatorio construyeron un sepulcro a la pecadora.

»Recemos para que el Señor de los Cielos, en su infinita bondad y misericordia, atienda nuestras plegarias, nos ayude a conservar la fe verdadera y libre a nuestra amada patria del yugo que le han impuesto los adalides de la perversión y el ateísmo».

(*Dios Mediante*, extracto, 9 de octubre de 1957).

Los sucesos acaecidos durante las semanas posteriores al entierro de Marivián están de sobra documentados. Quedan por supuesto algunos puntos sin esclarecer, en especial los que atañen a la identidad de los implicados en los sucesivos ataques a la tumba. Como de costumbre, la interpretación de los hechos difiere según la tendencia política de los comentaristas. Con eso y todo, reuniendo los detalles comunes de las distintas crónicas es posible componer un relato verosímil de lo ocurrido.

Mientras duraron las labores de reparación y limpieza de la tumba, el cementerio del Trirrón estuvo sometido a una estrecha vigilancia policial. Reabierto el cementerio a los visitantes, sin que mediara una explicación oficial acerca de las razones que habían llevado a su cierre, dicha vigilancia se limitó a la verja de la entrada, ante la cual permanecían estacionados día y noche dos furgones de la Guardia Popular. Había convencimiento en el Consejo de Seguridad de que el estropicio causado en la tumba de Marivián había sido obra de gamberros. Las emisoras de radio difundieron la noticia de la detención de dos menores de edad cuando intentaban escalar el muro del cementerio a horas avanzadas de la noche. Esta versión difería de la que publicó el periódico por los mismos días. Una nota escueta

en la esquina inferior de la página cambiaba a los chavales por dos borrachos, sin atribuirles más acción delictiva que la de haber tratado de pernoctar en un sitio prohibido.

La noche del 14 al 15 de octubre un número indeterminado de individuos pretendió robar el cadáver de Marivián. Para ello se valió de no se sabe qué herramientas así como de una cantidad a todas luces insuficiente de material explosivo. Las fotografías publicadas días después en la prensa muestran que la losa sufrió daños de escasa consideración. Los agresores no lograron desencajarla ni destruirla. Dos de ellos hicieron sus necesidades encima de la tumba.

Teniendo acaso en cuenta que el estruendo no había pasado inadvertido a muchos ciudadanos domiciliados en los barrios próximos al río, esta vez el Consejo de Seguridad del Estado optó por informar con abundancia de detalles a la población, antes incluso de que las Milicias de Dios reivindicaran el «atentado repulsivo» (*Voz Roja*) o «acto de justicia inspirado en la santa ira». (*Dios Mediante*).

El portavoz del Consejo de Seguridad del Estado anunció una serie de medidas drásticas. La principal de ellas consistía en la colocación de centinelas armados que velasen durante las veinticuatro horas del día por la integridad del mausoleo. Los centinelas, agregó, tenían orden estricta de disparar a toda persona no autorizada que se acercase a menos de cien metros del monumento. Se establecía asimismo un control de visitantes, de forma que en el futuro, para acceder al cementerio, sería obligatoria la entrega de la cédula de identidad al oficial supervisor junto con una declaración escrita del motivo de la visita y un comprobante legal donde constase el emplazamiento exacto de la tumba que se deseara visitar. En cuanto a las inhumaciones, hasta nueva orden deberían efectuarse con escolta policial. Y en ningún caso serían admitidos más de diez asistentes.

El 27 de octubre, unas horas antes del amanecer, los dos centinelas que montaban guardia junto al mausoleo de Marivián fueron tiroteados en las piernas, desarmados y arrojados a un foso. Instantes después el mausoleo voló por los aires. La ciudad se despertó sobresaltada por un estruendo formidable. Ninguna de las ocho columnas resistió la explosión. La base de mármol quedó asimismo reducida a escombros; pero la losa, aunque agrietada, aguantó firme sobre el hueco. He oído a algunas personas contar que algunos cascotes de mármol sobrevolaron el río y cayeron sobre los tejados y fachadas de las casas de la otra orilla.

El camarada Ij intervino por radio con mal disimulada cólera para anunciar su decisión de construir un nuevo mausoleo en el menor tiempo posible. Con dicho fin acababa de cursar orden para que se levantara en el mismo lugar que el anterior, «ni un milímetro a la izquierda, ni un milímetro a la derecha», un monumento funerario de dimensiones mayores que el recién destruido, para lo cual se tomaría tanta piedra como fuese necesaria de los edificios que antaño fueron iglesias y conventos.

«Camaradas, si es necesario construiremos una pirámide como las de Egipto, solo que de muros aún más gruesos, a prueba de bombas atómicas. Hay sillares suficientes

en los antiguos antros católicos que en la actualidad son de propiedad estatal. Los autores del cobarde atentado y sus secuaces deben saber que pesa sobre ellos la pena de muerte, ejecutable en el mismo instante de su detención, que esperamos próxima, que sabemos inminente, que se está produciendo ya».

Dijo a continuación que quedaba prohibido el uso de cualesquiera símbolos religiosos en los cementerios. Las fuerzas de seguridad procederían sin demora a la retirada de lápidas con forma de cruz. El Gobierno por él presidido concedía un plazo de cuarenta y ocho horas para la eliminación de todo ornamento de naturaleza religiosa o que recordase a la religión en los sepulcros diseminados en los distintos cementerios del país, so pena de embargo de bienes y reclusión penal por tiempo indefinido en la isla de Molu.

Como todo el mundo sabe, la detención masiva de sospechosos y las ejecuciones arbitrarias no impidieron que el jueves 13 de noviembre, a las doce del mediodía sobre poco más o menos, una explosión descomunal volviera a reducir a polvo y cascotes el mausoleo cuyas obras de reconstrucción aún no habían sido culminadas.

Tebe Fren me puso al corriente de dos pormenores suprimidos por la censura en las crónicas destinadas al periódico. Tres de los cuatro centinelas habían muerto por disparos del fusil de su compañero, que había huido. Sin la menor duda estaba conchabado con los autores de la agresión.

El otro pormenor era que al retirar los escombros quedó a la vista el cadáver de Marivián.

—Ya te imaginarás que presentaba un aspecto poco agraciado.

Por orden expresa del Secretario General, el «fiambre pestilente» (Tebe nunca profesó simpatía a Marivián) fue trasladado a un lugar secreto del cual, hasta la fecha, nadie ha sabido o querido informarme.

Trece días faltaron a Marivián para cumplir cuarenta años. A juicio de algunos comentaristas, la paulatina merma de plenitud física impuesta por la edad (y, no lo olvidemos, por un tren de vida malsano) la compensaba ella sacando el máximo partido de sus dotes seductoras. Hay incluso quienes afirman que por la época del trágico desenlace se encontraba en el cenit de su carrera.

Cuando murió estaban en marcha los preparativos por cuenta del Estado para una fiesta de cumpleaños que habría de reunir, primero en el Gran Teatro Popular de la República, después bajo los arcos del Palacio de la Revolución, a cerca de mil quinientos huéspedes elegidos de común acuerdo por la propia Marivián y el camarada Ij. El mismo comité encargado de tenerlo todo a punto para la multitudinaria celebración hubo de improvisar las honras fúnebres de la actriz.

Marivián había nacido casi cuarenta años atrás, el lunes 15 de octubre de 1917. El parto aconteció en la casa familiar por la mañana temprano. Aproximadamente a la misma hora, en un descampado de las afueras de París, las balas de un pelotón de

fusilamiento segaron la vida de Margaretha Geertruida McLeod, de soltera Zelle, más conocida en los medios artísticos de Europa con el nombre de Mata Hari.

Quiso, pues, el azar que en el instante de desaparecer para siempre una artista de las tablas que había hecho de la exhibición de sus encantos corporales una de las más grandes y turbadoras atracciones de la época, naciese otra como tomándole el relevo, más inclinada al teatro, pero también bailarina y cortesana, también apegada al lujo, también libre de remilgos para desprenderse de la ropa sobre los escenarios.

Por aquel entonces, la familia de Marivián ocupaba una casa de su propiedad partida por el callejón de Quefarim, en lo que siglos antes había sido la judería de Antíbula la Vieja. Ambas partes estaban unidas a la altura del primer piso por un pasadizo a modo de puente. Dicho pasadizo, cerrado y con ventanucos, sufrió graves desperfectos a causa de una bala de cañón durante los combates de 1928. Fue posteriormente restaurado. Cuando yo era niño corría una leyenda según la cual, bajo el mencionado pasadizo, una turba piadosa acuchilló a Ahasvero cierta noche de mil setecientos veintitantos con el propósito de librarlo de vagar eternamente.

La casa natal de Marivián es una de las más antiguas de Antíbula. Colectivizada a raíz del triunfo de la revolución, albergó por espacio de una década la Escuela Popular de Traductores. Hoy día presenta un aspecto lastimoso, cercano a la ruina, aunque últimamente se habla de remozarla con el fin de trasladar a ella la casa-museo que de manera provisional se le ha consagrado a Marivián en la antigua cripta de la iglesia de Santa Cenarrita.

Está probado que en dicha iglesia el cura párroco Arfuno Bolimilo (cuya santificación reclaman las Milicias de Dios desde hace varios años) la bautizó a los pocos días de nacer. Recibió el nombre de Acfia Fenelina, formado por la unión del de su abuela materna y el de una tía por parte de padre. En cuanto al apellido familiar, Benjamel (en algunos documentos Ben Jamel o Ben Hamel), caben pocas dudas acerca de su ascendencia judía. En líneas generales, los biógrafos de Marivián prestan escasa atención al asunto de su linaje, con la salvedad de Abrel Darbast, que lo aborda en el prefacio de su libelo con intención obviamente denigrativa.

«—Y pasando a otro tema, ¿qué recuerdos tiene Marivián de su infancia?

»—De verdad que muy buenos. O sea, hasta la muerte de mi padre muy buenos, luego ya no tanto, como es natural. ¿A quién le gusta quedarse huérfano? Por alguna razón que no está del todo clara mi madre no conseguía llevar sus embarazos hasta el final. Había abortado varias veces antes de tenerme a mí. Me contó que cuando se quedó encinta de mí estaba resignada a perderme. El médico le recomendó que se instalase en algún lugar más salubre que nuestro barrio de callejuelas, a poder ser en el campo; que llevara una vida apacible y tomara alimentos sanos. Mi padre enseguida estuvo de acuerdo con el médico. Acompañó a mi madre en ferrocarril hasta Sóeo y desde allí a un pueblo que se llama Aam de Uchu, adonde a las pocas semanas tuvo que ir a buscarla. Resulta que a consecuencia de la picadura de una

alimaña le entraron unas fiebres que la pusieron a la muerte. De vuelta en casa, pasó muchos días postrada en cama, con el cuerpo salpicado de pústulas y, en fin, muy mal. Se conoce que el descanso y el poco movimiento la beneficiaron. En cualquier caso, logró darme a luz, aunque con complicaciones que no necesito explicarle a usted. Y entonces, claro, fui hija única, con las ventajas y desventajas que eso comporta, ¿me entiende usted? Pues si por un lado mis padres me traían en palmitas, por el otro me protegían en exceso. No me dejaban salir sola a la calle ni jugar con los niños del vecindario. Tenían mucho miedo de que me ocurriera una desgracia. Eso sí, me querían horrores. Y mi madre..., bueno, bueno, pues aunque teníamos doncella y cocinera no dejaba a ninguna de las dos que me tocasen. Peinarme, bañarme, darme de comer, sacarme de paseo, todo lo hacía mi madre. Mi madre vivía exclusivamente para mí. Ya nunca intentó tener más hijos».

(«Entrevista con la gran Marivián en vísperas de su nuevo estreno», *Revista de Actualidad y Espectáculos*, n.º 37, págs. 3-9, noviembre de 1950).

El padre de Marivián regentaba una empresa de pompas fúnebres en su casa del callejón de Quefarim. El negocio, situado en la parte trasera, ocupaba la superficie de lo que alguna vez había sido un huerto tapiado. Allí se alzaba un amplio cobertizo, hoy inexistente, en cuyo interior se albergaba una cochera, un establo con tres caballos, un taller donde en los últimos años llegaron a trabajar hasta seis obreros y, al fondo, en un altillo con ventanas, la oficina.

Los clientes accedían al cobertizo desde el paseo lindante con el río. En la verja de la entrada campeaba, trazado con letras de hierro forjado, el nombre del dueño, Sigmún Benjamel, al que todo el mundo conocía en el barrio de la Vieja por el sobrenombre de Perroseco.

Benjamel era un empresario laborioso al que se le atribuyen diversas innovaciones relativas al diseño y fabricación de ataúdes. Siendo joven heredó de su padre el modesto establecimiento y, a fuerza de aplicación y buen olfato comercial, logró hacer de él un negocio próspero en cuestión de pocos años. Suyo era, sin ir más lejos, el carruaje mortuorio que trasladó en 1916 los restos mortales de Carfán III desde el Palacio Real hasta la catedral de la Santa Justicia, donde reposa repartida en sarcófagos la dinastía Bofrén.

Aparte del servicio de enterramientos, la funeraria de Benjamel fabricaba sus propios ataúdes a precios muy variados, por lo que su clientela abarcaba todo el espectro social. Benjamel había iniciado al otro lado del río las obras de construcción de un taller de lápidas cuando sobrevino el levantamiento colectivista que le costó la vida y dio al traste con su boyante empresa.

Las pocas fotografías que de él se conservan lo muestran como un hombre regordete, de pelo y barba canosos, ojos negros y estatura reducida. Era más bajo que su mujer y veintidós años mayor que ella. Tenía fama de hombre beato. Acostumbraba asistir a los oficios religiosos provisto de un crucifijo. Durante la misa se lo llevaba a menudo a los labios con unción aparatosa. En la iglesia le daban con frecuencia arrebatos de fervor durante los cuales pronunciaba las oraciones a voz en cuello, pedía perdón con grandes aspavientos al Cristo del altar y derramaba lágrimas y suspiros quejumbrosos, formando un espectáculo que más de uno juzgaba falaz y como urdido para disimular ante los vigilantes del Santo Oficio de la Virtud su condición hebrea.

Se rumoreaba que escondía una sinagoga secreta en el sótano de su casa. Personas que habían pasado de noche por el callejón de Quefarim afirmaban haber oído salmodias extrañas que subían de debajo de los adoquines. Estos hechos nunca han sido demostrados. Así lo reconoce Abrel Darbast, para quien cabe la posibilidad de que hubiera un fondo de franqueza en las muestras públicas de contrición y en la fe

católica del padre de Marivián, al que en todo momento aplica el mote vejatorio.

En la librería que hay junto al recibidor de la casamuseo Marivián me interesó vivamente un libro de fotografías de la actriz. Contiene una copiosa colección de imágenes ordenadas con criterio cronológico a lo largo de más de cuatrocientas páginas. Dichas imágenes componen una especie de biografía visual muy útil para mis planes, desde la foto más antigua, donde se ve a Marivián, todavía bebé, en brazos de su madre, hasta la que muestra un ramo de hotidimas sobre la lápida del mausoleo posteriormente destruido.

El libro lleva el título convencional de *Marivián, instantes de una vida*. El papel es de mala calidad, las hojas se desprenden fácilmente y no pocas ilustraciones carecen de nitidez, como no podía ser de otra manera si se considera el escaso apoyo económico que presta el Comité Revolucionario de Prensa y Publicaciones a las editoras estatales, las únicas permitidas.

Sin mi carné de la APSIC, que me daba derecho a un descuento del cincuenta por ciento, el libro de fotos me resultaba dolorosamente caro. Al punto pensé en Tebe Fren, con quien hacía tiempo que me comunicaba por medio de un mandadero de trece años. Aprovechando el envío de un nuevo artículo, le entregué al muchacho una nota dirigida a Tebe para que me consiguiera un ejemplar a precio reducido. Esto fue una mañana. Por la tarde ya tenía el libro encima de mi escritorio. Cuando me disponía a pagarlo, el muchacho me dijo que no hacía falta, que me lo había regalado el señor director del periódico. Vi en esto que nuestro joven mensajero era en efecto de confianza. Otro en su lugar se hubiera embolsado el dinero sabiendo que, como nos comunicábamos a través de él, ni Tebe ni yo habríamos estado en situación de notar el hurto.

El barrio de Antíbula la Vieja presenta en la actualidad un aspecto deplorable. Llevaba varios años sin aventurarme por sus callejuelas intrincadas, en algunas de las cuales todavía se conservan, aunque en estado pésimo, tramos de pavimento del siglo XVIII. Una pena. Me quedó una impresión de paredes cuajadas de boquetes y desconchados, casas centenarias con los tejados hundidos, vidrios rotos, suciedad, escombros, socavones... Y no pensemos que todo ese abandono está en un arrabal de las afueras. Está ahí cerca, en el corazón de la ciudad, en el escenario donde se desarrolló una parte esencial de la historia de Antíbula, en el lugar donde cinco siglos atrás, como ningún tonto ignora, Palaco el Nauta y sus trescientos y pico expedicionarios fundaron nuestra nación.

Me detuve con mi libro de fotos en el callejón de Quefarim. A media fachada, entre las dovelas de la puerta principal y una ventana del primer piso, ambas cegadas con toscos tablones, se veía un trozo agrietado de lápida conmemorativa. El resto, reducido a cascotes, estaba desperdigado por el suelo.

Anoté en un cuaderno la parte de la inscripción que todavía se puede leer. Una mano irrespetuosa había emborronado con pintura blanca la palabra «artista» y escrito la típica injuria encima de ella.

sta casa nació
 ctubre de 191
 nsuperable *PUTA*
 cenarios de Antíbu
 a Fenelina Benjam
 nocida como Marivi

Lo que me llevó al barrio de la Vieja fue la esperanza de averiguar pormenores de la infancia de Marivián desconocidos hasta la fecha. He leído los capítulos correspondientes en los libros biográficos de unos y otros; pero yo aspiro a algo distinto de una gélida acumulación de datos. La idea de obtener una imagen más viva de la niña, acaso más entrañable y desde luego más verídica, se me ocurrió ojeando la colección de fotografías.

Una de ellas, al comienzo del libro, me sugirió la posibilidad de que hubiera una opción descuidada por los biógrafos. Se trata de un retrato de grupo. La nota al pie de la imagen especifica que aquel día la funeraria estrenó un nuevo coche fúnebre.

Sentado al volante, se ve a Sigmún Benjamel con sombrero hongo y gesto de satisfacción; alrededor del vehículo se reparten cinco trabajadores vestidos con la

elegancia negra requerida para la ocasión. La foto ilustró un anuncio publicitario en *La Hoja de la Patria*. Data de 1921. Calculo que los dos trabajadores más jóvenes apenas superan los treinta años. Son, por cierto, los únicos que posan sonrientes.

De entonces acá nuestro país ha pasado por periodos turbulentos, salpicados de conflictos armados, matanzas y otros infortunios. ¿Pudiera ser que alguno de los empleados de Benjamel, quizá uno de los más jóvenes, aún viva?

En la calle de Leningrado (hasta 1928 calle de Santa Malija) entré a preguntar en una carbonería. Le enseñé la ilustración del libro al carbonero, que no paraba de mirarme con suspicacia. No sirvió de nada declararle los motivos de mi indagación. El tipo estaba convencido de que yo era un agente de la Posepu. Le juré que soy periodista. En tal caso, me dijo con retintín, yo podría identificarme. Tras palparme los bolsillos, solté la ridícula excusa de que se me debía de haber olvidado el carné en casa.

—¿Conoce usted a algún vecino que ya viviera antes de la revolución en este barrio?

Ni siquiera se dignó mirarme. Salí a la calle. Anduve a la ventura buscando personas de sesenta años para arriba. Los jóvenes qué iban a saber. En el paseo de Verca, delante de un portal, dos señoras me trataron con la misma displicencia que el carbonero.

A punto de darme por vencido, divisé a una anciana de codos en la barandilla de un balcón. Esta vez decidí no mostrar la fotografía. Para toda aquella gente sencilla, un desconocido que iba de puerta en puerta formulando preguntas con un libro en las manos ¿qué otra cosa podía ser sino policía?

Me paré debajo del balcón.

—Oiga, señora, ¿no se acordará usted por casualidad de Perroseco, el que tenía una funeraria ahí delante?

La vieja era dura de oído.

—¿Qué pasa con el perro?

No hubo más remedio que levantar la voz. A mis gritos salió al balcón un hombre de unos cincuenta años.

—¿Es usted de la policía?

—No, señor. Periodista.

—Ah, bueno.

—¿Qué quiere este policía? —le preguntó la anciana.

Pensando ahorrarme explicaciones, determiné contarles la verdad. Aclarado el motivo de mi pregunta, el hombre me refirió que él y su madre llevaban residiendo cerca de veinte años en la zona, pero que debajo de ellos vivía un señor mayor, que ese sí, ese y su difunta esposa ya estaban en la Vieja por los tiempos del último rey. Dicho lo cual, se ofreció a llamar a la puerta del vecino, de modo que a los pocos minutos me encontré entablado conversación con los dos en el portal.

El viejo se acordaba de Perroseco.

—¿Perroseco, el judío, dice usted? ¡Cómo no me voy a acordar! Lo mataron en el 28. Me enteré al volver porque mi mujer, que en paz descansa, y yo nos marchamos unos días al pueblo de mi hermana en cuanto sonó el primer disparo. A la vuelta, la

funeraria había ardidido por completo. Toda la calle hasta aquel farol, ¿lo ve usted?, estaba llena de las maderas de los ataúdes rotos.

Me animé a enseñarle la fotografía.

—Sí, hombre, claro que conozco a estos. El del sombrero dentro del coche es Perroseco. Los otros eran empleados suyos. No sé qué habrá sido de ellos, salvo de este. Este es un borrachingas de cuidado. A veces me lo encuentro por la calle. Ahora, que si lo veo venir de frente me cambio de acera, ¿sabe usted?

Le pregunté por el nombre.

—¿Nombre? Ese no tiene nombre. Siempre lo hemos llamado Zazaza porque se le enreda la lengua al hablar, y cuando dice algo suena así: za za za. En fin, le aviso por si va usted a verlo. Vive dos portales río arriba, en el 16.

El mandadero me alargó la nota de Tebe Fren. «No le veo mucha relación al vodka con la vida de tu actriz. Espero que no planees utilizarme como cómplice de algún disparate».

A pesar de que vocalizaba bastante mal no tuve dificultades para entender los insultos con que me recibió. Le enseñé por la abertura de la puerta la botella que me había proporcionado Tebe. Continuó gruñendo, pero ya menos alterado.

Nada más poner un pie dentro de la vivienda, me vino a la cara una vaharada de fetidez que por poco me tira de espaldas. Mientras lo seguía hacia la cocina me percaté de que el olor nauseabundo salía de sus pantalones. Nos sentamos. Había tanta suciedad a mi alrededor que retiré la silla como a medio metro de la pared y de la mesa, atento a no rozarme con nada.

A las diez de la mañana el hombre ya estaba ebrio. Le recordé el trato que habíamos hecho antes de meterme en su casa. Refunfuñó:

—Za za za a la mierda.

Me tendió un vaso mugriento. Se lo llené hasta casi la mitad y él lo apuró de un trago. Se conoce que la bebida le gustó por más que no se hubiese tomado la molestia de saborearla. Su gesto, en cualquier caso, se hizo de pronto menos hosco. Le pregunté si tenía inconveniente en que yo tomase apuntes de sus palabras.

—Me importa za za za palabras de los cojones.

Le serví otro trago antes de enseñarle la foto. Había arrancado la hoja porque me parecía que el libro inquietaba a la gente. Al ver la imagen tuvo una reacción violenta. Estrelló el vaso contra el suelo y después se arrancó a proferir blasfemias con las manos apretadas. Luego se puso a llorar. Luego dijo en tono apático:

—El señor Benjamel —y añadió, con un mohín como de niño contrariado, que si no le daba la botella no hablaría más.

Al percatarse de que me levantaba dispuesto a marcharme, me tendió otro vaso tan sucio como el anterior al tiempo que despotricaba y me insultaba y za za za.

Volví a sentarme. Sin necesidad de que le hiciera preguntas, habló largo y tendido

del señor Benjamel. Se refirió asimismo a la esposa de su jefe, a «la Señora» como él decía balbuceando, «una dama de calidad».

La botella se vaciaba rápidamente. Temeroso de que con el último trago se le acabasen las ganas de contar o lo venciera el sueño, le pedí que me hablara de la hija del señor Benjamel, sin aclararle que era ella la razón única de mi visita. Arrugó el entrecejo, sorprendido.

—¿La niña?

Za za za va, za za za viene, logré entender más o menos lo siguiente:

—Muy linda. Muuuuy linda. Una princesita. Pero cuidado con tocarla. ¡Por los ojos del santo Jancio! Occo de Cinzu —señaló con un dedo inmundo a uno de los retratados de la fotografía— le dio un día la mano. Este de aquí. En plan saludo nada más, ¿eh? El señor Benjamel bajó corriendo de la oficina. ¡Cómo corría el cabrón! Con lo gordo y pequeño que era. Cinzu, deje a la niña. Déjela o lo despido. De broma hablábamos Cinzu y yo de raptarla. A ver si le sacábamos al jefe un buen puñado de cuartos. Iba mucho al taller la niña. Se metía en las cajas. Haciéndose la muerta. Con cuatro años. Y la tenías que aguantar. Qué remedio. El señor Benjamel miraba desde arriba. La niña agarraba las herramientas. Te clavaba el escoplo en la espalda. Como lo oye. Te daba con el martillo. Pues daño no hacía. Eso no. Si no podía ni sostenerlo. Con cuatro o cinco años ¿qué daño iba a hacer? Pero la tenías que aguantar a la jodida. Y luego, con seis o siete, le dio por hacer cajas para sus muñecas. Zazaza, ayude a mi hija a hacer una caja. Zazaza soy yo, ¿eh? Venga, enséñele. Y yo, paciencia. Pam pam pam con el martillo y los clavos. Y la niña, feliz. Y luego jugaba a los entierros. Y siempre quería cajas blancas. ¡Qué manía con las cajas blancas! Muy linda. Una reina con una trenza hasta aquí. Y nos venía y nos cantaba. Hala, venga a cantar. Todo el repertorio del colegio. Y el Cinzu siempre con la broma de raptarla. O de ponerle el bote de barniz cerca para que la criatura le pegase un trago.

No era fácil sonsacarle detalles de la niña. Al instante sus recuerdos farfullados derivaban hacia el señor Benjamel y, en menor media, hacia la Señora, cuyo nombre acostumbraba pronunciar con un cabeceo de sumisión.

Me acompañó hasta la puerta, tambaleándose. No paraba de alabar mi aguardiente. Estuve a punto de decirle que era vodka, pero qué más daba. Cuando salí al descansillo, me susurró desde la puerta:

—Si me trae otra botella le contaré cómo murió el señor Benjamel.

Vislumbré un destello fugaz en su mirada turbia que me intrigó. Estaba tan borracho que no creí necesario guardarle respeto.

—Usted estuvo entre los que mataron a Perroseco.

—Primero la botella —dijo con una estúpida sonrisa de su boca sin dientes.

Parado en el descansillo de la escalera, lo último que vi de él antes que cerrara la puerta muerto de risa fue aquel destello maligno en sus pupilas.

Tengo sobre la mesa la fotografía de un retrato al óleo de doña Balbia Leonia de Ez, fechada en 1925.

El rostro, con una leve inclinación hacia el costado, mira de frente. Su gesto es blando, noble, femenino. Sus ojos negros traslucen una leve melancolía. En los labios de esta mujer de poco más de treinta años parece haberse quedado prendida una insinuación de amargura. El de arriba es tan fino que casi no se ve. El otro intenta arquearse para formar una sonrisa, pero se conoce que sin su compañero no se apaña.

Lleva la mujer en torno al cuello una gargantilla de perlas a juego con los pendientes, joyas en modo alguno ostentosas que le confieren un aire de elegancia recatada. El pelo lo tiene recogido a la usanza de la época. Viste de negro, con una orla clara sobre el escote, de colores que la técnica fotográfica aún no está en condiciones de reproducir, y un chal blanco que, saliendo de la espalda, envuelve no sin gracia sus codos y sus antebrazos. El pintor, por razones que él sabrá, solo le pintó una mano, lacia, inexpresiva.

Fijo de nuevo la mirada en sus rasgos. Traslucen serenidad y prestancia, según corresponde al abolengo aristocrático de esta señora; al mismo tiempo hay en ellos una apariencia desmadejada, una lasitud y resignación acaso provenientes de una sensualidad reprimida. Estos rasgos no carecen de belleza, pero es una belleza desapasionada, triste, sin vigor. Quizá le dolía la cabeza el día que la pintaron.

Si no fuera porque leemos su nombre al pie de la foto, nos costaría adivinar que la mujer del cuadro es la madre de Marivián. El parecido facial es mínimo.

«En cuanto a los ancestros por vía materna, las cédulas palaquianas certifican la presencia de un valeroso caballero armado, de nombre Ece, capitán de partida con montura propia, en la expedición fundacional de Palaco I el Nauta. De dicho apellido deriva en torno al siglo XVI, cuando prevalece como idioma del reino el dialecto antibulés, la variante Ez que ha perdurado hasta nuestros días. Al caballero en cuestión le correspondió por derecho de batalla, en las cartas de concesión expedidas por el primer rey de Antíbula, un título de nobleza que, andando los años, conforme las sucesivas campañas de conquista van expandiendo los dominios reales hacia la cordillera de Ayueltu, se habrá de concretar en el marquesado de Daer. Al heredarse por rama de varón, la dignidad nobiliaria no alcanza a doña Balbia Leonia de Ez, en beneficio de un hermano más joven que ella. Hay que hacer constar, no obstante, que como consecuencia de la ruina familiar acaecida en el primer tercio del siglo XIX, iba para largos años que el mencionado título era apenas una distinción de carácter honorífico, no vinculada a bienes de fortuna. Hasta tal punto es así que cuando a raíz de nuestro glorioso triunfo revolucionario, el pueblo liberado, en justa aspiración a la justicia e igualdad, determina la abolición de los privilegios de la nobleza y la colectivización de sus posesiones, la antiquísima casa solariega de los Ez pertenecía a

un juez pedáneo, que la tenía habilitada para posada.

»Pero devolvamos a Balbia Leonia a su juventud en la provincia, donde la habíamos dejado, encerrada en el sombrío caserón familiar, al comienzo del presente capítulo. Su padre, según dijimos, es un hombre severo, de convicciones religiosas estrictas, a quien la pérdida de su esposa en el trágico accidente que ya hemos narrado sumió en una desesperación profunda. Su hijo menor estudia en un internado de la ciudad de Sóeo, regido por frailes doloritas. La hija, Balbia Leonia, permanece ociosa en casa, haciendo una vida de muchacha callada en espera de que su progenitor decida por ella su futuro. Y, en efecto, al cumplir los diecisiete años de edad su padre la coloca ante el dilema de aceptar un matrimonio de conveniencia o ingresar en el noviciado de la orden de las corazonianas. A su lado, le hace saber, no la quiere. Le recuerda demasiado a la esposa fallecida.

»El pretendiente se presenta días después en el caserón vestido de punta en blanco, con un regalo y un ramo de hotidimas blancas para la niña. Es un hombre de posibles llamado Sigmún, sobre quien tenemos previsto escribir por extenso en otro capítulo. Adelantemos que carece de atractivo físico y que en el momento de formalizar la relación está próximo a cumplir cuarenta años, tres menos que el padre de Balbia Leonia. Posee un negocio de pompas fúnebres en la capital. La niña, cuando se entera, se desploma a causa de un mareo. Transcurre un tiempo durante el cual menudean las visitas del rechoncho pretendiente. Poco a poco la niña se acostumbra a su presencia, a su conversación poco alegre y a sus regalos, y se persuade de que la opción matrimonial es harto más llevadera que la de la celda conventual. Sigmún es un hombre bueno que la adora. En cada visita, en cada paseo por las calles y aledaños del pueblo, bajo la mirada vigilante del padre riguroso, le promete respeto y le asegura una vida franca de estrecheces.

»La boda, celebrada en la iglesia de Santa Cenarrita, ha de posponerse en dos ocasiones debido a inconvenientes de salud de Balbia Leonia. El marido se revela desde el principio de la relación como un hombre dotado de una gran capacidad de paciencia. No es en modo alguno severo ni dominante. Consumado el matrimonio, Sigmún cumple a satisfacción de su mujer las promesas expresadas durante el noviazgo. Y nosotros, con escaso temor de equivocarnos, nos atrevemos a conjeturar que, al cobijo de la buena avenencia entre los cónyuges, no tardó en encenderse en el corazón de la frágil esposa una llama de amor. En su nueva casa lo que a ella le preocupa, lo que la hace sufrir y desata sus accesos de hipocondría, es no poder recompensar las más que probadas virtudes del marido mediante la ventura hogareña de un descendiente. Los sucesivos intentos conducen a fracasos que minan aún más la salud de por sí delicada de Balbia Leonia, hasta que en el otoño de 1917 se produce por fin en la casa del callejón de Quefarim el milagro tanto tiempo anhelado. A primera hora de la mañana del 15 de octubre viene al mundo aquel angelito de mejillas sonrosadas y ojos grandes que, con el correr de los años, habría de convertirse en la maravillosa Marivián».

(Blitte de Fertaxel, *óp. cit.*, págs. 16-17).

Sin cumplir los seis años, Acfia Fenelina Benjamel ingresa en la escuela de menores de don Prístoro Vivergo, en el número 6 de la calle de Itabea. La Viverga, como se la conoce popularmente entre los moradores del barrio, vive horas bajas durante la década de los veinte, la última de su existencia, debido sobre todo al acoso tenaz ejercido por la Iglesia sobre los centros de enseñanza privada.

Cuenta Antíbula con colegios mejor equipados y de mayor prestigio; pero doña Balbia Leonia elige para su hija, con instinto protector, el que queda más cerca de casa. A fin de cuentas los métodos didácticos son idénticos en todas partes, prefijados por las *Previsiones morales e higiénicas del educando* del obispo Taruján, convertidas en código de aplicación obligatoria en todas las escuelas del país a partir de 1916, apenas instaurada la dictadura del general Vistavino.

Dicho código prescribe la antigua separación del alumnado por sexos. En la Viverga los niños ocupan un aula del piso superior, donde son atendidos por el propietario de la escuela mientras que su hermana, la adusta Llolla Vivergo, imparte clases a las niñas en la planta baja. La separación se hace especialmente visible en el jardín, dividido en dos zonas por una verja.

La escasez de alumnos motivó en su día la drástica reducción del personal docente, obligando además a juntar bajo un mismo techo a menores de distintos cursos y edades. Acfia Fenelina Benjamel nunca tendrá en la Viverga más de quince compañeras.

(Para mayor información sobre los años de adolescencia de Marivián véase *El nacimiento de una estrella* de Rabdel de Precce, capítulos 3-6, sin duda el estudio biográfico más completo sobre la etapa de formación escolar de la actriz, aunque con frecuencia echemos en falta la aclaración de las fuentes documentales).

«—De la escuela tengo recuerdos contradictorios. Por una parte me gustaba aprender y dibujar y esas cosas. Pero, por otra, estaba la maestra. A las niñas nos daba clase la señorita Llolla, una solterona vestida de negro, seguramente virgen, siempre de mal humor. Todavía resuenan los gritos de su voz punzante en mis oídos. Aparte de que era pegona. Las bofetadas que yo no he recibido en casa me las pegaba la maestra en la escuela. Nunca se le escapaba una alabanza. Nunca me parece haberla visto sonreír. Y, sin embargo, yo creo que en el fondo la queríamos. Yo sí la quería, aunque a distancia, ¿sabe usted? Esto me ha pasado a menudo en la vida. He querido con locura a algunas personas sufriendo porque estaban lejos. Luego venían y mi amor por ellas se apagaba como quien sopla la llama de una vela. Se marchaban y otra vez las volvía a querer y a añorar y se me llenaban los ojos de lágrimas deseando que volvieran. Creo que esta característica de mi personalidad me empezó con la maestra aquella. A su lado enseguida me entraban escalofríos; pero luego, en vacaciones, a lo mejor le mandaba una postal cariñosa.

»—¿Qué sabe usted de ella? Después de haberse convertido en una gran actriz, ¿la ha vuelto a ver?

»—No, no, ya murió. Tengo entendido que en el año 28. Dicen que un hombre que había sido discípulo suyo cuando ella daba clase a los chicos le disparó un tiro. Pobre mujer. Si la mataron o no adrede, porque aquellos fueron unos días de mucha confusión, ¿verdad?, yo eso ya no lo sé».

(*Revista de Actualidad y Espectáculos*, ibídem).

En la foto (primavera de 1927) se ve una fila de ocho niñas de diferentes estaturas. Están de pie mirando a la cámara delante de un macizo de rododendros. A un costado se yergue la figura negra y delgada de la maestra. Lleva un vestido de mangas largas, abotonado hasta el cuello. Se le ha parado en la cara un gesto duro, que, con pequeñas variaciones, se repite en el semblante de todas las niñas.

La tercera por la izquierda es Acfia Fenelina. Parece pequeña entre las dos compañeras más altas y corpulentas del grupo; pero no lo es tanto si la comparamos con las demás. Llama la atención por ser la única que viste de blanco. También pudiera ser que vista de rosa o de amarillo. Esto la fotografía en blanco y negro no nos lo puede aclarar.

No menos llamativos son sus ojos negros, escrutadores y otra vez negros; ojos de mujer madura en una cara linda, todavía infantil. Ya despunta en ellos la poderosa fijeza con la que Marivián habría de hipnotizar más tarde a tantos varones, entre ellos a mi desdichado hermano.

La escuela, por la época en que fue tomada la foto, estaba a punto de cerrar sus puertas para siempre. El edificio ya no existe en la actualidad.

Hay una niña regordeta al lado de la maestra. Se llama Dabrosca de Aoer.

«Señor:

En respuesta a su carta del 19 de enero, le confirmo que las declaraciones a mí atribuidas en el libro del señor De Precce son de todo punto verídicas, si bien el autor no hace constar sino una parte de lo que yo le conté en mi casa delante de mi marido. Vino recomendado por el señor De Fertaxel, con quien me entrevisté en dos ocasiones al poco del accidente de Marivián. Este señor De Fertaxel no metió en su libro las historias de la escuela que yo le había contado, aunque por lo demás estuvo correcto conmigo salvo en el detalle de no acordarse de consignar mi nombre en la lista de los colaboradores al final de su libro, mientras que el señor De Precce sí lo hizo y, en general, resultó más agradable para mí colaborar con el señor De Precce, quien además tuvo la deferencia de enviarme un ejemplar dedicado. Por favor, no interprete que le estoy pidiendo nada, y sin más paso a satisfacer su ruego en forma que por fuerza ha de ser breve debido a que tengo problemas de salud, los cuales me hacen trabajosa la escritura puesto que no respiro bien, se lo puede usted preguntar a mi marido. Lo esencial de mis recuerdos está en el libro del señor De Precce, dentro

del capítulo que trata de la escuela de don Prístoro Vivergo, del cual no sé si vive. En cambio la señorita Llolla murió, dicen que porque se había asomado a la ventana y un insurgente la reconoció de cuando era alumno de la escuela y no le debía de haber quedado buen recuerdo de la maestra, no me haga usted mucho caso, esto son solo rumores. Lo único que no es rumor es que a la señorita Llolla le metieron un tiro y se murió. Hasta el cierre de la Viverga fui amiga de la niña Acfia Fenelina, pero esto lo puede leer usted con mayor detalle en el libro del señor De Precce. Y lo que allí el escritor no puso aunque se lo conté es que por aquella época las niñas practicábamos una costumbre que hoy no se estila afortunadamente, y era que profesábamos voto de guña a algún niño de nuestro gusto, o sea, que nos dábamos a la sumisión, y enguñadas a un niño lo servíamos llevándole los bultos de la escuela y haciéndole servicios y dejándonos mandar y humillar por él, que yo no sé de dónde venía semejante hábito, de nuestras abuelas o de más atrás, cosa de chiquillos, supongo que usted me entiende.

»Y la niña Acfia Fenelina fue enguñada por el nieto de Cuiña, que era el propietario de una hospedería en la calle de Mertán el Grande, ya dentro de Antíbula la Vieja, y al hospedero también lo mataron por los mismos días que a la señorita Llolla. Se contaban grandes crueldades de él e incluso le cantaban en el barrio burlas por delator y usurero, pero el nieto no se le parecía, un niño sin padre conocido, tan manso que no valía para guño, y la niña Acfia Fenelina siempre andaba por buscar otro, porque se quejaba de que el suyo no la sabía mandar ni humillar y era ella la que mandaba y humillaba. Pues cuando se cerró la escuela en el año 28, antes de acabar el curso, todavía estaban los dos enguñados, porque una vez los vi por la calle y ella iba por detrás de él como debían hacer las guñas, y aquel verano, cuando violaron a la niña Acfia Fenelina, si es verdad lo que cuenta el señor Darbast, que escribe con muy mala fe pero a veces cuenta lo que los otros callan, pues el nieto de Cuiña debía de estar cerca, se lo podría usted preguntar pero yo no sé si vive y si vive será en Antíbula y yo hace tiempo que me vine a residir con mi marido en Fótebre. Luego hay una cosa que aunque se la conté a los escritores no la sacaron en sus libros, y era que por los últimos meses de la escuela el señor don Prístoro y la señorita estaban en la pobreza más pobre y en la miseria más mísera, y esto no lo sabíamos las alumnas, pero empezamos a notar que alguien mordía en nuestros refrigerios matinales. Al principio pensábamos que alguna de nuestras compañeras nos robaba, hasta que empezamos a recelar de la señorita porque todas las mañanas nos mandaba en grupo al retrete con la excusa de que luego no quería que ninguna le pidiera ir a hacer pipí. Y un día yo y la niña Acfia Fenelina, en lugar de cerrar la puerta del aula, la dejamos entreabierto para mirar por la abertura y entonces, en cuanto la maestra se quedó sola, la vimos hurgar en las carteras de las niñas y pegar mordiscos a los almuerzos, lo cual primero nos enfadó, y más porque lo hacía la señorita, que era muy recta. Pero luego nos dio pena, y como la niña Acfia Fenelina era de suyo compasiva y generosa, después cuando se hizo célebre no lo sé, he oído de todo y no todo bueno, pues se le

ocurrió llevar comida a escondidas a los maestros. Muchos días hacía como que olvidaba a la puerta de la escuela fruta y otros alimentos, y también una vez una pata de perro sacada a escondidas de su casa, que se la debieron de comer la señorita Llolla y su hermano porque al día siguiente no estaba. Yo tengo buen recuerdo de la niña Acfia Fenelina y me da igual lo que algunos murmuren, triunfó y eso hay gente que no lo perdona. Ya de niña era guapa y su madre la llevaba hecha un pincel. Creo que por causa de lo que cuenta el señor Darbast que le pasó en el huerto de Jabora y por lo de su padre al final de aquel año horrible le debió de entrar un desconsuelo grande. Siento mucho comunicarle que el asma me dificulta la escritura, pero con eso y todo me ha complacido ayudarle. No quiero que se me olvide pedirle perdón por las faltas, que a mí la gramática no se me da aunque leo mucho pero solo novelas, y quiero también decirle que si un día publica usted un libro sobre Marivián le estaré muy agradecida y mi marido también si me manda un ejemplar si no le causa molestia. Aquí me detengo, comprenda que no estoy bien de salud. Atentamente se despide de usted, deseándole suerte en sus indagaciones, Dabrosca de Aoer, en Fótebre a 3 de febrero de 1959, martes».

Nada más comprobar que el apellido Cuiña no figuraba en la guía telefónica de Antíbula, le pedí a Tebe Fren, por el conducto habitual, que mandara a alguna persona de su confianza a echar un vistazo de mi parte al registro civil. Como director del periódico leal al Partido, Tebe puede acceder a toda clase de archivos oficiales sin levantar sospechas. Tras preguntarme en qué lío quería meterlo esta vez, me comunicó que prefería regalarme otra botella de vodka. Transcurrida una semana, el mandadero vino a traerme el resultado de la pesquisa:

—El señor director dice que en la actualidad el apellido Cuiña solo consta en el registro de defunciones.

El convencimiento de que una tarde de verano de 1928 le había ocurrido a Marivián un episodio atroz en el huerto de Jabora no se me quitaba de la cabeza.

El único biógrafo que se ocupa del asunto es Abrel Darbast. El pasaje en cuestión abarca cuatro párrafos bastante limpios de comentarios adversos. Incluye pormenores cuya exactitud induce a pensar que no fueron inventados por la doblez del libelista, aunque no podemos estar seguros. La disposición de quien los redactó es en todo caso narrativa. Por desgracia, el texto no aclara la procedencia del presumible testimonio.

«Atraída a una caseta de ladrillos, dentro de los muros del huerto, con el pretexto de devolverle un lince muerto que le habían hurtado, fue forzada por no menos de ocho hombres jóvenes uno detrás de otro, los cuales, tras gozar de la niña a su antojo, la dejaron ir, ya sembrada en ella para siempre la semilla de la lujuria».

(Abrel Darbast, *óp. cit.*, pág. 5.)

Es probable que Rabel de Precce también hubiera narrado en su estudio biográfico la violación de la pequeña Acfia Fenelina. El origen de mi sospecha radica en un hecho incontestable. Como es bien sabido, De Precce divide el relato de la infancia y adolescencia de Marivián en catorce capítulos. Todos ellos rebasan las diez páginas salvo el consagrado a los meses previos al estallido revolucionario, cuando debió de ocurrir el episodio traumático del huerto de Jabora, que consta de cinco páginas y media, y el consecutivo sobre el asesinato de su padre, que no pasa de tres. El libro queda en su segmento central visiblemente descompensado.

Pero aún hay más. En el índice de notas encontramos unas cuantas referidas a los capítulos antedichos que no tienen correspondencia en el texto. Con toda certeza la censura intervino en la obra del único modo que sabe, no así en la de Darbast, publicada y difundida clandestinamente. Blitte de Fertaxel omite cualquier suceso que reste fulgor a la figura biografiada.

Extremando las precauciones acudí al abogado (y sacerdote a escondidas) que me había servido de enlace con *Dios Mediante*. Pensé que en la soledad del bosquecillo, sin testigos a la vista, se compadecería de mí cuando le contase que mi artículo contra Marivián me había costado el puesto en el periódico. En lugar de eso me felicitó y me estrechó entre sus brazos por haberme sabido liberar de las «garras del colectivismo, destructoras de almas». Y, como entreviese detrás de sus lentes un destello lagrimoso, me convencí de que su emoción era sincera.

—Bienvenido a la causa de Dios —me dijo sin aparente cinismo.

Le repliqué que un presunto adepto a dicha causa me había denunciado a la Posepu.

—Haces bien, hijo mío, en tildarlo de presunto.

Con ademanes un tanto melosos me aseguró que solicitaría al tribunal interno de las Milicias la apertura de una investigación. Le dije que no hacía falta porque, en lo que a mí respectaba, ya nada se podía remediar, aparte de que juzgaba improbable que no me acarreará nuevos inconvenientes el que mi nombre anduviera en boca de tribunales y pesquisidores.

Ahora bien, añadí, me daría por moralmente resarcido si me ayudaba facilitándome una entrevista con la persona que se ocultaba tras el seudónimo de Abrel Darbast. A continuación le revelé, sin enredarme en demasiadas explicaciones, la clase de propósito que me guiaba. Por no despertar sus recelos declaré que, al igual que cuando había escrito el artículo contra Marivián para *Dios Mediante*, me animaba el deseo de saldar una deuda con la actriz por lo que le había pasado a mi hermano.

Dedujo de mis palabras que yo buscaba vengarme. Entonces me sermoneó durante varios minutos sobre el acíbar de la venganza y esas cosas, sin que a mí me pasara poco ni mucho inadvertido, por la blandura de su lenguaje reprobatorio, que en el fondo de su corazón aprobaba mi designio. Y para que no me cupiera duda al

respecto, en el momento de la despedida volvió a abrazarme.

La respuesta me llegó al cabo de mes y medio. Conforme a las instrucciones anotadas en el reverso de una tarjeta de visita, alquilé un bote de remos en el día y lugar prefijados con el fin de dirigirme a la boca de la bahía, más o menos a la altura del promontorio de Flull y fuera de la ruta de los grandes barcos, donde estuve con mar tranquila cerca de dos horas esperando a que algo sucediera.

Empujado por la corriente, el bote se movía poco a poco en dirección al puerto, como quien, cansado de un juego aburrido, hubiera decidido volver a casa. De vez en cuando no me quedaba más remedio que llevarlo de nuevo a golpe de remos mar adentro.

Sentado en la pequeña embarcación de tablas, sobre las aguas oscuras y profundas, pasaba el rato oteando el viejo castillo cuya silueta se perfilaba en lo alto del promontorio; volvía la vista al puerto erizado de mástiles o contemplaba las agujas de la catedral sobre la línea lejana de tejados, persuadido de que unos ojos atentos me estaban observando desde algún punto de la costa a través de unos prismáticos.

En esto, oigo a mi espalda el traqueteo de un motor. Procedente de alta mar, se acerca una lancha como las que se usan para la pesca de esos pequeños crustáceos llamados sanizas. No tardo en darme cuenta de que viene directamente hacia mí. Tras los vidrios de la cabina se columbra la gorra del timonel.

La lancha se detuvo a escasa distancia del bote con el motor parado. De no sé dónde salió una mujer de unos sesenta años que, apoyada en la borda, me preguntó si yo era el hombre que había solicitado hablar con Abrel Darbast. Asentí. Dentro de la cabina, desentendido de nuestra conversación, el timonel encendió un cigarrillo.

La mujer y yo entramos sin pérdida de tiempo en materia.

—He de advertirle —dijo— que acudo a esta cita enviada por el señor Darbast. Ni aunque me lo propusiera podría proporcionarle a usted más información que la que él me ha transmitido.

—Confío —respondí, esforzándome por parecer amable— en que el señor Darbast se haga cargo de mi situación. No he alquilado un bote y remado media milla para enterarme por persona interpuesta de lo que cualquiera puede leer en su libro.

—Pierda cuidado. El señor Darbast conoce sus méritos y su lealtad reciente por nuestra causa, y desea ayudarle en su proyecto. Pregúnteme lo que quiera.

De vez en cuando, yo remaba unas cuantas paladas para evitar que el bote se alejase en exceso de la lancha o chocara contra ella.

—¿Podría ver, con el beneplácito del señor Darbast, a la persona que le contó el episodio del huerto de Jabora?

—El señor Darbast no considera oportuno revelar sus fuentes de información. Cumple así la condición que le fue impuesta por quienes se avinieron a colaborar en su trabajo.

—¿Conoce el señor Darbast al nieto de un hospedero de Antíbula la Vieja

apellidado Cuiña?

—Se lo tendría que preguntar, ya que el nombre que usted menciona no ha llegado hasta la fecha a mis oídos.

—¿Está usted dispuesta a revelarme detalles de la historia del huerto no recogidos en el libro del señor Darbast?

—Con ese fin he venido. Sin embargo, no debería usted hacerse demasiadas ilusiones puesto que el señor Darbast nunca abrigó el propósito de ocultar datos esenciales a sus lectores.

—Pero quizá, por no explayarse, omitió algunos de interés para mí.

—No lo pongo en duda.

—Cuénteme por favor algo del lince.

—El lince era un animal de compañía de un anciano a quien llamaban el Pulul.

—¿Y qué relación tiene el animal con Acfia Fenelina Benjamel?

—Hasta el año 28, el Pulul fue el dueño de una tienda de golosinas situada en la calle de Jurtas. Por el camino de la escuela, Marivián, que entonces se llamaba como usted muy bien ha dicho, entraba a menudo en la tienda a comprar dulces y acariciar el lince. Parece ser que entre el animal y la niña se estableció una relación de mutuo agrado.

—¿Me equivoco si pienso que el tal Pulul le permitía a la niña sacar el lince de paseo?

—Se equivoca. El lince no salía de la tienda.

—¿Entonces?

—Entonces ocurrió un hecho en apariencia trivial.

—Pero que desencadenó aquel suceso seguramente traumático en la vida de Marivián.

—Al señor Darbast no le consta si fue traumático, pero con toda seguridad lo cree determinante del descreimiento de la víctima, así como del uso por parte de esta en la edad adulta, e incluso antes, de la inmoralidad y de las artes de la lascivia para el logro de sus fines. Si me permite una indiscreción, en este punto comparto enteramente la opinión del señor Darbast.

—¿Le importa que volvamos al asunto del lince?

—Estoy aquí para complacerlo. Un día caluroso del verano de 1928, al entrar la niña en la tienda, se encontró con que el lince del Pulul estaba agonizando. Se lo pidió al anciano y este se lo dio. El buen hombre quizá pensó que la niña quería enterrarlo por su cuenta. De seguro usted no ignora que Marivián era hija de un fabricante de cajas de muertos. Numerosos testimonios prueban que desde su primera niñez experimentaba un placer morboso jugando a los entierros. Lo que hizo aquella tarde fue llevar el lince al arenal del río con la idea ingenua de curarlo. Lo escondió en la salida de un albañal que formaba una especie de cueva en el muro. Después se marchó a su casa en busca de comida. A la vuelta, el lince había desaparecido. Entonces vio que unos chavales desharrapados lo agitaban en el aire al otro lado del

río, diciéndole de burla que se lo iban a comer. El animal ya debía de estar muerto. Pero ella, por recuperarlo, cruzó el puente de Jabora y se metió en el huerto, con el resultado descrito por el señor Darbast en su libro.

—Entonces es verdad que la violaron.

—No hay la menor duda al respecto. Lo que no está del todo claro ni ya nunca lo estará es el número de violadores. La cifra oscila entre ocho y diez.

—¿Sufrió la niña heridas que la incapacitaron de mayor para tener hijos?

—Sobre ese particular no he recibido información alguna del señor Darbast.

—La niña ¿estaba sola?

—La niña entró sola en el huerto, confiada en que la banda de pordioseros le devolvería el lince.

—Se lo pregunto porque, según tengo averiguado, por aquella época Acfia Fenelina Benjamel profesaba voto de guña a un niño del barrio. Cabe la posibilidad de que este niño estuviera presente en la violación o que ella le hubiese contado lo ocurrido.

—El señor Darbast desconoce si el nieto de Cuiña presenció lo ocurrido.

El corazón me dio un vuelco al escuchar aquellas palabras. No hablamos mucho más. Se me figura que la mujer, consciente de su desliz, empezó a sentirse a disgusto. Soltó una serie de evasivas y de pronto, no sin brusquedad, interrumpió lo que yo estaba diciendo para ordenarle al timonel que pusiera en marcha el motor. En medio del traqueteo le eché un grito desde el bote:

—Señora, ¿es usted Abrel Darbast?

O no me oyó o no me quiso contestar. Instantes después, la lancha sanicera apenas abultaba más que un punto humeante sobre las aguas.

Las calles de Antíbula estaban cubiertas de nieve. El viento glacial ululaba por las esquinas. Habíamos perdido dos camaradas en el puente de Caiptu. La rabia nos volvía implacables, temerarios. Nos importaban un bledo el tiempo desapacible, el enemigo cercano, la razón del combate, la toma del Palacio Real. Queríamos verter sangre, eso es todo.

Habíamos llegado a la ciudad un día después del levantamiento de los perreros en el azogue de Blaitul. Veníamos bien pertrechados de armas robadas la noche de nuestra deserción. En Sóeo fuimos incorporados a una unidad dirigida por el general Obruda. Formábamos ahora un pelotón revolucionario de vanguardia. Tebe Fren daba las órdenes y, al poco de empezar los combates por las calles de Antíbula, zas, una granada traicionera nos arrebató a dos hombres en aquel maldito puente que ya creíamos ganado.

Hacia las tres de la tarde, en medio de una copiosa nevada, nos abrimos paso por la zona de los ministerios hasta una plazuela desde la que se avistaba la fachada del Palacio Real. Tebe recibió orden de apostar a su pelotón en una bocacalle próxima al

río mientras esperábamos que los hombres del ala izquierda de Obruda, rezagados por el fuego nutrido que recibían, alcanzaran la posición. Lo que es por Tebe, se habría lanzado a la conquista del Palacio con los ocho camaradas que lo seguían.

Me tocó agazaparme a resguardo de un pretil apenas una hora antes del asalto final. Allí junto, el río Intri bajaba crecido. En la turbia corriente flotaban bloques de hielo, ramas, troncos y algún que otro cuerpo inmóvil. Más allá del río, en la margen opuesta, se apretaban las casas del barrio de la Vieja, por encima de cuyos tejados ascendían varias columnas de humo.

De valor estratégico menor, por la mañana o a mediodía la Guardia de Seguridad había dejado el barrio a merced de los insurgentes. Por delante de nosotros, sus fuerzas se concentraban en la defensa de los accesos al último bastión del dictador Vistavino. Y aunque no se combatía en la Vieja, cada dos por tres llegaban a mis oídos disparos procedentes de la otra parte del río.

Ahora sabemos que gente de la peor calaña, armada hasta las orejas, iba por las casas destruyendo bienes y liquidando a sangre fría vecinos que en los años anteriores se hubiesen señalado por su fidelidad al régimen vistavinista o por sus convicciones religiosas. Bastaba un crucifijo en la pared para que familias enteras fueran pasadas por las armas.

Especialmente en el barrio de la Vieja, la escabechina perpetrada en nombre de la causa colectivista (¿quién se atreve hoy día a decir esto en voz alta?) alcanzó un grado de crueldad indescriptible. En algún momento de aquel 20 de diciembre de 1928, pereció Sigmún Benjamel, víctima de la orgía sangrienta. Se desconocen las circunstancias de su muerte. A ciencia cierta se sabe tan solo que su cadáver fue arrojado a una hoguera hecha con enseres de su casa. Quizá el maloliente Zazaza pudiera contarme algunos pormenores truculentos a cambio de una botella de vodka, pero ¿de qué me iban a servir?

Días antes, previendo las atrocidades que se avecinaban, doña Balbia Leonia de Ez y su hija habían abandonado la ciudad por vía marítima.

«... Y quiso el destino, como si no hubiera sido suficientemente adverso al permitir el vil asesinato, que aquel hombre probo que ganaba su pan fabricando ataúdes no mereciese reposar en uno de ellos, ni que le fuera dado transmitir en herencia sus bienes materiales ni aquel otro bien espiritual que fue el mayor que tuvo, la fe inquebrantable en Dios Todopoderoso, a la hija ingrata, a la hija indecente, a la hija descocada que, andando el tiempo, habría de entregar su cuerpo pecador a los mismos canallas que mataron a su padre».

(Abrel Darbast, *óp. cit.*, pág. 11).

«Lenguas calumniadoras imputan a los heroicos libertadores de la clase trabajadora la muerte de Sigmún Benjamel. ¿Dónde están las pruebas?».

(Blitte de Fertaxel, *óp. cit.*, pág. 32).

«—La muerte de papá fue un golpe duro para mi madre y para mí. De la noche a la mañana nos quedamos sin medios de subsistencia. Comprenda usted que no me gusta hablar en público de recuerdos dolorosos. Yo quería mucho a mi papá. Han dicho por ahí cosas que no son verdaderas. Mi padre hoy sería colectivista. Estoy totalmente segura. Pero dejemos estos temas tristes del pasado. Lo importante es el presente, ¿no le parece?».

(*Revista de Actualidad y Espectáculos*, ibídem).

Madre e hija desembarcan en el puerto de Aftino al amanecer del 17 de diciembre de 1928. A su llegada hace una temperatura de varios grados bajo cero. A causa de los meneos del barco la niña ha sufrido vahídos durante la travesía. La madre arrastra achaques de salud agravados por un fuerte dolor de cabeza. Deciden tomarse un descanso en el hotel Nuit de Paris, frente a la playa, antes de continuar su proyectado viaje por tierra. El hecho de que se alojaran en un establecimiento frecuentado por personas adineradas induce a pensar que la señora Balbia Leonia ha salido de casa provista de fondos. Se ignora la clase de equipaje que madre e hija llevan consigo.

Al día siguiente se enteran de que las comunicaciones hacia el interior del país han sido cortadas. Los guerrilleros de Cuntobre y las fuerzas regulares de Obruda han iniciado su avance victorioso por la llanura en dirección a la capital. El 18, que yo recuerde, habíamos alcanzado la ciénaga de Midua. La ciudad balnearia de Aftino se ha quedado aislada en un costado, sin servicio telefónico ni de correos.

La señora Balbia Leonia se ve obligada a prolongar su estancia en el hotel. Por aquellos días no tiene la menor posibilidad de establecer comunicación con su marido. Seguramente por reducir gastos, se traslada con su hija, después de una semana, a la modesta pensión Hogar del Navegante, en la zona histórica de Aftino, donde ambas permanecen alojadas hasta bien entrado el mes de febrero.

Apenas se sabe nada de su vida por esas fechas. ¿Les ha llegado a Aftino la noticia de la muerte de Benjamel, del saqueo y confiscación de la casa, de la destrucción del taller de ataúdes?

Hay constancia de que a partir de cierto momento no pueden costear los gastos de hospedaje y manutención. El propietario del Hogar del Navegante, «a cambio de compensaciones de índole libidinosa» (Abrel Darbast), permite que la mujer y la niña permanezcan sin pago alguno en la pensión. Hasta les proporciona el día de la despedida cierta suma de dinero para el viaje. Años después, Marivián la devolverá quintuplicada a los herederos de quien ella calificó, en la nota leída con motivo de la cancelación de la deuda ante los periodistas, como «hombre de bondad extraordinaria al que debo la vida».

Tras la estancia en Aftino, la vida de la futura Marivián atraviesa una fase a la que los biógrafos han prestado poca atención, acaso por parecerles a primera vista menos rica en acontecimientos que las anteriores y las siguientes. Dicha fase abarca tres años marcados por la humillación y la pobreza; un lapso que apenas asoma en las declaraciones públicas de la actriz, tampoco en sus cartas y documentos confidenciales, como si lo hubiera arrumbado a uno de los lugares menos accesibles de su memoria.

El libro de fotografías ni siquiera contiene un retrato que muestre a la niña tal como era por entonces. Cuesta, además, debido a la escasez de testimonios, seguir sus pasos por aquellos tiempos en que se establece con su madre en un arrabal de Sóeo. A este respecto no deja de ser útil el relato sucinto de los diversos biógrafos. Aunque difieren como de costumbre en la interpretación, presentan notables coincidencias en cuanto a los episodios descritos, lo que induce a tomarlos por verosímiles. He recogido en esta nota los que me han parecido de mayor relevancia.

Restituidas las comunicaciones por ferrocarril, Marivián viaja un día de febrero de 1929 con su madre a Sóeo. Abrigan la esperanza de ser acogidas en casa del hermano de doña Balbia Leonia, el marqués de Daer. No con otro pensamiento habían salido ellas de la capital dos meses atrás.

En Sóeo les espera una decepción. La casa donde pensaban refugiarse ha sido colectivizada. El marqués, como tantas víctimas de la revolución, ha partido hacia el destierro. Están solas, con el poco dinero y la poca comida que les dio el hospedero de Aftino. Para entonces ya han debido de enterarse de la muerte de Benjamel y de la pérdida de todos sus bienes.

Pasan dos noches del crudo invierno (tres en la versión de Rabdel de Precce) al sereno. Quien dice al sereno dice en un portal, quizá en algún recoveco de la calle. Esto no se sabe con exactitud. Al fin, tras una búsqueda salpicada de dificultades, consiguen localizar al antiguo administrador del marqués, por quien se enteran de que este continúa en la ciudad con un cargo de importancia en la gestión municipal, lo que prueba su ingreso en el Partido y su participación activa en el proyecto político de quienes han suprimido los privilegios de la nobleza. Al cabo de un tiempo, el marqués, que a efectos legales carece de dicho título, recobra la casa, si bien ya no en calidad de propietario.

Su nombre es Viccuo de Ez y con eso está todo dicho, puesto que se trata efectivamente del funesto Viccuo de Ez que todos conocemos. Cínico y arribista, espoleado por su ambiciosa mujer adoptará los ideales del colectivismo victorioso, que en privado un hombre de su linaje no puede sino despreciar, y avanzará en cuestión de pocos años hasta los puestos de jefatura del Partido en su demarcación.

En 1929 se dedica como tantos otros de su condición a reunir méritos. Se sabe que se apresuró a entregar su casa y sus tierras a las autoridades revolucionarias antes que estas procedieran a colectivizarlas y que renunció por escrito a su título nobiliario para que después no constara en documento ninguno que se lo habían arrebatado. Se le atribuyen en el curso de su carrera política numerosas actuaciones ruines; pero no voy a entrar en ellas porque no las conozco bien y porque de quien yo quiero escribir en estas notas es de Marivián.

Rabdel de Precce refiere que doña Balbia Leonia y su hija permanecieron no más de cinco días alojadas en donde fuera que residiesen por aquellos días Viccuo de Ez, su mujer y sus hijos. ¿Por qué se marchan si no tienen otro refugio? He aquí uno de tantos interrogantes relacionados con la vida de Marivián que quedarán para siempre sin respuesta.

Durante un tiempo no se sabe nada del paradero de la madre y la hija, hasta que a finales de marzo reaparecen en uno de los barrios más pobres de la ciudad. Viccuo de Ez ha logrado que los responsables de la redistribución de propiedades colectivas les asignen una casucha en las afueras, donde las abandona a su suerte.

Con el objeto de cubrir la cuota mensual de la vivienda, doña Balbia Leonia ha de llevar a cabo trabajos sociales exentos de remuneración, ya que carece de ingresos propios. De vez en cuando le toca hacer limpieza en el hospital y su hija la acompaña. Ignoramos qué otras tareas le encargan.

Durante los siguientes tres años, Acfia Fenelina no asiste a ningún colegio. Y como ella, el setenta por ciento de los menores de edad de la República Colectivista de Antíbula, al menos hasta la reforma del año 32. Tras un periodo de enseñanza adaptada a los dogmas de la Iglesia católica, las purgas severas (las famosas «campañas de formación ideológica», según el eufemismo oficial) promovidas por el Partido Colectivista han dejado el país diezmado de docentes. Por añadidura, la revolución ha traído consigo el descalabro económico. Recién nombrado Secretario General, Francio Cuntobre proclama con su característica rudeza: «No es tiempo de aprender sino de echar los hígados». Y promulga una ley que fomenta el trabajo infantil en las fábricas.

Las duras condiciones de vida merman aún más la salud de por sí delicada de doña Balbia Leonia, una mujer (una dama) habituada desde la niñez a las comodidades de la clase burguesa. «Recuerdo a mamá tosiendo toda la noche y escupiendo sangre, y muy triste porque no teníamos de comer», escribe Marivián, con caligrafía adolescente, en un cuaderno que se conserva en la casa-museo a ella dedicada, si bien en un archivo de acceso restringido.

Doña Balbia Leonia de Ez murió el 5 de febrero de 1932, tras varios meses de enfermedad no tratada por los médicos. Vecinos compasivos la han trasladado al hospital, donde fallece la misma tarde de su ingreso. Fue enterrada en una sepultura colectiva del cementerio de Sóeo. Años más tarde, la hija, ya famosa, propició el traslado de los restos mortales de su madre al cementerio de la capital, donde yacen

en un lujoso panteón.

De acuerdo con el relato de Abrel Darbast, basado en «informaciones dignas del mayor crédito», el fallecimiento de doña Balbia Leonia se debió a complicaciones derivadas de una afección venérea. Leído el pasaje, le pedí a Tebe Fren que me facilitara los documentos pertinentes para viajar a Sóeo.

Va para largos años que la casona del marqués de Daer no pertenece al marqués de Daer, pero en ella entra y de ella sale a cualquier hora del día el hombre que fue el marqués de Daer. Lo vi de lejos apearse de un coche oficial. Tuve la prudencia de no acercarme.

En el centro de la fachada principal campeaba una lápida conmemorativa. La lápida, de granito pulido, había sido fijada en el espacio que alguna vez ocupó un escudo nobiliario cuyo contorno todavía se podía distinguir sobre los sillares más oscuros. Las letras cinceladas en la piedra afirmaban que Marivián había vivido entre 1929 y 1932 en aquella casa.

Andando me dirigí al hospital donde murió doña Balbia Leonia de Ez. Lo encontré sin dificultad aunque ya no se llamaba como hacía más de veinticinco años. No hay otro en Sóeo. Pensé que existiría allí un archivo de actas médicas o al menos un registro de defunciones. Y si no, cabía la posibilidad de que me condujesen a la presencia del doctor que en febrero del 32 había certificado la muerte de la madre de Marivián. No era improbable que viviese y fuera un anciano al que aún no le fallara del todo la memoria.

Me atendió una mujer joven en la oficina del hospital. Noté su inquietud en cuanto se puso a ojear los documentos que me había proporcionado Tebe Fren, todos ellos con sello del Comité Revolucionario de Prensa y Publicaciones. Durante un rato desapareció con mis papeles en un despacho. A la vuelta me dijo que debía efectuar una llamada en solicitud de instrucciones. La persona que se puso al teléfono no parecía comprender el sentido de mi pesquisa. La oficinista me rogó que esperase fuera. En el momento de cerrar la puerta vi que marcaba nuevamente un número de teléfono. Me marché enseguida del hospital, convencido de que había emprendido un viaje inútil.

La vivienda, una choza miserable, con paredes de tablas y tejado de carrizo, ya no existía.

—Estaba justamente ahí, donde empieza la valla del campo de tiro. Un poco apartada de las otras, ¿sabe? En tiempos la ocupó una vieja que se murió. Decían que si era bruja. En fin, una vieja. Y, como vivía sola, nadie se dio cuenta de que había muerto. Hasta que en el 28 una partida de revolucionarios encontró el esqueleto sentado en una silla. Como se lo cuento.

A fin de inspirar confianza, me había metido en un bolsillo interior de la chaqueta los papeles de Tebe y una insignia del partido, y en otro una copia de mi artículo en *Dios Mediante* y una estampa del santo Jancio. No me hizo falta mostrarle al viejo ninguna de aquellas cosas. En cuanto oyó el nombre de Marivián se ofreció a servirme de cicerone.

—Una vez —dijo— acompañé a una señora que apuntaba en un cuaderno lo que yo le contaba. Y sé que han venido otros. Usted ha tenido suerte de toparse conmigo. Hay vecinos en el barrio que hablan de oídas, ¿sabe? Pero yo vi muchas cosas porque yo ya vivía aquí cuando la niña y su madre se instalaron en la choza, pobrecillas.

Le describí el semblante de la mujer que, según mis sospechas, se hace pasar por Abrel Darbast. El viejo no estaba seguro. No recordaba haberla oído hacer manifestaciones de tipo religioso. Tampoco que hubiera hablado mal de Marivián. Le calculó, eso sí, una edad aproximada a la de la mujer con quien yo había conversado en la bahía.

—La chiquitica jugaba descalza por estos alrededores. A veces llovía a cántaros y ahí estaba, sola y empapada en medio del barrizal, con las manos llenas de ranas. Pero, claro, no tenía otro remedio. La Maturranga la mandaba fuera de casa en cuanto llegaba una visita. Había días en que esto era un ir y venir sin descanso.

Le rogué que me explicase a qué clase de visitas se refería.

—Si me regala usted un cigarro le contaré historias que no se pueden hacer públicas, ¿eh?, pero que pasaron.

Me apresuré a complacerlo. Estuve tentado de regalarle el paquete en señal de buena voluntad. Me contuve pensando en que me traía cuenta darle la recompensa en porciones.

—Pues mire —volvió la mirada en derredor para asegurarse de que nadie lo escuchaba—, en las tablas de la puerta había un gancho todo lleno de roña. Si colgaba de él un pañuelo rosa con flores había que esperar. Y cuando se iba el que había estado dentro, la mujer quitaba el pañuelo, ¿comprende?

—Usted no me estará hablando por hablar, ¿verdad? ¿Seguro que la madre de Marivián se prostituía?

—Se metió a puta para esto —dijo haciendo el ademán de llevarse alimentos a la boca.

—Le aseguro que he leído libros sobre la vida de Marivián y en ninguno pone lo que me está usted contando.

—Si no me cree pregunte por ahí. Ya verá. Oiga, pero si era un dolor ver la miseria en que vivían las dos desdichadas. La Maturranga, que luego han dicho que era una gran señora, aceptaba lo que fuera, no solo dinero. Nunca discutía el precio. Se veía a algunos llegar con dos melones bajo el brazo. O con un mazo de zanahorias. Y esperaban fuera hasta que desaparecía el pañuelo. A veces se juntaban varios porque había corrido la voz de que la Maturranga tenía muy buen cuerpo. Pero eso solo al principio. Con el tiempo la malhadada se llagó y sangraba de los dientes, y dejó de gustar. Estaba muy desesperada. A mí me contó uno que en pleno trajín la vio masticar un cacho de pan que él le había llevado.

—Usted parece saber mucho de lo que pasaba allí dentro, ¿no?

—Bastante —sonrió, socarrón—. Lo malo es que se me está acabando el cigarro. Y sin cigarro mi memoria flojea.

A tiempo de tenderle el paquete para que se sirviese, le pregunté si él también había estado dentro de la choza.

—¿Son de contrabando?

—Tengo un pariente en el extranjero que me los manda.

Exhaló a través de la sonrisa una bocanada de humo antes de contestar:

—En este barrio todo quisque se echó alguna vez encima de la Maturranga. Hay quien repetía a pesar de la mugre. Y yo sé que la Maturranga recibía por la calle palabras feas de las vecinas casadas. De vez en cuando también algún palazo. Luego le tomaron compasión, pues se puso enferma y la pobre no podía levantarse del camastro. Gente caritativa depositaba comida delante de la puerta o bien se la daba a la chiquitica. Digo yo que si lo hubieran hecho antes no habría habido tanto vaivén de machos por la zona. Las cosas como son.

—¿Y la niña?

—La niña sola en la calle, ya le he dicho, con la carita roja de frío. Nadie podía imaginar que de mayor llegaría a ser lo que fue. Hubo hombres maliciosos que habrían pagado cuatro melones en vez de dos. Pero la Maturranga, en punto a su pequeña, tenía la furia de un tigre. A la menor insinuación, porque me lo han dicho, agarraba el atizador y lanzaba unas amenazas que ponían los pelos de punta. Porque la Maturranga, ¿sabe usted?, admitía que cualquier desastrado desfogase en ella sus antojos. Pero ¡mucho cuidado con mentar a la niña! Yo creo que la quería mucho y que aceptaba el arrimo de los hombres para darle de comer.

—Todo esto ¿también se lo contó usted a la señora aquella que vino preguntando?

—¡Por los ojos del santo Jancio! Estas cosas se hablan de hombre a hombre, no con una señora elegante peinada de peluquería. Aunque no lo parezca, uno tiene sus principios y su vergüenza. Además, aquella señora no fumaba.

A mi llegada al piso, el trozo de hilo que había dejado prendido en la ranura de la puerta estaba en el suelo. El de la puerta de mi cuarto y el del cajón del escritorio también. Fuera de eso no puedo decir que la visita de la Posepu hubiera causado demasiado desorden.

Acostumbro seguir las recomendaciones de Tebe Fren. En mi biblioteca abundan los libros afectos al colectivismo, pego carteles del Partido en las paredes y guardo un diario ficticio en el cajón donde escribo regularmente, aunque se me retuerza el estómago de asco, alabanzas al camarada Ij, comentarios elogiosos a la gestión de los ministros, afirmaciones tajantes acerca de la conveniencia de que haya una policía política, críticas a los opositores del régimen y esas cosas.

El libro de fotos de Marivián forma parte de los objetos que no necesito esconder. Sin quitarme el abrigo ni los zapatos corrí a comprobar si era fundada una sospecha que no había cesado de intrigarme durante el viaje en tren. Enseguida encontré lo que buscaba, una foto en color datada en 1952.

En ella se ve a Marivián de cintura para arriba encarnando el papel de protagonista en *La señorita Julia* de Strindberg, una de sus actuaciones más memorables, si es que alguna de las suyas no lo fue. Tiene la actriz treinta y cinco años o pronto los va a cumplir. Su aspecto es imponente, de una belleza poderosa y dramática. Una mueca de intensa desesperación demuda su rostro, acentuada por el negro profundo de los ojos, los cabellos alborotados y la navaja de afeitar que empuña como si no se diera cuenta.

Yo buscaba otro detalle y allí estaba. En torno al cuello lleva un pañuelo floreado de color rosa.

Nunca se sabrá con certeza, pero es verosímil conjeturar que un día de febrero de 1932 sonasen golpes medrosos en la puerta de la casona de Viccuo de Ez. Y que este, por hallarse casualmente en el recibidor, acudiera a abrir y se encontrara delante de la puerta una niña flaca de catorce años, vestida con harapos, descalza, cubierta de suciedad e infestada de parásitos. Una niña que, con un temblor de frío en la voz, le cuenta que se ha muerto su madre y está sola.

Quizá la escena transcurrió de otro modo. No podemos descartar que Acfia Fenelina Benjamel acudiera acompañada de un adulto a casa de su tío. Dos cosas sabemos de fijo: que al quedarse huérfana buscó amparo en casa de su único pariente y que al llegar tenía un aspecto lastimoso.

Por espacio de varios meses, Viccuo de Ez se hace cargo de su sobrina. Años más tarde, con motivo de la muerte de Marivián y la colocación de la lápida falaz en la fachada de su casa que no era suya, pero como si lo fuera, publicó en *Voz Roja* un artículo viscoso, de estilo amanerado, en el que dio cuenta de su propia generosidad cuando acogió a la sobrina «en febrero de 1929 (*sic*) y la cuidé y quise como a una

hija».

Marivián lo trata con respeto en su cuaderno de adolescencia, mientras que se muestra hartamente crítica con el resto de la familia: «Mis primos no me querían y mi tía aún menos. En cuanto tío Viccuo se ausentaba me hacían la vida imposible. Entre ellos me conocían como la Piojosa».

Presionado por sus familiares, a petición de la propia niña o acaso movido por ambas razones, Viccuo de Ez intercede con éxito para que su sobrina sea admitida a finales del verano de 1932 en el Colegio de Pioneras Rosa Luxemburg, institución pedagógica en régimen de internado fundada con el objetivo de formar elites femeninas instruidas en los principios básicos del colectivismo.

El Rosa Luxemburg ocupaba por aquel tiempo un castillo de gruesos muros. Anteriormente había sido un internado donde señoritas de clase alta se educaban bajo la férula de las monjas corazonianas. El castillo se alza en la ladera abrupta de un monte de la sierra de Ayueltu, a pocos kilómetros de la frontera con la Bladia. Tengo entendido que hoy día alberga una prisión militar.

«Señor:

Se sorprenderá usted de que le vuelva a escribir después de comunicarle en mi carta del mes de enero o febrero, ya no me acuerdo, que no me quedaba más por decir. Tomo la pluma de nuevo aunque los problemas de salud me hacen por demás dificultoso el trabajo, si bien de unos días a esta parte respiro mejor, y es para contarle que hay un secretillo que la otra vez me callé por recato, también porque pensé que usted no lo juzgaría importante. A lo mejor me equivoco y para salir de dudas y tener tranquilidad se lo cuento en pocas palabras porque no quiero molestarlo y si lo estoy molestando por favor discúlpeme. Y es que a mí el primer beso que me han dado en la boca me lo dio la niña Acfia Fenelina una tarde en el jardín de la escuela, que fue jugando a macho y hembra como solíamos decir, una cosa inocente, no se vaya usted a creer, pero se la cuento porque ha habido rumores sobre ella de que si esto y que si lo otro. Quizá a usted le interese y, si no, tire esta carta a la basura, y ahora sí que le he dicho todo. Le mando saludos míos y de mi marido aunque no está. Dabrosca de Aoer, en Fótebre a 22 de mayo de 1959, viernes.

No olvide mandarme un ejemplar de su libro cuando se publique».

Fue Tebe Fren quien me puso al corriente por medio del muchacho de que existía en la casa-museo Marivián un depósito de materiales, con archivo incluido, de acceso vedado al público. Suponía que se tratase de un simple almacén donde probablemente se guardaban «los cachivaches de la furcia» que no habían cabido en la actual sala de exposiciones. Descontando a los «mangoneadores del Partido», ignoraba a qué ciudadanos se les permitía entrar allí. Podría tratar de averiguarlo si me interesaba. Y concluía la nota: «¿No te estarás obsesionando igual que tu hermano?».

Son numerosas las personas que deben favores a Tebe. Así que no experimenté la

menor extrañeza cuando, a los pocos días, el mandadero me entregó una cédula de investigador expedida a mi nombre y firmada de su puño y letra por el rector de la Universidad Revolucionaria 20 de Diciembre, donde no recuerdo haber puesto nunca los pies.

El depósito no se halla en la cripta de Santa Cenarrita, sino dentro de un recinto menos espacioso, aunque también grande, que en tiempos anteriores a la revolución fue sacristía. Me causó una grata sorpresa encontrar de vigilante junto a la puerta a una vieja amiga, Coranda de Muta, la hija del famoso historiador, de la que fui algo novio en la adolescencia. A mi llegada estaba leyendo un libro. Hacía una pila de años que no nos veíamos.

—¿Sigues en el periódico?

—Me han concedido excedencia para escribir un ensayo.

Miró la cédula por encima, sin levantarse de la silla, aunque esto último quizá se debiera a la lesión de su pierna.

—Puede que en adelante nos veamos a menudo —le dije—. Tengo que hacer investigaciones.

—Hombre, ya me gustaría conversar un poco con alguien. Hay días en que estoy aquí sola y aburrida desde la mañana hasta la hora de marcharme. Pero no me quejo, ¿eh? ¿Qué trabajo me van a dar a mí con esta maldita pierna?

Se ofreció a enseñarme el depósito.

—Espero que no venga alguien y me pille fuera de mi sitio.

—¿Quién iba a venir?

Se agarró a mi brazo para caminar. Tenía una cojera pronunciada.

—Últimamente apenas viene gente. Pero hubo un tiempo —me susurró al oído— en que venía a diario el Secretario General, el todopoderoso y temido camarada Ij. Como lo oyes. Dejaba a los guardaespaldas en la calle y se encerraba ahí dentro durante una o dos horas, tras darme la orden de impedir que nadie lo importunase.

—¿Y qué puñetas hacía nuestro Padre de la Patria en el depósito de materiales de una actriz difunta?

—No lo contarás en tu libro, ¿eh?

—¡Coranda, por favor!

Volvió la mirada hacia las naves vacías de ornamentos, estatuas y bancos del antiguo templo para cerciorarse de que estábamos solos. Después señaló un ventano que se abría en la pared, como a tres metros del suelo.

—Una tarde ajusté un espejo de neceser al palo de una escoba porque no me aguantaba la curiosidad. Y aunque me costó un rato largo orientar el espejo en la dirección adecuada, lo vi.

—¿Qué viste?

—El camarada Ij venía a ponerse los vestidos de Marivián.

—No puede ser.

—Sí, amiguito. Y también las pelucas. Por favor, guárdame el secreto porque en

este país de mierda por motivos menores acaban algunos en los sótanos de la Posepu.

Coranda tuvo la gentileza de guiarme por el depósito de materiales. Había armarios roperos en los que colgaba un sinnúmero de prendas, los vestidos valiosos convenientemente protegidos dentro de fundas. Sombreros, lencería, guantes, chales, todo ya sin vida, descolorido, arrugado y ligeramente cubierto de polvo sobre las baldas. Dentro de un cajón de madera se apilaban docenas de zapatos femeninos, atados con cordeles por parejas. Había escriños repletos de joyas y bisutería, cajas llenas de cosméticos, muebles y adornos amontonados con ostensible descuido.

Lo que más me interesó, por no decir lo único, fue el archivo de documentos escritos y fotografías al fondo del recinto.

—¿Quieres ver las partes pudendas de Marivián?

Coranda abrió un cajón en el que se alineaban al pie de un centenar de fotos en color y en blanco y negro que mostraban a la actriz desnuda en poses lascivas o, para ser más exactos, pornográficas. Pero había otras muchas imágenes que la presentaban durante sus actuaciones públicas, en fiestas, viajes y en todo tipo de lugares, a veces sola, a veces rodeada de compañeros de trabajo, políticos, admiradores...

Adosado a la misma pared había un segundo armario de cajones donde estaba el tesoro que yo buscaba: una copiosa colección de cartas, recordatorios, recortes de prensa... Y el cuaderno en que anotó un sinfín de intimidades por los días de su internado en el Rosa Luxemburg.

—Coranda —le dije cuando ya me hube formado una impresión suficiente de los objetos reunidos en el depósito—, no me puedo ir a casa sin hacerte una revelación. No estoy de excedencia en el periódico. En realidad me han echado. Bueno, me he salido para que no me echen. Pero total, patatas.

—Y la cédula de investigador ¿te la has confeccionado tú? Te ha quedado muy bien.

—La cédula es auténtica. Conexiones al más alto nivel, ya te puedes figurar.

—Qué país más triste en el que nadie es lo que es, nadie cree en lo que dice y en el que, para permitirse un gesto de sinceridad, debe uno tomar toda clase de precauciones.

El día comenzaba para las pioneras del Rosa Luxemburg con un toque de corneta a las cinco de la mañana. Diez minutos después las distintas secciones formaban en el patio. La primera actividad de la jornada consistía en recorrer un sendero de tierra hasta la cumbre del monte Marx, así bautizado por aquella época. La ascensión duraba obra de tres cuartos de hora. Se efectuaba por lo general a oscuras y siempre en ayunas, hiciera el tiempo que hiciera. Durante la marcha estaba terminantemente prohibido hablar. Arriba, ante el busto de bronce de Karl Marx (no pocas veces sepultado por la nieve), la profesora o profesor de turno pronunciaba la arenga del día. Cerca de doscientas bocas adolescentes entonaban a continuación el himno de Antíbula y el del colegio. Los domingos no se celebraba el rito.

Tras las abluciones matinales, las pioneras bajaban a tomar el desayuno en el comedor. Tenían después tiempo hasta las nueve para escribir en la biblioteca o en los dormitorios colectivos un texto de no menos de cuatrocientas palabras. Pesaba sobre ellas la obligación de confesar impresiones, pensamientos y, en fin, toda clase de vivencias personales «con la finalidad de no sucumbir al individualismo». Repartidas las secciones en las aulas respectivas, la jornada propiamente escolar comenzaba con las sucesivas lecturas en voz alta de los textos referidos. No se han conservado los de Acfia Fenelina Benjamel. El cuaderno que se guarda en el depósito de la casa-museo era de naturaleza clandestina.

El resto de la mañana estaba dedicado a las clases teóricas. De once a doce, los martes y viernes, la camarada directora o algún invitado de honor (Francio Cuntobre lo hizo en varias ocasiones) impartía una clase de Historia, Fundamentos y Logros del Ideal Colectivista con todas las pioneras reunidas en el aula magna.

El almuerzo se servía a las doce en punto. Cada cual debía encargarse de la limpieza de sus utensilios de comida. Hasta la una y media había descanso. Según los días, seguía una hora de Costura y Hogar, de Construcción y Empleo de Instrumentos Mecánicos o de Ajedrez. La gimnasia y los deportes ocupaban la tarde hasta las seis (en invierno media hora menos). Tras la cena, servida a las siete, había una hora obligatoria de «lectura guiada» en la biblioteca. A las nueve en punto se apagaba la luz.

«El camarada Ábtud también me ha escogido hoy al final de la gimnasia para que lo acompañe a la perrera. Dice Dorlea que porque mi boca es bonita y no tengo padres influyentes o poderosos que se puedan enojar. Y es verdad que el camarada Ábtud se lleva siempre a las niñas que estamos solitas. Ha sido igual que la otra vez, aunque un poco más corto. Creo que le gusta oír que me dan arcadas. Le he pedido

perdón, pero dice que le gustan los ruidos que hago. El miembro del camarada Ábtud huele bastante a pipí. Eso es lo que más asco me da. Por la noche Dorlea no me deja tranquila hasta que se lo cuento. Se mete en mi cama a oscuras y me hace preguntas al oído. Que qué se siente. Que a qué sabe la leche del varón. Que si le puedo llevar otro día un poco escondido entre los dientes y la carne para que ella lo toque. Le digo que el camarada Ábtud me ha prometido una buena nota al final del curso. Dice que se esfuerza mucho por la formación de las pioneras. Que estar aquí, lejos de su casa y sus amigos, es un gran sacrificio para él. Y por eso piensa que tiene derecho a un poco de placer. Que si lo comprendo. Dorlea dice que ella en mi lugar sí lo comprendería. Yo no sé qué pensar, pero preferiría no tener que encerrarme con el camarada Ábtud en la perrera».

(Extracto del cuaderno de Marivián, sin fecha).

Coranda me refirió que hace un tiempo Blitte de Fertaxel y Rabdel de Precce venían con frecuencia a husmear en los cajones del depósito. El primero relata en media docena de páginas la estancia de Marivián en el Rosa Luxemburg. El segundo dedica al tema un largo capítulo con el que cierra su libro, si bien elude toda suerte de descripciones y episodios que pudieran comprometer la reputación del colegio.

Mi amiga no concibe que ninguno de los dos biógrafos desconociera el contenido del cuaderno. Llama la atención en su cubierta la marca roja de los documentos altamente confidenciales cuya exhibición en la sala de exposiciones está prohibida.

Es impensable que, en caso de haber tenido acceso al depósito, Abrel Darbast hubiera desaprovechado la delicada información contenida en el cuaderno. En todos los años que lleva de vigilante, Coranda no se acuerda de ninguna señora que hubiese venido a investigar.

Acfia Fenelina Benjamel llega sola al castillo el 10 de septiembre de 1932 provista de los documentos que le ha proporcionado su tío. Abandona el lugar el 14 de marzo de 1935 sin haber culminado el curso superior, lo que no le impide obtener el certificado correspondiente. Esta práctica era y es común en aquel y otros internados similares donde reciben adiestramiento los cerebros que el régimen necesita para mantenerse.

Con frecuencia, determinadas internas del Rosa Luxemburg que destacasen por alguna cualidad recibían ofertas de empleo antes de la conclusión del ciclo escolar, como fue el caso de la futura Marivián.

Los biógrafos coinciden en afirmar que la muchacha es una alumna mediocre. No descuella en ninguna de las asignaturas teóricas. A partir de cierto momento y hasta el final de su estancia en el internado, sus mejores calificaciones las saca en Gimnasia. El aire puro, la proximidad de la naturaleza, el ejercicio físico y la alimentación adecuada contribuyen a que crezca fuerte y sana. No se le conoce enfermedad ninguna durante los dos años y medio de estancia en el colegio. Sin embargo, dista de tener una complexión atlética, de lo cual se infiere que el camarada Ábtud cumplía sus promesas.

Las aptitudes de la muchacha hay que buscarlas en otro tipo de actividades. A las profesoras no les ha pasado inadvertido que Acfia Fenelina posee gran capacidad para la memorización de textos. Por dicha causa, en las representaciones teatrales del colegio, a menudo en presencia de destacados representantes del Partido, se le otorgan los papeles más largos y difíciles. Tiene, además, una rara habilidad para moverse con garbo sobre el escenario, así como un instinto natural para imitar voces y gestos. Se le atribuyen números de imitación por demás divertidos. Cierta día consiguió arrancar carcajadas al Secretario General de entonces, camarada Francio Cuntobre, impartiendo durante varios minutos, de pie junto al atril del aula magna, una clase de Historia, Fundamentos y Logros del Ideal Colectivista con la vocecilla, las maneras y las gafas prestadas de la directora del colegio.

«Han empezado las vacaciones. Las segundas que paso en el colegio. Se me encoge el corazón pensando en las del otro año. A mediodía el patio estaba lleno de automóviles. ¡Qué bonitos colores y cómo brillaban! Los familiares abrazaban a las niñas, las niñas a los familiares, y luego todos se han ido a sus casas o a algún sitio seguramente maravilloso cerca del mar. A mí también me gustaría que me abrazaran. Sueño que voy con mamá por el paseo de Verca hasta el final del río. Que juego a los entierros en el taller de papá. Me he asomado a la ventana para decir adiós con la mano a Dorlea, que me ha prometido traerme un regalo cuando vuelva. La otra vez

trajo cigarrillos y cerillas escondidos en la maleta. No me asomo mucho tiempo para que no me vea las lágrimas. Todo el mundo ríe y hace bromas en el patio. Tiene que parecerles feo que alguien los mire llorando desde una ventana.

»El padre de Dorlea es un señor de casi dos metros de altura. Un gigante. Su coche tiene en la parte de delante un banderín con el escudo del Partido. Se nota que es un hombre importante porque el automóvil lo conduce un chófer. Lo que no me ha gustado ha sido el sombrero. Le hacía una cabeza muy gorda. Ahora el colegio está vacío. Hay un silencio la mar de raro en los pasillos. Los profesores también se han ido. Solo quedan algunas cuidadoras, el portero y unas pocas niñas que no tenemos adónde ir. Y además no conozco bien a ninguna y no me gusta ninguna. ¡Menudo aburrimiento! Si papá viviera también tendría un automóvil».

(Extracto del cuaderno de Marivián. Aunque carece de fecha, su contenido permite situar el pasaje en el verano de 1934).

Entre la última página del cuaderno y la cubierta posterior encontré por casualidad un trozo amarillento de periódico. Deduje por el tipo de letra que había sido arrancado de alguna edición antigua de *Voz Roja*. Al desdoblarlo vi que contenía parte de una noticia deportiva. No le hallaba sentido a la combinación Marivián-piragüismo. Me acerqué a Coranda.

—¿Tú entiendes esto?

—Quizá la actriz lo usaba de marcapáginas.

—¿De marcapáginas una tira medio rota de papel?

—¿Por qué no pruebas a mirar el otro lado?

Le di la vuelta. Al principio tampoco comprendí. RELACIÓN DE EJECUTADOS DEL MES DE NOVIEMBRE. No se leía fecha alguna; pero la circunstancia de que se mencionase al jefe de Gobierno y Secretario General, camarada Ij, en calidad de firmante de las sentencias significaba que la noticia no podía ser anterior a 1943, año en que la muerte de Francio Cuntobre le permitió encaramarse a la jefatura del Partido.

Bajo los titulares de tamaño más bien reducido figuraba la lista de los ajusticiados. En total, cuarenta y siete nombres, uno de los cuales aparecía subrayado. Se trataba de Ábtud Erfey.

Pedí a Coranda su opinión.

—Hay cosas —me dijo— que una mujer no olvida.

—Según tú, ella intervino para que Ij se cepillara al sinvergüenza. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—Oye, guapo, ¿quién es aquí el investigador, tú o yo?

«Bajo la férula de docentes ateos, las educandas eran instruidas día tras día en el odio a Dios Nuestro Señor y a la Santa Madre Iglesia, así como forzadas a ejercitarse

en los principios del nefasto materialismo, causa de la ruina actual de nuestra patria. Negábase torpemente la existencia del alma, lo que lleva a reducir los seres humanos a minerales dotados de lenguaje y movimiento, sin freno que impida la consumación del mal. Huelga decir que estaban prohibidos los símbolos religiosos. La mera posesión de un pequeño crucifijo, de una estampa de la Virgen, en fin, de un inocente rosario, acarreaba castigos severísimos. Con infinita y bestial crueldad, quienes debían velar por la pureza y cultivo de la virtud perseguían el rezo en la intimidad, al par que fomentaban el culto pagano a los personajes representativos del colectivismo. Volvía a repetirse sobre la faz de la Tierra la historia del becerro de oro».

(Abrel Darbast, *óp. cit.*, pág. 17).

Los estatutos del Rosa Luxemburg (dictados, claro está, por el Partido) imponían a las pioneras la prohibición de toda práctica religiosa. Dicha prohibición, extensible al personal docente, estaba asociada a medidas correctivas y, en casos extremos de reincidencia, a la expulsión del colegio e incluso a penas de cárcel. Abrel Darbast no va, pues, descaminado en este punto, aun cuando su escrito incurre en fantasías de persecución y martirio no apoyadas en testimonios.

Acierta asimismo en otro asunto al que no aluden los biógrafos que sin duda sabían al respecto mucho más que él. Dispuesto a equiparar el internado con una sucursal del infierno en la Tierra, no duda en atribuir «posibles desviaciones sexuales de las educandas», sin citar ningún caso concreto ni especificar por qué caminos documentales ha llegado a semejante presunción. Y, sin embargo, da en el clavo.

El cuaderno de Acfia Fenelina Benjamel abunda en pasajes que narran experiencias lésbicas, tanto propias como de algunas profesoras y numerosas compañeras. Leemos que al llegar la noche, en cuanto la cuidadora de turno apagaba las lámparas del dormitorio colectivo, sonaban en la oscuridad pisadas de pies descalzos que iban presurosos de una cama a otra.

Por primera vez en su vida, la futura Marivián toma conciencia de la atracción física que ejerce sobre sus semejantes. La lista de las compañeras que se declaran enamoradas de ella o que le solicitan abiertamente una relación corporal es cada vez más larga. Espigando en las páginas del cuaderno, se puede componer un registro de nombres, acciones y recompensas.

Copio a continuación unos cuantos ejemplos entre los muchos que se podrían seleccionar:

«Ecba Marlina: me lava el plato y los cubiertos a cambio de un beso en la boca cada día con las lenguas juntas. Aceptado.

»La Pelines: pide la vez para dormir en mi cama. No sabe qué dar, pero ya se le ocurrirá pues se considera generosa. Si no, que pregunte a las otras. Rechazado.

»Álmea: se ofrece como esclava a cambio de relaciones completas una vez al mes. Aceptado.

»Ardea: me da un frasco de perfume si le dejo usar mi cepillo de dientes después de usarlo yo. Aceptado.

»Larfta de Oj: tocar y chupar por la mitad de un paquete de alimentos y seguramente de golosinas que su familia le ha anunciado para fines de octubre. ¿Me fío? ¿No me fío? Rechazado».

En varias ocasiones, Acfia Fenelina Benjamel hace referencia a «besos y caricias de la camarada celulítica de Álgebra», de quien burlescamente destaca el placer que recibía haciéndose atar desnuda a las barras de la cama.

Cuenta asimismo que algunas compañeras tomaron la costumbre de seguirla a los retretes. Como estos carecían de puerta, ya que la dirección del colegio velaba por reducir al máximo los espacios propicios a la intimidad, debía resignarse a que la observaran mientras hacía sus necesidades. No menores eran la curiosidad y fascinación que generaba su cuerpo desnudo en las duchas.

«A lo mejor», escribe, «me sale de la piel un olor especial, como de vainilla o así, que cuando entra en la nariz de la gente resulta tan bonito que les roba la voluntad. En fin, no sé».

En la adolescencia de Marivián concurren tres elementos que a partir de entonces formarán una constante en su vida. Por un lado, como he escrito, está la atracción física debida tanto a su belleza como a una atmósfera erótica que la envuelve, un encanto corporal, un no se sabe bien qué que despierta ansias sexuales en cuantos se acercan a ella más de lo debido. (Mi hermano).

Por otro, la falta de emoción, la frialdad analítica con que tanto de muchacha como más tarde de mujer aborda las cuestiones amorosas. El cuaderno no deja dudas al respecto. De continuo traza listas de compañeras que se han prendado de ella. Cuenta los besos, las caricias, los regalos recibidos. En cambio, no me viene a la memoria un párrafo, un renglón, siquiera una palabra en que aflore nada parecido a la pasión física, no digamos ya al amor, de la muchacha que escribe. Son siempre los demás los que aman, los que anhelan, los que gozan y padecen, y ella la que hace los recuentos, la que saca las conclusiones.

El tercer elemento no sería posible sin los dos anteriores. Lo compone una larga ristra de infortunios acaecidos en las proximidades de la muchacha, infortunios que en no pocas ocasiones desembocan en tragedia. La triste serie empezó en el Rosa Luxemburg con Dorlea de Brode, hija de Jan de Brode, a la sazón jefe del Partido en la región de Uchu.

De Dorlea se sabe que es una pionera perspicaz, formal, trabajadora, que a menudo saca las mejores notas de su sección. Sus compañeras y profesores no dudan de que, cualquiera que sea el rumbo que tome su vida cuando salga del colegio, le espera un futuro boyante al amparo de su poderoso progenitor.

Pero ocurre que se ha enamorado de Acfia Fenelina Benjamel con una intensidad superior a sus frágiles fuerzas de adolescente. Quizá no sea exactamente amor lo que ella siente, sino una especie de fascinación morbosa, obsesiva, que la consume por dentro y le produce un profundo y constante desasosiego.

Como una sombra muda sigue a su amada a todas partes. Le lee en la intimidad poemas por ella escritos, que no se han conservado; comparte su cama, la colma de regalos y favores; le profesa, en suma, una desatada veneración.

Y entonces, una mañana, en las postrimerías del invierno de 1935, la directora del Rosa Luxemburg llama a Acfia Fenelina Benjamel a su despacho, donde le presenta a una mujer que lleva una falda corta, los labios pintados y un sombrero. La muchacha reconoce en la mujer a la visitante que semanas atrás la había felicitado efusivamente al término de una representación teatral durante la cual, como de costumbre, la guapa pionera se había lucido.

La mujer se llama Sera Behe, actriz de cierto renombre por los tiempos del cine mudo (se hacía llamar Sera Brighton), hoy creo yo que olvidada, aunque tampoco soy especialista en la materia. Ha venido al colegio a proponer a la muchacha el ingreso en su grupo de alumnos de la Escuela Popular de Artes Escénicas, con sede en la capital. La EPAE, por cuenta del Estado, garantiza a la muchacha el alojamiento, la manutención y una cantidad determinada de honorarios al mes.

«He dicho que sí sin vacilar», escribe Acfia Fenelina Benjamel en el cuaderno entre otras frases ostensivas de alborozo. Pasados tres días, un coche oficial del Comité Revolucionario de Prensa y Publicaciones viene a recogerla al colegio. Las ventanas de la fachada que da al patio rebosan de compañeras que le dicen adiós con la mano. Entre ellas no está Dorlea de Brode.

Dos días antes se había arrojado al precipicio de rocas que hay en la parte trasera de la torre del homenaje.

«Yo creo que mamá se pondría muy contenta si supiera que me voy a hacer actriz. Y papá seguro que también. Ojalá exista el cielo para que me puedan ver desde allí. Un aplauso, señoraaaaas y señoreeeees, para la famosa Acfia Fenelina, la más bella del mundo. Aplaudan muy fuerte, por favor, para que la ovación llegue hasta su mamá y su papá. Bueno, la señora Behe me ha dicho que todavía tengo que aprender. Y yo pienso para mí: venga, dese prisa, enséñeme.

»Hoy ha sido mi último día entero en el colegio. Mañana estoy libre de subir al Marx. Para las once he de tenerlo todo preparado. Esta noche dormiré con Álmea, que a cambio me da su maleta. No tengo nada de equipaje, pero en algún sitio debo esconder el pañuelo de mamá y mi cuaderno. Soy tan pobre que la directora me deja llevarme puesto el uniforme de pionera. Me ha hecho prometerle que cuando sea una gran artista vendré a visitar el colegio. Ya veremos. Estando las dos solas en su despacho me ha pedido que me pusiera sus gafas y la imitase. La vieja está más loca de lo que creía. Al final me ha dado un beso en la frente y ha dicho con su vocecilla

que pincha dentro de las orejas: Suerte, hija mía. Ni que fuera mi mamá.

»Después de comer he roto la nota de despedida que me puso Dorlea debajo de la almohada antes de tirarse de la torre. No se la he enseñado a nadie. Las profesoras no paran de decir que la pobre Dorlea se cayó. Mentira. Lo que pasa es que hay órdenes de que la gente no sepa que una pionera se ha quitado la vida. La Pelines y dos más han ido por la tarde a mirar si todavía está la mancha de sangre. Se me ha olvidado preguntarles si estaba».

(Extracto del cuaderno de Marivián, correspondiente sin la menor duda al 13 de marzo de 1935).

Por medio del mandadero, Tebe Fren me comunicó que a Sera Behe también se la llevaron los militares bladitas a finales del año 43 o quizá a principios del 44. Nunca volvió, por lo que, transcurrido el plazo previsto por la ley, fue dada por muerta y sus bienes repartidos entre sus herederos.

Descartada la posibilidad de conversar con ella, no quedaba más remedio que recurrir a las memorias que estaba dictando a un escritor de oficio por los días en que fue deportada junto con otras muchas ciudadanas de Antíbula. De dichas memorias se hizo una edición limitada en 1954, que es a la que recurren en busca de información los biógrafos de Marivián. Están inconclusas. En realidad consisten en una mezcla de evocaciones dispersas que el editor ordenó como pudo. Así y todo, contienen fragmentos relativos a los años de formación de Marivián en la EPAE, con referencias abundantes a su vida privada.

El problema era conseguir un ejemplar. Lo intenté sin éxito en librerías de Antíbula y de la provincia. También en la Biblioteca Central, donde el título figura en una tarjeta del fichero. Un día una empleada y otro día otra me aseguraron que el ejemplar no se encontraba en su sitio. La segunda me dijo que tal vez hubiera ido a parar a un estante equivocado y que, a pesar de los controles, ese estante podía estar en el domicilio de la última persona que había solicitado el libro.

Le pregunté a Tebe Fren si tendría la amabilidad de sacar en la sección de anuncios de *Voz Roja* una nota sucinta, sin firma o con firma apócrifa, en la que yo me ofreciese a comprar o alquilar el libro referido. Tebe me hizo llegar sin demora la respuesta, escrita en un trozo de papel rasgado de un cuaderno, donde solo se leía una palabra: NO.

La casa-museo poseía un ejemplar del que infortunadamente yo no podía disponer, ya que formaba parte de una colección de publicaciones relacionadas con Marivián expuesta dentro de una hornacina protegida por un vidrio, en las escaleras de acceso a la sala de exposiciones. Le pregunté a Coranda si no podría convencer a la directora para que me dejase echar un vistazo al libro.

—Ni con guantes te dejaré tocarlo esa vieja gruñona. Y si se entera de que vienes todos los días al depósito nos causará problemas, sobre todo a mí.

A los tres o cuatro días bajé a la exposición por un asunto relativo al pañuelo rosa

con flores, de cuyo paradero nadie había sabido darme razón hasta la fecha, y vi de nuevo el libro detrás del cristal. ¿Cómo iba yo a sospechar la sorpresa que me esperaba cuando al poco rato, por indicación de Coranda y a cambio de un beso, abrí el cajón de uno de los armarios del depósito?

—¡Pero si acabo de verlo en la vitrina!

—Como la vieja descubra la fechoría me despedirá en el acto, además de abrirme un expediente que dará conmigo primero ante los tribunales y después en la cárcel. Para tu información, lo único difícil ha sido encontrar un tomo del mismo tamaño.

Astuta Coranda. Había colocado las tapas previamente despegadas del tomo de memorias de Sera Behe a un libro viejo de agricultura sacado de la biblioteca de su padre. Como empleada de la casa-museo tenía fácil acceso a la caja de las llaves. El resto de la travesura se deja imaginar.

Acordé con ella que despacharía la tarea en el menor tiempo posible. Le dije que trabajaría en el depósito.

—Por mí te puedes llevar el libraco a casa siempre que lo trates con cuidado y no me lo pierdas.

Tras referirle la historia misteriosa de los hilos en las puertas, consideró que, efectivamente, lo más prudente era que yo estudiase el libro en el depósito.

Más de seis años habían transcurrido desde que Acfia Fenelina Benjamel hubiera huido de Antíbula en compañía de su madre. El regreso de la muchacha a la ciudad de su infancia, aquel lluvioso 14 de marzo de 1935, no estuvo exento de contratiempos.

Con largo retraso sobre la hora prevista para su llegada, se apeó del automóvil oficial delante del edificio de la EPAE. Caía la noche y, en contra de lo convenido, nadie la estaba esperando. Sola, vestida con uniforme del colegio, por resguardarse de la intemperie se acogió a unos soportales cercanos y allí permaneció la noche entera agazapada detrás de una columna.

Claro que lo convenido era que llegara en torno a las cuatro de la tarde. Sera Behe la estuvo esperando durante más de dos horas, hasta que, cerrada la verja de la EPAE, el cielo oscuro, se marchó a su casa, convencida de que la muchacha no acudiría a la cita.

La encontró temblorosa de frío por la mañana. La muchacha le contó que de víspera, durante el viaje en automóvil, el chófer había tenido la amabilidad de invitarla a comer en una fonda del camino. En el curso del almuerzo, le preguntó si tenía novio y si alguien la había besado alguna vez en los labios, y por esa vía de la conversación se le empezó a insinuar. Tras el postre le propuso subir a una de las habitaciones. La muchacha accedió pensando que estaba en deuda con aquel hombre que se había gastado bastante dinero en el convite.

El chófer disfrutó a su aire de todo lo disfrutable que ofrecía el hermoso cuerpo

de la muchacha, que no era poco, y como la notase tan dócil y desprovista de malicia, llegando a primera hora de la tarde a la ciudad de Fótebre la persuadió a visitar a unos señores muy simpáticos que eran amigos de él.

Acfia Fenelina alegó en son de disculpa que para las cuatro tenía que estar en Antíbula, a lo que el pillo del chófer, con astucia de calmarla, le aseguró que la visita apenas duraría unos minutos. El tiempo perdido lo recuperarían más tarde sin dificultad, puesto que había muy buena carretera de allí hasta Antíbula, por la cual se podía viajar deprisa. A la muchacha le dio apuro negarse. De este modo, antes de alcanzar su destino, gozaron de ella otros dos hombres, el más joven de los cuales no bajaría de los cuarenta años.

Sera Behe se enteró de lo ocurrido al día siguiente. Cito a continuación un párrafo de sus *Memorias*: «Tenía la ingenuidad de una niña de diez años dentro del cuerpo de una mujer. Yo no salía de mi asombro. Me contó como si nada lo que le habían hecho aquellos granujas sin necesidad de emplear la violencia. Yo creo que con idéntica flema habría podido ella explicar que había bebido un vaso de agua. A tal punto llegaba su candor. Juzgaba la cosa más natural del mundo que los hombres metan el miembro dentro de las mujeres, se desahoguen y se vayan. Aquellas palabras tuyas despertaron en mí una sospecha atroz. Le pregunté abiertamente si el chófer y sus amigos simpáticos de Fótebre la habían sometido a ciertas prácticas perversas. Le costó un rato comprenderme. Impasible contestó que uno de ellos había hecho eso que yo decía, pero despacio. Comprendí que el angelito necesitaba a toda costa protección».

«—Por supuesto que me acuerdo de Sera. A ella le debo todo lo que sé. Fue ella, como he dicho muchas veces, quien me puso el nombre artístico de Marivián. Sin su ayuda y sus enseñanzas yo no habría hecho carrera en el teatro. Imposible. Era muy buena persona y muy generosa, casi como una madre para mí. Bailaba de maravilla y tenía un dominio de la mímica y del movimiento escénico como se ha visto pocas veces. Pudo triunfar en el extranjero. Incluso Chaplin la llamó para una película. Y un director de Alemania, que ahora no me acuerdo cómo se llama, también. Pero no quiso. Por razones personales no deseaba alejarse de nuestro país».

(*Revista de Actualidad y Espectáculos*, ibídem).

Sera Behe gozaba de gran predicamento en la EPAE desde su fundación en 1929. Bien es verdad que la escuela ya existía a finales del siglo XIX, cuando fue fundada en el mismo edificio donde aún se alberga. A raíz de la revolución colectivista cambiaron los profesores, el nombre de la institución y la orientación política de la enseñanza.

Una de las primeras en incorporarse a la nueva plantilla de docentes fue Sera Behe, que por entonces rebasaba los cuarenta años de edad y había dejado de actuar en público. Desde el principio exigió atender a un grupo no superior a los diez

alumnos. Se le permitía, además, elegirlos. Con ese propósito emprendía viajes frecuentes por todo el país para asistir a los espectáculos más insospechados. Por lo común volvía de vacío; pero, de cuando en cuando, como en el caso de la futura Marivián, encontraba lo que en su jerga personal llamaba «un diamante en bruto», que luego ella, a fuerza de disciplina y empeño, se encargaba de pulir en sus clases.

Su libro evoca la descarga de fascinación que experimentó al ver salir al escenario a una de las internas del Rosa Luxemburg. La pieza era bastante trivial; el vestuario, pobre; la decoración, también pobre y, además, fea; la iluminación, inadecuada; las actrices, lo que cabe esperar en esa clase de actos escolares que se organizan y llevan a cabo sin la intervención de una mano experta.

Pero reconoce que de pronto golpearon su atención los modales de aquella niña vestida de campesina, la fuerza de su presencia, la veracidad de sus gestos, el fulgor dramático de su mirada, la «belleza peculiar» de su rostro.

Se retrepó en el asiento, cuenta; se olvidó de la historia insulsa que se estaba representando, y concibió un grandísimo deseo de que la voz de la joven campesina no la defraudase.

«Ya en su primer parlamento me dieron ganas de interrumpir la función y llevarme la niña a Antíbul. Hablaba demasiado deprisa, sin cadencia, como regurgitando el texto aprendido de memoria, y movía las manos muy mal. Y, sin embargo, a pesar de todos aquellos fallos de principiante, su sinceridad interpretativa me deslumbró. A las pocas semanas la tenía en mis clases».

Sera Behe fue mucho más que una profesora de arte escénico para Acfia Fenelina Benjamel. Madre de tres hijos varones y de una niña aquejada de una grave deficiencia mental (Coranda supone que por esa causa puso fin prematuro a su carrera artística), durante un año acogió a la nueva alumna como a un miembro más de la familia en su domicilio de la calle de Plaerña.

En su libro menciona la compasión que le inspiró la muchacha cuando, nada más conocerla, la vio tan desamparada, tan inocente, y supo de la tragedia familiar que arrastraba. En cierta ocasión le preguntó por qué quería ser actriz. Al principio Acfia Fenelina se encogió de hombros, como no sabiendo qué responder. Permaneció pensativa unos instantes y al fin dijo que ella lo que no quería era estar sola.

Sera Behe cree que una especie de soledad dolorosa colmaba a la muchacha. Esa soledad desaparecía o se atemperaba al transformarse ella en los personajes que representaba, alimentando así su talento para la escena y su infelicidad para todo lo demás.

«Había algo triste en Acfia, incluso cuando reía, y quizá sobre todo cuando prodigaba las formas externas de la alegría. Yo creo que nunca superó la muerte de sus padres, o de mamá y papá, como solía nombrarlos. Era muy buena en los papeles cómicos. En los dramáticos dudo que nunca nadie la pueda superar».

Y en otro pasaje: «La he visto hacer mutis al término de una escena de lágrimas, durante un ensayo general, y seguir llorando en silencio detrás de un bastidor».

Sera Behe le compró de su propio peculio, entre otras cosas, el primer sujetador que la muchacha vistió en su vida. La naturaleza había dotado a Acfia Fenelina de unos pechos erguidos de dimensiones generosas, con unos pezones oscuros y redondos que se le marcaban en la blusa, por lo que, en épocas de ropa ligera, cuando iba por la calle dejaba de costumbre tras de sí un reguero de caras risueñas y ceños reprobatorios. Nunca se pudo acostumar a la incomodidad de la prenda. Al poco de estrenar la primera, Sera Behe se percató de que una tira del encaje le colgaba por fuera del bolsillo del abrigo.

Fue asimismo Sera Behe quien impuso a su protegida un plan estricto de aprendizaje que no se limitaba a los cursos de técnica escénica, baile y declamación en la EPAE. Le procuró clases privadas de canto, ni más ni menos que con Marsa de Zospo en su casa, ya que las autoridades del régimen colectivista mantenían por entonces en situación de arresto domiciliario a la estrella más reluciente de la canción popular en tiempos de la dictadura del general Vistavino. Sera Behe dispuso asimismo que Acfia Fenelina tomara clases de *ballet* al margen del programa de formación de la EPAE, aun cuando la muchacha odiaba la danza clásica, y que adquiriese conocimientos de lengua inglesa y francesa. Fracasó, en cambio, en su empeño de que aprendiera a tocar un instrumento.

Descontando las representaciones internas de la EPAE, la primera vez que Acfia Fenelina Benjamel actuó en presencia de un público genuino fue en el Coliseo Nacional con motivo de la puesta en escena de la ópera *Aida* de Giuseppe Verdi. Había necesidad de figurantes y Sera Behe la animó a incorporarse al espectáculo a fin de que observara de cerca el trabajo de los profesionales y se hiciera una impresión lo más precisa posible sobre lo que significa actuar delante de espectadores de alto copete.

«Todavía era tan ingenua», recuerda Sera Behe, «que al día siguiente se lanzó a buscar su nombre en la reseña del periódico».

No falta en el libro de fotografías una imagen de la representación. Muestra una muchedumbre de figurantes vestidos con atuendo del antiguo Egipto. Se aprietan en lo que parece una escena de júbilo colectivo al fondo del escenario. Es imposible reconocer entre tanto egipcio maquillado el semblante de la futura Marivián.

La experiencia debió de complacerla por cuanto la repitió en varias ocasiones a lo largo de 1935. Al año siguiente obtuvo por mediación de Sera Behe un modesto papel en una comedia de enredo, en sustitución de la actriz original, que había caído enferma. Por primera vez apareció su nombre (A.F. Benjamel) impreso en un cartel anunciador, si bien con letras tan diminutas que «casi había que pegar la nariz al papel para verlas».

Al llegar el verano, la compañía decidió llevar el espectáculo a pueblos y ciudades de la provincia, y Acfia Fenelina se sumó a la aventura. Conoció entonces la

cara menos amable de la profesión teatral. A Sera Behe le contó por carta que en algunos pueblos no llegaron a reunir más de diez espectadores. En otros se veían obligados a soportar incidentes y vejaciones que a veces obligaban a interrumpir la función.

En cierto pueblo de la llanura, un hombre completamente borracho subió tambaleándose al escenario y se puso a orinar de cara al público, que se mondaba de risa. No era raro que los actores, conforme se acercaba el momento de pasar la gorra, recibieran una lluvia de inmundicias o fueran objeto de pitidos, chanzas e insultos que luego se repetían en la población siguiente, adonde, por mucha prisa que se diesen, nunca llegaban antes que la noticia de las groseras diversiones habidas a su costa.

A la tercera semana, sin tiempo de instalar el escenario en la plaza de un pueblo llamado Lortas de Uchu, mientras los actores se refrescaban en una taberna próxima, no se sabe quién prendió fuego al ómnibus de la pequeña compañía ambulante con toda la utilería dentro, además del vestuario, el dinero hasta entonces recaudado y las pertenencias personales. No pudo acabar peor la desastrosa gira.

Durante un tiempo, Acfia Fenelina Benjamel ha de conformarse con papeles menores que ni le permiten lucirse ni le granjean la fama a que aspira. «Yo le recomendaba paciencia», recuerda Sera Behe, «y ella me replicaba diciendo que se sentía vieja a sus dieciocho años. Se quejaba de que con la misma ropa había intervenido en dos obras consecutivas haciendo de criada, y que a ese paso todo el mundo acabaría identificándola con el odioso personaje y, entonces, adiós carrera. Como de costumbre entre la gente del oficio, estaba persuadida de que otras menos capaces que ella se llevaban los mejores papeles».

Un buen día de la primavera de 1936, Acfia Fenelina abandona la vivienda de su protectora y, tras pasar varias semanas pernoctando en casa de un desconocido con quien mantiene una relación sentimental, se instala en un cuarto de la Residencia Universitaria, al que tiene derecho por su condición de estudiante de la EPAE.

Sigue asistiendo a las clases de su protectora a pesar de que algún percance ha debido de ocurrir entre ellas. Las *Memorias* de Sera Behe dedican una mención escueta a la repentina mudanza de la muchacha. Contienen, no obstante, una frase que parece aludir a un conflicto de no se sabe qué naturaleza entre las dos mujeres: «Su marcha de casa fue lo mejor para las dos, empezando por ella, que así tuvo la oportunidad de empezar a emanciparse».

Abrel Darbast afirma en su libelo haber sabido de boca de varios inquilinos de la casa que ya el esposo de la bienhechora, ya el mayor de sus hijos, cuando no los dos alternativamente, «tuvieron tratos libidinosos con la redomada seductora en modo alguno desconocidos por la señora Behe, conforme lo pregonaban con elocuencia las continuas disputas a que se entregaban los moradores del piso, tan ruidosas que toda

la vecindad las podía entender a través de las paredes» (Abrel Darbast, óp. cit., pág. 22).

Desde que solo coincide con ella durante las clases, a Sera Behe se le hace cada vez más difícil dirigir los pasos de su protegida. Con una mezcla de inquietud y rabia, Sera Behe comprueba que la muchacha empieza a tomar por su cuenta decisiones que ponen en peligro la progresión de su carrera. No son ni siquiera actos de rebeldía. Se trata, simplemente, de que «la tonta del bote no sabía negarse a lo que fuera que le pidieran».

En su anhelo por actuar, acepta a espaldas de la EPAE y de su profesora ofertas de trabajo en antros de mala reputación. Cobra una miseria por intervenir en piezas desprovistas de valor artístico, cuyas tramas anodinas abundan en episodios donde las actrices indefectiblemente han de despojarse de su atuendo.

A finales de 1936 se produce un grave desencuentro entre las dos mujeres y el primer escándalo público de la futura Marivián. Sera Behe ignora que la muchacha ha llegado a un acuerdo con una imprenta dependiente del Comité de Propaganda del Estado para posar desnuda de cintura para arriba ante un fotógrafo. El proyecto prevé la selección de doce imágenes que ilustren otras tantas hojas de un calendario.

La idea consiste en reunir una serie de paisajes y objetos representativos de la historia de Antíbula, y colocar junto a ellos a una mujer que personifique con su hermosura y juventud la llegada de una época nueva; de ahí el título de la colección: *Ahora es el futuro*.

Juzgadas desde el punto de vista de la técnica, las fotografías son excelentes. Algunas están hechas en lugares conocidos de la vía pública. Alrededor del Monumento a los Fundadores de Antíbula los pechos desnudos de la modelo atrajeron a tantos y tan inquietos curiosos que se hicieron precisas las porras de la Guardia Popular para facilitar el trabajo del fotógrafo.

La intervención de las fuerzas de seguridad revela que el proyecto cuenta con la anuencia de las autoridades. Por si aún cupieran dudas al respecto, a principios de diciembre, nada más publicarse el calendario, todo el mundo lo puede ver al fondo de un retrato del camarada Cuntobre aparecido en *Voz Roja*.

A nadie se le oculta que ha sido confeccionado con el propósito ostensible de herir a los partidarios de la religión donde más les duele, en aquellos símbolos de gran valor emocional de los que han sido desposeídos.

La fotografía correspondiente al mes de abril presenta a la mujer tendida en actitud erótica sobre el altar de la catedral de la Santa Justicia, vaciada de ornamentos y cerrada al culto como todas las iglesias de la república.

No menos provocativa (o sacrílega, según se mire) es la fotografía que, además de ilustrar la página del mes de septiembre, figura en la portada del calendario. En ella se ve a Acfia Fenelina Benjamel fingiéndose clavada a la Cruz de Antíbula, la cara demudada como por efecto de un goce intenso. Nada cubre su cuerpo sino la luz que da de lleno en él resaltando sus formas turgentes y un trozo exiguo de paño en la

entrepiera.

A raíz del triunfo de la revolución, la reliquia por excelencia de nuestro país había sido retirada de la catedral por orden del Gobierno colectivista y desde entonces guardada en lugar desconocido. Las Milicias de Dios abrigan la sospecha de que el vetusto madero, emblema de la fundación de Antíbula, ha sucumbido a las llamas ateas. Alegan como prueba de su destrucción las lluvias torrenciales del año 29, causantes del desbordamiento del río Intri, con su secuela de ahogados y destrozos, además de otras desgracias, epidemias y accidentes acaecidos por entonces, cuyas dolorosas consecuencias para amplios sectores de la población son atribuidas por la resistencia católica a la voluntad punitiva del Todopoderoso.

Desde las páginas de *Dios Mediante*, las Milicias de Dios instan a sus adeptos a que sin pérdida de tiempo prendan fuego al irreverente calendario. Este mismo periódico publica en primera plana de su número del 8 de enero de 1937 una carta de protesta firmada por el Papa Pío XI. En ella el Sumo Pontífice decreta la excomunión de cuantos participen en operaciones de venta y compra de «tan nefanda mercancía», impone severas penitencias a todos los que sucumban a la tentación de ojearla y absuelve «del pecado de latrocinio a quienes guiados de su fidelidad a los principios sacrosantos de la Santa Madre Iglesia se apropien de ella con el piadoso fin de destruirla». Sigue a pie de página la versión en latín del texto como prueba de su autenticidad.

Acfia Fenelina Benjamel, cuyo nombre figura en letras no pequeñas bajo el título del calendario, recibe asimismo su ración de epítetos condenatorios en el periódico clandestino. Así y todo, en opinión de Sera Behe, la circunstancia de que la muchacha sea por entonces persona desconocida la ha librado de ataques mayores, cuando no de una posible campaña de acoso.

Para la pluma enfurecida que redacta los editoriales de *Dios Mediante*, la modelo, a la que solamente se refiere de pasada, no es más que «la típica alma perdida entre tantas que en el mundo se corrompen saciando por cuatro monedas miserables los instintos más bajos en los lechos más inmundos».

«A mí me parece que la pobre se metió en el asunto del calendario sin prever las consecuencias. Pretendía exhibirse y gustar, eso es todo. Y quizá pensó que en adelante, para abrirse camino en la vida, ya no le hacía falta atender a consejos. Era justamente lo que andaban buscando los funcionarios del Comité de Propaganda, una tontita con un par de buenas tetas.

»Aún la recuerdo cuando me trajo un ejemplar a mi despacho de la EPAE. Estoy ocupada, le dije. O sea, que no la dejé pasar. Con el rabillo del ojo vi que se le helaba la sonrisa. Modosa, depositó el calendario en el suelo y cerró la puerta sin hacer ruido. Nada más irse comprobé que me lo había dedicado.

»En cuanto a las fotografías, ella ignoraba que las habíamos examinado en el curso de una reunión de profesores convocada al efecto. Había imágenes francamente

buenas y, mientras las ojeaban, mis colegas masculinos tenían por razones adivinables sus risas y murmullos.

»Uno de ellos lanzó un vaticinio en voz alta que algunos se apresuraron a secundar. No recuerdo la frase con exactitud, pero venía a decir algo así como que con semejante tipo la chica estaba destinada a triunfar. Sentí en aquel instante una punzada interior. Pasé un mal día. ¿Cómo era posible, me preguntaba, que a mi edad, alejada de los escenarios, me diese una acometida de celos contra mi alumna predilecta; a la que había rescatado de un castillo lúgubre; a la que había acogido durante largo tiempo en mi casa; a la que, en suma, quería como a una hija?

»Tras la reunión, el director me llamó aparte para decirme que había órdenes de arriba para no actuar contra la alumna Benjamel. Entonces, ¿nos habíamos reunido durante dos horas solo para guardar las formas? No olvidaré nunca su respuesta. La normalidad, dijo, tiene a menudo estas rarezas».

En otro lugar de las *Memorias* de Sera Behe (no puedo hacer constar los números de las páginas porque, para cuando quise darme cuenta, Coranda ya había restituido el libro a la hornacina y no me pareció bien molestarla de nuevo) puede leerse:

«Se echó a llorar. Espero que esas lágrimas no sean fingidas, le dije. Que no me viniera con truquitos sentimentales. Cuando más o menos se le pasaron los hipos me contó que la señora De Zospo no le abría la puerta. Había ido tres veces a su casa y visto en todas ellas que la tapa de la mirilla se levantaba y enseguida volvía a caer.

»Yo: Deberías saber, porque te lo he contado, que Marsa de Zospo es una persona de arraigadas convicciones religiosas. Empezó cantando en el coro de la iglesia de Santa Cenarrita. Tenía una hermana en la orden de las corazonianas. La fusilaron junto con otras monjas durante la revolución. La propia Marsa está ahora confinada en su domicilio por orden del juez. A pesar de su edad y de su delicada situación, te recibe con los brazos abiertos, te transmite sus conocimientos, te ayuda. Y tú, ¿de qué manera se lo agradeces? Hiriéndola en lo más hondo al exhibirte desnuda sobre un altar y en la Cruz de Antíbula.

»Otra vez se echó a llorar. No sé por qué, pero no me daba ninguna pena. Con la voz entrecortada expresó el propósito de ir a casa de su profesora de canto a pedirle perdón a través de la puerta. Que qué me parecía la idea. Yo: ¿Para qué me pides consejo si luego haces lo que te da la gana?

»Así y todo, su mayor escarmiento estaba por llegar. Y aunque, pasado el tiempo, reconozco que hubo por mi parte, no crueldad, eso no, pero sí dureza, pienso que ella, por su indisciplina, se tenía la humillación más que merecida.

»Ocurrió de la manera siguiente. Terminando el otoño de aquel año, el Teatro Gorki se dirigió como de costumbre a la EPAE en busca de actores con los que completar los distintos repartos de las obras programadas. Mi director me encargó la elección urgente de dos actores masculinos para una adaptación de cuentos

tradicionales antibuleses, así como de una actriz que debía ser, me recalcó, mejor que buena, ya que debía hacer de Anna en *Tambores en la noche* de Bertolt Brecht. Un papel de peso, por tanto, de los que pueden decidir una carrera teatral.

»Leí la nota a los alumnos y sin pérdida de tiempo nos pusimos manos a la obra. Estaban muy motivados, claro. No todos los días llegaban oportunidades semejantes. Formé dos grupos. Por la mañana ensayaba con los chicos, por la tarde con las chicas. Tanto entre los unos como entre las otras se notaba una gran rivalidad y no me extraña.

»Es posible que Acfia mereciera el puesto. Aunque todavía cometía fallos, nunca sobreactuaba. Yo creo que ni siquiera actuaba. He ahí la diferencia con respecto a las demás, algunas de ellas actrices de un talento indiscutible pese a su juventud. Pero Acfia era otra cosa. Las otras hacían de Anna. Ella se convertía en Anna. Y por voces sueltas que llegaron a mis oídos, todas estaban convencidas de que el papel se lo llevaría ella.

»Pero se lo di a otra. El día acordado para transmitir mi decisión reuní al grupo. Primeramente nombré a los dos chicos elegidos, que, como es normal en tales casos, se echaron el uno en los brazos del otro y se pusieron a hacer las típicas monerías. A continuación pronuncié sin mirar a Acfia un nombre femenino que no era el suyo. Correctamente felicitó a la afortunada y con cara seria, pero sin montar el numerito lacrimoso como yo me temía, salió del aula. Al día siguiente allí estaba de nuevo, dispuesta a aprender y a someterse a la disciplina del grupo.

»La que no pudo aguantar las lágrimas en cuanto me quedé sola fui yo».

Las milicias de Dios organizaron a principios de 1936 una colecta clandestina entre sus adeptos. Con el dinero recaudado adquirieron aquí y allá tantos «calendarios sacrílegos» como pudieron y una noche les pegaron fuego en una explanada que hay delante del hospital de Baigravia.

El Gobierno reaccionó de inmediato sacando una nueva edición y mofándose con grandes titulares de la «hoguera inquisitorial» en una de las páginas centrales de *Voz Roja*. El periódico publicó, además, en gran tamaño las dos fotografías que tantas ampollas levantaban en los opositores al régimen, e incluyó encima de ellas, con firma del Secretario General, uno de aquellos exabruptos característicos de Francio Cuntobre: LAS PUBLICAREMOS TODOS LOS DÍAS HASTA QUE DEJEN DE JODER.

Lejos de arredrarse, las Milicias repitieron la acción en otro punto de la ciudad. Entonces el Comité de Propaganda del Estado mandó reproducir en forma de estatuilla de yeso la figura de la mujer desnuda clavada en la Cruz de Antúbula, y puso a la venta una gran cantidad de ellas a precios irrisorios.

Una de dichas estatuillas puede verse en la casa-museo Marivián, protegida por un vidrio grueso en previsión de agresiones. La mujer representada es rechoncha, con unos pechos excesivos y unos labios pintados de rojo chillón. Su gesto como de orgasmo queda por demás ridículo, pero seguramente era eso lo que se pretendía.

Aprendida la lección, durante una temporada Acfia Fenelina Benjamel obedece a rajatabla las recomendaciones de su profesora. De acuerdo con ellas, la muchacha deja de actuar en los teatros de mala muerte de la zona del puerto y alrededores, y ya no posa ni para pintores ni para fotógrafos de revistas de tres al cuarto.

Ahora se dedica de lleno a perfeccionar la técnica de interpretación y a mejorar la voz. Convencida de que su formación intelectual es deficiente, lee y estudia sin descanso.

En verano de 1936, acepta por consejo de Sera Behe un papel menor en una especie de alegoría cómica de Castabratán. Otra vez le toca hacer de criada, con pocas y triviales intervenciones, solo que en esta ocasión dirige la pieza el renombrado Mel Amel. Sera Behe cuenta que le dijo: «Ve a que te conozca. Es imposible que si vales, y yo creo que vales, no se dé cuenta».

A fin de que su nombre impreso en los carteles no recordase al de la chica del calendario, por más que para entonces la polvareda ya se había diluido en la serie incesante de escándalos, enfrentamientos y discordias que caracteriza la historia moderna de nuestro país, Sera Behe sugirió a la muchacha que adoptase un nombre artístico. Un nombre eufónico, hechizante y fácil de recordar, le dijo.

«Al día siguiente», recuerda en sus *Memorias*, «le pregunté si se le había ocurrido alguno. Me contestó, vacilante, que Nefertiti. Las dos nos echamos a reír. Lo había sacado de un libro que estaba leyendo. Le pregunté a continuación si me permitía hacerle una propuesta. Asintió sin el menor entusiasmo.

»Entonces se lo dije: Marivián.

»Fijó la mirada en un punto inconcreto de la pared y, tras permanecer varios segundos en actitud pensativa, me respondió en un tono más bien frío que le parecía bonito. No quise revelarles que aquel era el nombre que mi marido y yo le habíamos puesto a nuestra primera hija, muerta a los cinco días del nacimiento».

La alegoría cómica o lo que fuera resultó un fracaso. Criticada sin miramientos en la prensa, apenas se mantuvo dos semanas en cartel. Con todo, al reseñista anónimo de *Voz Roja* no le pasó inadvertida la criada, influido acaso por una triquiñuela llevada a cabo por la joven actriz.

Y fue, según cuenta Sera Behe, que Marivián acortó en secreto varios centímetros la falda de su atuendo de criada, sirviéndose para ello de sus conocimientos en materia de costura adquiridos en el Rosa Luxemburg. «En una palabra», escribió el crítico al final de su reseña, «una obrilla tan abstrusa como intrascendente, que nada

aporta al pueblo y de la cual lo único que se nos ocurre resaltar son las piernas de la hermosa actriz que hacía de criada».

No falta en *Marivián, instantes de una vida* una foto de la boda. La idea de casar a Marivián partió de Sera Behe, quien consideró que el matrimonio tal vez aportaría a la muchacha estabilidad emocional y la apartaría de convertirse en un juguete codiciado por incontables varones. La profesora estaba persuadida de que el camino matrimonial, que ella misma había escogido en su juventud, podría ser igualmente válido para su discípula predilecta. «Con la mejor de las intenciones», recuerda, «cometí y la induje a cometer a ella un error gravísimo que jamás me he perdonado».

Desde un principio, Marivián se mostró conforme con la idea, en parte porque, escaldada por el asunto del calendario, en aquel tiempo no se atrevía a dar un paso que no hubiera sido previsto por su protectora; en parte también, y quizá esta era la causa mayor a juicio de Sera Behe, porque creyó que la convivencia con un marido le devolvería aquello que más echaba en falta en la vida: la pertenencia a una familia.

Las dos mujeres se lanzan a la búsqueda del hombre adecuado. Ojean los anuncios del periódico; conciertan citas con algunos candidatos, durante las cuales Sera Behe se hace pasar por madre de la futura esposa, y, por una u otra razón, los desechan a todos, aunque hay unos cuantos que a Marivián no le parecen mal.

«Prefería los guapos y fornidos», recuerda Sera Behe, «pero en el fondo creo yo que le gustaban todos».

En la fotografía se ve a los recién casados cogidos del brazo ante la puerta del Ayuntamiento. Ella dibuja una sonrisa encantadora, llena de juventud y dientes perfectos; él, al decir de Coranda, pone un gesto como si le apretasen los zapatos. Es difícil imaginarse una pareja más desigual.

El novio se llama Mlaco Derf. Tenía en el momento de contraer matrimonio (el viernes 30 de octubre de 1936) treinta y nueve años, veinte más que Marivián.

«A las dos nos causó buena impresión», cuenta Sera Behe. «Llegó a la cita en el Café del Volga con un ramo de hotidimas blancas, lo cual, de haber sido nosotras más suspicaces, nos tenía que haber puesto en la senda de sospechar lo que se escondía detrás de aquel hombre aplomado. Ni Marivián ni yo reparamos en la simbología del color blanco de las flores, entonces aún no del todo definido o no tan evidente como años después.

»Él pidió disculpas por presentarse con un solo ramo. No sabía que iba a encontrarse con dos mujeres. Al rato, venciendo su evidente timidez, preguntó cuál de las dos buscaba marido. Esto me halagó.

»Parecía modesto y formal. Al comienzo le dijo una cosa enternecedora a Marivián: Le regalo estas flores aunque comprendo que no tengo ninguna posibilidad de casarme con usted. Marivián le preguntó, sorprendida, por qué decía aquello. Él

respondió: Porque es usted muy bella.

»En un lenguaje cuidado nos contó los pormenores más importantes de su vida. Habló por extenso de su profesión (era ingeniero naval), de sus aficiones, del amor a su familia y de la ilusión que le haría convertirse alguna vez en padre. Vivía solo en un piso de la calle de Camaradas, frente al río; ganaba bien en comparación con la media salarial del país; era caballeroso, aunque demasiado serio para mi gusto, y se expresaba en un antibulés de gran calidad.

»Conque le di a Marivián las dos patadas leves por debajo de la mesa que eran la señal concertada para transmitirle mi visto bueno. Salieron una temporada juntos y a finales de octubre se casaron. Les denegaron el permiso para pasar la luna de miel en Roma, como él quería, pero no así en Moscú, desde donde me mandaron una postal con una panorámica estupenda de la Plaza Roja. A mediados de noviembre, ya de vuelta, ella vino enseguida a traerme una matriosca y un frasco de caviar. Cuando abrí la puerta vi que tenía un ojo amoratado. Se había dado un golpe con una puerta del hotel, dijo».

Le llevé a Coranda la fotografía de la boda porque quería pedirle un favor.

—Aquí los favores se pagan con besos.

Una vez complacida, me espetó sin contemplaciones:

—Estoy coja perdida, amigo. Y como tú comprenderás, para un hombre que por fin me quiere, a menos que seas un mentiroso de mierda, en cuyo caso te mataré a muletazos, no voy a desperdiciar la ocasión de que me hagas mujer cada vez que vengas.

Le pedí que contuviera el rijo y mirara la foto.

—La conozco. Es del día en que la actriz que me da trabajo se casó con el idiota aquel. Hay que reconocer que está guapísima. ¡Qué dentadura! ¡Y qué vestido! Y aquí Derf con pelo ralo y barriguita de hombre maduro. Un asno al lado de una diosa.

—Lo que me interesa es el pañuelo que lleva ella alrededor del cuello. Un pañuelo con flores que era de su madre y lo llevó siempre consigo.

—Ahí dentro hay docenas de pañuelos. ¿Has mirado bien?

—He mirado por todas partes.

—A ver si va a estar en la sala de exposiciones y no te has fijado por tenerlo demasiado a la vista.

—Tampoco está allí. He pensado que quizá tú podrías ayudarme a encontrarlo. En el depósito hay cajas y baúles sin abrir. Y, si no, ¿no podrías preguntarle a tu jefa?

—¿Y qué le digo? Mi novio, uno que viene a enredar todos los días en los cajones, está obsesionado con un pañuelo. Que, por cierto, ¿para qué lo quieres? Empiezo a sentir celos de la gran Marivián. También esto se lo diré a mi jefa. Le diré que mi novio me la pega con una muerta.

A la vuelta del viaje de novios, Marivián se instaló con su marido en la vivienda que este ocupaba en la calle de Camaradas. El apartamento, espacioso, de techos altos, situado en un quinto piso, tenía un balcón corrido con unas vistas estupendas al río Intri. A un costado del vestíbulo arrancaba una escalera que subía en espiral hasta una puerta cerrada mediante un candado. Adelantándose tal vez a la previsible curiosidad de su esposa, Mlaco Derf se apresuró a explicar que tras la puerta no había sino un desván donde guardaba algunos cachivaches y muebles carcomidos. También dijo que no funcionaba la única lámpara que había en el recinto y que hacía varios años que no iba allí. Marivián le creyó.

La joven esposa cursaba por entonces su último año de formación en la EPAE. Trasladadas sus escasas pertenencias al nuevo domicilio, conservó sin saberlo el cuarto que tenía asignado en la Residencia Universitaria. Había delegado en Sera Behe la tramitación de la baja como residente. La profesora se dirigió a la secretaria de la escuela con el impreso ya cumplimentado. Yendo por el pasillo se acordó, sin embargo, del ojo cárdeno de Marivián y, por salir de ciertas dudas que la incomodaban, le dijo a la secretaria, con quien la unía una vieja amistad, que deseaba hacerle una pregunta y que, según fuera la respuesta, daría o no de baja a su alumna en la Residencia Universitaria. Cuenta en su libro de recuerdos que se limitó a pronunciar estas palabras inconexas: «Marido, ojo amoratado, golpe con una puerta, ¿qué opinas?». Sin la menor vacilación, la secretaria le aconsejó que por nada del mundo entregara el impreso.

A principios de 1937, misteriosamente Marivián dejó de asistir a las clases de la EPAE. Perdió entonces la oportunidad de presentarse a unas pruebas de selección para una obra dirigida por Mel Amel, que había mostrado vivo interés por incorporarla al proyecto. Cuando apenas faltaban unos meses para culminar su aprendizaje, estaba poniendo en peligro la obtención del diploma de fin de estudios, con todas las desventajas para el desempeño de su oficio que aquello podía suponer.

Sera Behe fue a buscarla en repetidas ocasiones sin que nadie le abriera la puerta. Un día optó por suspender las clases y esperar tanto tiempo como hiciera falta sentada en un banco que había frente al portal. Al cabo de dos o tres horas vio venir a Mlaco Derf con su maletín de trabajo. Derf le habló con ceño adusto, diciéndole secamente que su esposa se encontraba enferma. Sera Behe preguntó si podía verla. No. Si tenía una enfermedad grave. Lo suficientemente grave como para no salir a la calle. Sera Behe sugirió la conveniencia de mandar sin demora un certificado médico a la EPAE a fin de que su alumna no perdiera el curso por ausencia injustificada. Entonces él, con una sonrisa sardónica, le dijo en su antibulés elevado que su esposa había comprendido que el teatro es una actividad básicamente inmoral; en consecuencia, había resuelto, de común acuerdo con él, llevar una vida decente y retirada de mujer de su casa, adiós.

Deduje del relato de Sera Behe que la vecina que le llevaba las cartas de Marivián tenía que haber vivido por fuerza en uno de los pisos del bajo. Sera Behe no menciona el nombre de la mujer en sus recuerdos. Tan solo cuenta que tenía el pelo blanco.

—En una palabra —concluí—, no era joven. Han transcurrido desde entonces más de veinte años, luego es lo más seguro que se haya muerto o sea tan anciana que ni siquiera se reconozca a sí misma en el espejo.

—Mi madre —replicó Coranda— ya criaba canas a los treinta y pico años.

Ninguno de los biógrafos que se había ocupado del asunto explica cómo consiguió Marivián entrar en contacto con aquella vecina compasiva sin la cual sus mensajes de socorro jamás habrían llegado a manos de Sera Behe.

—Tendré que darme una vuelta por la calle de Camaradas.

—Ya sabes que los lunes cierra la casa-museo. Si esperas hasta entonces te acompañaré. A mí también empieza a intrigarme esta historia.

—Venir conmigo te costará un beso.

—No tengo suelto. Tendré que pagarte con uno de diez —dijo echándome los brazos al cuello. Casi me ahoga.

Enseguida comprendí que había sido buena idea hacerme acompañar por ella. Su cojera, su facilidad para relacionarse con la gente y sus ojos bondadosos inspiraron confianza desde el principio a las dos personas con quienes hablamos.

Un chico con aspecto de estudiante, que vivía desde hacía pocos meses en el bajo derecha, nos sugirió que llamáramos a la puerta de enfrente. Abrió una mujer de unos sesenta años de edad.

—La persona que ustedes buscan es mi madre, pero ya murió. Pasen, pasen, no se queden ahí en el frío.

Le declaramos nuestros nombres y ella a nosotros el suyo, Aíbila de Cabdel. No solo se mostró conforme con que yo tomara nota de sus palabras, sino que, previendo que se dejaría llevar por su tendencia a hablar deprisa, me pidió disculpas por adelantado.

La seguimos por un pasillo encerado hasta la cocina. Sobre el fuego hervía una olla grande. Coranda se percató de que la señora De Cabdel estaba haciendo jabón. Le formuló una pregunta acerca de la receta; la mujer dio un respingo de entusiasmo, complacida por el interés de la visitante, y sin mayores preámbulos entablaron las dos conversación sobre esto y lo otro con la misma naturalidad que si se conocieran de toda la vida.

En la pared del fondo había una ventana cubierta por un visillo. La señora De Cabdel lo descorrió a fin de mostrarnos el suelo de cemento de un patio interior.

—Les voy a contar lo que mi madre me contó. Es para un libro sobre la actriz famosa, ¿verdad?

—Sí, señora —le contesté—. Supongo que antes que nosotros habrán venido

otros escritores a preguntar lo mismo.

—Vino uno muy gordo en vida de mi madre. Con las suelas de los zapatos nos llenó de barro el portal. Y por eso y por yo no sé qué, a mi madre no le dio la gana de contarle nada. Pero ustedes ya se ve que son otra cosa.

La señora De Cabdel abrió la ventana. Del suelo del patio retiró varias pinzas y una camiseta interior mojada.

—A los vecinos se les cae de todo. Yo recojo las cosas y se las devuelvo. Toda la vida ha sido así. Y ahora les explico. En el tejado, desde aquí no se ve, hay una buhardilla pequeña con un ventanuco de barrotes. Esa buhardilla es como un respiradero del cuarto donde aquel desalmado tenía prisionera a su mujer. Pensando en escapar, ella escribió mensajes en unos papelitos doblados y los tiró al hueco del patio. Mi madre los quemaba en el fogón pensando que eran basura y hasta estuvo a punto de subir por las casas a protestar. Pero al segundo o tercer día desdobló uno y vio que ponía algo escrito. Y lo que ponía era que quien leyese el billetito que por favor se lo llevara sin falta a una profesora, del nombre no me acuerdo. Y mi madre, que no sentía simpatía por el señor Derf porque era un hombre muy arrogante que se desdeñaba de saludarnos, se barruntó lo que pasaba en el quinto piso y llevó los papeles a la profesora esa que les he dicho. Y esa señora tenía que hacer sonar el timbre cinco veces seguidas en señal de que había recibido el mensaje. Y así lo hizo y entonces la actriz, la Marivián esa, como ya sabía por los timbrazos que sus mensajes no se perdían, empezó a tirar cartas de varias hojas atadas con un hilo. Y mi madre venga a llevárselas a la profesora hasta que al final la liberaron a la pobrecilla, que si no es por la profesora y por mi madre, que en paz descansa, la infeliz seguiría prisionera del marido, no hay derecho.

La señora De Cabdel nos regaló un bloque de jabón envuelto en papel de periódico. A punto de despedirnos, como Coranda le preguntase si quienquiera que viviese en el quinto piso nos permitiría echar un vistazo al cuarto donde estuvo prisionera Marivián, se ofreció a subir con nosotros ya que de paso quería devolverle al vecino la camiseta caída al fondo del patio, pues sabía que era suya.

Abrió la puerta un anciano que nada más vernos puso mala cara. Adivinando nuestro propósito sin necesidad de explicaciones, nos instó en tono un tanto desabrido a que nos diéramos prisa porque estaba, dijo, muy ocupado.

Seguimos a la señora De Cabdel por la escalera de caracol hasta un desván de dimensiones regulares, con el suelo de losas, el techo cruzado de vigas de madera y una ventana pequeña provista de barrotes en la parte superior de la pared, tan alta que para llegar a ella con los dedos tuve que dar un salto. Supusimos que Marivián debió de utilizar una silla o un trasto semejante para arrojar sus cartas al patio.

El sitio estaba vacío. Desprendía un fuerte olor a humedad.

«Ay Sera, con cuánta alegría he oído sonar cinco veces el timbre, pero no he podido abrir. He gritado y no me oías. No sé cómo comunicarme contigo para

contarte mis muchos sufrimientos como no sea con la ayuda del vecino de buen corazón que ha debido de llevarte mis notas. Va para cinco semanas que estoy prisionera muchas horas del día por voluntad de Mlaco en un cuarto horrible, casi sin luz salvo la que entra por una ventanita muy alta desde la que no se ve sino el tejado de la otra parte del patio y un trozo de cielo. Una vez que me asomé a ella lancé unos gritos de auxilio sin darme cuenta de que mi marido estaba en casa. En cuanto los oyó vino a golpearme con unas disciplinas con las que él también se golpea a veces la espalda en penitencia. Porque has de saber que Mlaco es un hombre entregado a la religión. Yo no lo sabía antes de casarme, sino que cuando fuimos de viaje de novios a Moscú descubrí que se encerraba en el baño del hotel a rezar. Aquello me trajo el recuerdo de las pioneras que hacían lo mismo en el internado, donde estaba prohibidísimo rezar, y no le di importancia, allá cada cual con sus ideas. Durante un paseo por Moscú, Mlaco me reprochó con los ojos brillantes de lágrimas que yo no rezase, a lo cual le respondí pidiéndole muy asustada que me enseñara. Entonces dijo que la culpa de mi descreimiento la tenía el teatro, que había hecho de mí una mujer frívola que solo piensa en los placeres de la carne, y por eso, cuando volviéramos a Antíbula, él se iba a encargarse de la salvación de mi alma pagana. Dios era el autor de mi belleza y por tanto mi belleza debe ser para Dios y no para un público que pague por verme, eso dijo, y al decirlo le salía una espumilla por las comisuras de la boca y me asusté. Por las noches y mientras trabaja me mantiene encerrada en un cuarto que tiene convertido en capilla, con su crucifijo, sus santos, sus velas que no puedo encender para alumbrarme por falta de cerillas y un reclinatorio viejo que usa para rezar arrodillado. En esa capilla nos casó un cura clandestino según el rito de ellos. En fin, como no tengo más papel que el que me escondo dentro de la ropa cuando bajo al piso, voy a ahorrarte detalles, pero hay uno que te lo tengo que contar porque es el que más miedo me da. Y es que encima de una peana hay un santo Jancio de yeso con los ojos arrancados, y de las cuencas vacías le salen unos hilos de sangre, y varias veces me lo ha puesto Mlaco delante de la cara y me ha amenazado con sacármelos a mí para complacer a Dios como hacían en los viejos tiempos las personas fervorosas para ganarse el perdón de los pecados, y que esto no se va a poder evitar, me dice. Ahora mismo soy la mujer más desventurada del mundo, pero si te quedara algo de tiempo para tocar cinco veces el timbre cuando no esté Mlaco, por favor cuando no esté él, entonces quizá consiga conservar las ganas de no morirme. Estoy también muy triste porque seguramente no recibiré el diploma al final del curso último, lo que es pena porque, aunque para actuar en los escenarios no sea obligatorio, para dar clases o fundar o dirigir una compañía, sí. No veo el modo de escapar del poder de Mlaco, ni siquiera concibiendo el hijo que me intenta hacer a toda costa, pues dice que en tal caso pariré en casa con dolor por castigo de Yavé Dios. No sabe que soy estéril, porque yo creo, Sera, que soy estéril, pues he vivido suficientes experiencias como para tener conocimiento cabal de mi cuerpo. Sera, sácame de aquí, por favor te lo pido. Otra esperanza no me queda».

Extracto de la única carta de Marivián, de las tres o cuatro que logró enviar a Sera Behe, conservada en el depósito de la casa-museo, dentro de una caja de cartón con documentos pertenecientes a quien fue su profesora en la EPAE.

Sobre la detención y posterior encarcelamiento de Mlaco Derf existe abundancia de testimonios. Cotejando unos con otros es posible extraer un número suficiente de coincidencias como para reconstruir con garantías de veracidad lo esencial de la historia. Los hechos más relevantes pueden resumirse de la siguiente manera:

El 7 de marzo de 1937, a media mañana, un número indeterminado de agentes armados de la Policía Secreta del Pueblo irrumpió en el piso de Mlaco Derf tras derribar la puerta.

Impelida por el propósito de lograr la liberación de su alumna, Sera Behe había presentado una denuncia por secuestro en una comisaría de la Guardia Popular. Al principio sus desvelos en favor de Marivián no tuvieron consecuencia por cuanto el guardia que tomó nota del caso interpretó que se trataba de un asunto meramente conyugal.

Debido a su excitación, Sera Behe olvidó referir que el desván donde permanecía encerrada la esposa indefensa había sido transformado en capilla por el marido. Días después, un domingo de marzo, nada más informar al respecto en la comisaría, el guardia de servicio se apresuró a poner el caso en conocimiento de la Posepu.

Los agentes sorprendieron en dicho desván guarnecido de ornamentos religiosos a un hombre desnudo de cintura para arriba, con la espalda cruzada de verdugones sanguinolentos, y a su lado a una mujer joven vestida con hábito de monja, la cual sostenía en las manos un flagelo de penitente. Se llevaron a los dos detenidos.

Nueve horas (siete según la versión burlesca de Blitte de Fertaxel) permaneció Marivián en los sótanos de la Posepu. Fue recibida con los insultos y amenazas de rigor, suscitados al parecer por el aspecto que le confería su indumentaria. Pero fuera de algunas agresiones verbales no sufrió vejación ni tortura.

Acaso le habría correspondido una suerte distinta si la hubieran interrogado antes que a Mlaco Derf, de quien se le consideraba cómplice. Durante largas horas la mantuvieron incomunicada en un calabozo sin luz, obligándola a oír a través del tabique los gritos y sollozos de su marido. Por la tarde fue conducida con esposas a una habitación donde la esperaban varios hombres.

De pronto, sin que nadie le hubiera dirigido la palabra, señaló con vivos ademanes hacia lo alto de un armario que estaba adosado a un rincón y aseguró que una figura que se veía encima del mueble era ella. Uno de los que se disponían a interrogarla bajó la figura que mostraba a una mujer de pechos desmedidos clavada a una reproducción de la Cruz de Antúbula. Sin poder aguantarse la risa, le pidió a Marivián que repitiese lo que había dicho.

Ella habló por extenso del calendario, de su paso por el Rosa Luxemburg, de sus estudios en la EPAE, de la infeliz historia de su matrimonio, de la razón por la que

vestía de hábito y, en fin, de cómo, mientras estuvo prisionera del cruel marido, se las había ingeniado para pedir ayuda a su profesora de teatro. El corro de sayones la escuchaba embobado. Mandaron llamar a Sera Behe, que confirmó, ampliándola con nuevos detalles, la declaración de Marivián.

Hacia las seis de la tarde, ningún antibulés en su sano juicio habría dado crédito a sus ojos si hubiera presenciado la escena que aconteció a la salida del temible y, para muchos, aborrecido edificio de la Posepu. Una monja joven, de rasgos agraciados, salió por la puerta principal cogida del brazo de una mujer mayor que ella. Al llegar al otro lado de la calzada, la monja se dio la vuelta para echar un beso con la mano a la media docena de agentes que la había acompañado hasta la calle.

Mlaco Derf no volvió jamás a su domicilio. Su prendimiento supuso un duro golpe para las Milicias de Dios, de las que era miembro. Torturado por espacio de varios días en los sótanos de la Posepu, confesó todo lo confesable y más, de tal forma que los brutales interrogatorios condujeron en el transcurso de aquel mes de marzo a una serie larga de detenciones.

El final de Mlaco Derf es de sobra conocido. Fue condenado a diecisiete años de cárcel por traición a la patria y pertenencia a una organización subversiva. Por el trato dispensado a su mujer no fue juzgado. Dictada la sentencia, ingresó en la prisión de la isla de Molu a principios de mayo de aquel año.

El acta de su fallecimiento (de la que hay una reproducción facsimilar en el libro de Blitte de Fertaxel) especifica que murió en prisión a consecuencia de una pelea con otro recluso el 13 de septiembre de 1942. Abrel Darbast corrobora la fecha, pero se remite a un testigo anónimo para afirmar que un carcelero mató a Mlaco Derf a culatazos de fusil por una minucia relacionada con el desayuno.

«Mis alumnos la ayudaron a trasladar su ropa y sus pocos enseres a la Residencia Universitaria. Ella nos esperó en la habitación, pues no quería por nada del mundo volver a poner los pies en la vivienda de la calle de Camaradas. A mí me recomía la culpa, incluso después de haberle pedido perdón. Me encargué personalmente de acelerar los trámites del divorcio, que después de todo se resolvieron con suma facilidad.

»Al director de la escuela le transmití la preocupación de Marivián por el certificado. El director no veía inconveniente en que la alumna realizase las pruebas finales puesto que su larga ausencia de las clases estaba justificada. Así y todo, ordenancista como él era, consultó al Comité Revolucionario de Cultura y Espectáculos, de donde le llegó una nota firmada por el ministro que eximía a la estudiante Acfia Fenelina Benjamel de presentarse a las prácticas y exámenes obligatorios de final de estudios, y disponía que se le proporcionara sin demora el certificado.

»Me fue concedido el honor de entregárselo. Dio las gracias sin alegrarse. Ya no era la misma. Antes me bastaba mirarla a la cara para saber más o menos lo que

pensaba y lo que sentía. Ahora no. Sus labios apretados, sus enormes ojos fijos, todo en ella componía un gesto impenetrable. Y cuando salió del despacho sin darme el beso de costumbre en la mejilla me quedé mirando con tristeza su buena planta de mujer, la melena preciosa que se le derramaba sobre la espalda, los pasos lentos pero seguros, y al punto tuve la corazonada de que acababa de perderla, de que nunca la recuperaría, de que se iba de mí para siempre».

(*Memorias de Sera Behe*).

Abrió la puerta un muchacho ataviado a la usanza europea del siglo XVIII. Al recuerdo me vienen su peluca blanca, su tez empolvada, sus bocamangas de encaje y unos zapatos ridículos de tacón. Temí que mi llamada al timbre hubiera interrumpido una representación teatral dentro de la casa. Lo cierto es que en una época de hegemonía absoluta del colectivismo todavía quedaban criados en Antíbula.

El de Mel Amel me tuvo esperando cerca de diez minutos junto a la verja del jardín. A su vuelta, mirándome de arriba abajo, me soltó con voz engolada:

—Mi amo y señor me manda comunicarle que este país es una mierda y que se vaya usted a chupar culos a otra parte, pazguato.

Por medio del mandadero le expliqué a Tebe Fren lo que me había sucedido. Tebe le quitó importancia al asunto. Me hizo saber por escrito que Mel Amel «es un artista extravagante, un provocador de anécdotas, uno que por darse tono o para esconder su timidez gusta de encadenar palabrotas y, por encima de todas las cosas, es un sodomita. Que no se te acerque demasiado. Por lo demás, es presidente vitalicio de la comisión que otorga los Premios de la Revolución, militante del Partido, censor en el apartado de emisiones radiofónicas y espectáculos, y colectivista ortodoxo aunque en su casa juegue a ciudadano rebelde».

Tebe Fren me consiguió una segunda entrevista. Después de otros diez minutos de espera bajo la lluvia, fui invitado primero a descalzarme, después a entrar, mediante una fórmula ocurrente de lenguaje a medias ceremonioso, a medias soez. Mel Amel me recibió en calzoncillos. El criado, o su amante (tanto da), se tumbó cuan largo era, con el torso desnudo, sobre una estera que se extendía ante el sofá donde estaba Mel Amel hundido en almohadones. Acto seguido, este le plantó los pies encima de la espalda.

—Vienes con recomendación de Tebe, ese cornudo, borrachingas, lameculos del régimen. La gente como tú que trata de medrar con ayuda de amistades e influencias me da asco, ¿lo sabías? A ver, ¿qué quieres? Resume, date prisa, porque dentro de un rato es mi hora de sodomizar a este joven.

Me acordé del consejo de Tebe Fren. Impávido, le expuse a mi estrafalario anfitrión el motivo de mi visita.

—¡Otro biógrafo de Marivián! Macho, abundáis como las moscas. Una plaga. Pues apunta: la penetré seis veces. Analmente hablando, se entiende. ¿Algo más o pretendes que te dicte la biografía entera?

Le pregunté sin pestañear cómo la había conocido.

—¿Y a ti qué te importa? O sea, que yo tengo que estrujar el cerebro, esforzarme, desembaular confidencias para que el señor parásito aquí presente haga su librito.

Negué con tranquilidad que pretendiera escribir un libro.

—Me limito a reunir notas —añadí.

—¿Y no es lo mismo?

—Mis notas nadie las va a leer salvo mi novia porque me ayuda y algún día tal vez mi sobrino.

Le referí someramente la tragedia de mi hermano. Mel Amel soltó una aguda carcajada.

—¡Qué enternecedor! —dijo con evidente propósito de ofenderme, al tiempo que se incorporaba.

De pronto, hoscas las cejas, le sacudió un recio pisotón a su amante-criado y le mandó en tono imperioso que nos dejara solos.

«—Dice Usted muy bien. Mel fue quien me descubrió. El que me abrió las puertas del teatro profesional. Un genio de la escena. Duro y despiadado con los actores, pero honesto. Le debo tanto que, en cuanto alguien pronuncia su nombre a mi lado, al instante se me escapa la palabra gracias. Sus méritos son de sobra conocidos. No hace falta que yo los enumere aquí porque necesitaríamos un libro entero. En este país de tantos hombres ilustres, si alguno se merece una estatua después de nuestro Secretario General, que ya tiene varias, ese es sin la menor duda el camarada Mel».

(*Revista de Actualidad y Espectáculos*, ibídem).

—Escucha, escritorzuelo. No era mejor ni peor que las otras. Era distinta. Yo le decía en un intermedio: Dame en el siguiente acto una *Lady Macbeth* patética, que haga soltar la lágrima a esos hijos de puta del patio de butacas, y me la daba. Dame una *Desdémona* casquivana, ligera, pueril, y lo mismo. A las otras, para que empezaran a entender, había que explicarles diez veces lo que uno esperaba de ellas. ¿Y sabes cuál era el secreto de Marivián, biógrafo de mierda? Que era una mujer vacía. Estaba hueca por dentro. Como lo oyes. Era aire rodeado de piel, ¿te enteras? Por eso no tenía problema para llenarse con sus personajes. Esto también se lo conté a Fertaxel. Luego el gordo baboso no lo puso en su libro.

El criado-amante entró en el salón con una bandeja en la que traía, sobre un paño blanco, una jeringa provista de la aguja correspondiente. Nada más percatarse de su presencia, Mel Amel extendió un brazo por encima de la pila de almohadones para que el joven le inyectara el contenido de la jeringa. Al punto cerró los párpados y, con la cabeza derribada sobre un hombro, permaneció largos minutos adormecido. Antes de salir del salón, el criado-amante me pidió por señas que guardase silencio. Quieto en mi silla, decidido a no asombrarme por nada, me dediqué a contemplar el mobiliario de lujo.

Volviendo de pronto en sí, Mel Amel me dijo como si tal cosa:

—A ver, la siguiente pregunta. ¡Qué aburrido es esto! El orgasmo es el único sentido que le veo yo a la vida. Me gustaría estar todo el día eyaculando.

—Con su permiso, voy a leerle una frase sacada de la biografía de Abrel Darbast.

—No recuerdo haber hablado sobre Marivián con ningún imbécil llamado así.

Le expliqué que se trataba con toda seguridad de un seudónimo tras el que a mi juicio se escondía una mujer.

—Yo a mujeres no recibo en mi casa. Sus órganos genitales me parecen antiestéticos. Una chapucería de la naturaleza. Supongo que tú opinas lo mismo.

Me lo puso fácil para concederle la lisonja que buscaba. Después leí:

—«Habiendo sido advertida por gente de su oficio de que Mel Amel otorgaba los papeles mejores del reparto conforme al placer carnal recibido de los aspirantes, fueran estos hembras o varones, acudió la que ahora se hacía llamar Marivián al domicilio particular de aquel con calculada lujuria nacida de su ambición de triunfar en el teatro, y aun dicen quienes la oyeron contarle después que no bien el afamado director de escena abrió la puerta, ella se arrancó a tomarle el miembro y llevárselo con fruición a la boca».

A Mel Amel le entró una risa violenta que le provocó un acceso de tos. Y como le subiese un gargajo a la boca, volvió la cara congestionada a un lado y escupió la inmundicia sobre la alfombra. Me sigo preguntando para qué me obligaron a descalzarme en la entrada.

«En resumen, a pesar de sus palmarias deficiencias compositivas, la obra se sostiene merced a la sabia dirección escénica de Mel Amel y, no debemos olvidarlo, a la interpretación soberbia, una de las mejores que se le recuerdan, de Bolisio Demonce en su difícilísimo papel de héroe popular y marido traicionado. Sus instantes más sublimes los ofreció con ocasión de sus duelos dialécticos con la esposa adúltera, encarnada por una joven actriz, Maravián (*sic*), cuyas cualidades excelentes, apoyadas en un atractivo físico poco común, no pudieron menos de sorprendernos gratamente. En sus buenas maneras (mímica idónea, dicción clara) volvimos a advertir la magnífica formación que reciben las nuevas generaciones de actores en la Escuela Popular de Artes Escénicas.

»Al final el público supo premiar el trabajo de todos los implicados en el espectáculo con una larga y sonora ovación. El Secretario General, camarada Francio Cuntobre, tuvo la deferencia de acercarse al proscenio para estrechar la mano del director de escena y del actor principal, garantes del altísimo nivel que ha alcanzado el teatro en la República Colectivista de Antíbula desde el triunfo de la revolución».

(Extracto de la reseña publicada sin firma el 16 de junio de 1937 en la sección cultural de *Voz Roja*).

—Tiene gracia, sí señor —prosiguió una vez que se le hubo pasado la risa—. Y

en parte no le falta razón al que haya escrito esa porquería clandestina. Toma nota, picapedrero del idioma. En mis buenos tiempos, un requisito indispensable para entrar en mi compañía era procurarle al jefe una eyaculación. El método podía elegirlo el novato. Yo, en ese sentido, me he caracterizado siempre por una gran tolerancia y refinamiento, al revés, por ejemplo, de Cuntobre, un hombre tosco que al fornicar con las esposas, hijas y cuñadas de sus ministros y demás subalternos no se preocupaba más que de imitar a su caballo.

—Le agradecería, señor Amel, que me hablase de Marivián, objeto de mi estudio.

—No te pongas tontito, ¿eh? No sé qué ha podido ver Tebe en un tipo como tú, en serio. Eres de una vulgaridad que tira de espaldas.

Calma, paciencia.

—¿Ratifica usted el relato de Abrel Darbast?

—Yo exijo a mis actores sumisión absoluta. Cuando me llega uno nuevo, joven, guapo, cargado de deseos de triunfo y fama, no pierdo el tiempo en explicaciones.

—Interpreto entonces que Marivián se sometió al rito de ingreso previsto por usted.

—El tiempo pasa, la juventud se va, estoy a punto de cumplir cincuenta y nueve años. Conclusión: todo es una mierda.

Se tapó la cara con un almohadón. Al retirarlo al cabo de quince o veinte segundos, vi que le caía una lágrima por el costado de la nariz. ¿Teatro?

—Bueno, ya te he dicho —se retrepó en el sofá, le temblaba ligeramente el labio inferior, su tono de voz se había vuelto de pronto menos agresivo— que ella era distinta. Aunque me caes mal te voy a complacer. Por Tebe, solo por Tebe, una de las pocas personas íntegras que yo conozco. Una vez, hace muchos años, me prometió que nunca saldría en su asqueroso periódico una crítica contra mí y ha cumplido. Ahora bien, olvídate de publicar lo que yo te cuente porque te tacharé hasta los números de las páginas cuando mandes el texto a la censura. Una noche la mujer de Tebe se me insinuó; pero después que le vi la celulitis me entraron ganas de vomitar. En fin, ¿de qué estábamos hablando?

Se lo dije consciente de que mi voz y ademanes serenos aplacaban su ferocidad verbal.

—La recibí en mi despacho del Coliseo, donde estábamos preparando el plan de ensayos. Llamó a la puerta, entró. Caramba, exclamé, la chica del calendario. Tienes el tipo de tetas que gusta al público. Meteremos alguna escena para que las puedas enseñar. ¿O esto se lo dije otro día? Ya no me acuerdo. Estoy hablando del año 37, ¿eh?, y no de ayer por la tarde.

De nuevo entró el criado-amante con la bandeja. Valiéndose de una pinza como las que se usan para prender azucarillos introdujo en la boca de Mel Amel una cápsula blanca. A continuación le ofreció un vaso con agua, esperó a que este hubiera tomado un trago y, sin decir palabra ni esperar instrucciones, abandonó el salón.

—Trabajaba muy bien con la boca Marivián. El idiota de Bolisio se entrometió. A

esta no, me dijo. La quería para él solo. Egoísta, le contesté, ¿por qué no nos la repartimos como buenos amigos? Tú usufructúas el orificio delantero, yo el trasero. No era fácil hacer entrar en razón a aquel lechuguino que se jactaba de poseer mujeres. Me amenazó como no me gusta que me amenacen y ella lo escuchaba todo sin mover un músculo de la cara. Marivián se portó con decencia. Antes de empezar los ensayos vino a procurarme mi merecida eyaculación a escondidas de Bolisio. ¿Algo más?, me preguntó. Le dije que no, que así estaba bien, y desde entonces ella y yo nos dedicamos a cultivar bien avenidos el triunfo profesional.

«No puedes imaginarte, querida sobrina, la alegría que nos ha dado ver tu retrato en el periódico. Tu tía, que ya sabes que tiene buen ojo para estas cosas, enseguida ha dicho que estabas guapísima y muy elegante. Y a tus primos se les ha ocurrido enmarcar la página y colgarla en la pared de la biblioteca.

»En cuanto a mí, no solo estoy alegre. Me siento emocionado y, sobre todo, orgulloso de ti. No dudo que mi hermana, tu madre, sería ahora la persona más dichosa del mundo si viera lo que a tan corta edad has conseguido.

»No otra esperanza me impulsó en su día a mover los hilos necesarios para que te admitieran en el internado, un esfuerzo enorme, puedes creerme, que al final ha dado sus frutos y yo soy el primero en celebrarlo.

»Huelga decir que en cuanto mis numerosas obligaciones me lo permitan iré a aplaudirte, si es posible en primera fila. No importa cómo te llames. Para mí ya eres y serás para siempre uno de los vástagos más sobresalientes de nuestra stirpe.

»Esto escrito, quisiera pedirte un favor. Por la posición que has alcanzado es posible que conozcas a...».

(Extracto de una carta de Viccuo de Ez, con fecha del 26 de enero de 1938, que se conserva en el depósito de la casa-museo Marivián).

El hecho nunca antes visto sobre los escenarios de Antíbula ocurrió el día 22 de enero de 1938, durante la primera de las dos funciones diarias de un drama en verso de Jobo de Nizora, titulado *Por una palabra de más*.

Era sábado, día propicio para la asistencia numerosa a un espectáculo de aquellas características en el cual no se dirimían cuestiones políticas ni religiosas, sino de honor, dinero y alcoba, en un territorio imaginario que vagamente recordaba al reino de Antíbula de los siglos xvii o xviii. Una obra, en fin, de escasa relevancia literaria e inofensiva desde todos los puntos de vista, empezando, claro está, por el ideológico. De ahí que a raíz del estreno, una semana atrás, cosechara críticas positivas, con distintos grados de elogio, tanto en la prensa oficial como en la clandestina.

Nada de extraño tiene que la reseña, de una página entera, publicada con seudónimo en *Voz Roja* fuera especialmente encomiástica. Por Tebe Fren sé que la redactó Mel Amel como de costumbre cada vez que se estrenaba una pieza teatral por él dirigida.

No había un asiento libre aquella tarde de enero en el Coliseo. Tanto al término del primero como del segundo acto, el público aclamó el nombre de Bolisio Demonce, que hubo de salir en ambas ocasiones a escena para agradecer los aplausos. Hoy sabemos que el actor y Mel Amel forzaron al dramaturgo a introducir una serie de cambios en el texto con el fin de que Demonce recitara un monólogo antes de cada caída del telón. Y como a Demonce le sobraba veteranía para impresionar al público con su estilo declamatorio y gesticulante, no hubo descanso en que no tuviera que llegarse al proscenio a hacer reverencias de gratitud.

Al rato de haber comenzado el tercer y último acto, ocurrió el accidente. Bolisio Demonce, marido despechado, bajó corriendo daga en mano unas escaleras en persecución de la esposa infiel, interpretada por Marivián, que trataba de huir con un billete de su amante apretado en el puño. Suena de pronto un crujido espeluznante al tiempo que Demonce se viene al suelo, derriba un candelabro, se revuelca y hace con las manos gestos aparatosos. El público, paralizado de espanto, no empieza a emitir los primeros murmullos hasta que varios actores, el director de escena y algún operario acuden en socorro de Demonce y se lo llevan a toda prisa en volandas.

—Esto sí te dejo que lo cuentes. Ahora bien, espero que lo hagas mejor que Fertaxel. Con menos retórica y menos mierda verbal. Supongo que me entiendes.

Encendió un cigarrillo acoplado al extremo de una boquilla dorada.

—¿Te gustan mis hombros? A que son bonitos, ¿eh?

En vano esperó una respuesta mientras afeminadamente le daba una calada al cigarrillo.

—Nos faltaban —dijo al mismo tiempo que exhalaba una bocanada con el semblante vuelto hacia el techo— unos veinte minutos de obra. Entonces coge el patoso de Bolisio y se pega el trompazo padre. Clac, la tibia y el peroné partidos como un palo seco. Me cago en tus muertos, fue lo primero que me vino a la cabeza. Pedí a los que estaban a mi lado que me ayudaran a sacarlo. Por el camino me puse a discurrir lo que diría a continuación al público. ¿Te imaginas una cabronada mayor? Yo es que a Bolisio, en aquel momento, le habría roto la otra pierna. ¿A quién ponía yo en su lugar en la función de noche? Había que suspender las representaciones hasta encontrar un sustituto que se aprendiera a toda pastilla los ripios de Nizora. Salgo a dar las explicaciones pertinentes y en esto Marivián me hace una seña desde el centro del escenario para que me retire. ¿Pretende hablar por mí? Me coloqué detrás de un bastidor dispuesto a salir como advirtiera en ella el menor amago de hacerse la jefecita. ¿Sabes una cosa, machacarrenglones? A lo largo de mi carrera he vivido momentos inolvidables, pero lo que sucedió a continuación sigue siendo para mí, sin la menor duda, lo más grande, lo más sublime, lo mejor que yo he visto encima de un escenario en toda mi repugnante vida.

Dio a todo esto un grito descomunal de llamada. Apenas transcurridos tres o cuatro segundos, entró de nuevo en el salón, con pasos raudos, el criado-amante de Mel Amel.

—Ráscame la espalda —ordenó este en tono imperioso—, date prisa. Más arriba. A la izquierda. Ahí, ahí. Fuerte, haz daño...

Poco después, aplacado el presunto picor, le mandó salir.

—Sin tiempo de que los sanitarios llegaran al teatro, todos nos percatamos de que la caída de Bolisio había sido un hecho afortunado. No para él, desde luego, que pasó una mala temporada con la pierna enyesada y el corazón podrido de celos. Pero sí para la historia del teatro de este país infestado de mediocridades.

Levantó la mirada hacia las molduras del techo como buscando en ellas imágenes de otro tiempo. Durante unos instantes guardó un silencio risueño que rompió de golpe para preguntarme de qué estábamos hablando.

—De Marivián, sola en el escenario la tarde del 22 de enero de 1938.

—Fue algo inesperado. Tomó la posición que le correspondía a Bolisio en aquella

escena complicada. La estoy viendo ponerse una cinta de su vestido negro sobre el labio a modo de bigote. De ese modo recitó con la voz ligeramente, sutilmente, maravillosamente impostada el parlamento de él. Contestó después con los versos de su parte y así continuó, interpretando los dos papeles hasta el final de la obra. No se oía ningún ruido en la sala. Ni las toses importunas de costumbre. Nada. Desde mi lugar se percibía una tensión en el aire como solo se percibe en momentos especiales. Incluso escenas difíciles por su violencia, su desgarró y su mucho movimiento, las despachó con altura interpretativa, sin caer en la parodia. ¡Qué potencia en la voz! ¡Qué ligereza en los pasos! ¡Cuánta verdad humana en los gestos! Vociferaba el esposo, sollozaba la esposa. Aquel amenazaba a esta con clavarle la daga; esta, arrodillada, se deshacía en súplicas delante de aquel. Y todo lo hacía ella yendo y viniendo con tanto arte y tanta gracia que, por no romper el encanto, los que estábamos detrás de los bastidores no nos atrevíamos a respirar. El final fue apoteósico. La gente aplaudía con ojos húmedos, puesta de pie. Y Marivián estaba allí serena, escultural, preciosa, aguantando la lluvia de bravos y hurras y flores y silbidos con las manos enlazadas sobre el vientre.

—De acuerdo con mis datos, en la función de noche interpretó de principio a fin los dos papeles principales.

—Fue decisión suya. Nadie la obligó. Así lo quiso, así se hizo, después, eso sí, de que advirtiéramos al público. Y también los días siguientes, de manera que muchas personas que habían asistido a las representaciones con los dos actores volvieron al teatro por verla a ella hacer de mujer y marido. Terminó asumiendo todos los papeles. Y es que la puñetera tenía mucha facilidad para la imitación. Además, no le costaba memorizar los parlamentos. Se sabía toda la obra. Al contrario de Bolisio, por cierto, a quien había que andar todo el tiempo susurrándole versos desde la concha del apuntador. Marivián, esto no lo niega nadie, inventó aquel día un género de interpretación que luego ha tenido muchos imitadores dentro y fuera de Antíbula. Ya te he dicho, escritorzuelo, que ella era distinta.

Los padres de Coranda me invitaron a comer un domingo en su casa. Su hija les había hablado en términos harto positivos de mí y deseaban conocerme. En el instante de las presentaciones, el doctor Jan de Muta, vestido de tiros largos, me dijo:

—Conque usted es el novio de nuestra hija.

Antes que la perplejidad me dejase despegar los labios, Coranda respondió por mí:

—Sí, papá. Y no le importa nada mi cojera.

Durante la comida fui estrechado a preguntas acerca de mi profesión, mi familia, mi pasado, y también acerca de mi proyecto actual. Al tratar esta última cuestión, el doctor Jan de Muta me contó que él había asistido a una de aquellas extrañas representaciones teatrales en las que Marivián interpretaba todos los papeles,

incluidos los secundarios. Espoleado por Coranda, refirió sus impresiones de espectador. Yo lo escuchaba agradecido tanto por el interés que suscitaba en mí su relato como por la oportunidad que me brindaba de guardar silencio, lo que me permitía saborear sin interrupciones el delicioso perro asado con guisantes, castañas y salsa de tabasco.

Tras los postres pasamos a una especie de pieza de recibo, alhajada al estilo antiguo, con techos altos y mirador, donde la madre de Coranda dispuso que nos fuera servido el café. Doña Lísbera se mostró vivamente interesada por conocer con más detalle la historia de mi hermano. Mientras yo la complacía, el doctor Jan de Muta tuvo la gentileza de encerrarse en la biblioteca con el fin de poner por escrito los pormenores principales de cuanto me había contado durante la comida sobre Marivián. Al cabo de diez minutos me hizo entrega de un texto manuscrito con esmerada caligrafía que reproduzco a continuación:

«Acudí al Coliseo en compañía del director del Archivo Nacional, doctor Bebdán, que en paz descanse, el día 30 de enero de 1938, movidos ambos por la curiosidad que experimentábamos oyendo en todas partes, también en la Universidad donde desempeño mi cátedra, ponderar la actuación novedosa de la joven actriz. Tomamos asiento en la fila tercera del patio de butacas, lugar de privilegio que en modo alguno nos habría correspondido de no haber mediado las hábiles gestiones del doctor Bebdán cerca del Comité Revolucionario de Cultura y Espectáculos. El Coliseo, nuestro teatro de mayor aforo, se hallaba repleto de público. De boca de unos conocidos a quienes encontramos casualmente en el *foyer* supimos que algunas personas adquirirían entradas para tantas funciones como se lo permitían sus bolsillos. A tal punto llegaba la fascinación que les causaba el espectáculo. Confieso mi renuencia a las alharacas admirativas y a las muestras de frenesí colectivo. Mi estado de ánimo en el momento de alzarse el telón rozaba la suspicacia, por no decir la hostilidad. El doctor Bebdán se me hace que abrigaba parecidos sentimientos. Llego a esta conclusión en virtud de ciertos comentarios malévolos que me dirigió al oído tan pronto como hubo comenzado la representación. Necesité obra de tres o cuatro minutos para acostumbrarme al artificio escénico; pero, así que lo hube comprendido, no tuve dificultades para seguir el hilo de la trama. El lenguaje convencional, ripioso, salpicado de rimas forzadas, no fue de mi agrado. El único valor de la pieza, si es que alguno tenía, se sustentaba en las aptitudes interpretativas de Marivián, mujer dotada de atractivo físico y de otras gracias personales entre las que cabe resaltar las voces varias con las cuales singularizaba acústicamente a cada personaje. En su favor he de alegar que vestía con decencia. El vestido, palmariamente anacrónico, aun cuando no acababa uno de saber con seguridad en qué época transcurría la acción, cubría su cuerpo desde el

arranque de las piernas hasta la garganta. Nada que ver, por tanto, con las escandalosas actuaciones de esta actriz propensa a mostrarse sobre el escenario no más tapada que en la hora de su nacimiento. A partir del acto segundo el espectáculo empezó a fatigarme. Pronto se me hizo inaguantable, a tal punto que no pude menos de observar con una mezcla de hastío y lástima el excesivo ajeteo de la actriz en su esfuerzo por agradar al público. Intimidado por la vehemencia idolátrica a que se entregaban de continuo las personas sentadas a mi alrededor, refrené mis deseos de levantarme y tomar sin demora el camino de la salida. El propio doctor Bebdán, hombre por lo demás comedido, se dejaba contagiar a cada instante por el enardecimiento grotesco de la muchedumbre. Me resigné en consecuencia a permanecer en mi asiento hasta el final. Terminada la función, asistí, avergonzado de pertenecer a la especie humana, a un guirigay indescriptible, a una gritería demencial, a una suma de estupidez y ramplonería propia de monos desatados. Por una simple cuestión de dignidad me negué a aplaudir, no digamos a secundar de cualquier otra manera la histeria y el estruendo general. El doctor Bebdán trató de transmitirme su infantil paroxismo por la vía de agarrar una solapa de mi esmoquin y tirar repetidamente de ella. En la calle, la ventisca que caía no sirvió para enfriarle el entusiasmo ni devolverle la sensatez, sino que el hombre se arrancó a encadenar elogios con una fogosidad impropia de su edad y categoría. En cuanto llegamos a la primera esquina, me despedí».

El éxito, con sus fulgores y servidumbres, se convierte a partir de 1938 en un compañero inseparable de Marivián. Tiene dos caras distintas: una amable y risueña, que es, sobre todo al principio, la que ella ve más a menudo, y otra hosca que acecha sin cesar tras los aplausos, la adulación, los homenajes, y que pronto derivará en odio a muerte.

A raíz de su actuación triunfal en el Coliseo la gente empieza a reconocerla por la calle. Cada vez son más los que la paran en la vía pública, la saludan, le piden autógrafos, se pieren por tocarle las manos, por robarle un cabello, por estamparle un beso, agresiones todas ellas aún leves, aún afectuosas, que no tardan en hacer recomendable el acompañamiento de un guardaespaldas, más tarde de dos.

En el otoño de 1938 recibe un primer aviso. Un tiesto caído desde la ventana de un rascacielos del Bulevar de las Damas estuvo a punto de alcanzarle en la cabeza. Al parecer se estrelló con un ruido atroz a pocos centímetros de la punta de su zapato. Junto a la tierra y los cascotes esparcidos sobre la acera hay una hotidima blanca, símbolo de los opositores al régimen. Este detalle dio pie a sospechar que tras el supuesto accidente se escondiera una voluntad criminal. Las pesquisas de la Posepu, con las consabidas detenciones e interrogatorios, en un vecindario compuesto por más de doscientos inquilinos, no condujeron a ningún resultado.

Meses antes, Marivián ocupó por cuenta del Estado una *suite* de tres habitaciones

en el Gran Hotel de Moscú. Para entonces ya ha obtenido la primera de una larga lista de condecoraciones oficiales, disfruta de privilegios vedados a la mayoría de sus conciudadanos, lleva una vida de lujo y dispendio, insólita en un país donde la ley señala un tope máximo de posesión de bienes.

Todo ello obedece, claro está, a un cálculo político. A los prebostes del régimen, algunos de los cuales la visitan con frecuencia (atraídos, según rumores, por la generosidad sexual de la anfitriona), no les han pasado inadvertidas las posibilidades propagandísticas que entrañan el talento, la fama y la belleza de la actriz.

Al doctor Jan de Muta le oí decir un día: «Aunque llevaba un tren de vida propio de millonarios, esa mujer, en mi opinión, no poseía nada. Ella era la poseída».

El libro de fotos abunda en imágenes donde se la ve acicalada, sonriente, luciendo sus abrigos de piel y sus joyas, colgada del brazo del Secretario General, del ministro de esto, del ministro de lo otro y de docenas de personajes y personajillos dominados por idéntico afán de medrar a la sombra del Partido.

Ella acepta, no sabemos si de buen grado, pero desde luego sin reservas, la misión que se le asigna, consistente en poner su hermosa estampa al servicio del ideal colectivista; en ser como quien dice la sonrisa y el escote del sistema político vigente; en acumular premios y medallas; en dejarse manejar por el poder a cambio de toda clase de ventajas materiales.

La célebre foto de su ingreso en el Partido, el 14 de julio de 1938, tomada en el momento en que Francio Cuntobre, con gesto de satisfacción, le hace entrega del libro rojo de militante y todo el politburó al completo aplaude y sonrío a su alrededor, llenó la primera página de los periódicos oficiales.

Quienes siguieron la emisión radiofónica del acontecimiento pudieron escuchar el discurso de casi una hora leído por Marivián, un texto de una factura intelectual inconcebible en una mujer de su estilo y formación. Prodigia por esos días las manifestaciones de apoyo al Gobierno, tan insinceras como candorosas; adorna con su presencia actos públicos; canta en recepciones oficiales; se convierte, a los veintiún años, en una figura emblemática del régimen.

Desde 1938 la vida de Marivián es un libro abierto al que cualquiera puede asomar la mirada. En contra de lo que pudiera parecer a simple vista, esta circunstancia no facilita en absoluto la labor de los biógrafos, por cuanto apenas se encuentra nada en dicho libro que merezca el calificativo de verdadero.

—La respuesta es: ni lo sé ni me preocupa.

Me atreví a añadir, sin ánimo de contradecirlo, solo por estimular su locuacidad, que los dos representaban por entonces la pareja perfecta por antonomasia. Guapos, jóvenes, triunfadores.

Mel Amel agitó su mano ensortijada como empeñado en abofetear mis palabras conforme le iban llegando por el aire.

—Líbrame por favor de tu filosofía de verdulero. Mira, quizá se aburrían un poco y decidieron gastar una broma inocente a toda la nación. Más probable es que

estuvieran borrachos o drogados, y no supieran lo que hacían. Ni siquiera es verdad, como ha llegado a murmurarse, que formaran un matrimonio mal avenido. Tenían sus disputas, pero no por estar casados, sino por desavenencias profesionales y, bueno, sí, porque eran cada uno a su manera personas difíciles. Las broncas ya venían de antes de contraer matrimonio. No se tragaban como yo tampoco trago a los de tu calaña. En los escenarios y en las pantallas de cine hemos visto a Bolisio y a Marivián besarse muchas veces con pasión. Pero no se tragaban. Cuando hicieron *Muñeco de nieve*, dos meses antes de la boda, los vi pelearse como gatos; tuvieron que interrumpir la disputa para rodar una escena de amantes amartelados en una cabaña, con coito incluido; nada más terminar, desnudos delante de todo el equipo de filmación, volvieron a los insultos, los gritos y los arañazos. Para mí que se casaron por venganza. Por amargarse la vida el uno al otro. Por odio.

—Me cuesta creer, señor Amel, que en tales condiciones pueda sostenerse un matrimonio bien avenido.

—Pero ¡qué cerrado de mollera! Esos dos no formaban ningún matrimonio salvo en los papeles, puesto que jamás vivieron juntos. Ni se guardaron fidelidad, ni se respetaron, ni nada por el estilo, ¿comprendes, eyaculador de tinta? Lo suyo fue una noticia en los periódicos. Maldita sea, si está más claro que el agua. Me pones nervioso, ¿sabes?

Paciencia.

—Deberías quitarte de la cabeza la idea de que su relación fracasó, porque no hubo tal relación. Después de registrarse como esposos, ella siguió en el hotel acostándose con sus amantes y él en su casa atiborrado de cocaína y llorando sus frustraciones en el regazo de alguna prostituta. ¿O es que tú te imaginas a Marivián pariendo hijos y fregando platos? Vamos, vamos. Bolisio Demonce era un pobre diablo enamorado de su cara en el espejo, un hombre sin carácter y un llorón recomido por la envidia. Todavía, después de casado, se sulfuraba cuando el nombre de ella aparecía antes que el suyo o con letras más grandes en los carteles. Entonces venía a quejarse. Un día, hartado, le dije: Bolisio, ¿por qué no te suicidas y así contribuyes a hacer el mundo más habitable?

La carrera cinematográfica de Marivián abarca siete largometrajes, el primero de los cuales, *Muñeco de nieve*, fue rodado entre noviembre de 1938 y febrero del año siguiente en los estudios de la Academia Popular de Cine (APC) y en las cercanías de un pueblo de la montaña llamado Las Aspias de Uchu, adonde hubo de trasladarse el equipo de filmación por falta de nieve en el lugar inicialmente elegido.

La película se rodó con los consabidos fines proselitistas por encargo del Comité de Propaganda del Estado, que la financió a medias con el Comité Revolucionario de Cultura y Espectáculos. Empezó a dirigirla el célebre Ax de Brece sobre un guión de Mel Amel. Pocas semanas antes de concluir el rodaje, como represalia por unas

declaraciones públicas en las que insinuó que no se le permitía trabajar con la suficiente libertad, Ax de Brece fue sustituido por Evosto Clafel, un hombre de probada militancia colectivista de quien se cuenta que era incapaz de tomar una decisión sin pedir previamente instrucciones a la autoridad.

Muñeco de nieve cuenta la historia de una mujer solitaria (Marivián) que da cobijo en su cabaña del monte, durante una tormenta, a un caminante perdido (Bolisio Demonce). La misma noche de su encuentro consuman el acto sexual. Cerca de ocho minutos dura la secuencia. De acuerdo con los distintos testimonios, Ax de Brece, todavía al cargo de la dirección en aquellos momentos, instó a los dos actores a que fornicaran realmente. Desde el triunfo de la revolución, escenas de esa índole no han tenido el menor problema para obtener el visto bueno de la censura, lo uno por el empeño del régimen colectivista en fomentar el culto al cuerpo, lo otro por mofarse de los criterios morales y herir la sensibilidad de la oposición católica.

Del episodio sexual en la cabaña procede la toma en que las nalgas de Marivián ocupan durante varios segundos la pantalla entera. La imagen fue posteriormente utilizada para ilustrar postales que todavía, pasados más de veinte años, siguen a la venta en alguna que otra tienda de recordatorios.

Tras largos y sensuales meses de convivencia (todo lo contrario de lo que sucedía en los descansos del rodaje), la mujer da a luz a un hijo en el rincón cubierto de heno reservado a sus cabras. Con su varón y su bebé baja un día al pueblo en busca de herramientas y provisiones. Las costean con la venta de pieles de zorro, frutos silvestres y quesos.

Y entonces, transcurrida media hora de película, empieza el conflicto. Mientras la mujer da de mamar al pequeño junto a su puesto del mercado, ve que unos guardias y gente del lugar se lanzan sobre su hombre, que, tras defenderse a puñetazos, huye a todo correr.

—Por poco nos vuelve locos. Marivián, hermosa, no llores. Estamos haciendo lo que podemos. No nos creía. Para ir ganando tiempo, Ax se fue a la otra punta de la plaza a rodar la pelea de Bolisio, que para guapo valía, pero no para tipo fuerte. Pegaba puñetazos de señorita. Ella amenazó con abandonar el trabajo.

A este punto, interrumpió el relato para que su criado-amante le pudiera depositar con la pinza otra cápsula blanca encima de la lengua. En esta ocasión no tomó un trago del vaso, sino que, sin mediar palabra entre ellos, el joven semidesnudo bebió agua y se la pasó a Mel Amel de boca a boca, tras lo cual este le ordenó por medio de un ademán displicente que se marchara.

Prevenido por Tebe Fren, perseveraré en mi propósito de no dar muestras de perplejidad.

—Te estoy contando mucho más de lo que les conté al gordo y a los otros. Por Tebe, ¿eh? No te vayas a pensar. ¿De qué iba la cosa?

—Marivián se negaba a rodar la escena del pecho con un muñeco.

—Por poco nos vuelve locos. Ax me dijo a la oreja: Creo que le voy a sacudir unas bofetadas. No muchas, treinta o cuarenta, las que se merece. Unos por unas calles, otros por otras, nos pusimos a buscar un bebé de carne y hueso. Y, claro, con el frío que hacía, nuestro acento de forasteros y nuestra pinta de artistas nadie se arriesgaba a prestarnos una criatura. Esto te lo soluciono yo en un periquete, le dije a Ax. Llamé por teléfono a Antíbula para averiguar quién era el responsable del Partido en Las Aspias de Uchu. Al rato de dar con él requisamos un recién nacido con sus pañales y su morro mojado de babas. La madre detrás, dando alaridos porque pensaba que se lo robábamos con la complacencia de la Guardia Popular. Que no, señora. Que es para una película. Unos minutos y se lo devolvemos. Imaginarás con tu cerebro de pulga el cabreo de Bolisio cuando vio que Ax y los demás le daban de pronto la espalda y se largaban a filmar a toda pastilla la escena del amamantamiento, que aquí entre nosotros, ahora que nadie me oye, es una mierda.

Durante varios segundos me escrutó como si quisiera leerme los pensamientos en el fondo de los ojos.

—Te voy a poner al corriente de un secreto que hasta la fecha no he contado a nadie. Pero luego quiero que lo olvides. O no. Es igual. En cuanto me entere de que tu libraco ha llegado a los despachos de la censura decidiré si te borro o no el episodio. Para lo que se ve del crío en la película se podía haber usado un muñeco. En esto yo a Ax le doy toda la razón. Antes de empezar a rodar, Marivián le metió un pezón al crío en la boca, decía que para ir practicando. En presencia de la madre verdadera, claro está. Pero esto no era ningún problema porque la señora ya se había tranquilizado, sobre todo después que le diéramos un billete de cinco melios. Terminó la escena. Marivián pidió que la repitieran. ¿Dónde se ha visto que un actor pida algo semejante? Ax me dijo a la oreja: Me parece a mí que esta idiota se está procurando placer con los chupetones del crío. Hicimos como que filmábamos. Luego supimos que por la noche y al día siguiente Marivián fue a casa de aquella gente y les hizo no sé qué regalos a cambio de que la dejaran amamantar con sus tetas sin leche al crío de marras.

La mujer pregunta a unas vendedoras del mercado si conocen al hombre que ha huido. De este modo averigua que lleva un año compartiendo techo con un prófugo de la justicia. Al padre de su hijo, al dueño de su corazón, al protector que la salvó una vez del ataque de unos lobos, se le acusa de haber desertado de una partida de guerrilleros colectivistas por los días de la revolución, después de apoderarse del dinero previsto para la compra de víveres y asesinar al jefe y a varios camaradas.

Desolada, la mujer vuelve con su hijo y su fardo de mercancías a la cabaña del monte. Allí encuentra al traidor escondido en el rincón de las cabras. Él justifica con mentiras su precipitada marcha del pueblo. Al llegar la noche, intenta montarse sobre

ella en el rústico lecho, pero es rechazado. Semejante actitud solo puede significar una cosa: ella está al cabo de su acción criminal. Para sonsacarle lo que sabe, la golpea con saña y le aprieta el cuello hasta casi asfixiarla.

A la mujer no le queda más remedio que decidirse entre el deber patriótico o los sentimientos personales. El espectador de nuestra época conoce de antemano la elección. Evosto Clafel, que dirigió esta parte de la historia, presenta el conflicto de la protagonista de una manera tan trivial, tan poco sugerente, que lo despoja de todo fundamento trágico, convirtiéndolo en una apología explícita del régimen actual.

De noche, no bien al varón lo vence el sueño, la mujer se marcha en silencio de la cabaña. Fuera nieva. Quizá por esta razón ha optado por no llevarse al bebé consigo. En el pueblo saca de la cama al oficial de la Guardia Popular para revelar el escondite del malvado. Al amanecer cinco o seis carabinas apuntan a la puerta de la cabaña. La voz del oficial conmina al hombre a entregarse a la justicia. Él sale con un burujo de pañales bajo el brazo y a gritos amenaza con matar al niño de una cuchillada si no le permiten escapar.

Entonces la mujer patriota, dispuesta al mayor sacrificio que pueda llevar a cabo una madre, suelta una arenga en defensa de los ideales colectivistas, al final de la cual asume la función de dar la orden de disparo. El traidor cae abatido por las balas ante la puerta de la cabaña. La mujer, mueca melodramática, cabellos al viento, corre a rescatar a su hijo. Al levantarlo advierte un cuchillo clavado en los pañales. Con delicadeza materna deposita a continuación al niño muerto junto a la base de un muñeco de nieve que hay dentro de un redil cercano a la cabaña. Suena entretanto una música ampulosa de timbales e instrumentos de viento. Marivián mira con gesto hierático la cumbre del monte. Dice una frase sobre la justicia del pueblo obrero, que, como nadie ignora, está sacada de un discurso de Francio Cuntobre, y con una imagen de los campos nevados acaba la película.

«Me dolió. Lo digo sin rencor, pero lo tengo que decir. Que no me invitara a la fiesta, pase. Por lo que leí en *Voz Roja*, había en aquel lugar demasiada gente que no era de mi estilo. Me entristeció, sin embargo, que no me comunicara su intención de contraer otra vez matrimonio. A mí, que la salvé del anterior. Ni siquiera se le pasó por la cabeza mandarme una notificación a casa; a la casa, por cierto, donde la acogí cuando era una muchacha desvalida. Me tuve que enterar por el periódico».

(*Memorias de Sera Behe*).

«El vínculo amoroso que los unía colma de autenticidad la justamente famosa escena de la cabaña, prodigio artístico de belleza y fuerza visual inigualadas. De acuerdo con el dictamen de numerosos expertos, dicha escena constituye por sí sola un capítulo excelso en la historia del cine antibulés y aun del cine mundial. Por si todavía quedaran dudas al respecto, la sincera pasión de ambos protagonistas en la ficción condujo semanas antes del estreno de la película a su enlace matrimonial,

festejado en el Coliseo con nutrida asistencia de personalidades políticas, científicas y culturales de la república. No se olvidaron los felices contrayentes de agasajar al pueblo con vino de Uchu en abundancia y una sabrosa colación a las puertas del teatro. Incontables ciudadanos acudieron a mostrar su admiración y afecto por los recién desposados. Al paso de estos por las calles, en coche descubierto, se vivieron escenas de júbilo popular que ya presagiaban el éxito extraordinario que habría de alcanzar la película poco tiempo después».

(Blitte de Fertaxel, *óp. cit.*, pág. 122).

«La tiranía roja auspició, costeándolo con fondos del erario público, aquel engendro pornográfico-propagandístico sobre cuya inmoralidad ostensible no vamos a desperdiciar aquí una sola palabra. Esa misma tiranía proclamó en sus periódicos y emisoras radiofónicas un éxito que en la realidad la película jamás obtuvo, aun cuando unos cuantos la aplaudieran por sumisión al régimen inhumano o por temor a las represalias.

»De todos es sabido que los actores principales pusieron por obra un matrimonio engañoso, enderezado a buscar publicidad con vistas al estreno de la película repugnante quince días después. Nada más lejos de sus propósitos que fundar una familia. Bendecidos por la bajeza moral de sus protectores, sin disimulo ninguno cada cual siguió entregándose por separado a una vida de disipación, de vicios infames y materialismo a ultranza, despreocupados del castigo terrible que Dios Nuestro Señor les estaba preparando en las alturas. Hoy sabemos con certeza absoluta, como sabemos que los santos gozan de la dicha eterna, que Bolisio Demonce y Acfia Fenelina Benjamel, nombrada Marivián, expían sus muchos pecados en las calderas del infierno».

(Abrel Darbast, *óp. cit.*, pág. 39).

Lo declaró en más de una entrevista: «No me da vergüenza confesar que soy adicta a los aplausos». La frase semejaba una ocurrencia frívola con la que sacarse de encima a los molestos reporteros sin perder la simpatía. Coranda había trasladado al doctor Jan de Muta mi parecer. No lo compartía ninguno de los dos.

—Mi padre y yo creemos que había en ella un fondo de insatisfacción, incluso de amargura. No sabemos a qué atribuirlo porque, claro está, no la conocimos en persona. Pero consideramos que los éxitos continuos no hacían sino agravar el problema. En el momento de las ovaciones y las flores todo es maravilloso; pero luego vas a casa, nadie te espera, y estás solo, y no tienes a nadie en quien proyectar lo que has conseguido. ¿Me entiendes?

—No mucho.

—Mi padre piensa que algunos artistas acostumbrados a recibir aclamaciones son incapaces de soportar los intervalos entre una actuación y otra. Que por eso se dan a las drogas y la bebida y los amores pasajeros, como le pasó también a Marivián. A

nadie parecía interesarle el drama íntimo de esa chica. Se limitaban a ignorarlo para que no se les rompiera la imagen idealizada que se habían hecho de ella. Mi padre aún va más lejos. Afirma que la gente, sin darse cuenta, mantiene un lazo de posesión con sus ídolos, o sea, que considera que le pertenecen y es capaz de defenderlos, a la fuerza si hace falta, del individuo verdadero y vulgar de donde parte el foco de su veneración.

—Esta hipótesis no ha sido postulada por ningún biógrafo. Agradecería que te explicaras un poco más.

—Mira las fotos del libro. Apenas hay una donde Marivián no sonría y, sin embargo bajo la máscara alegre sin duda se ocultaba la cara de una persona infeliz. A todas horas se le veía rodeada de gente. Pues bien, recuerda que a su antigua profesora de la EPAE y a algún otro les parecía una mujer solitaria, o que tenía una gran soledad por dentro, ya no me acuerdo de las palabras exactas. Si te fijas bien, en muchas de sus declaraciones públicas se encuentran, entre líneas, pequeñas llamadas de socorro, lamentos apenas insinuados, súplicas en voz baja a las que nadie atendió porque a nadie le importaba un pepino que aquella actriz tuviera una vida privada al margen de los escenarios y de los personajes que interpretó.

—Tengo que hablar con tu padre.

—Te va a decir lo mismo; aunque, claro, él lo sabe formular mejor. He estado pensando en el pañuelo de flores que a ti tanto te fascina y yo no encuentro por ninguna parte. Tú mismo me dijiste que Marivián lo lucía en momentos especiales. En las fotos de la boda con Bolisio Demonce también lo luce. Ese pañuelo no es un simple adorno. Debía de significar algo importante para ella, además de un recuerdo de la madre. Algo que sin la menor duda tenía que ver con su verdad interior. Si no consigues desentrañarlo tu esfuerzo habrá sido inútil.

—Me temo que en ese punto estamos totalmente de acuerdo.

Una estancia en el hospital de Baigravia, a raíz de un serio accidente sufrido mientras atravesaba la puerta giratoria del Gran Hotel de Moscú, puso a Marivián por primera vez en contacto con la morfina. Hasta entonces, diciembre de 1939, había tenido una relación ocasional con algunas sustancias estupefacientes, inducida por sus compañeros de profesión y, en gran medida, por Bolisio Demonce, de quien está comprobado que consumía cocaína, fármacos, quif y bebidas alcohólicas en grandes cantidades.

—Al final de su vida —me dijo Mel Amel—, Bolisio era un caso patético. Si no estaba drogado no podía trabajar. Si estaba drogado se tambaleaba, confundía las palabras, olvidaba el texto. A veces al público se le agotaba la paciencia. Marivián, que tampoco vivía con mucha sobriedad que digamos, nos lanzó un ultimátum: el aturdido o ella. Y eso fue lo que terminó de hundir al pobre Bolisio.

La obtención de sustancias prohibidas entrañaba dificultades insalvables para el ciudadano común, no así para quien dispusiese de los debidos enlaces y de los necesarios recursos económicos. Al pueblo llano antibulés se le sigue suministrando bebidas alcohólicas a bajo precio para que se obnubile a sus anchas y se desentienda de las cuestiones sociales, mientras que el consumo de drogas fuertes (o drogas nobles, como las llaman algunos) ha sido desde los viejos tiempos de la monarquía un hábito reservado a las elites.

Marivián sabía que a su segundo marido el procedimiento de adquisición de droga lo hacía depender de intermediarios oscuros y a veces malintencionados. El chantaje estaba a la orden del día.

—En eso fue lista. El médico le proporcionaba la morfina. De paso le ayudaba con las dosis, o sea, que la vigilaba un poco. La ventaja para ella es que encontraba el medicamento sin esfuerzo. Ah, y de buena calidad. Al principio lo usaba contra un dolor que le quedó en algún sitio de la espalda o en la nuca, yo no sé, desde que casi le siega el cuello la puerta del hotel, y luego, sí, luego ya simplemente lo usaba. No se tenía que desesperar cada dos por tres como el tontaina de Bolisio esperando todo tembloroso a que llegasen al puerto de Antíbula los barcos correspondientes. Marivián, hembra astuta, ni siquiera se situaba fuera de la ley. Si me apuras, a lo mejor ni pagaba la mercancía. Bueno, entendámonos, supongo que la pagaba en especie. Y el médico, agradecido. A Bolisio le fallaban de continuo los vendedores. A ella no le fallaba el doctor ni le fallaba nadie con dos dedos de frente para comprender que el sentido supremo de la existencia consiste..., ¿en qué consiste, vomitador de prosa? Efectivamente, en la eyaculación. Si todavía no lo has entendido es hora de que vayas pensando en tirarte de cabeza a un acantilado.

Abundantes testimonios confirman que Marivián era una bebedora apasionada de

champán. En su camerino nunca faltaban varias botellas puestas a enfriar dentro de sus respectivas champaneras con hielo. Acostumbraba beber antes de cada actuación, en los descansos y al final. Hay docenas de fotos que la muestran con una copa en la mano. Conocedores de su afición, muchos que le profesaban admiración, por agasajarla, le mandaban al hotel champán de Uchu por cajas. Las recibía asimismo, ya fuera desde el Comité Central, ya desde las diferentes representaciones diplomáticas, de lujosas marcas extranjeras. Rumores de leyenda refieren que gustaba de sentarse desnuda en la bañera llena del líquido burbujeante.

En cuanto a su otro gran vicio, el del tabaco, algunos biógrafos yerran al presumir que le fue transmitido por Bolisio Demonce, de quien se ha llegado a afirmar que debido a una mutación de sus pulmones respiraba humo en vez de oxígeno. Hoy sabemos con certeza que Marivián fumó sus primeros cigarrillos por los tiempos de su internado en el Rosa Luxemburg y que no dejó de hacerlo, al menos de forma moderada, durante su época de estudiante de la EPAE. Tras estrechar relación con Bolisio Demonce se convirtió en una fumadora compulsiva. Marivián fumó con avidez hasta el final de sus días. Sentía inclinación por los cigarros puros, cuanto más largos y gruesos mejor. Es impresionante la foto en que se le ve cara a cara con Francio Cuntobre, los dos de perfil con un puro de un palmo de largo pinzado entre los dientes, mirándose a los ojos, él con aquella cicatriz espeluznante que le partía el mal rasurado pómulo, ella toda hermosura, gracia y sensualidad femenina.

«—No sé hasta qué punto fuimos una pareja ideal. Bueno, sí, éramos jóvenes y, modestia aparte, no teníamos mal aspecto, ¿verdad que no? Yo todo lo que puedo decir sobre esta cuestión es que quise mucho a Bolisio Demonce. Yo a Bolisio, mientras me dure la vida, lo llevaré conmigo muy dentro de mi corazón».

(Revista de Actualidad y Espectáculos, ibídem).

Marivián y Bolisio Demonce (De Monce, en tiempos de la dictadura del general Vistavino) contrajeron matrimonio el domingo 26 de marzo de 1939 en el Ayuntamiento de Antíbulas, abierto exclusivamente para ellos en día festivo.

Por entonces se especuló mucho sobre la posibilidad de que el enlace obedeciera a una imposición del Comité de Propaganda del Estado. Esta circunstancia no ha sido probada hasta la fecha. Caben, sin embargo, pocas dudas acerca del empeño que pusieron las autoridades del régimen para conferir a la boda de dos actores famosos rango de acontecimiento nacional.

La pareja recorrió en coche descubierto el trayecto hasta el Coliseo, escoltada por motoristas de la Guardia Popular. La muchedumbre se congregó en las aceras para aclamarlos. Trescientos cincuenta ciudadanos (el número varía según las versiones) fueron elegidos por sorteo para asistir gratis al atardecer, en representación del pueblo de Antíbulas, a un espectáculo teatral protagonizado por ambos contrayentes. La prensa del régimen dedicó amplios espacios informativos al trámite de la boda, así

como a los pormenores de la fiesta celebrada en el Coliseo con nutrida presencia oficial.

Si el primer matrimonio de Marivián puede achacarse a su propia ingenuidad y a un error de cálculo de su profesora de artes dramáticas, este segundo entra de lleno en la categoría de los actos absurdos o estrafalarios.

Marivián y Bolisio Demonce conservaron en todo momento sus respectivos domicilios. Más de un biógrafo afirma que ni siquiera pasaron juntos la primera noche de casados, durante la cual, añaden, cada uno prolongó la celebración por su cuenta y ninguno de los dos durmió solo.

Fueron legendarias sus peleas en el transcurso de los ensayos teatrales o cuando trabajaban juntos delante de las cámaras. De acuerdo con el relato de numerosos testigos, no pocas veces los gritos e insultos derivaban en intercambio de manotazos, de los cuales el varón solía llevar a menudo la peor parte tanto por su complexión liviana y por los serios problemas que a veces tenía para mantenerse de pie, como por la violencia de los raptos furiosos de Marivián.

Por dicha razón, un golpe en la frente con el mango de un rastrillo, durante el rodaje de *La heroica campesina*, obligó al traslado urgente de Demonce al hospital.

Con eso y todo, no fue el divorcio que mucha gente se apresuró a vaticinar, sino la trágica defunción de Bolisio Demonce lo que puso fin a aquel inexplicable y nunca practicado matrimonio.

Rara vez se veía juntos a los esposos como no fuera sobre los escenarios o en los lugares de filmación. Si no en el plano privado, al menos en el profesional formaron sin la menor disputa una pareja de éxito que dio sentido a una época determinada de las tablas y las pantallas de Antíbula.

Los dos trabajaron juntos hasta la muerte de Bolisio Demonce, interpretando por lo general papeles de amantes o de esposos mejor o peor avenidos, en tres largometrajes y en un número notable de dramas y comedias. Grabaron asimismo media docena de canciones populares a dúo.

Nadie discute que Bolisio Demonce sucumbió a sus accesos depresivos, a su imparable decadencia profesional y al abuso de las drogas y el alcohol. El 4 de enero de 1942 fue encontrado en el suelo de su piso de la plaza de Zabonit con avanzados síntomas de descomposición. Vecinos del inmueble, inquietos a causa de la fetidez que trascendía por las rendijas de la puerta, alarmaron a la Guardia Popular. Conforme al dictamen de los responsables de la investigación, Demonce debía de llevar obra de cinco días muerto. La autopsia cifró en una ingestión excesiva de barbitúricos la causa del fallecimiento.

Semanas antes, Bolisio Demonce había interrumpido el tratamiento que recibía en una clínica psiquiátrica, adonde había sido ingresado a principios de octubre por consejo de varios amigos, al parecer tras una primera tentativa de suicidio.

Eligió la muerte cuando estaba a punto de cumplir veintiocho años. A efectos legales seguía casado con Marivián. No consta que dejara ninguna nota de despedida.

El criado amante entró a ponerle a Mel Amel una segunda inyección. Esta vez, no sin malicia, me atreví a preguntarle si era diabético.

—No me provoques, parásito de mi paciencia —respondió sin apartar el almohadón con que se tapaba el semblante—, o se acabó la charla.

Permanecimos durante varios minutos en silencio.

—Sin una fuerte dosis de calmante —dijo de pronto— sería incapaz de soportar tu presencia.

Complacido de su propio chiste, soltó una aguda risotada.

—Hablaré con Tebe. Si me convence de que vales más de lo que aparentas, quizá te contrate para que escribas al dictado mis memorias. Te pagaré con unos soldaditos de juguete.

Volvió a reírse.

—A ver, toma nota. Llovía bestialmente. Ahí estaba la caja con el fiambre, aquí los amigos y funcionarios. Las gotas del aguacero, ratatata, chisporroteaban sobre la tapa de madera. Esta frase huele a poema, ¿a que sí? Dije para mis adentros: Bolisio, mequetrefe, ¡qué suerte la tuya! Eres el único que no se está mojando.

Me miró como para comprobar mi reacción a sus palabras.

—¿Tú nunca te ríes?

—A veces.

—Pasaron cinco, diez, quince, veinte, veintiún minutos —prosiguió, dedicándome una sonrisa de menosprecio—. Ella no aparecía. Los fotógrafos de prensa, ratas serviles, no paraban de dar el tostón. El miedo, ya sabes. Sus superiores les habrían exigido con amenazas, para la edición del día siguiente, una foto de la viuda lacrimosa al borde del hoyo. No olvides anotar que me estaba entrando sueño. Después del tercer bostezo, ¿o fue después del cuarto?, pedí prestado un paraguas y me largué a fumar un poco de quif detrás de un panteón. A la vuelta, vi que la traían cogida de los brazos dos tipos. Posepu, supongo. Se resistía, pero en cuanto nos reconoció le vino una risa floja y nos echó un beso con la mano. Cuando empezaron a fotografiarla puso un pie encima de la caja. Enseguida se subió la falda hasta enseñar tres cuartos de muslo. Marivián, le dije, sé buena, acabemos de una puta vez esta comedia, que nos estamos resfriando. Rompió a llorar a la luz de los flases como si se estuviera examinando ante un jurado de la EPAE. Al final se vino a mi lado y me dijo a la oreja con aliento de alcohol: Mel, cariño, necesito tu ayuda. ¿Qué te pasa? Llévame deprisa a un rincón, que me estoy meando.

Corre el verano caluroso de 1942. Es el amanecer del 20 de julio. Hacia las seis de la mañana, en el parque antiguamente llamado del Marqués de Quescu (hoy de Tuergo de Brendades) un vecino de la zona, de paseo con su lince, hace un hallazgo sorprendente y se apresura a ponerlo en conocimiento de la Guardia Popular. El suyo

es el primero de los quince o veinte avisos similares que recibirán las fuerzas de orden público a lo largo de la jornada desde distintos puntos de la ciudad.

Los agentes desplazados al parque encuentran restos de una hoguera al pie del pedestal sobre el que en tiempos anteriores a la revolución se alzaba la estatua ecuestre del dictador Vistavino. Formando un montón encima de los adoquines, se ve un poste carbonizado, prendas de ropa y cuerdas reconocibles a pesar de estar muy consumidas por las llamas, así como rescoldos y cenizas todavía humeantes. Una placa de madera apoyada a la pared del pedestal da razón de aquel fuego prendido durante la noche.

Voz Roja refirió brevemente el suceso en sus páginas interiores. Otro día le dedicó un editorial. En ambas ocasiones el periódico se abstuvo de publicar imágenes del cartel. Semanas más tarde, la *Revista de Actualidad y Espectáculos* lo reprodujo en portada con evidente propósito de provocar.

De dicha portada figura una reproducción en el libro de fotografías. En ella se ve a Marivián con cuernos de diablo y un puro en la boca sonriente. Cubre su cuerpo desnudo, salvo la cabeza y las extremidades, el referido cartel, en el cual puede leerse, escrito de manera tosca con pintura blanca, el texto siguiente:

A LA PECADORA MORTAL QUE
LLAMAN MARIVIÁN HEMOS
QUEMADO EN EFIGIE HOY
GUIADOS POR LA SANTA IRA DE
DIOS PADRE CUYA FE PROFESAMOS
Y DEFENDEREMOS HASTA
EL MARTIRIO SI HACE FALTA

El mandadero me entregó una nota y un sobre. «Tebe, cerdo jadeante, el ser más o menos humano que me visitó recomendado por ti la semana pasada ¿por qué no vuelve? Me prometió volver. ¿Por qué no vuelve? Por sus oídos no ha penetrado aún ni la mitad de mi repertorio de insultos. ¿Por qué no vuelve? Dile a ese protegido tuyo con aspecto de alimaña periodística que aún conservo infinidad de secretos de Marivián. Díselo. Dile que vuelva. Adiós, Tebe, caraculo. A ver cuándo me dedicas un artículo elogioso en el periódico. Mel».

El sobre contenía una copia del editorial publicado en *Voz Roja* el 23 de julio de 1942, junto con una anotación manuscrita de Tebe Fren: «El texto lo redactó o bien el ministro de Cultura y Espectáculos, o bien alguno de sus subordinados pero con su visto bueno, creo recordar, no me hagas mucho caso. A pesar del tiempo transcurrido, no he olvidado que nos llegó de arriba, de muy arriba, tú ya me entiendes».

Reproduzco a continuación un extracto de dicho editorial:

«En orden a la salvaguarda de la paz y del bienestar y progreso de la sociedad, el Estado no puede ni debe permitir que una trabajadora del teatro y, por tanto, de la cultura colectiva sea sometida al acoso de un grupúsculo contrarrevolucionario, que,

con su acción cobarde, trasnochada, grotesca, pretende reavivar e imponernos a todos una moral caduca, basada en el resentimiento burgués y opuesta a los principios surgidos de la revolución aceptada por la mayoría.

»Se engañan los que ingenuamente creen que la quema de unos muñecos en la vía pública, por descontado de noche, en las horas más propicias a la delincuencia, podría repercutir en el curso normal de la vida política de nuestra república. Dejando a un lado las molestias ocasionadas a los vecinos y el aumento de trabajo para los funcionarios municipales de la limpieza, esos juegos macabros, esas piras encendidas en nombre de una fantasía ideada por cerebros fanatizados, esos entretenimientos de nostálgicos de la inquisición, no tendrán mayores consecuencias que el castigo merecido para quienes los han urdido y llevado a la práctica.

»La ciudadana modélica, cumplidora de sus obligaciones laborales, contra la cual ha sido dirigida la campaña delirante, puede abrigar la certeza de que recibirá la debida protección. Nuestras fuerzas de orden público ya se están aplicando con el tesón y la eficacia que las caracteriza al esclarecimiento de los hechos, lo que nos lleva a concebir fundadas esperanzas de ver muy pronto a los culpables en el banco de los acusados, frente al juez inflexible a quien no temblará la voz cuando emita el severo veredicto que el caso requiere.

»En sus casi catorce años de existencia, nuestra revolución ha demostrado...», etcétera.

Advertí su mal contenida alegría a unos veinte metros del velador junto al que esperaba a diario, leyendo novelas, la llegada de los pocos visitantes que se dejaban caer por el depósito.

—Si me das un beso te lo enseño.

—¿El pañuelo?

La besé como le gusta y como a mí también me gusta.

—Enredando en el archivo he encontrado esta pequeña alhaja. No es el pañuelo, pero quizá no esté de más que agregues una copia a tu cartapacio.

Coranda me tendió una tarjeta escrita a máquina en la que se podía leer lo siguiente:

«Camarada actriz:

»Te recordamos que tu ingreso en el Partido Colectivista, asentado en el registro de militantes con fecha del 14 de julio de 1938, implica el pago de una cuota mensual, que en el caso de los trabajadores de Cultura y Espectáculos asciende a la suma de dos melios y setenta y cinco céntimos. Durante los ocho meses transcurridos desde entonces no consta que hayas efectuado dicho pago, tampoco que hayas presentado una solicitud de exención por los motivos previstos en los estatutos. Te comunicamos que debes poner remedio cuanto antes a esta situación irregular».

Firma el secretario del Departamento de Coordinación de Militancia, Trebencio

Buelz.

—Si me das otro beso te enseñaré la segunda alhaja que he encontrado.

Tras complacerla, me tendió una tarjeta similar a la anterior.

«Camarada actriz:

»Con fecha de hoy hemos recibido en este departamento instrucciones cursadas desde la Secretaría General a fin de que te sea aplicada con carácter permanente la exención del pago de la cuota de militante. Lo cual tenemos a bien comunicarte por medio de la presente misiva.

»Un saludo cordial, Trebencio Buelz, secretario del DCM».

Si la memoria no me falla, antes de la invasión de los bladitas vi actuar a Marivián en una comedia intrascendente de Castabratán, que a todo el mundo hizo reír menos a mí; en una versión bastante buena de *Los bajos fondos* de Gorki; en algunos dramas clásicos y modernos durante los cuales, indefectiblemente, ella mostraba los pechos, y en dos películas, donde todavía mostraba más.

Aunque no soy inclinado a los remilgos, me parecía obscena la admiración que una parte del público profesaba a Marivián, sobre todo cada vez que surgían a la luz de los focos zonas del cuerpo que, por convención social o para evitar exponerlas al frío o a los rayos del sol, suelen llevarse ocultas bajo la ropa.

Golpeaban la vista de los espectadores los pechos, las nalgas, el pubis de la actriz; al punto se arrancaban las manos masculinas a aplaudir, punteando de frecuentes interrupciones la historia representada. La gente aplaudía con fervor, a menudo puesta de pie, sin sombra de las burlas o las groserías habituales en las diversiones licenciosas de los locales próximos al puerto. En tales lapsos a la actriz y sus acompañantes no les quedaba otro remedio que permanecer inmóviles sobre el escenario en espera de que el público recobrase la serenidad.

Los arrebatos entusiásticos afectaban de manera singularmente negativa a los dramas, en concreto a las escenas monologadas, de gran intensidad emocional, donde Marivián hacía gala de dotes interpretativas poco comunes. Un día, haciendo una escena de Marie Antoinette en paños menores, la vi alargar la palma de la mano hacia el auditorio en evidente solicitud de silencio que más de uno, como de costumbre, no captó.

Hasta el verano del año 42, las protestas originadas por la facilidad con que la actriz se desprendía de su vestimenta sobre el escenario fueron hasta cierto punto moderadas. A la gente pudibunda o de moral estricta le bastaba con rehuir las funciones donde ella interviniese, si bien este recurso se revelaba cada vez más inútil debido al número creciente de imitadoras que le estaban saliendo a Marivián.

De vez en cuando un espectador ofendido profería una andanada de gritos. En tales casos, a los porteros del teatro les costaba poco esfuerzo echar a la calle al alborotador solitario. Había asimismo quienes mostraban su indignación en silencio. A dicha categoría pertenecían los que de pronto, en medio de una escena

determinada, se levantaban de sus asientos y, meneando la cabeza o haciendo gestos y ademanes reprobatorios, enristraban hacia la salida. Otros, por el contrario, esperaban la bajada del telón para manifestar su descontento mediante silbidos y abucheos que el resto del público se apresuraba a acallar aumentando el ardor y potencia de sus ovaciones.

Pero llegó el sábado 18 de julio de 1942.

Ese día, con ocasión del estreno de *La hija de Dios*, se produjo uno de los escándalos más sonoros de la historia del teatro antibulés. Los enfrentamientos entre distintos grupos de espectadores obligaron a detener la representación. Atacados con toda suerte de proyectiles, los actores corrieron a refugiarse en los camerinos. Desde el patio de butacas hasta el anfiteatro superior, el Coliseo era un hervidero de gritos, insultos y peleas. Volaban los puños, sangraban las narices y alguno que otro andaba buscando a gatas sus dientes cuando irrumpieron los guardias populares con las porras desenvainadas.

A la llegada de las fuerzas de orden público, la mayoría de los descontentos desfiló a paso vivo hacia la calle. Algunos que se resistieron a la orden de desalojo fueron sacados a golpes, y a tres o cuatro empujados en encararse con la autoridad se los llevaron detenidos. Minutos después, una treintena de personas se congregó frente a la entrada del Coliseo para rezar.

Los partidarios de la obra, salvo unos cuantos que requirieron asistencia médica en el hospital, regresaron a sus asientos, mostrando por medio de aplausos su voluntad de presenciar la representación hasta su desenlace. Antes que se les pudiera complacer, operarios del teatro tuvieron que retirar del escenario zapatos, encendedores, monedas y otros muchos objetos lanzados durante la trapatiesta por espectadores rabiosos.

Al cabo de un rato, el director del Coliseo anunció el propósito de la compañía de continuar la representación en el punto donde esta había sido interrumpida cuarenta minutos antes. El público aún numeroso, puesto de pie, acogió sus palabras con una salva de aplausos. De ahí a poco los actores volvieron al lugar que ocupaban sobre el escenario cuando se desató la bronca y la función continuó sin nuevos contratiempos, vigilada por medio centenar de guardias populares.

No asistí al estreno turbulento de *La hija de Dios*, al que siguió, dos noches después, la quema en efígie de la actriz principal en diversos lugares de Antíbulá. Por aquellos días la gente no hablaba de otra cosa. Resolví, empujado por la curiosidad, acudir al teatro. Deseaba formarme mi propia idea acerca del espectáculo que tenía al país entero dividido en dos bandos de opinión inconciliables.

Por desgracia, otras muchas personas habían concebido el mismo pensamiento y se me adelantaron. Me vi obligado a guardar cola bajo un sol inclemente durante más de tres horas. Como a diez metros de la taquilla, agentes de la Guardia Popular habían

establecido un puesto de control. Al llegar a él tras larga espera, a todo el mundo se le exigía la cédula de identidad. Uno de los guardias transmitía los datos por teléfono y, según la respuesta que le llegaba del otro lado de la línea, la persona controlada recibía o no autorización para recorrer el último tramo hasta la taquilla. Yo llevaba conmigo mi carné de la APSIC. Me dejaron pasar sin mayores comprobaciones.

La taquillera me comunicó que no quedaban localidades libres para las funciones de las siguientes cinco semanas. Después de haber aguantado tanto tiempo en la cola juzgué ridículo marcharme con las manos vacías. Así que acepté lo primero que ella me ofreció, un asiento del segundo piso para una función nocturna de finales de agosto.

Llegado el día, un cólico debido a una ingestión de sanizas en mal estado me impidió salir de casa. La entrada se la regalé a mi hermano, que, aunque ya había asistido dos semanas antes a la función, mostró deseos de volver a verla. Ni en sueños me podía imaginar que alguna vez yo reuniría estas notas. Aún menos que años más tarde la vida de mi hermano habría de cruzarse fatalmente con la de Marivián.

Puede que su fascinación por ella hubiese nacido por los días del gran escándalo.

Terminada la cena, pasamos a la pieza de recibo. Doña Lísbera insistió en tomarme las medidas. La buena mujer tenía ilusión de confeccionar para mí una chaqueta de punto y yo, que soy propenso a dejarme madrear, me vine a partido de buena gana.

De pronto, a propósito de unas palabras mías de gratitud, doña Lísbera me dio un pellizco afectuoso, pero pellizco al fin, en la mejilla.

—¡Mamá, qué confianzas son esas! —terció Coranda con sonriente indignación.

—Perdona, hija, pero ya puestos a introducir a este caballero en la familia, ¿para qué andarse con formalidades?

Y volviéndose hacia mí:

—¿Le ha dolido mucho?

—Todo lo contrario, señora. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto de un pellizco.

Había y hay buena avenencia en casa de los Muta. Coranda tiró de mi brazo como para ponerme a salvo de su madre. Después dijo a esta:

—Tú pellizca a papá, que de pellizcar a mi novio me encargo yo.

Estábamos entretenidos en aquellas burlas inocentes cuando entró en la pieza el doctor Jan de Muta. Tuve que refrenar el impulso de arrearle un pellizco de agradecimiento cuando me tendió la hoja de papel donde acababa de escribir por las dos caras lo siguiente:

«Presencí una puesta en escena de *La hija de Dios* el día 25 de julio de 1942, año infausto para nuestra patria por razones históricas de todos conocidas. Yo sabía a punto fijo la índole de espectáculo que se ofrecía en el Coliseo, pues circulaban muchos rumores al respecto por los pasillos y despachos de la facultad y había

cotejado las informaciones dispares difundidas en la prensa oficial y en la prohibida. No dudé en disuadir a Lísbera de acompañarme al teatro por cuanto ella, aunque de condición tolerante y liberal, es persona que no ha roto sus vínculos todos con la religión católica, mientras que aquella escenificación del Coliseo había sido directamente concebida para herir la sensibilidad de los creyentes y, en fin, la de cualquier ciudadano sensible a los asuntos relativos a la fe. Puse la entrada de mi esposa a disposición del difunto doctor Bebdán, que a la sazón dirigía el Archivo Nacional, meses después destruido ignominiosamente por el ejército invasor.

»A las puertas del Coliseo nos aguardaba la primera sorpresa desagradable de la tarde. En la acera próxima a la entrada fuimos conminados a mostrar nuestras respectivas cédulas de identidad. A continuación, el doctor y yo fuimos sometidos a ciertos palpamientos bruscos por miembros de la Guardia Popular poco avezados a las sutilezas de la cortesía. Idéntica humillación soportaron todos los asistentes al teatro uno por uno. Novedosa, además de irritante, fue asimismo la experiencia de ocupar asiento en un recinto tomado por las fuerzas de orden público, de tal manera que había un agente con arma, porra y casco en cada extremo de las filas de butacas, así como otros de igual facha repartidos por los pisos superiores, delante de las puertas, en la cantina, en las proximidades del guardarropas y, lo que ya me pareció el colmo, junto al acceso de los urinarios.

»Disfrutar de una representación teatral en tales condiciones se nos figuraba harto difícil al doctor Bebdán y a mí. Nos sentíamos tan intimidados que no nos atrevíamos a dirigirnos la palabra sino al oído, susurrando como delincuentes, y aunque nos tentaba no poco marcharnos a la calle antes que se alzara el telón, no lo hicimos por temor a levantar sospechas.

»Comenzó la función en un clima tenso, raro, desapacible, en absoluto festivo, para nada relajado. No tardé en percatarme de que la representación escénica obedecía a un plan del Gobierno o de alguno de sus comités y ministerios urdido para atacar los sentimientos religiosos de una parte de la ciudadanía, atrayendo, eso sí, primero a las víctimas potenciales al teatro con el señuelo de anunciarles que allí se ofrecía una historia bíblica, incluso un auto sacramental como llegó a escribirse en un comentario cínico de *Voz Roja*, lo que solo era verdad en un sentido lato.

»*La hija de Dios*, obra que refunde en prosa moderna un drama escrito por fray Toda de Grom a finales del siglo XVIII, trata con fidelidad a los textos sagrados los hechos de la pasión de Jesucristo, desde su entrada sobre un asno en Jerusalén hasta la crucifixión en el Gólgota y la posterior subida al cielo. La obra en sí, y en eso consistía la trampa para atraer incautos al teatro, no se apartaba un ápice de la ortodoxia cristiana; pero presentaba la particularidad de que el papel de ajusticiado en la cruz lo interpretaba una mujer, supuesta hija del Altísimo, y con no más ropa encima del cuerpo que el Ecce Homo en las imágenes transmitidas hasta nosotros por la iconografía tradicional. Hecho de Jesucristo una Jesucrista, con sus voluminosas mamas al aire, de María Magdalena un mozo de barba tupida y de los doce apóstoles

otras tantas apóstolas, si es que se me está permitido expresarme así, ¿a quién puede causar extrañeza el altercado monumental que se produjo el día del estreno?

»No hubo escándalo la tarde en que yo presencié el grotesco espectáculo. Dicha posibilidad estaba neutralizada de antemano por la presencia amedrentadora de los guardias. Un sector desdichadamente numeroso del público aplaudió, profirió sus bravos e hizo toda clase de ruidos jubilosos que no dejaban de constituir un acto de lealtad al régimen. Otros espectadores, entre los que me encuentro, prefirieron mantener la compostura. No reaccionamos ni a favor ni en contra, lo primero porque la puesta en escena, fruto de una evidente mala intención, nos disgustó; lo segundo por ahorrarnos un porrazo en la cabeza, cuando no las consabidas incomodidades de pernoctar entre las paredes de un calabozo o en la cama de un hospital. Yendo por la calle me apenó comprobar que mi amigo el doctor Bebdán, agnóstico de toda la vida, tenía los ojos cubiertos de lágrimas».

El informe del doctor Jan de Muta, tanto como los consejos y palabras de ánimo de Coranda, me impulsaron a solicitar una nueva entrevista con Mel Amel. Con la ayuda mediadora de Tebe Fren conseguí que el sodomita engreído, antipático, faltón, accediera por segunda vez a relatarme confidencias de Marivián en su domicilio.

Me recibió ligero de ropa, sentado en un sillón de mimbre, que, por estar colocado sobre una tarima, junto a la pared, tenía cierto aire de trono regio. En una mano sostenía una bola de metal pintada de amarillo con dibujos azules que figuraban hojas de acebo. Dicha bola, unida a su antebrazo mediante una cadena, era uno de esos adornos actualmente en desuso que llaman chestoberoles. Mi abuelo tenía uno y con él lo enterraron.

Mel Amel ordenó a su amante-criado que nos dejara solos, no sin antes decirle en aquel tono teatral suyo que me resultaba repelente por demás:

—Mira por favor si han quedado restos de esperma en las baldosas del pasillo. No quisiera que nuestro huésped resbalara al salir.

Me invitó a tomar asiento frente a él, en una silla que por quedar a menor altura que su sillón le permitía mirarme de arriba abajo.

—Sabía que vendrías. Les pasa a muchos. Habitados a convivir con especímenes vulgares del género humano, se topan conmigo, me oyen hablar y, para cuando se dan cuenta, han caído presas de una viva fascinación que les impide alejarse de mi lado, ¿comprendes?

Aproveché uno de sus intervalos respiratorios para exponerle fríamente la razón de mi visita.

—Ya me extrañó la otra vez que no me preguntaras por eso. ¡La bronca que armaron aquellos santurriones con corbata!

—Estoy informado, gracias. Lo que me interesaría saber...

—¡Alto ahí, pequeñuelo! A Mel Amel no le vas a decir lo que tiene que contar, ¿eh? Mel Amel cuenta lo que le da la gana, lo que le sale de los agujeros del cuerpo,

principalmente lo que le sale del agujero del culo, y no lo que te interesa a ti.

Lo miré a los ojos esforzándome por fingir indiferencia.

—Pero, en fin —lanzó un suspiro de resignación que me molestó más que sus vejaciones constantes—, te envía Tebe, el dipsómano con los cuernos más largos de Antíbula, y en consecuencia te voy a complacer. Además, enanito, me has pillado de buen humor. Mel Amel está de buen humor cada vez que vacía los testículos de su contenido viscoso y eso es exactamente lo que ha ocurrido diez minutos antes de tu llegada. ¿No me has notado un tantico jadeante cuando te he saludado? En resumidas cuentas, montamos en verano del 42 *La hija de Dios*. No es verdad, como dicen esos cabrones de las Milicias, que el Gobierno nos impusiera la obra. La propuesta salió de nosotros. Una idea genial, ¿eh?: representar un drama ciento por ciento católico, apostólico, romano, limpiado de su estilo arcaico pero sin tocar el contenido, o sea, dejándolo tal cual lo escribió el frailecillo meapilas en el siglo XVIII. Aparte del título, la única novedad fue que machos y hembras intercambiaron los papeles. Ahorro detalles pues imagino que viste la obra.

—Lo siento, no pude.

—¿Demasiado fuerte para ti?

—No. Me lo impidió un dolor de tripas.

Dio un respingo en el sillón al tiempo que soltaba una risotada. Por poco se le cae el chestoberol al suelo. Tardó un buen rato en calmarse.

—¡Y yo que pensaba que eras el hombre más soso del planeta!

Con la yema de un dedo se enjugó las lágrimas de regocijo.

—Al ministro de Cultura y Espectáculos —prosiguió— hubo que trabajarlo un poco. Al final se portó bien, aunque a su cabeza hueca le costó bastante comprender el proyecto. Conseguimos un asno para la escena inicial. Yo quería uno que cagase en el escenario. Eso habría reforzado el realismo social que postula el Partido. El labriego no pudo darme garantías. Se podía intentar una irrigación antes de meter el animal en escena. El problema es que si se le ablanda la bosta entonces obligas a los actores a moverse sobre un charco. Un director de compañía teatral debe prever los contratiempos. ¿A ti te gustan las irrigaciones? A mí me encantan.

A pesar de los consejos de Coranda, no pude sonreír.

—¿Quieres saber una cosa que no le he contado a Fertaxel ni a ninguno de los otros pelmas? Para redondear la provocación que tramábamos, se me ocurrió una idea fenomenal como todas las mías. Para qué vamos a andarnos aquí con falsas modestias. Imagínate hasta qué punto odio la falsa modestia si también odio la verdadera. Decidí que en la escena de la crucifixión, aunque para entonces muchos beatos hubieran salido del teatro, a Marivián se le cayese como quien no quiere la cosa, ¿eh?, la sábana que llevaría arrollada a las caderas. El escenario quedaría de pronto a oscuras. Solo un foco orientado hacia la cruz permanecería encendido. Ella desnuda. En la cara una mueca que no sabes si es de dolor o de placer, ¿entiendes? Un cuadro grandioso. La hembra clavada al madero. Sin música, sin sonido, nada,

silencio total. Y los demás actores petrificados en la penumbra por lo menos treinta segundos para que la atención del público se concentrara en el cuerpo iluminado. Eso es teatro. Teatro de calidad. Yo sabía que Marivián no se opondría. Ella no se oponía a nada con tal de entregarse al público que tanto la admiraba y, claro está, de lucir los encantos anatómicos. Por entonces ya empezaron algunos con la cantilena esa de la esposa del pueblo. Una necedad como otra cualquiera. A ella le pareció bien la idea, pero al final no pudo ser. Una lástima. ¿Y sabes por qué no pudo ser?

Me miró unos instantes en silencio, como esperando mi respuesta.

—Pues no pudo ser porque la tonta del bote estaba menstruando. Corríamos el peligro de un percance aún más socialrealista que el de los excrementos del asno. Así que primero postergamos la puesta en práctica de la idea y después la desechamos definitivamente cuando nos enteramos de que los aficionados a los autos de fe habían quemado en efigie a Marivián. El ministro nos impuso la presencia de los guardias. Una situación incómoda, pero, claro, preferible a dejarse atropellar por los fanáticos. No hubo una sola sesión en que no tuviéramos que colgar el cartel de completo. Y aún te voy a decir más. El director del Coliseo nos reveló que gente poderosa del Partido le estaba dando la lata con la pretensión de que suspendiese una parte del programa de representaciones y conciertos del otoño para mantener nuestro espectáculo. ¿La razón? Debido a nosotros los opositores del régimen estaban enfurecidos, echaban humo por las orejas, no podían dormir los pobrecitos. El Partido y el Gobierno, encantados. Pero, si quieres que te diga la verdad, nos empezábamos a aburrir. La repetición mata el arte, ¿entiendes? Además, a Marivián le volvieron los dolores de cogote por la postura prolongada en la cruz. En fin, que iba siendo hora de hacer algo nuevo.

«—Miedo no es la palabra. Por suerte vivo en un Estado que siempre ha sabido protegerme. Le aseguro que no es agradable saber que unas personas malintencionadas han hecho unos peleles feísimos, que se supone que eran yo, para pegarles fuego en la calle como en aquellos siglos cuando se quemaba a la gente porque no iba a misa y esas cosas. No hay derecho a tratar así a una trabajadora del teatro que lo ha dado todo, lo digo con el corazón en la mano, todo, todo, todo para satisfacción del pueblo antibulés, el mejor del mundo».

Revista de Actualidad y Espectáculos, ibídem).

El ataque aéreo que precedió a la invasión de los bladitas nos sorprendió a los antibuleses dormidos en la cama. Aquella noche gélida del 16 al 17 de diciembre de 1942, las sirenas de alarma empezaron a ulular cuando los cazas alemanes ya se habían ido y la ciudad ardía por los cuatro costados.

La prensa oficial llevaba tres años haciéndonos creer que los contendientes en la gran guerra europea respetaban nuestra neutralidad. ¡Como si no fuera obvio que en el puerto de Antíbula atracaban a diario los barcos rusos! Si alguien cometía la

temeridad de atacarnos, afirmaba Francio Cuntobre en sus alocuciones radiofónicas, Stalin correría en nuestra defensa puesto que así lo había prometido. Bastante tenía Stalin con aguantar por aquellas fechas, en su propio territorio, el empuje de los ejércitos alemanes; pero tampoco de esto nos informaban verazmente los periódicos y emisoras del Gobierno.

Hacia la una sobre poco más o menos, el silencio de la noche se llenó de un zumbido de motores.

Antes que tuviéramos tiempo de vestirnos o de asomarnos a las ventanas, comenzaron los estruendos, el temblor de las paredes, el olor a quemado. Nos estaban bombardeando y por la radio los responsables de la defensa del país no acertaban a decirnos quién. El ataque, de no más de diez minutos de duración, costó la vida a unos setecientos cincuenta ciudadanos. Con las primeras luces del alba pudimos observar en toda su crudeza la dimensión de los destrozos.

Para entonces ya se sabía que uno de los aviones agresores se había estrellado por razones desconocidas, puesto que la defensa antiárea no fue activada, contra el promontorio de Flull. Se trataba de un Me 410 de la Luftwaffe. Tanto el aparato como el aspecto del piloto fallecido, su uniforme y algún documento que llevaba encima indujeron a pensar en un ataque alemán. La circunstancia de que todo el personal diplomático adscrito a la embajada de Alemania hubiese abandonado Antíbula confirmó la sospecha. Se conoce que nuestro sistema de espionaje no había caído en la cuenta de que pactos semejantes a los firmados entre la Unión Soviética y el Gobierno de Antíbula vinculaban a la Bladia con la Alemania de Hitler.

El Gran Hotel de Moscú fue uno de los edificios más dañados por las bombas. Entre el piso tercero y el tejado ardió por completo. Cuando los bomberos acabaron las tareas de extinción, de la *suite* de Marivián apenas quedaban unos cuantos tabiques renegridos. Dentro de uno de los ascensores apareció un cadáver carbonizado que todavía conservaba un zapato de tacón. Por dicha señal, y al parecer por una botella de champán y por cierto anillo de oro medio derretido, se dedujo que se trataba del cuerpo abrasado de la actriz. El hecho de que por la mañana ella no acudiese a una cita oficial del Partido ni a una sesión fotográfica para la *Revista de Actualidad y Espectáculos* fue interpretado como la confirmación definitiva de la tragedia.

La noticia de su espantosa muerte fue durante varias horas una de las más difundidas. A partir de las cuatro de la tarde todas las noticias relacionadas con el ataque nocturno dejaron lugar a otra harto más preocupante. El ejército del país vecino estaba desembarcando en la costa entre Aftino y Rocas de Mátira. El grueso del nuestro seguía concentrado en los montes de Ayueltu, custodiando una frontera que el enemigo no tenía previsto cruzar.

En 1885, como nadie ignora, nuestros abuelos habían entrado a saco en la Bladia. Los estragos que allí ocasionaron son calificados por los libros escolares de actos heroicos. Cincuenta y siete años después, los nietos de los invadidos decidieron tomar

venganza.

«Diez o doce amigos acompañaron el ataúd aquella tarde gris, de intensa nevada, hasta el cementerio del Trirrón. Con sincera congoja, convencidos de que la difunta no era otra que su admirada y querida Marivián, le dieron sepultura en la tumba donde reposaban los restos mortales de Bolisio Demonce, su marido, a cuyo nombre en la lápida fue agregado días después el suyo por cuanto estaba todo el mundo cierto de que la actriz había sido allí inhumada tras perecer en el incendio del Gran Hotel de Moscú. Y esta certeza, trasladada más tarde a los invasores, acaso los disuadió de buscarla con el mismo ahínco con que persiguieron a otros destacados representantes de la política, la ciencia y la cultura de nuestro país, de donde podemos inferir sin temor a equivocarnos que la falsa noticia de su fallecimiento ayudó a Marivián a conservar la vida».

(Blitte de Fertaxel, *óp. cit.*, pág. 209).

Ni al doctor Jan de Muta ni a doña Lísbera les agradaba tocar el asunto de los bladitas. Coranda solía pedirme, cada vez que me llevaba a comer o cenar a casa de sus padres, que por favor no los mencionase. Ella, en cambio, se expresaba con naturalidad, incluso con desenfado, sobre la desgracia que le causaron los invasores.

—Mi padre calla. La ocupación del 42-43 es uno de los pocos acontecimientos de la historia de Antíbula que se ha negado a estudiar. En cuanto a mi madre, cree que mi alegría es fingida. Yo le digo: Mamá, esos bárbaros me rompieron la juventud, de acuerdo; pero no voy a dejar que me rompan para siempre las ganas de vivir.

Siguiendo un plan cuyo propósito nunca ha sido aclarado del todo, los bladitas, no bien se adueñaron de la capital y de una parte del país hasta casi el borde de la llanura, deportaron a miles de antibulesas sanas, mayores de doce años y menores de sesenta, a la Bladia, donde o bien las recluyeron en campos de concentración, o bien las obligaron a trabajar en las fábricas, cuando no, simplemente, las liquidaron.

—Yo no tuve las posibilidades de Marivián, para escapar primero, para ser rescatada después. Pero, si lo miras bien, gracias a que me destrozaron la pierna me libré de correr la misma suerte que la profesora aquella de la actriz. ¿Cómo se llamaba?

—Sera Behe.

—Oye, y el sodomita, ¿qué cuenta de todo esto?

—No me lo mientes tan de sopetón que me desmayo. Mel Amel fue uno de los pocos que estuvo presente en el entierro de la falsa Marivián. Luego, cuando compañeros suyos del Partido le susurraron que los nuestros no serían capaces de detener el avance de los tanques enemigos, aceptó una oferta para marcharse de Antíbula a bordo de un barco sanicero. Acabada la ocupación, regresó a Antíbula, recompuso la compañía teatral, entró en la censura, de donde aún no ha salido, y supongo que continuó eyaculando a destajo. La última vez que fui a verlo sostuvo

una hipótesis interesante sobre el paradero del cadáver de Marivián. Por descontado que no me voy a tomar la molestia de verificarla. Tú sabes que en la lápida de la tumba de Demonce todavía figura el nombre de la actriz. A nadie le pasó por la cabeza borrarlo, tampoco a ella.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro porque lo vi hace un par de semanas. Pero a lo que iba. El sodomita sospecha que como consecuencia de los atentados contra el mausoleo, el camarada Ij mandó añadir la auténtica Marivián a la falsa y a Demonce a escondidas de las Milicias de Dios y de toda esa gente rezadora empeñada en matar por segunda vez a la muerta.

En el libro hay una foto de la camioneta destartada. Debajo puede leerse: «En este vehículo logró salir Marivián de Antíbula el 1 de enero de 1943».

De víspera, los arrabales al norte de la ciudad habían caído en poder de las tropas bladitas, que avanzaban victoriosas apoyadas por la aviación alemana.

No voy a extenderme en pormenores bélicos que cualquiera puede encontrar en los libros.

El penúltimo día del año perdió la vida en circunstancias dudosamente gloriosas el Secretario General y jefe de Gobierno Francio Cuntobre. Hoy se sabe, aunque no falta quien lo niegue, que resultó malherido a consecuencia de un choque contra un árbol del borde de la carretera, a unos veinte kilómetros antes de llegar a Fótebre, cuando se alejaba de Antíbula en su automóvil particular. Agentes de la Posepu lo devolvieron agonizante al Palacio de la Revolución a fin de que los encargados de escribir la historia contaran que pereció mientras dirigía la heroica defensa de la ciudad.

La estación de ferrocarril y el aeropuerto destruidos, el puerto bloqueado, la única vía de salida aún no interceptada por el enemigo al amanecer del 1 de enero era la comarcal 116, que, como se sabe, lleva a la región de Uchu por zonas de la llanura escasamente pobladas.

A punto de cerrarse el cerco, una camioneta consigue dejar atrás las calles desiertas de Antíbula. De vez en cuando suena un estampido de cañón a lo lejos. En la penumbra matinal, la camioneta avanza con los faros apagados por la ruta estrecha, cubierta de baches y, en algunos tramos, por placas de hielo. Desde el comienzo de la invasión no es la primera vez que el conductor emprende un viaje parecido, si bien hasta la fecha por carreteras de tránsito menos peligroso.

Como en las ocasiones anteriores, se apila en el remolque una carga por demás delicada. Una cubierta de lona la protege de la intemperie. Esta vez la camioneta transporta diecinueve cuadros embalados deprisa y corriendo, los últimos de la pinacoteca del Palacio de la Revolución que ha sido posible salvar de la furia destructiva del enemigo.

Entre las pinturas se encuentran algunas joyas del barroco antibulés, el célebre retrato de Toeto I el Agrio, el inacabado de Carfán III, diversas acuarelas de Rem de Bordín, un Picasso, un Malévich y, agazapada en un rincón, temblando de frío, de miedo y de cansancio, una mujer joven a la que a esas horas todo el mundo da por muerta salvo quienquiera que la hubiese tenido escondida, se ignora dónde, desde la noche del bombardeo.

Años después, por declaraciones suyas nos enteraremos de que huyó precipitadamente de Antíbula sin equipaje, sin provisiones, sin dinero, provista de una cédula falsa de identidad. El temor a ser reconocida durante el viaje por los desafectos al régimen, de quienes recelaba que podrían entregarla al enemigo o tomar directamente venganza en ella por el odio que le profesaban, la impulsó a cambiar de aspecto, cortándose a lo mozo la melena. Por la misma causa vestía un buzo de trabajo y prescindió de aderezos y maquillaje.

Como tantos otros fugitivos, la animaba el propósito de alcanzar las poblaciones de la montaña, todavía bajo dominio de unidades militares de nuestro ejército. Un contratiempo con la camioneta, que se quedó atascada en medio de la nieve con su carga valiosa, la obligó a despedirse del conductor y continuar el viaje a pie, al principio en la dirección que aquel le había indicado.

Vagó sola por el campo durante largas horas. La blanca uniformidad del paisaje, el gris sin matices del cielo, los caminos sepultados bajo la nieve le impedían orientarse. Pensando en recobrar fuerzas y en resguardarse del frío, se acogió a una choza solitaria de labradores a la que faltaba el techo.

Al cabo de un rato encontró detrás de un montón de tablas el cuerpo congelado de un anciano envuelto en hojas de periódico. Lejos de arredrarse (al menos es lo que ella habría de contar pasados unos años), registró los bolsillos del difunto en busca de una caja de fósforos o de un encendedor; y como los hallase vacíos y no se resignara a esperar la muerte en tan silenciosa compañía, reanudó sin demora la marcha a través del arduo y blanco desierto.

Por la tarde tuvo un encuentro con lobos, que no pudieron atacarla porque había un río por medio (sin duda el Tamra), con cuya agua gélida, tanto ella como las fieras, cada cual en su orilla, saciaron la sed.

Conforme se acercaba la noche iba perdiendo la esperanza de ver la claridad de un nuevo día. De pronto avistó en la ladera de un otero unos cuantos puntos luminosos y, ya más cerca, las casas de piedra de un pequeño pueblo: Honverna del Llano.

Tras la inyección permaneció dormido sobre su trono de mimbre por espacio de un cuarto de hora. Transcurridos varios minutos, me tentó marcharme de la casa sin despedirme. Me retuvo el deseo de escuchar más detalles como los que había empezado a referirme antes de quedarse traspuesto. Así que aguanté sentado en la

incómoda silla, sin otro entretenimiento que observar las oscilaciones del chestoberol entre sus piernas delgadas.

Se despertó sonriente y me dijo:

—A mi regreso del exilio... Porque lo mío fue un exilio, no te vayas tú a pensar nada raro, ¿eh? Me aburrí una barbaridad. A mi regreso a Antíbula, yo y los demás seguíamos creyendo que la mujer asada en el ascensor, la que habíamos metido en la tumba de Bolisio, era ella, nuestra Marivián, pobrecita. ¡Con el frío que hacía la tarde del entierro! Podías habernos avisado que no estabas en la caja, le dije. ¡Cómo se reía la puñetera! Un día, mientras me masturbaba, din don, suena el timbre. ¡Maldito y perverso país, protesté, en el que ni siquiera lo dejan a uno dedicarse tranquilamente a los humildes placeres solitarios! Total, que abro y una mujer demacrada, con el pelo corto, me echa los brazos al cuello. ¿Eres tú, vienes del más allá, has resucitado?, le pregunté. Me dio un ataque de euforia como yo nunca he sentido en la vida. Pon eso en tus notas porque es importante. Te juro que por entonces le había perdido gusto al teatro, lo que más amo en este mundo, a lo que he consagrado mis mayores esfuerzos —después del vaciado de las vesículas seminales, dije para mí—. Pero sin ella me daba pereza trabajar. Me veía dando instrucciones a los inútiles de siempre que andan como patos en el escenario, cua, cua, cua. Por no tener no tenía ganas ni de suicidarme. Solo la idea de buscar la pistola, cargarla, aplicar el cañón a la sien, pegarme el tiro, que vete tú a saber si al final es mortal, me producía un cansancio y un hastío invencibles. En serio. ¿Nunca te has suicidado? Un poco muerto sí me pareces. Pues ahí estaba ella, a un metro de distancia. Como te puedes imaginar, nos apareamos sin pérdida de tiempo sobre las baldosas del vestíbulo, llorando los dos de alegría, y eso que a mí me repugna hincar el miembro en las vísceras mucosas de las hembras. Pero ella era una amiga, una buena amiga. ¿Has entendido al menos la mitad de lo que te he dicho?

Un brillo melancólico empañaba su mirada. Tomó el chestoberol entre las manos. Parecía estudiarlo atentamente mientras le daba vueltas. Le pregunté con la mayor suavidad si podía revelarme lo que había hecho Marivián entre el 17 de diciembre y el 1 de enero.

Me miró desde su posición más alta como si acabara de percatarse de mi presencia.

—Lo que hizo es un secreto que ya no pertenece a este mundo. La única posibilidad que te queda de averiguarlo es suicidándote. Después bajas al infierno, la buscas y se lo preguntas.

—¿Se trata acaso de un asunto que no debe divulgarse?

—¡Yo qué sé si se trata o no se trata de un asunto! Mira, sus razones tendría para no contárnoslo. Los mediocres esto no lo podéis entender. Sobrepasa vuestra limitada capacidad de intelección. Cada vez que tocábamos el tema se reía. Le causaba gracia figurarse nuestras caras largas y nuestra ropa de luto en el cementerio. Más de una vez le pregunté dónde se había escondido mientras llorábamos su ausencia. En lugar

de responderme, soltaba la carcajada o bien decía: cuando sonaban los tiros y las bombas, debajo de la cama; y cuando había silencio, encima. Lo que está claro es que alguien se portó bien con ella. Lo celebro. Porque Marivián ha dado mucho placer en esta vida y no todos los beneficiados han sabido agradecerse. Me quito el sombrero ante el desconocido que en el último instante consiguió que la admitieran en el carricoche lleno de cuadros.

Expuse mi solicitud, ofreciendo toda clase de explicaciones, al abogado que tiempo atrás me había servido de enlace con *Dios Mediante*.

—Hermano —me replicó con voz meliflua—, considere que vivimos tiempos difíciles. La cifra de mártires no para de crecer. Esos rústicos de alma pura y condición sencilla a los que usted se refiere son ahora mismo lo más grato a los ojos del Altísimo entre la grey cristiana de nuestro malhadado país. Si a usted, según sospecha, lo vigila la Policía Secreta, cabe la posibilidad de que su llegada al pueblo no pase inadvertida. Comprenda que existe riesgo de desatar el infortunio en una zona donde Dios no ha consentido hasta la fecha que arraigasen el materialismo ni la inmoralidad.

—No deseo crear problemas a nadie. Por eso he venido a usted en busca de apoyo y de consejo, en lugar de presentarme en el pueblo por mi cuenta.

—Créame que valoro su cautela, pero...

Saqué de un bolsillo del pantalón una pequeña cruz de plata. Dos horas antes, durante el almuerzo de mediodía, me la había prestado doña Lísbera.

—Se la enseñas al cura clandestino —ya nos tuteábamos— a la menor señal de desconfianza.

—Mamá, yo creo que tú has visto demasiadas películas.

—Es una reproducción de la Cruz de Antíbula, heredada de tu abuela, mi madre, que en paz descanse.

El doctor Jan de Muta intercedió con el aplomo de costumbre en favor de su esposa.

Le enseñé la cruz al abogado sin decir palabra.

—Hermosa pieza —dictaminó, sopesándola en la palma de su mano—. En fin, se hará lo que se pueda de acuerdo con la voluntad de Dios.

Tanto a Coranda como a sus padres les pareció que debía hacer el viaje solo. Los tres coincidían en el razonamiento. Un forastero por fuerza llama la atención en una aldea de cuarenta almas; dos forasteros suponen para esa gente poco habituada a ver caras nuevas un acontecimiento con visos de invasión.

El doctor Jan de Muta me prestó su automóvil. Tebe Fren, que acababa de obtener otra medalla con un artículo redactado por mí, me proporcionó los consabidos

documentos que luego nadie me reclamó. A cambio le prometí un reportaje limpio de crítica negativa sobre los campesinos de la zona.

Hay rectas de hasta cuatro kilómetros por el trayecto. Se escorzaban en el espejo retrovisor, grises, solitarias. Como a la media hora de viaje adopté la precaución de detenerme al borde de la carretera, detrás de unos árboles. Nada. Pájaros, el rumor de un riachuelo, el viento que hacía temblar las hojas. Solo pasó una furgoneta de correos, en dirección contraria a la mía.

Aún continué un rato largo por la comarcal 116 hasta tomar el desvío que lleva a Honverna del Llano. Me apeé en la plaza, junto a la iglesia en cuya fachada principal campeaba, como prescribe la ley, la bandera nacional y el emblema del Partido. Acordándome de la recomendación del abogado, me santigüé. Se supone que aunque los postigos de las ventanas estuviesen cerrados habría ojos puestos en mí. Luego busqué la casa señalada en el croquis. Al viejo cejijunto que me abrió le entregué el sobre lacrado. Me tuvo más de cinco minutos esperando en la calle. En un balcón vi una fila de perros despellejados pendientes de una vara.

Salió un hombre de unos cincuenta años. Que lo siguiera. Ya no hablamos más. Por las calles desiertas me condujo hasta una casa con una hornacina sobre la entrada. A la hornacina le faltaba el santo, pero aún podía distinguirse en el borde de la peana un piececito de piedra. Allí justo terminaba el pueblo.

—Aquí es —me dijo el hombre en tono seco y se marchó.

La señora vestida de luto que me abrió parecía esperar mi visita. Sin decir una palabra, me indicó con una sacudida de la cabeza que entrase.

Sobre el suelo del zaguán había una lápida rajada. EN ESTA CASA ENCONTRÓ GENEROSO REFUGIO LA GRAN MARIVIÁN POR LOS DÍAS EN QUE EL ENEMIGO VINO A ARRUINAR NUESTRA PATRIA.

—Va para dos años que se cayó. Si la quieren poner otra vez, que vengan.

«Consumada la derrota de los alemanes en Stalingrado, Hitler redujo sensiblemente el apoyo militar a la Bladia. Tengo por seguro que de no haberse producido dicha circunstancia la ocupación hubiese durado más tiempo. No olvidaré mencionar a este respecto la sensatez mostrada por el mando militar antibulés. Como se sabe, Ij y Obruda tuvieron la prudencia de abandonar en beneficio de la patria sus rivalidades y repartirse a partes iguales las divisiones disponibles. El uno avanzó hacia el este con las suyas, el otro hizo lo propio en la dirección opuesta. Ij dirigió sus esfuerzos a impedir la entrada del enemigo en Sóeo, lo que consiguió quizá con menos heroísmo del que todavía presume, y dejó, eso sí es verdad, a los invasores estancados en las ciénagas de la llanura, donde no cesó de hostigarlos a lo largo del invierno. Por su parte, a Obruda, con ser un militarote de escasas luces intelectuales, se le ocurrió la idea genial de trasponer con sus tropas la sierra de Ayueltu. Se adentró bien pertrechado y con hombres dispuestos a todo en el país del

invasor, devastó las regiones fronterizas y liberó a cerca de catorce mil antibulesas recluidas en un campo de concentración con el que al parecer se topó por casualidad. A comienzos de la primavera se dio la situación curiosa de que casi llegamos a dominar el país de quienes casi dominaban el nuestro. Corrían por entonces chistes sobre la posibilidad de que los contendientes convinieran en un intercambio de territorios que pusiera fin a las hostilidades. A finales de mayo, con los tanques de Obruda a cincuenta kilómetros de la capital de la Bladia y los de Ij a punto de reconquistar Midua y Fótebre, las hordas invasoras emprendieron la retirada, no sin antes perpetrar los mayores estragos y destruir, entre otras cosas, el Archivo Nacional de Antíbula con todos sus tesoros documentales, lo que supuso una pérdida irreparable para el estudio y conocimiento de la historia de nuestro país. Todo esto, claro está, es un simple resumen. Espero, no obstante, que te sirva. Sabes por Coranda que la invasión bladita nos afectó de manera por demás dolorosa, aunque reconozco que muchos compatriotas arrostraron tragedias mayores. En cualquier caso, recuerda que si deseas ampliar tus pesquisas pongo a tu entera disposición mi biblioteca. Jan».

—Vino de anocheada. Nunca viniera. Llamó a la puerta. Traía en el rostro una lágrima congelada. Nos apenamos. Y como en esta casa se ha practicado de costumbre la caridad, la acogimos. Pero de haber sabido quién era, ahí se queda. Que se la coman los lobos con todos sus pecados.

A tiempo de ofrecerme asiento en una banqueta junto a las llamas del hogar, me ha dicho que viste de negro porque se le murieron el marido y un hijo.

Sentado a la mesa hay un anciano silencioso, de pelo blanco y rasgos cetrinos. Un leucoma le enturbia un ojo.

—Este es mi padre, pero no le hable porque es sordo y es mudo.

—¿Nos ve?

—Con el ojo que está del lado de la carbonera.

El anciano se percata de que lo estoy mirando. Al sonreír asoma entre sus labios rugosos el único diente que le queda.

—Dos meses durmió en esta casa. Me alteró los hijos. Dices que echaba un olor que perdía a los hombres. Yo no sé. Que era mujer de teatro a nadie se le pasó por la cabeza. Aquí bien que se hizo la cristiana. En esta misma cocina rezaba con nosotros. Besaba la imagen del santo Jancio y luego, con los mismos labios, besaba en secreto a mis hijos, que me los alteró.

Le pregunto si me permite tomar nota de sus palabras. Hace un gesto afirmativo. Que ya le han dicho a lo que vengo. Luego me convida a vino de una garrafa y a unas lonchas saladas de lomo de perro con avellanas.

—Aquí ha venido más gente preguntando. Solo respondo si el cura me manda señal. Ya le digo que llegó en la oscuridad, viva de milagro. Figúrese, pensábamos

que era hombre por la ropa, hasta que la alumbró el resplandor del fuego. Contó lo de las casas rotas de Antíbulas, los muertos y todo eso. Y que los bladitas se andaban llevando las mujeres. Rezar sabía. Y fingir devoción, también. Ayudaba con los perros. Ayudaba en la cocina. No sé qué dijo que era, si maestra de escuela o algo así. Una engañadora. Me alteró los hijos.

El anciano golpea varias veces con el culo del vaso sobre la mesa. Ha visto la garrafa de vino y quiere un trago.

—¿A qué se refiere usted cuando dice que ella le alteró los hijos?

—A que era manceba y con sus malas artes me los sacó de su ser natural. Porque ellos eran buenos y eran hermanos. Nunca se peleaban. Pero vino ella. Nunca viniera. Dios Todopoderoso, ¿por qué nos la mandaste? Y sin que mi difunto marido y yo nos diésemos cuenta nos llenó la casa de inmoralidad.

—Señora, ¿de qué murió su marido?

—De pena. De qué iba a morir, si no. Mi marido era un hombre robusto, pero la pena poco a poco lo derrumbó. ¿Quiere usted un poco de queso? Bueno, en el huerto rompió con la azada un nido de avispinas fenzas y le picaron. Muchas. Pero yo creo que en verdad murió de pena por el hijo perdido.

—¿El hijo murió antes que el padre?

—El hijo murió por culpa de la depravada. Es que se la disputaba con el mayor. Y un día encontramos sangre en la escalera. Y otro día entre mi marido y mi padre lo sacaron del fondo del pozo. ¿Comprende usted ahora? Tenía veinticuatro años y se tiró. A ella no la dejamos subir al cementerio. Mi marido la llevó en la mula lejos de Honverna, cuando ya la nieve se había fundido. Nos había contado que tenía parientes en Sóeo. Mi marido la dejó en medio del llano y le dijo: Es por allí.

—¿Y qué hizo su otro hijo?

—¿El mayor? Al día siguiente salió detrás como un animal furioso, pero no sabía la dirección. Su padre le echó un grito. Si te vas, aquí no vuelvas. Aún no ha vuelto.

—Guardaba un recuerdo horroroso de aquellos pueblerinos. De puertas afuera, unos beatos. Pero en su casa se despepitaban por eyacular dentro de nuestra Marivián. No temas escribirlo como te lo cuento porque esto te juro que no te lo censurarán. Yo me encargo. Los labriegos eran unos rijosos de armas tomar. También el padre, no creas, el que la soltó en el campo después de... En fin, no tienes cinco años, así que te lo puedes imaginar. La casa estaba llena de hombres, cada cual con su erección crónica menos el abuelo, que era tuerto. Luego uno de ellos enloqueció porque los otros por lo visto no le daban turno para vaciarse de esperma dentro de la mujer hermosa. Entonces no sé si se ahorcó de un árbol o se pegó un tiro. La pobre Marivián vivía literalmente aterrada. Aquellos brutos fornicaban como toros. Y el peor era uno, no sé si el padre o un hijo, que por toda caricia le mordía en la nuca mientras se desfogaba. Al final le susurraba con su aliento apestoso: Así te voy cobrando los gastos de comer y dormir en mi casa. ¿Te haces cargo de la situación? Y lo curioso es que Marivián, en el fondo, estaba de acuerdo. Decía: Sin ellos me habría

muerto de frío; comí carne en abundancia porque criaban perros; pasé el invierno arrimada a la hoguera y lejos de las miserias de la guerra. Yo te digo una cosa, escritorcín. Si por casualidad el camarada Ij se llega a enterar del trato que dispensaron aquellos rústicos a Marivián, a su Marivián querida, va allí con cuatro tanques y borra el pueblo del mapa.

Ya había dejado Honverna del Llano atrás cuando caí en la cuenta de que no se lo había preguntado. ¿Cómo se puede ser tan torpe?

—Y que lo digas —me reprendió de broma Coranda.

No tuve más remedio que volver. Durante la conversación en la cocina no me había atrevido a pronunciar el nombre de Marivián. Ahora tampoco.

—Perdone la molestia. He olvidado preguntarle si ella se protegía la garganta con un pañuelo.

—¿Es importante para su libro?

—Es importante para mí.

Se rascó un costado de la frente como para estimular la memoria.

—Bueno, sí, algunos días llevaba uno arrollado al cuello. No la vi nunca lavarlo.

—Supongo que cuando dejó la casa se lo llevaría.

—¡Jancio bendito! Es que si no se lo lleva le prendo fuego. ¿O cree usted que yo quiero guardar en mi casa rastros de aquella depravada?

—¿Recuerda cómo era el pañuelo?

—Rosa, con flores, muy feo.

Aunque no se conocen las fechas con exactitud, se puede inferir de diversos testimonios que Marivián salió de Honverna del Llano entre el 3 y el 5 de marzo de 1943. O bien se extravió durante su caminata, o bien el dueño de la casa donde estuvo por espacio de dos meses escondida la desorientó a propósito. Lo cierto es que sin más bagaje que una manta y un morral de provisiones siguió un rumbo que no llevaba a Sóeo, sino directamente a la ciénaga de Midua, en cuya linde, después de tres noches durmiendo a campo raso, fue detenida por una patrulla del ejército bladita.

—Si sería ingenua —me contó Mel Amel— que cuando vio a los soldados les hizo señas, yuju, yuju, desde lo alto de una roca pensando que, como no estaban en la capital, serían de los nuestros. Fue ella quien corrió hacia los soldados y no al revés. Y les gritaba con infantil alborozo: que soy Marivián, que soy Marivián. ¿Te imaginas una escena más ridícula? Le pregunté si no le habían extrañado un poco los uniformes. Ella: Los uniformes de combate son todos iguales, ¿no? La pobre no tenía ni idea. Le dije: Mira, muchacha, con solo que a uno le hubiera sonado tu nombre te habrían metido una docena de balazos entre teta y teta. Pues nada de eso, me replicó. Se pusieron a bailar conmigo en corro, todos muy contentos. Hasta que los oí hablar y

entonces sí, entonces ya empecé a darme cuenta de que algo fallaba. Eres genial, le dije. Por ese camino es imposible que no llegues a la vejez. Y ella se mondaba de risa.

Las circunstancias de su prendimiento, el lugar donde este se produjo, la sencilla indumentaria de la detenida, la cédula falsa de identidad que llevaba consigo, su aspecto desarreglado; en fin, el barro de sus zapatos y la mugre acumulada en su cuerpo y su ropa después de dos días y medio de andanza por el campo contribuyeron a no levantar sospechas entre sus captores. Los cuales, no reconociendo en ella a persona destacada de la vida pública de Antíbula, se limitaron a agregarla a las cerca de cinco mil mujeres que por entonces se hacinaban en los barracones del puerto de Rocas de Mátira, en espera de ser deportadas por mar a la Bladia.

Cada dos días zarpaba un barco cargado de prisioneras. Los bladitas las elegían sin otro criterio que cubrir los cupos previstos para cada transporte. No obstante, tanto los oficiales del puesto de mando como los soldados rasos encargados de vigilar los barracones acostumbraban separar a las más atractivas a fin de saciar en ellas sus apetitos venéreos, dispensándolas (salvo en algunos casos escalofriantes de sadismo) del trato sobremanera inhumano que recibían las demás. Por dicho motivo retrasaban su deportación, lo que para no pocas esclavas sexuales supuso salvar la vida. Tal parece haber sido la suerte que le correspondió a Marivián.

Las elegidas para disfrute de sus forzadores no tenían ni mucho menos garantizada la supervivencia. Todos los días llegaban camiones con nuevas prisioneras. Había tantas en los barracones que no era extraño que la víctima que al anochecer suscitaba atracción física, a la mañana siguiente, sustituida por otra, fuera arrojada a la bodega del barco con el cuerpo lleno de moratones.

Es opinión admitida por los expertos que en la salvación de muchas antibulesas cautivas en Rocas de Mátira influyeron las dimensiones reducidas del puerto. Su angostura y la profundidad insuficiente de sus aguas impedían el ataque de naves de gran calado, lo que en la práctica se tradujo en un número de deportaciones notablemente inferior al de Aftino y, sobre todo, claro está, al de la capital, de donde, como nadie ignora, salían dos y más barcos diarios repletos de prisioneras.

Otro factor que determinó positivamente el destino de Marivián está relacionado con la clase de mujeres con quienes compartía cautiverio. Predominaban entre ellas las de origen humilde apresadas en las poblaciones pesqueras del litoral nórdico, así como campesinas y granjeras de las comarcas del interior. Esta circunstancia propició que Marivián no fuese reconocida por quienes acaso no habrían dudado en delatarla, práctica común en los campos de concentración bladitas por cuanto estaba sujeta a recompensas que en casos especiales (y el de Marivián habría sido sin duda uno de ellos) podían conducir a la puesta en libertad.

Quiso la fortuna que las pocas prisioneras (Blitte de Fertaxel habla de tres) que reconocieron a la actriz se pusieran de acuerdo en guardar el secreto y protegerla. No menos afortunado, por no decir milagroso, fue el hecho de que el 21 de abril, con

ocasión de un ataque aéreo de la aviación antibulesa al puesto de mando, las garitas y las alambradas del campo, una de las referidas protectoras, la joven Lurbia Duendud, natural de Midua, lograrse huir.

No creo necesario explayarme en los detalles de una hazaña que ha sido relatada por extenso en un vasto número de libros. Se calcula que de veinte a treinta prisioneras emprendieron la fuga aprovechando el desorden y los destrozos producidos a consecuencia del ataque aéreo. Perseguidas y acorraladas por los soldados bladitas, tan solo hay constancia de que cinco de aquellas valientes antibulesas alcanzaran la libertad. Una de ellas fue Lurbia Duendud, quien, caminando de noche y ocultándose de día, atravesó el frente de guerra cerca de un pueblo llamado Orezbe. El 29 de abril, exhausta, enferma y con un brazo fracturado, fue conducida a la presencia del camarada Ij.

«Sabido lo cual de boca de la fugitiva, el general Ij antepuso a las responsabilidades propias de su rango militar los designios perversos de la lujuria y, con insólita prontitud, siendo él un hombre de suyo dubitativo, como han revelado quienes lo conocen bien, acudió en socorro de una actriz con cinco batallones bajo su mando personal, dejando hasta su vuelta el resto del ejército inactivo en la llanura.

»Seis días invirtió en la liberación del campo de prisioneras establecido por el enemigo en Rocas de Mátira, donde se podía haber empleado menos material y menos soldados para no poner en peligro el plan general de reconquista, sin que nadie le reproche a quien hoy ostenta la jefatura suprema de las fuerzas armadas, la presidencia de Gobierno y la secretaría general del único partido político permitido, no ya que fuera a rescatar a aquellas pobres mujeres, sino que a él le interesaba una y rescató de paso a las demás.

»Y fueron, aquellos, seis días en que nuestro ejército glorioso no avanzó un milímetro hacia la capital ocupada; seis largos días con sus noches siniestras que los invasores recibieron de regalo para matar, saquear y destruir a su antojo; seis días de terror durante los cuales fueron embarcadas en el puerto de Antíbula cientos de madres e hijas honestas sacrificadas por un militar caprichoso que oprobiosamente faltó a su deber por granjearse la sonrisa, el abrazo perfumado y quién sabe qué más de aquella mujerzuela».

(Abrel Darbast, *óp. cit.*, pág. 52).

El libro de fotografías la muestra en ocho imágenes, siempre en los alrededores de Marivián, atenta a servirla. Nunca en primer plano. Nunca de cuerpo entero. Una presencia discreta. Un perfil que rehúye mirar a la cámara.

Lurbia Duendud trabajó como secretaria personal de Marivián desde diciembre de 1943 hasta la fecha de fallecimiento de la actriz. No menos que secretaria fue amiga, confidente, hermana de Marivián, su sombra inseparable.

Coranda no abrigaba la menor duda al respecto.

—Debió de conocer mejor que nadie las interioridades de Marivián. Desde luego mejor que el eyaculador, de eso estoy segura.

—Tampoco exageres. El eyaculador estuvo cerca de Marivián desde el principio de su carrera hasta el final. La dirigió en multitud de ocasiones, tenía acceso a su vida privada, compartían amistades. En fin, sabía mucho de ella. Otra cosa es que no me lo quiera contar.

—Eso es verdad hasta cierto punto, mi vida. El eyaculador es superficial. Lo veo en tus notas. Te da anécdotas, te da lugares y fechas, te da habladurías y gestos, pero nunca te dibuja el paisaje interior del personaje. No podía. Le faltaban ojos para verlo, quizá porque desde el día en que nació ha tenido la mirada fija en sí mismo. Debes encontrar como sea a Lurbia Duendud. Pregunta al eyaculador o al amigo tuyo que dirige *Voz Roja*.

Fui a casa de Mel Amel. Nadie me abrió.

—He estado pensando —me dijo Coranda— que Lurbia Duendud todavía conservará objetos de Marivián. Entre ellos, ¿por qué no?, el pañuelo de flores.

Al día siguiente volví a llamar a la puerta de Mel Amel. Supuse que se desdeñaba de recibirme porque no le había anunciado la visita.

—Tesoro, dame un beso y te pondré al corriente de mis averiguaciones.

La complací.

—La directora me ha confirmado que Lurbia Duendud no asistió, aunque estaba invitada, a la inauguración de la casa-museo. No me he atrevido a preguntarle si sabe dónde vive. ¿Cómo le justifico mi curiosidad? Más tarde he recordado que una vez Lurbia Duendud vino al depósito, de eso hace bastante tiempo, sola. Y, efectivamente, he encontrado su nombre en el registro de visitantes correspondiente al mes de enero de 1958. Asunto de la visita: Privado. Apenas me acuerdo de ella, pero sí sé que se marchó sin decirme adiós, cosa que normalmente no hace nadie.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Barrunto que se trata de una persona..., ¿cómo te diría yo, amor mío?, difícil.

El mandadero me entregó una nota manuscrita de Tebe Fren.

«Lamento comunicarte que se te ha terminado la fuente informativa. El viernes pasado, nuestro dicharachero, extravagante y malhablado invertido se descerrajó un tiro en el cielo de la boca. Al parecer tenía buena puntería, ya que acertó en el blanco.

Me han mandado esta mañana el texto de la versión oficial, junto con la orden de publicarlo a mediados de la semana que viene. De acuerdo con la decisión del ministro de Cultura y Espectáculos, el fallecimiento de Mel será atribuido a una caída fortuita en el baño. Le puede ocurrir a cualquiera, ¿no crees?».

«Liberado el campo, vencido el enemigo, asegurada la posición, mandé maniatar y reunir los sesenta y seis prisioneros en un lugar a propósito para darles el escarmiento que merecían. Algunos lloriqueaban cual hembras, con los pantalones meados, seguros de su muerte cercana. Unos cuantos, heridos durante el asalto, hacían como que no les era posible mantenerse de pie, fingimiento con que tal vez nos quería mover a compasión aquella gentuza avezada a mortificar mujeres indefensas, pero pusilánime para el combate viril; y a estos ordené que los amarraran cada uno a una tabla, y que los clavaran a ella si se resistían, y con dicho sostén los recostaron luego mis soldados contra el muro.

»Pregunté a continuación a las liberadas si por ventura deseaba alguna dar la orden de fuego, considerando, como les dije en mi alocución, allí mismo, delante de los barracones, que a nadie con más derecho que a ellas correspondía el honor de hacer justicia. Alzose tal cantidad de manos, formose tal revuelo y algarabía en la muchedumbre, que resolví integrar un pelotón de fusilamiento con cien de ellas.

»Hecho lo cual, mis hombres instruyeron a las elegidas en el manejo del fusil y las colocaron, por ser tantas, en línea de arco frente a la piña de prisioneros. Consentí entretanto a otras que se acercaran a zurrarles a aquellos la badana, dolidas de no poder matarlos, y les arrearon tal somanta, algunas provistas de barras y palos, que tuve que mandar retirarlas punto menos que a la fuerza, tal era el furor vengativo que las enardecía. Esto hice así porque una camarada del pelotón de fusilamiento vino a decirme en son de protesta que ni ella ni sus compañeras le hallaban sentido a matar muertos.

»A estas últimas se les dio aviso de que cada arma estaba cargada con un solo cartucho, error de cálculo mío que reconozco con la sinceridad que alienta en todas las palabras de este libro y en todos los actos de mi vida desde que tengo uso de razón; y fue así que, acostumbrado a la puntería de mis hombres, pensé que cien proyectiles alcanzarían para tumbar sesenta y seis enemigos. El pelotón mujeril recibió instrucciones para que esperase la orden de fuego antes de accionar el disparador; pero así y todo tres o cuatro camaradas, impacientes por resarcirse de los padecimientos que aquellos hijos de mala madre les habían inferido, se apresuraron a disparar por su cuenta y, a imitación suya, ora unas, ora otras, todas las demás, con el resultado de que al final de la desordenada descarga todavía aguantaba de pie una veintena de bladitas.

»A estos los liquidaron mis hombres de acuerdo con el reglamento. Solicité a la bella Marivián, orgullo de nuestro teatro, a quien el vil enemigo también había intentado raptar, que diese la orden de fuego en representación de todas sus

camaradas allí presentes. Improvisado un pequeño podio con un cajón de municiones, Marivián se encaramó a él y gritó la orden con más encanto y dulzura que ardor guerrero, lo que de todos modos acarreó las consabidas consecuencias para el montón de miserables».

(*Misión cumplida. Memorias del camarada Ij*, págs. 246-247).

«¿Todavía sigues dedicando tiempo y esfuerzos a la suripanta? ¿Por qué no te casas con la hija del profesor Muta y sientas cabeza de una maldita vez? La tipa esa que dices vive en Kremlin 20, a tres manzanas de tu calle. Para descubrirlo me ha bastado echar un vistazo al listín de teléfonos. ¿Me puedes explicar qué clase de investigador eres? Si te portas bien y me mandas un buen artículo, hecho con más ganas que el de los campesinos de la llanura, de una ortodoxia aduladora, servil y empalagosa que causa sonrojo a los muebles de mi despacho, no digamos a mí, a lo mejor inicio alguna que otra gestioncilla para que te vayan quizá devolviendo poco a poco el carné de la APSIC. Ya veremos».

Marivián regresó a Antíbula vestida con uniforme militar el 1 de junio de 1943. Hay una foto famosa en la que se le ve sentada junto al camarada Ij dentro de un *jeep* de las fuerzas armadas; él al volante, con gorra de plato, pechera condecorada, perfil altivo; ella, flaca, ojerosa, con el pelo corto y una mano levantada en señal de saludo a la multitud. La foto fue hecha durante la entrada triunfal del ejército de Ij en Antíbula.

Hoy sabemos que en aquellos momentos la sonrisa apenas insinuada de Marivián no era sino un gesto de circunstancias ante la cámara del fotógrafo, quizá una concesión al hombre poderoso que se había erigido en su protector. Lo cierto es que vuelve a Antíbula con la salud quebrantada. La dura experiencia del campo de concentración había dejado en ella secuelas físicas y seguramente psíquicas, si bien no pasa de vagas conjeturas cuanto escriben sus biógrafos acerca de estas últimas.

Para empezar, le faltan tres incisivos en la parte superior de la dentadura. Los perdió a consecuencia del culatazo de fusil que le propinó un guardián del campo. Se comprende que no sonriera con la boca abierta en la foto donde aparece junto al camarada Ij.

Por los días de su cautiverio se le agravaron, además, los dolores de nuca. No le quedaba más remedio que sufrirlos en toda su crudeza sin el paliativo habitual de la morfina. Estos dolores derivaban a menudo en jaquecas, tormento que hasta el final de sus días padecerá de forma persistente.

El 2 de junio hubo de someterse a una operación quirúrgica de urgencia en el hospital de Baigravia. Dos días después, *Voz Roja* publicó un breve parte médico en el que se daba cuenta del desarrollo satisfactorio de la intervención a cargo del doctor Bohel y se mencionaba el diagnóstico que figura en diversas biografías. Dicho diagnóstico, confirmado por ella en declaraciones públicas, es falso. Marivián fue

tratada de una rasgadura anal supurante, complicada por una infección que había afectado a los riñones. No hay documento que aclare el origen de la herida, pero tampoco hace falta esforzarse mucho para adivinarlo.

La persona que me proporcionó estos y otros datos confidenciales de Marivián, bastantes de los cuales no han sido consignados hasta la fecha en libro alguno, vive en un piso modesto de la calle del Kremlin, sin otra compañía que la de un lince amaestrado. En el descansillo de la escalera, ante su puerta, que no se dignó abrir, a Coranda le sobrevino un ataque de asma. Por dicho motivo, la siguiente vez fui solo.

—Usted —me dijo a través de la rejilla— es un cochino policía que viene a matarme.

A pesar de que, tras conocer al difunto Mel Amel, me creía preparado para escuchar cualquier cosa sin alterarme, por ofensiva que fuera, el tono cargado de odio de aquellas palabras me desconcertó. No dudé en ofrecerle explicaciones. Por un momento tuve la incómoda sensación de estar hablando con la puerta. Lurbia Duendud me interrumpió para reprocharme por segunda vez que quería matarla. Dijo que antes que me diera tiempo de ponerle la mano encima ordenaría a *Músculo* romperme el cuello a mordiscos. Deduje, por el tipo de agresión con que me amenazaba, que el tal *Músculo* no pertenecía al género humano.

Resignado a marcharme, me vino una idea que alimentó en mí una última y vaga esperanza. Le declaré el nombre de mi hermano pensando que no le resultaría desconocido. Añadí que me traía a su casa el deseo de averiguar detalles relacionados con su tragedia.

—Puedo volver en otro momento si a usted le viene mejor.

No contestó. Transcurrieron obra de tres minutos sin que dijera nada. Yo tenía constancia de su presencia detrás de la puerta por unos murmullos que emitía de vez en cuando como si hablase entre dientes y también, en ocasiones, por el sonido de su respiración.

De pronto oí que descorría el pestillo. Lurbia Duendud se asomó a la abertura. Su cara traslucía suspicacia, pero no la hosquedad que yo había sentido. La hoja de la puerta estaba unida al marco por medio de tres cadenas. Las soltó después de enseñarle, en apoyo de mi sinceridad, la foto de mi hermano que llevo de costumbre en la cartera.

Nada más entrar en la vivienda comprendí por qué la otra vez Coranda había sufrido un ataque de asma. Los zócalos, el papel de las paredes, los techos se veían ennegrecidos por corros mohosos que hacían dificultosa la respiración incluso para mí, que no soy en absoluto propenso a la disnea. Flotaba en el aire un olor penetrante a hongos, a humedad, con un leve tufo dulzón como de fruta descompuesta. Todas las ventanas que vi al pasar tenían las persianas bajadas.

Lurbia Duendud me invitó a tomar asiento junto a la mesa de la sala. Las paredes

estaban cuajadas de retratos de Marivián. Apenas había un hueco que no estuviera ocupado por su imagen. Sobre unos cartones dormitaba *Músculo*, gordo y viejo, con el pelambre salpicado de costras. Como a los cinco minutos de mi llegada, el lince se acercó a mí con pasos perezosos; de un salto se acomodó encima de mis muslos, donde se acurrucó con la expectativa evidente de ser acariciado. Por primera vez vi a Lurbia Duendud sonreír. Se me figura que acababa de contagiársele la aceptación que me mostraba su animal.

«—Sin duda un año terrible para mí. Bueno, para mí y para muchas mujeres de nuestra república. Lo que los camaradas Ij y Obruda hicieron por nosotras, eso no se olvida. Ya lo he dicho más de una vez. El corazón de miles de antibulesas guarda un monumento de gratitud por los dos hombres sabios y valientes que nos salvaron de las garras del enemigo.

»—Me refería a que para usted, Marivián, el año 43 fue, en lo profesional, un año prácticamente perdido.

»—Mire, a mí no me gusta andarme con secretos. Volví a Antíbula muy enfermita, desnutrida, fea, sucia, llena de parásitos. El doctor Bohel me tuvo que quitar un quiste. En fin, horrible. Estando prisionera en Rocas de Mátira un bladita me rompió tres dientes. Vino y me golpeó con el fusil por el simple gusto de hacerme daño. No me explico cómo no me caí muerta. Imagínese lo que significa para una actriz el que le rompan la dentadura. Afortunadamente contamos en Antíbula con grandes profesionales de la ortodoncia. Hasta diciembre del 43 no volví a actuar en el teatro. Fue emocionante. Salgo a escena, en el Gorki; en esto, el público, sin darme tiempo a decir la primera palabra, se pone de pie y me dedica una salva de aplausos. Me lanzaron más de cincuenta puros porque saben que me gusta fumar. Imagínese la intensidad de mi emoción que el traspunte tuvo que salir corriendo a sostenerme. No hubo más remedio que interrumpir la obra hasta que se me pasó la llorera. Luego seguimos y el éxito fue monumental. Ahora bien, quiero que se sepa una cosa. Lo que yo sufrí aquel año no fue nada en comparación con lo que sufrió el conjunto de nuestro pueblo. Esto que quede claro, ¿eh?».

(*Revista de Actualidad y Espectáculos*, ibídem).

—No abro a nadie. Usted es el primero. Desde que murió la Señora salgo lo justo. Hay un patio trasero. Por ahí me escabullo. Para despistarlos, ¿sabe? Aunque yo creo que ya se han dado cuenta. Me siguen a todas partes. Sobre todo uno que tiene un bigote entrecano. Uno delgado y gordo. A lo mejor lo ha visto usted al entrar en el portal. Ese es el peor. Por culpa de ese no puedo dormir.

Habla mirando al lince adormecido sobre mis muslos, lo que me permite observarla a mi antojo. Se expresa en un tono de voz bajo, a veces susurrante, encadenando las frases por rachas rápidas entre una toma y otra de aire. Me impresionan sus ojos turbios, de una fijeza inusual que atribuyo al ritmo de parpadeo,

tan espaciado que cualquiera diría que esta mujer es ciega.

—Yo ya no vivo. Supongo que se habrá dado cuenta. No se lo cuente a nadie, por favor. El día que murió la Señora morí yo. Vivo por *Músculo*. Sin mí no tiene a nadie que lo cuide. Por eso vivo, pero ya le digo que estoy muerta. El día que *Músculo* se muera, por fin podré descansar. Ellos saben que guardo muchos secretos de la Señora. Por eso quieren liquidarme. Usted es el primero que entra en mi casa desde la muerte de la Señora. Si en algún momento siente atracción física por mí no dude en decírmelo. ¿Quiere beber algo? Le puedo traer un vaso de agua. Es lo único que tengo.

Señalo las fotos de la pared.

—Usted —le digo— quería mucho a Marivián.

—Demasiado.

La sequedad de la respuesta me corta durante unos instantes el aliento. El temor a ofender o a asustar a Lurbia Duendud me colma de indecisión. Por terminar cuanto antes con el silencio embarazoso que se ha formado entre los dos pondero el gran afecto que me unía a mi hermano.

—La Señora no tiene la culpa de lo que le ocurrió a su hermano. La Señora no era una asesina de corazones. Ese infundio lo dijo un escritor. Ella amaba a todos. Los amaba de verdad. Pero ellos no se conformaban. La querían poseer. Como se posee un anillo. Qué sé yo, como se posee una prenda de vestir. ¿Me comprende? Tampoco *Músculo* me pertenece a mí. Cada uno se pertenece a sí mismo. También los animales. Dígame, por favor, que me comprende. Si no me lo dice se me hará difícil seguir hablando con usted.

Me apresuro a complacerla.

—Bueno, yo sí pertenezco a la Señora.

Permanece un rato silenciosa, mirándose las manos. De pronto agita un dedo en el aire y dice:

—Pero que conste que ayudé a sacarla de aquellos barracones.

En enero de 1944, el Gobierno presidido desde el verano anterior por el nuevo Secretario General, camarada Ij, cedió a Marivián en calidad de vivienda privada el antiguo palacete del Marqués de Zurru, que desde 1928 hasta la ocupación blanda había albergado algunas dependencias anexas al Consejo Colectivista de Planificación Agrícola.

El Zurru, como se le conoce popularmente, es un bello edificio del siglo XVIII, reformado en diversas ocasiones, con dos plantas, mirador barroco, una gárgola en cada esquina y tejado de cuatro faldones con placas de pizarra. Tiene en la fachada principal un balcón corrido con vistas al río Intri, no lejos de la casa natal de Marivián, aunque en la orilla frontera. Un jardín con palmeras se extiende por la parte posterior, rodeado de un alto muro de piedra.

En el Zurru estuvo domiciliada Marivián hasta su muerte. El edificio sirve de sede en la actualidad a la embajada de la República Popular de Hungría.

Todos los cines del país están obligados en virtud de la Ley de Información de Interés General del 16 de noviembre de 1943, promovida por el Comité de Propaganda del Estado, a proyectar antes del comienzo de las películas el noticiario cinematográfico *Cámara Actual*, de aproximadamente cinco minutos de duración. Dicho noticiario se renueva cada semana. Hasta el día de hoy ha venido emitiéndose sin interrupciones.

Coranda convenció a la encargada del proyector de la casa-museo Marivián, amiga suya, para que me enseñase fuera del horario de apertura al público filmaciones de *Cámara Actual* dedicadas a la actriz. Había una colección copiosa de rollos en el depósito. Por no abusar del tiempo libre de la encargada, convine con Coranda en elegir los dos noticiarios colocados al comienzo de la fila, dejando para más adelante la posibilidad de echar un vistazo a otros.

El primero contenía imágenes del homenaje multitudinario que recibió el general Obruda en la plaza del Ayuntamiento el domingo 30 de enero de 1944. Es difícil no sentir una punzada de lástima al ver al militar heroico sentado en una silla alta, como de árbitro de tenis, en el centro del tablado, a considerable distancia de la tribuna de autoridades.

Acababa de forzar la liberación de ciento treinta mil antibulesas cautivas en la Bladia, canjeándolas por los territorios que había mantenido hasta entonces ocupados con sus tropas. Fue asimismo artífice de la anexión del monte Uroro, rico en yacimientos metalíferos, y de los valles adyacentes en represalia por los gastos de guerra, los daños materiales debidos a la invasión bladita y las cerca de quince mil mujeres que el enemigo había asesinado o hecho desaparecer.

Y mientras luchaba, vencía y negociaba de forma sobremanera ventajosa para la República Colectivista de Antíbulas, el camarada Ij, aprovechando la ausencia de su principal competidor, se adueñó del poder. Ascendido a Secretario General, Ij lo llamó al Palacio de la Revolución para llenarle el pecho de medallas y nombrarlo, con el probable fin de sacárselo de encima, mariscal de los ejércitos fronterizos.

En las imágenes del homenaje popular, Obruda muestra un gesto serio, incluso preocupado, que contrasta con los semblantes satisfechos de los miembros del politburó bajo los paraguas (está nevando) y los ademanes jubilosos de la muchedumbre. Tebe Fren me lo definió una vez, en el curso de una conversación privada, como un militar partidario de la dictadura del general Balzadón Vistavino, apodado el Matamuertos, a quien traicionó para servir a un régimen que lo traicionó a él.

Junto a su silla con peldaños hay un micrófono ante el cual, después del solemne discurso del camarada Ij, va desfilando una larga hilera de mujeres. Cada una dispone de cinco segundos para expresar su gratitud a Obruda. La filmación permite escuchar

una docena de frases sencillas; rotundas, casi airadas, las unas; otras pronunciadas con temblorosa y humilde emoción.

De pronto se produjo un cambio de secuencia y apareció en la pantalla Marivián vestida con blusa blanca. Durante medio minuto se le ve cantar una versión en lengua antibulesa de *Lili Marlen*. La acústica de la sala de proyecciones no hace justicia a su cálida voz, de un timbre grave que no por ello resulta menos femenino. Las estrofas parecen salirle sin esfuerzo de la boca con solo despegar un poco los labios. A veces sonríe, seductora, con los párpados entrecerrados, y entonces asoma en toda su blancura y esplendor el trabajo de primera calidad que le hizo el ortodoncista.

—El pañuelo —dijo Coranda a mi lado.

Ya me había percatado de que la actriz llevaba un pañuelo en torno al cuello, pero a causa de las imágenes desprovistas de color y acaso, también, por culpa de mi mala vista no había advertido que se trataba del pañuelo rosa floreado.

—Incluso en los momentos más difíciles —dije— se las arregló para no perderlo. No paro de preguntarme qué habrá sido de él.

—Amor mío, si está en el depósito lo encontraré. ¿Cuánto te apuestas?

En el segundo noticiario vemos a Marivián brevemente durante un viaje de carácter oficial a la Unión Soviética.

Tebe no tenía dudas acerca de su cometido:

—Esa fue a calentarle la cama a Ij.

Es por septiembre de 1945. Stalin, risueño, obeso y aviejado, estrecha con fatigada cordialidad la mano de cada uno de los miembros de la representación antibulesa, y cuando le llega el turno de saludar a Marivián, se le ve volver la cara sonriente hacia el traductor, que, también sonriente, dice algo que hace sonreír a Marivián.

Junto a ellos están el camarada Ij, el ministro de Relaciones Internacionales, el embajador de Antíbula, imitando los tres el gesto risueño del poderoso anfitrión, y, de espaldas, con uniforme de gala, el general Obruda apenas quince días antes de fallecer a consecuencia de un extraño accidente de aviación.

—La señora tenía sus amarguras. ¡La de lágrimas que yo le he visto derramar! Eso no lo sabe nadie. Para eso había que estar muy cerca de ella. Como yo, ¿comprende? La gente la veía triunfar en los escenarios. La cubrían de flores, le echaban puros. Y luego estaban todos esos hombres, como el hermano de usted, que la adoraban. Más de uno se habría tirado de cabeza dentro de un volcán si ella se lo hubiese pedido. Pero luego se iba cada uno a lo suyo y ella se quedaba sola, conmigo. ¡Qué pena me daba! Tenía sus amarguras la Señora.

El lince se pone sobre sus cuatro patas para cambiar de postura. Me sube de pronto a la nariz una tufarada caliente. Con los ojos medio cerrados, el animal yergue el cuello y restriega perezosamente la cabeza contra mi cara antes de acomodarse otra

vez encima de mis muslos.

—*Músculo* ya ha notado que es usted un hombre bueno —me dice Lurbia Duendud.

Por confirmarla en su pensamiento acaricio el lomo del lince, que al instante se pone a ronronear.

—Si quiere puede usted quedarse a dormir en mi casa. Le ruego que me defienda. Esos están ahí abajo. Los habrá visto al venir. ¿Quiere que le cuente una cosa? Llevan en los bolsillos fotos de la Señora. Las miran y se excitan mientras esperan el momento de matarme.

Al día siguiente, Coranda me preguntó dónde había estado por la noche.

—En casa de la loca hasta las tres de la madrugada. Le sonsaqué muchísima información.

—Ya puedes meter la ropa en la lavadora, muchacho. Y de paso métete tú también. Apeastas.

«No pudiendo concebir sus propios hijos, pues es designio de Dios Nuestro Señor que la mala semilla no germine, raptó con ayuda de amigos y cómplices hasta quince niños de ambos sexos. Los fue encontrando abandonados por la calle y otros los sacó de un orfanato donde, con sus mañas de costumbre, supo comprar la voluntad de la corrompida directora.

»Tuvo la pretensión de criarlos en el Zurru, ella que ni siquiera sabía cuidar de sí misma, mas no por piedad de aquellas pobres criaturas desamparadas a quienes la crueldad bladita había arrebatado sus verdaderos progenitores, sino por el burdo egoísmo nacido de una maternidad frustrada. Algunas criaturas, de once y doce años, se escapaban con frecuencia de la casa en que habían sido obligadas a morar. Sin nadie que las orientase en la senda de la virtud, cometían hurtos, destrozos y otras fechorías en la ciudad, y uno más pequeño se le murió dicen que de tuberculosis.

»Los repetidos estropicios, las condiciones insalubres de la casa y mucho más que llevaría largo tiempo relatar aquí determinaron que sus propios compinches del Partido Colectivista intervinieran para poner término a aquel lamentable y grotesco remedo de familia».

(Abrel Darbast, *óp. cit.*, pág. 59).

El hecho probado es que a partir de 1945 Marivián acogió a niños huérfanos en el palacete del Marqués de Zurru. Cuántos en total, no lo podemos saber con exactitud ya que el número de acogidos variaba sin cesar; pero todo apunta a que, entre los frecuentes ingresos y despedidas, el grupo nunca rebasó la veintena.

El libro de fotografías contiene algunas que muestran a Marivián rodeada de varios de ellos. Peinados, bien vestidos, miran a la cámara con ojos de pasmo y caras serias que les hacen aparentar más edad de la que tienen. En una imagen entrañable se ve a una niña de pelo negro y expresión dulce sentada sobre el regazo de su

protectora, a la que se abraza apretando la mejilla contra su pecho.

Abrel Darbast está en lo cierto cuando afirma que Marivián recogió algunos niños en la calle y otros en un orfanato, concretamente en el Hospicio Infantil, que por entonces ocupaba un ala del edificio antaño perteneciente al matadero municipal. No es verdad, sin embargo, que Marivián se dedicara al rapto; antes al contrario, tenía a los niños domiciliados con ella en el registro civil y disponía para sus atenciones de un pediatra que le había asignado la autoridad sanitaria y de una cuidadora adjunta al Hospicio Infantil. Recibía, además, todos los meses por cuenta del Ayuntamiento de Antíbula un vale para ropa, alimentos y artículos de higiene.

En repetidas ocasiones agentes de la Guardia Popular le trajeron de vuelta a niños que se habían escapado, lo que también prueba que la actriz no ejercía la beneficencia de manera clandestina. De estos niños que preferían la libertad y el relente a las comodidades y las normas del Zurru, uno de doce años fue recluido en el Centro de Reformación de Menores por robo en establecimientos, por romper vidrios de ventanas y pegar fuego a una pila de sacos en un almacén de frutas y legumbres. Consta asimismo que a otro le segó las piernas un tranvía en el Paseo de las Damas mientras ponía por obra una travesura. No obstante, el mayor infortunio le tocó a una niña de cinco años, fallecida en el hospital de Baigravia por causas naturales.

La dedicación de Marivián al auxilio de niños desamparados terminó de manera abrupta en abril de 1948, cuando el camarada Ij inauguró en Muadel el Asilo Colectivista de Menores para muchachos huérfanos, expósitos o menesterosos, y dos semanas después, en Sóeo, una casa similar para muchachas de la misma condición. Con la apertura de ambos centros, en cuyos enormes edificios huelga decir que los internos eran adiestrados en la fidelidad a los ideales del colectivismo, el Secretario General cumplió un compromiso adquirido por los días en que asumió el mando del Gobierno y antepuso a cualesquiera otras la tarea de reconstrucción del país. Dispuso que en adelante no existieran en la República Colectivista de Antíbula otros lugares de acogida de hospicianos. Por dicha razón todos los orfanatos e instituciones similares fueron clausurados, y a Marivián no le quedó más remedio que despedirse de sus protegidos.

—Eran sus hijos, créame. ¡Cómo los quería! Más a los pequeños. Los mayores se le rebelaban, pero ella también los quería. La Señora tenía un corazón muy grande para los niños. No poder parir uno propio la colmaba de dolor. Esa fue su gran espina en la vida.

»El doctor Bohel solía examinarla. Tranquila, mujer, le decía, yo no encuentro ninguna razón que te impida el embarazo. Entonces pensábamos que alguno que no la quería bien le habría hecho un maleficio. Usted ya me entiende. Lo representan a uno con un muñeco de trapo y le clavan alfileres para que le duela en los mismos sitios de su cuerpo. Ella estaba segura de que mucha gente rezaba para que le ocurrieran

desgracias. Y la más grande de todas es que le parecía estar seca por dentro.

»Buscaba consuelo ayudando a los niños desamparados. ¡Cómo los quería! Los de dos y tres años eran sus favoritos. Los abrazaba, les cantaba canciones, los cubría de besos. Y también los ponía a mamar. ¡Qué cosa! No piense mal de mí. Si no quiere no se lo cuento. La Señora untaba de miel sus pezones y los críos, los más pequeños, chupaban. Terminaba una actuación y, en lugar de quedarse a cenar con ministros y gente del Partido, nos íbamos derechas del teatro a casa con la excusa de que le dolía la cabeza. Nada más llegar sacaba a un angelito o dos de la cama para darles el pecho.

»Tenía una gran necesidad de eso la Señora. Yo se lo veía en la cara. Gozaba. Era un juego, un sueño suyo, que le daba mucho placer. Luego le arrebataron los niños. Ahí el camarada Ij fue en mi opinión muy bruto. La Señora no quiso estar en el Zurrú cuando se los llevaron. Después canceló actuaciones, que fue cuando pasó once meses en la Unión Soviética y yo la acompañé. Ahí el camarada Ij se portó mejor. Fuimos a aprender ruso. Nos dieron una habitación en la embajada. Yo en mi vida he pasado tanto frío.

»¿Me deja que le cuente la verdad? No se la he contado a nadie; pero la Señora ya está muerta, no creo que le importe allá donde la hayan escondido. El camarada Ij venía todos los jueves al Zurrú. Se preocupaba por la Señora. Y la Señora le daba un gusto, porque el camarada Ij se desvivía por meterse en la boca los dedos de los pies de la Señora. Era una cosa increíble, una niñería, yo no sé. A cambio, para qué nos vamos a engañar, la favorecía, la mimaba, le daba muchos privilegios. Pero le quitó los hijos. Ay, sus hijos. Y tuvieron una grandísima disputa y la Señora parece que intentó tragarse unas cápsulas que si toma usted muchas de golpe se muere. De ahí surgió la idea del viaje a Moscú. El camarada Ij se asustó y lo arregló todo.

»Entonces viene lo que yo le quería contar a usted si le interesa. Hace tiempo que no veía dormir a *Músculo* tan feliz. Me da envidia. Yo no duermo nunca. ¿Cómo voy a dormir estando todos esos abajo? Le sacaría a usted algo de cenar, pero tengo la despensa vacía. Si quiere le traigo agua. Me juego la vida cada vez que salgo en busca de provisiones. Pues en Moscú me enteré de que no habíamos ido a aprender el idioma. Cuando nos instalamos en la habitación de la embajada la Señora lloró y lloró. Quería morirse. Eso lo decía muchas veces. Y yo me puse a llorar con ella por hacerle compañía, ¿me entiende? Porque, para decir la verdad, yo no sabía en ese momento por qué lloraba la Señora. Luego le puse su inyección de morfina. Y cuando ya se calmó, me pidió de manos a boca que la ayudase a ser mamá. Me abrazó como nunca me abrazaba. Nos quedaríamos en Moscú hasta que yo alumbrase un bebé, no importaba si niño o niña. Y al volver a Antíbula ella lo haría pasar por suyo. Lo criaremos juntas, Lurbia, y yo le haré muchos regalos y cuando sea mayor haremos que estudie en la universidad. No conozco a nadie, señora, no soy atractiva. Tú no te preocupes por eso. Todo lo organizó según su propósito. Traía a la habitación hombres fornidos a fecundarme, que yo no sé de dónde los sacaba. No los entendíamos ni ellos a nosotras. Tampoco había mucho que hablar. Algunos vinieron

dos veces. Yo he hecho mucho por la Señora, ¿sabe? Todo lo que me pedía. No pude darle el hijo que le prometí. Bien sabe ella cuánto me esforcé por complacerla. No pudo ser. La niña nació mal formada. Aquello ya se veía que no era para la vida. Quizá la culpa fue del frío o de los constipados. Tampoco la comida era buena. La niña no la pudimos traer, supongo que usted comprende.

—¿Eso te ha dicho?

—A mí me parece una historia plausible. Y acerca de la larga estancia de Marivián en Moscú no hay la menor duda, aunque los biógrafos hayan escrito muy poca cosa al respecto.

—Amor mío, ¿no te das cuenta de que esa mujer es una paranoica que ve fantasmas en todas partes? Te ha llenado las orejas de patrañas y tú te las has creído. No sabía que fueras tan ingenuo.

«—He visitado tres veces la ciudad. Créame, es un sitio que me subyuga. Sus anchas avenidas, la Plaza Roja, la gente tan amable. En cierta ocasión conocí a Stalin personalmente. Un hombre encantador, se lo aseguro, con una sonrisa que irradia bondad. Me regaló una de esas muñecas que contienen otras más pequeñas. No me extraña que su pueblo lo adore. Me daba pena, eso sí, no poder comunicarme con nuestros hermanos de la Unión Soviética. Así que solicité un puesto en la representación cultural de la embajada y en mayo del 48 allí me fui solita a aprender el idioma ruso. Fue una experiencia fascinante, esa es la pura verdad.

»—¿No echó en falta el teatro durante todo ese tiempo?

»—Sí, por supuesto. Pero es que a un artista de las tablas le conviene de vez en cuando cambiar de aires, ver cosas nuevas. En Moscú asistí a cientos de representaciones. Apenas entendía lo que hablaban los actores sobre el escenario, pero aprendí una barbaridad en cuestión de movimiento escénico, modulación de voz, mímica... Lo he dicho siempre que me lo han preguntado. Yo he tenido desde el principio de mi carrera tres maestros esenciales: la profesora Behe, el director Amel y el Teatro Bolshói de Moscú».

(Revista de Actualidad y Espectáculos, ibídem).

Fue en la noche, noche,
ya de recogida,
la nieve en las calles
desiertas, sin vida.

Fue en la noche blanca,
la ciudad dormida.
Una niña sola
temblaba aterida.

De humildes cartones
era su guarida.
Me acerqué despacio
y compadecida.

Niña, ¿de quién eres?
Niña, ¿quién te cuida?
Sonrió al mirarme>
la desconocida.

Le ofrecí mi casa,
le ofrecí comida

que ella rechazó
cordial, comedida.

¿No ves que soy tú,
dijo entristecida,
tu sombra de entonces,
tu infancia perdida?

Fue en la noche, noche,
la ciudad dormida.

Una niña sola
temblaba aterida.
(Letra: Marivián. Música: Brez de Trasbara).

Para muchos *La noche blanca* es su mejor película, sin duda la más personal y acaso la única que reúne las condiciones artísticas suficientes para perdurar en la memoria de los cinéfilos. Rodada en 1950, con dirección de Ax de Brece, el guión fue escrito por Mel Amel a partir de una idea de Marivián, quien figura en los títulos de crédito como coguionista. Los textos de las canciones salieron todos de su pluma, en tanto que la música corrió a cargo de diversos compositores. Publicadas después en disco, tuvieron un éxito arrollador, empezando por *Fue en la noche, noche*, que hoy día cantan los niños en el colegio.

Como se sabe, el tema central de la película es el de la maternidad frustrada. Para mi gusto, que en modo alguno pretende suplantar el dictamen de los expertos, el primer cuarto de hora, dedicado a la narración del rapto del bebé, paga un tributo excesivo al cine convencional de aventuras. No bien acaban el trajín inicial de los actores, la tempestad con sus efectos especiales de dudosa verosimilitud y el hundimiento falaz de la barca, la película se adentra por derroteros de una gran sutileza psicológica que hacen de ella una pieza soberbia del arte cinematográfico antibulés.

La convivencia difícil entre la niña convertida con los años en una adolescente díscola, poseída por un rencor del que ella misma no parece ser consciente, y la madre fingida, a ratos tierna, a ratos histérica y siempre atormentada por la obsesión de perder a la muchacha que tantos y tan graves disgustos le provoca, alcanza alturas dramáticas que ponen los pelos de punta, y eso sin necesidad de incurrir en los artificios en que se apoya de costumbre la sensiblería.

Hay escenas de una calidad interpretativa fuera de lo común. El desenlace tiene tal fuerza que, el día en que yo vi la película, acabada esta el público continuó largo rato sin moverse de los asientos, mirando silencioso la pantalla blanca, algunos con un brillo lacrimoso en los ojos; otros, yo entre ellos, simplemente anonadados, como

vacíos por dentro después de hora y media de intensas emociones. Marivián está suprema en su papel de mujer guapa, ambiciosa y estéril, y otro tanto puede afirmarse de Caencia Obstraz, la actriz de diecisiete años que interpreta el papel de hija.

Por ahí he leído (ahora no sé dónde) que se aprecia tanta verdad en ellas, en sus movimientos y palabras, que parece como si no estuvieran actuando. Razones no les faltaban para sentirse identificadas con sus respectivos personajes. Marivián por sus reiteradas e infructuosas tentativas de ser madre. Caencia Obstraz por su pasada condición de hospiciana, lo que a la postre determinó que se le adjudicase un papel de tanta relevancia aun cuando no llevaba sino unos pocos meses inscrita en la EPAE.

Take Llimbe encarnó el personaje masculino principal. Su actuación es aceptable, y la crítica especializada así lo supo estimar, destacando el grado de excelencia logrado en algunos episodios. No obstante, la presencia del actor resulta en líneas generales desvaída en comparación con la de las dos mujeres, aunque dista mucho de perjudicar a la película.

Take Llimbe tuvo un final triste. Cometió el error, particularmente peligroso a partir de 1951, de acercarse demasiado a Marivián. No fue el único.

Lástima que el caso de Take Llimbe no sirviera de advertencia a mi hermano.

Por el conducto habitual, Tebe Fren me hizo llegar la nota siguiente:

«Fenómeno, ahora que eres candidato a yerno del profesor Jan de Muta, ¿no podrías sonsacarle un artículo, semblanza o lo que sea relacionado con el pintor hemofílico de cuyo fallecimiento en circunstancias alcohólico-extrañas acaban de cumplirse cien años justos? Eso sí, tendría que ser para el sábado que viene y por amor al arte, porque honorarios no podemos pagar. No me falles.

»Va para tres días que solicité un informe confidencial a la APSIC sobre tu persona. Me he enterado de que en el archivo constas como “cesante por propia voluntad”. Tan solo se te imputa, en el apartado de observaciones suplementarias, un episodio de “negligencia en el uso del instrumento de trabajo perteneciente al Estado”. A lo mejor hay suerte y vuelves al periódico. Te necesito. Ahora mismo no tengo a nadie que me lustre los zapatos.

»¿Qué más? Ah, sí, lo de la actriz de marras. ¿Por qué no te dedicas a algo más sensato? Esto es lo que he encontrado en nuestra hemeroteca: el nombre de Take Llimbe encabeza la relación de ejecutados de febrero de 1951. Supongo que fue acusado de traición, de espionaje para la Bladia o de alguna chiquillada semejante. Lo más probable es que se le escapara un eructo en presencia de un alto funcionario o que hicieran falta veinte o treinta cuerpos para comprobar el grado de penetración de un nuevo modelo de balas. El asunto, como comprenderás, es delicado y últimamente me noto sin ganas de jugarme el puesto. Conque confórmate con el dato que te mando».

«—No lo puedo negar. Estoy viviendo uno de los momentos más dulces de mi

carrera profesional, también de mi vida privada. Marivián y yo hemos decidido contraer matrimonio la próxima primavera. Aún no hemos empezado con los preparativos. Cada cosa a su tiempo. En fin, anuncio ahora la noticia de la boda. Tarde o temprano la iba a saber todo el mundo. Estamos muy, pero que muy enamorados».

(«Primicia: Me caso con Marivián. Entrevista con Tahe Llimbe», *Revista de Actualidad y Espectáculos*, n.º 39, pág. 22, enero de 1951).

Aproveché una ocasión en que la vi descuidada para bajar la mirada al reloj. Ya eran casi las once de la noche. *Músculo* dormía profundamente sobre mis muslos. Enfrente de mí, al otro lado de la mesa, Lurbia Duendud no paraba de hablar. A menudo desbarraba, llenándome los oídos de naderías domésticas y de supuestos episodios de persecución; pero otras veces se explayaba con lucidez en pormenores sobre su estrecha convivencia con la Señora. Entonces el relato cobraba el suficiente interés para mí como para hacerme olvidar que llevaba más de ocho horas sin probar bocado.

Lurbia Duendud me proporcionó información valiosa sin necesidad de que yo le formulase preguntas. Le lanzaba una palabra, un nombre, la mención de un asunto, y al instante ella se arrancaba a desgranar recuerdos en voz alta.

—Y después, si no me equivoco, ocurrió lo de Tahe Llimbe.

—Así es. El pobre Tahe. Creyó de verdad que la Señora se casaría con él. Pagó cara su ingenua pretensión. La Señora tuvo mucha pena luego. Lo mandaron ajusticiar durante un viaje que ella hizo a Nueva York. A mí no me dejaron acompañarla, claro. Hacía falta un permiso especial. Y entonces, en cuanto despegó el avión, los matones de la Posepu detuvieron al pobre Tahe y lo demás usted ya lo sabe. Que era inocente estaba claro incluso para quienes lo juzgaron a toda velocidad. Tahe era incapaz de hacer daño. No se metía en política. ¡Él qué se iba a meter! Era muy presumido, pero por eso no se condena a nadie, digo yo. Se equivocó al anunciar en público una supuesta boda con la Señora. ¿Por qué haría correr un bulo semejante? Nos quedamos pasmadas. La Señora, aunque vinieron a preguntarle, no quiso decir ni sí ni no hasta haber hablado con Tahe. Eso también fue otro error. Debió haber aclarado las cosas enseguida, aun a costa de poner en evidencia al desventurado pretendiente. En aquellos momentos, ¿cómo íbamos a imaginar la desgracia que caería sobre él por culpa de su imprudente declaración? Luego sí nos dimos cuenta, cuando ya era demasiado tarde. El camarada Ij temió por sus visitas de los jueves, ¿comprende usted? Yo he visto a la Señora abofetear muy fuertemente al Secretario General. Con estos ojos lo he visto, en las escaleras del Zurru. Miserable, le dijo, has matado a un hombre sin culpa.

A mi cuñada no le gustaba el apodo. Por lo visto había sido una ocurrencia del entrenador. Mi hermano tenía aquella manera de soltar y recoger el puño que

recordaba la lengua de los camaleones. Ya la tenía en la época del colegio, cuando se peleaba en la calle con otros chavales del barrio. Pegaba tan rápido que a veces a los espectadores no nos daba tiempo de ver el golpe decisivo. Entonces parecía que los rivales se desplomaban solos.

En el transcurso de su carrera deportiva se enfrentó a boxeadores más altos, más gruesos, más fornidos; pero tarde o temprano él los terminaba tumbando a todos con aquel menudeo suyo de golpes rápidos y certeros.

Se hacía llamar el «Camaleón» en los carteles anunciadores de los combates. De una manera natural, conocidos y desconocidos aceptamos llamarlo así. Esto irritaba a mi cuñada, persona por demás irritable que no llevaba bien lo de verse convertida en la mujer del Camaleón o, simplemente, en la Camaleona.

El Camaleón logró por vez primera el título de campeón de Antíbulas en la categoría de pesos pesados a finales de 1949. Tenía veinticinco años. Ninguno de los rivales que desde entonces entró en el cuadrilátero para arrebatarle aquel honor aguantó de pie más de seis asaltos. Combatió con éxito en la Unión Soviética y en Polonia. En el salón de su casa tenía una vitrina con las baldas cuajadas de condecoraciones.

No lo derribaron los puños más potentes, pero sucumbió a la seducción de una mujer.

Hoy comparte sepultura con mis padres. Al sepelio acudieron numerosos funcionarios de alto rango, encabezados por el ministro del Comité Revolucionario de Salud y Deportes, camarada Jérbel. Mi cuñada y sus hijos no participaron en las honras fúnebres. Lo entiendo dadas las circunstancias del fallecimiento y la historia turbia que lo precedió.

En la funeraria, antes de cerrar el ataúd, ayudé a su entrenador a ponerle el cinturón de campeón que ceñirá por siempre sus restos mortales.

Aquel primer encuentro fue fugaz. Se produjo al término de un combate de exhibición, con notable presencia de miembros del *politburó*. Por parte de los soviéticos, ocuparon asiento en el palco de autoridades el camarada Vichinsky, el embajador y un séquito numeroso de funcionarios con rasgos eslavos y expresión adusta.

En apariencia ninguno de los dos púgiles se jugaba otra cosa que la honra deportiva. El ruso era bajo, chato, corpulento, y boxeaba sin parar de dar saltitos, moviéndose de un lado a otro con infatigable agilidad. Parece ser que gozaba de fama en su país.

Por la noche, hablando con mi hermano, supe que tanto el uno como el otro habían recibido de sus respectivos mandos políticos la orden de no perder el combate. Orgullo nacional, supongo. Así que para evitar represalias el ruso y mi hermano acordaron por medio de sus entrenadores llegar igualados a puntos al término de la

pelea, para lo cual necesitaban y obtuvieron la conformidad de los árbitros.

No obstante, cuando faltaba más o menos un minuto para acabar el último asalto, el ruso le sacudió de improviso al Camaleón un gancho feroz de izquierda en la mandíbula. El Camaleón se tambaleó y a duras penas logró parar el golpe siguiente. Advirtiendo la felonía, en un plisplás de los suyos mandó al ruso visto y no visto a la lona y quién sabe si días más tarde a un gulag de Siberia.

Era el sábado 17 de mayo de 1952. Presenció el combate desde una de las gradas superiores construidas al efecto en el azogue de Blaitul. Me acompañaban mi sobrino y mi cuñada, encinta de seis meses. La costumbre de ver ganar al Camaleón los dispensaba del temor a que le hicieran daño.

Sea como fuere, estábamos los tres a demasiada distancia del cuadrilátero como para percatarnos de una breve escena que debió de ocurrir al final de la pelea. Marivián se acercó desde su asiento de la primera fila al rincón del Camaleón para darle la enhorabuena y sonreírle más de la cuenta. Mucho tiempo después supe también que la actriz aprovechó para dejar con disimulo una tarjeta de visita en la palma vendada de su mano.

—No se preocupe, Lurbia.

—¿De verdad que no se ha enfadado?

—Le aseguro que no. Salvo su mujer, mi cuñada, todos lo llamábamos el Camaleón.

—Me daría mucha tristeza saber que se ha enfadado usted por mi culpa.

Durante unos instantes subió de la calle el estrépito de una moto. Lurbia Duendud dio un respingo al par que volvía la mirada hacia la persiana bajada.

—Lo sentiría de veras —prosiguió—, por *Músculo* sobre todo. Hacía tiempo que no lo veía tan tranquilo. Es que, ¿sabe?, a veces, por las noches, se oyen pasos en la escalera del edificio y él se inquieta. Bueno, nos inquietamos los dos.

—Le aseguro que a mi hermano le gustaba que lo llamaran así. Todo el mundo lo conocía por el Camaleón, incluso su propio hijo. Los periodistas y los locutores de radio nunca lo mencionaban por su verdadero nombre.

Ya era noche avanzada. Llevaba varias horas oyéndola eslabonar recuerdos e impresiones relativas a Marivián sin decidirme a plantearle el asunto que más me interesaba. Aquella cuestión del apodo me vino de maravilla para conducir suavemente la conversación hacia el tema de mi hermano.

—La Señora solía decir: ¡Qué bien hecho está este hombre! Sentía por él una veneración que no sentía por los otros. Créame, no lo digo por halagarlo a usted. Su hermano era joven, más joven que la Señora. Y era musculoso y fuerte, además de guapo, y como todos los varones grandes era fácil de tratar. Los bajitos causan más problemas. El camarada Ij, sin ir más lejos. Los pequeños tienen como una rabia de ser pequeños. Para compensar la poca estatura desarrollan el carácter y dan en

malhumorados. Eso decía la Señora.

Se me estaba poniendo un dolor de espalda a causa de la postura; pero no me atrevía a menearme por miedo a que el lince se sobresaltase. Se me figuraba que existía un vínculo entre el bienestar de *Músculo* y la locuacidad de Lurbia Duendud. Ella miraba más tiempo al animal que a mí, como si fuera él y no yo el verdadero destinatario de sus palabras.

—¿Enamorados, dice usted? El Camaleón, seguro. De eso no le quepa la menor duda. De lo contrario no habría terminado como terminó. En cuanto a la Señora, ni siquiera yo, fíjese, la persona que estuvo más cerca de ella durante los últimos años de su vida, podría afirmarlo con certeza. Sentía un gran apego por él. Más que por otros. Nunca oí que lo criticara como hacía con los demás. Con todos aquellos mandamases del Partido que babeaban de deseo. Con el odioso Ij, que a menudo, para sujetarla a su poder, le cortaba durante tres o cuatro días el suministro de morfina, y que ahora me tiene a mí acorralada. En general los hombres fueron crueles con la Señora. Algunos incluso muy crueles. ¿Usted amaría a alguien que le hiciese daño? Seguro que no. La Señora les daba lo que querían, pero sin poner pasión de su parte. Con el Camaleón fue distinto porque el Camaleón era buena persona y además era padre. La Señora se había formado ciertas ilusiones por esa razón.

A Coranda las revelaciones de Lurbia Duendud le parecían delirios de chiflada.

—Vamos, cariño, no me digas que vas a poner semejantes sandeces en tu libro de anotaciones.

—Citó episodios de la relación de mi hermano con Marivián que coinciden con lo que yo sé.

—¿Por ejemplo?

Pasaba de la medianoche cuando *Músculo* saltó al suelo y se acercó con pasos perezosos a beber agua de su escudilla. Lurbia Duendud guardó de pronto silencio. Con la cola enhiesta, el lince pasó por su lado y, tras dejarse acariciar el lomo, dio la vuelta alrededor de la mesa hasta pararse junto a mí, mirándome con fijeza, como en espera de una señal. Por no asustarlo me limité a pronunciar su nombre en tono suave.

—Por ejemplo lo que sucedió durante el terremoto del año 54, que fue cuando mi cuñada empezó a sospechar que su marido no era un simple guardaespaldas de la actriz.

De un salto el lince volvió a acomodarse sobre mis muslos. Al rostro de Lurbia Duendud asomó una expresión de sonriente ternura. Al instante reanudó la charla.

—Hacia las tres y media de la madrugada se hundió el techo de la habitación de la Señora. El resto del Zurru aguantó. Con algunas grietas, pero aguantó. Luego pudo ser restaurado, al revés de tantos edificios modernos de Antíbula que se vinieron abajo con mucha gente dentro. Yo, aquella noche, no había oído marcharse a la Señora. Ella salía con frecuencia a horas indispuestas por la verja del jardín para no toparse con la pareja de la Posepu. Una idea de Ij. Decían que para protegerla de

posibles atacantes. A mí siempre se me figuró que la Señora vivía en situación de secuestro. Todos los días había dos hombres de la Posepu vigilando junto a la entrada. También de noche. Pero de noche se resguardaban del frío dentro del automóvil y a menudo se quedaban dormidos. Lo sé porque algunas veces salí por orden de la Señora a llevarles café caliente y los pillé durmiendo. El día del terremoto me asusté cuando vi que la cama de la Señora había desaparecido bajo un montón horrible de vigas y escombros. ¡Qué desgracia! No había manera de comprobar si ella estaba debajo. En camión me llegué corriendo al jardín. La ciudad ardía como en el tiempo de los bombardeos. Y se oían gritos al otro lado del río. Vi que la verja estaba cerrada con llave. El corazón me dio un vuelco. Ya no tuve duda de que la Señora estaría malherida o muerta en su habitación. Porque cuando acudía de tapadillo a sus citas nocturnas solía dejar la verja nada más que atada con un cordel, ¿comprende?

Coranda, de burla, me reprochó que no me hubiese acordado de preguntarle a Lurbia Duendud si el cordel era de cáñamo. Le repliqué que juzgaba el dato irrelevante. Y defendí la versión de aquella mujer que acaso estaba más asustada que loca y que había conocido a Marivián mejor que nadie. Su relato, dije, coincidía en multitud de detalles con mis noticias sobre el asunto, así como, en lo referente a mi hermano, en todo o casi todo lo que me había contado mi cuñada.

—Pero en su estado anímico no puedes descartar que sin mala fe te haya endilgado algún que otro engendro de su fantasía.

—Me niego a creer que no haya dicho la verdad, al menos en cuestiones que para mí son de máximo interés. Su versión de los encuentros secretos de Marivián y el Camaleón corrobora lo que yo ya sabía o sospechaba, solo que ella añade pormenores hasta ahora desconocidos. Está claro que mi hermano y la actriz compartían un sótano habitable en la calle de Soruca, cerca de la catedral. Allí los sorprendió el terremoto. Por tanto no podemos calificar de infundio la crónica sangrante que se publicó a los pocos días en *Dios Mediante*. Con una fotografía, por cierto, de cuya autenticidad abrigaba hasta anoche serias dudas. Ahora pienso de otro modo. A Marivián y el Camaleón los rescataron gracias al olfato de un perro rastreador, después de pasar dos días apretados en un hueco bajo toneladas de escombros. Los rescataron como muestra la foto del periódico panfletario, cubiertos de polvo y magulladuras, y desnudos.

«En un primer momento se temió que la célebre actriz hubiera perecido como consecuencia del derrumbe de uno de los techos de su vivienda. Retirados, no obstante, los escombros por los equipos de rescate, se vio que no había sucedido así, de donde se deduce que Marivián se hallaba fuera de su domicilio en el instante del seísmo.

»Habida cuenta de que al cierre de la presente edición han transcurrido más de cuarenta y ocho horas desde que se desencadenara la catástrofe, en medios oficiales no se descarta la posibilidad de que la gran estrella de los escenarios de Antíbula se

encuentre entre las víctimas mortales de las que aún no se tiene constancia hasta la fecha. Algunos rumores acerca de un posible rescate en otro punto de la ciudad, difundidos con intención malévol, han resultado falsos».

(Extracto de la crónica sobre el terremoto publicada en *Voz Roja* el día 15 de septiembre de 1954).

«Los campeones de la mentira afirmarán que mentimos, pero mirad, hermanos, la imagen que encabeza estas líneas escritas con tinta tan sincera como humilde y preguntaos, alzando la mirada al cielo donde tiene su morada Dios Nuestro Señor, quién defiende la verdad en todo este bochornoso asunto. Serían capaces, en su infinita soberbia, en su ceguera colectivista, de negar que tembló la tierra como ya niegan que Dios les impuso el castigo que merecían, destruyendo sus templos consagrados a la maldad, el vicio, el abuso de poder. Son numerosos los testigos que presenciaron el rescate de la artista lujuriosa y el boxeador de doble vida que a todos nos tenía engañados con su apariencia de deportista noble, ciudadano probo y padre ejemplar de dos criaturas inocentes. Quien todavía dude de que escribimos la verdad, que vaya a la calle de Soruca y pregunte a la policía por qué la ha cerrado si no es para borrar las huellas de lo que a estas horas ya nadie ignora, empezando por la inconsolable esposa y los desdichados hijos del adúltero».

(*Dios Mediante*, extracto, 15 de septiembre de 1954).

Semanas después del terremoto, el Camaleón se instaló en mi piso. Ahora no recuerdo cuántos días, diez o doce. Una tarde abrí la puerta y me lo encontré en el descansillo con una maleta de madera en cada mano, sucio como un pordiosero. Antes que hubiera pronunciado una palabra, por las dificultades que tenía para mantener sus ojos fijos en los míos, comprendí que había bebido más de la cuenta. Me abrazó llorando. Había roto con Larta. Lo sentía por los niños. Ay, los niños, no podía aguantar la idea de no verlos. Llevaba, según dijo, dos días fuera de casa. Era inútil que le preguntase dónde había estado porque no lo recordaba. En el vestíbulo volvió a estrecharme contra su corpachón nauseabundo. Parece extraño que procediéramos del mismo vientre. Me sacaba un palmo de altura y no sé cuántos de anchura. Para que me fuera haciendo el ánimo de que venía decidido a quedarse, me dijo, al par que me enseñaba el puño, que si lo despachaba iría derecho a tirarse a las vías del tren. Yo creo que se asustó al ver en mis facciones el efecto de sus palabras. Para compensar se puso tierno y hasta poético. Tras compararme con una rama de la que él colgaba sobre el abismo, se marchó a vomitar en el cuarto de baño. Después se duchó sin parar de hablar solo, repitiendo a voz en grito que él era el campeón de Antíbulas de pesos pesados, él y solo él. Si alguien sostenía lo contrario lo mataría. Usó mi champú, mi peine, mi toalla. Antes de acostarse me pidió que no le hiciera preguntas. Ya me contaría al día siguiente, cuando se sintiese mejor, todo lo que tuviera que contarme. Por la mañana se levantó deprimido. Las depresiones del Camaleón darían para escribir un libro de quinientas páginas. Confusamente me habló de una mujer. No dijo el nombre. No dijo apenas nada y yo me marché a la redacción del periódico. Por la tarde visité a mi cuñada. Le conté que el Camaleón

estaba alojado en mi casa, durmiendo en mi cama porque yo otra no tenía. Expresé mi deseo de saber de labios de ella lo que había ocurrido. Apretando los dientes con ira, Larta aseguró que si no fuera por los niños ya se habría tirado al tren. Y dale con el tren, pensé. Mi hermano era un canalla, un mal hombre, un pésimo padre, etcétera. En términos no más halagüeños se refirió a «la actriz esa». ¿O dijo la cantante? Vaticinó con visible despecho que el idilio de «la rompefamilias y el boxeador que no sabe atarse solo los zapatos» acabaría pronto. En el instante de despedirme, repitió que no pensaba perdonar.

Poco a poco fui cayendo en la cuenta de que Coranda se sentía molesta por mi estancia hasta horas tardías de la noche en el piso de Lurbia Duendud. La loca, según ella. ¿Celos? Con la mejor de las intenciones me referí al decaimiento físico de aquella mujer que llevaba cultivando la soledad desde hacía más de dos años. Adrede incurrí en alguna que otra exageración; comparé, por ejemplo, sus ojos turbios, inexpresivos, con los de los peces muertos. No sirvió de nada. Coranda continuó haciéndome preguntas acompañadas de comentarios suspicaces y reproches, cuando no de abierta reprobación a mi modo de conducir la entrevista.

—Por supuesto que la induje a hablar del pañuelo de flores.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te dijo?

—A la Señora —me dijo— le daban prontos de rabia. A mí me parece que con los años se le fue agriando el carácter. Otra en mi lugar habría cambiado de empleo. Yo no. Yo quería mucho a la Señora. Yo he besado muchas veces los labios de la Señora. Un privilegio por estar a su servicio, ¿me comprende? A su vuelta al Zurru, después del terremoto, le supo muy mal que hubiéramos empezado a retirar escombros de su alcoba. Pero es que habían pasado dos días y pensábamos... Me dio una bofetada, yo creo que sin maldad, solo porque estaba cerca. No supo dominarse. Pensé que su cólera venía de una foto suya que se había publicado en un periódico clandestino. Una foto que la comprometía mucho, ¿sabe? Y gritaba por toda la casa tirándose de los cabellos, que yo pensé que se los arrancaría. Yo corría detrás, dándole garantías de que sus joyas estaban a buen recaudo, también sus documentos personales. No me escuchaba. Anduvo rebuscando en el montón de cascotes y vigas y ladrillos que los hombres habían juntado en el jardín y no contuvo su histeria hasta que nos enteramos de lo que buscaba. Entonces le conté que había hecho trasladar los muebles a una de las habitaciones vacías de la planta baja por si podían repararse. Salió a toda mecha con su pie contuso que la obligaba a cojear. Había pasado dos días sepultada en un sótano de la calle de Soruca, con el Camaleón, ya sabe usted, sin luz, sin agua, apretados los dos debajo de una cama sin poder apenas moverse, y ella tenía algunas heridas, él no lo sé. Encontró el pañuelo en la cómoda de siempre, vino y me abrazó. Su pañuelo de las grandes ocasiones, la única prenda que le había quedado de su madre. Del padre, en cambio, no guardaba nada. Más que a sus perlas y sus

diamantes quería la Señora a su pañuelo floreado.

—Seguro que no le preguntaste si ella lo conserva.

—Pues ahora que lo dices, no se me pasó por la cabeza. Si no tienes inconveniente podría volver a su piso y preguntárselo.

—Ni se te ocurra.

—Dudo mucho que me abra la puerta otra vez.

—Mejor.

Por fin, parece mentira, la víspera de trasladarse al apartamento que le había asignado el Comité Revolucionario de Salud y Deportes mi hermano se dignó revelarme el nombre de la mujer por la que había abandonado a su familia. En todo el tiempo que estuvo en mi casa, alimentándose de mi generosidad, ocupando por las noches más de la mitad de mi cama, no me lo quiso declarar. Y cuando, hechas las maletas, faltando poco para establecerse en su nuevo domicilio, lo pronunció como si tal cosa, me guardé de decirle que ya lo conocía.

Por las tardes, a mi regreso del trabajo, se acercaba a contarme lo guapa que era y lo mucho que la quería. Recuerdo ocasiones en que le aplicó calificativos que yo creía reservados a los dioses y gente sobrenatural por el estilo. Empeñado en ensalzarla, me la hacía cada día más aborrecible.

La sinceridad a medias del Camaleón me predispuso en contra de la actriz. Desde el principio me alié con mi cuñada a pesar de que me desagradaba su carácter. Quizá influyó en mí la pena que me daban mis sobrinos. Su madre, cuando murió la que le había robado el marido, lo tuvo fácil para persuadirme a que escribiera para *Dios Mediante* aquel artículo que me costó el carné de la APSIC.

Ahí está el Camaleón, todavía lo estoy viendo sentado a la mesa de la cocina, con su corpachón de caballo humano, con sus pómulos anchos y sus cicatrices en las cejas semipeladas.

—Sé que he hecho mal —farfullaba—. Lo que tengo de buen boxeador lo tengo de mal padre.

Yo lo miraba con los ojos medio tapados por los párpados flojos. Me cansaban sus sermones de atardecida que siempre terminaban en sollozos.

Un niño de treinta años hablando de amor. Un niño enorme que me reventó dos chaquetas de pijama.

—Si la conocieras, hermano, no tendrías más remedio que comprenderme. Se me ha metido aquí y aquí —se señalaba con su mano descomunal primero el centro de la frente, después el pecho a la altura del corazón— y no hay quien me la saque.

En cuanto sacaba a relucir los hijos la voz se le quebraba. Y todos los días me repetía que seguía queriendo a su mujer.

—Si Larta aceptara que yo me encontrase de vez en cuando con la otra... Si Larta me consintiera esta necesidad, esta condena, yo sería el hombre más feliz del mundo.

También la querría más a ella. Pero Larta es muy suya y muy estricta, y al final terminaré..., no sé, prefiero no pensarlo.

A continuación, se arrancaba a llorar con aquellos gemidos que me evocaban los de su infancia. Abrumado de tristeza, se tumbaba en la cama y, como todas las noches, me tocaba a mí preparar la cena y fregar y recoger como una esposa dócil los cacharros.

A fin de formarme mi propia impresión, saqué una entrada para verla interpretar el papel de Nora en *Casa de muñecas*. Ponían la obra de Ibsen en el Coliseo y yo asistí a una de las últimas representaciones. A pesar de que su estreno se remontaba a cinco o seis meses atrás, la obra seguía atrayendo multitudes. Y, si he de hacer caso a los comentarios del periódico, Marivián se hallaba por entonces en la cúspide de su carrera artística. Esto ya lo habíamos leído en anteriores ocasiones. Se conoce que la actriz no cesaba de superarse a sí misma.

Desde el comienzo de la obra, no bien pisó el escenario cargada de paquetes, tarareando una melodía, me entregué al placer de odiarla desde mi asiento con un odio atento y minucioso. De odiarla en cada una de las partes de su figura. En su atavío decimonónico. En su peinado coronado por una diadema brillante. En la singular hermosura de sus facciones.

Su sola presencia sobre el escenario parecía tensar el aire sobre las cabezas de los espectadores. De las filas de asientos se elevaba un calor denso, admirativo. Ni siquiera se oían las toses habituales. Y bastaba que al término de un diálogo dos manos se entrechocasen en cualquier punto del teatro para que de inmediato se desencadenase el aplauso general.

Entregado al disfrute de mi aversión, no seguí el hilo de la historia representada. Al final, durante unos segundos, fui, creo, el único espectador de mi fila que permaneció sentado. Luego vi que me miraban y también me puse de pie, haciendo como que aplaudía. Le gritaban bravos, le arrojaban flores y puros. Yo sabía de este hábito y le tiré uno en cuya vitola, antes de salir de casa, había escrito una injuria.

Años después supe por Lurbia Duendud que el destino de todos aquellos puros, estuvieran o no acompañados de mensajes insultantes, era el cubo de la basura. La Señora solo se llevaba a la boca los que le hubieran llegado por cauces de confianza. Estaba advertida del peligro de ser envenenada.

Tiempo después, a comienzos de 1955, me encontré por casualidad con Larta por la calle. Me contó que lo había visto «con esa». No los quiso nombrar, ni a él ni a ella. Y soltó una amarga carcajada.

—La rodeaban ocho o nueve, no sé si guardaespaldas o qué, y él era uno de tantos. ¿Qué se creía?

La vi alejarse por la calle abajo y pensé que lo suyo sí que era odio auténtico y no lo mío.

—Créame que no otra causa me ha movido a visitarla.

—Uf, el tema es delicado. El Camaleón, pobre hombre, murió. Yo no quisiera ofenderlo a usted.

—No me ofenderé cuanto lo que cuente. Se lo prometo.

—Tampoco es que haya mucho que contar. Su hermano se equivocó como se equivocaron muchos. No sabían entender a la Señora. Ella los quería a todos a su manera. No seré de nadie, Lurbia, me decía. Tampoco de Ij. Les doy mi cuerpo, ¿qué más quieren? ¡Cuántas veces me lo dijo, cuántas!

Sus ojos opacos carecían de vivacidad. Así y todo, no eran tan feos como yo le aseguré a Coranda al día siguiente.

Se apartaba del tema.

—Mi hermano —le dije para que recordase.

—Se enamoró hasta la obsesión. Quizá la Señora debió tomarlo más en serio. ¡Quién iba a pensar que un hombre tan grande, tan musculoso, fuera al mismo tiempo tan frágil! Era por demás ingenuo. Perdome mi sinceridad. Tenía, cómo le diría yo, un corazón de muchacho, ¿me entiende? Y por esa razón a la Señora le caía simpático. Un hombre con puños mortíferos que, sin embargo, se dejaba llevar y traer como un animal de compañía.

—Mi hermano dejó a su mujer y a sus hijos por irse con Marivián.

—Y la Señora se lo afeó muchas veces en mi presencia. No le quepa a usted la menor duda. Eso no se hace, le reñía.

—Pero siguió con él.

—Yo diría que más bien fue el Camaleón quien seguía con la Señora. Hasta que ya no pudo ser. Ni siquiera como guardaespaldas. Cosas de Ij.

—¿Me equivoco si pienso que el Secretario General quería a Marivián para sí solo?

—Esto debería ir a preguntárselo usted a él, que todavía manda en Antíbula. Yo lo único que sé de fijo es que hubo un momento, hacia 1955 o por ahí, en que empezó a resultar peligroso acercarse demasiado a la Señora y no precisamente por culpa de la Señora. Algunos acabaron fusilados o en la cárcel. El Camaleón era un boxeador famoso. No resultaba tan fácil sacárselo de en medio como a los otros. ¿Comprende usted por qué vivo con las persianas bajadas? ¿Comprende usted por qué apenas salgo a la calle?

Me dio la impresión de que Lurbia Duendud esperaba a toda costa que yo respondiese que la comprendía. La complací.

—Se ve —me dijo formando un arco triste con los labios— que usted también es un hombre bueno.

Larta me confirmó por teléfono que se negaba a asistir al entierro.

—Para los demás —me dijo— el sinvergüenza murió el jueves pasado. Para mí murió mucho antes.

Por un instante pensé que su amargura se escurriría en forma de baba por los orificios del auricular.

Tampoco asistió ni quiso que sus hijos asistieran a la inauguración de la estatua de bronce que el Ayuntamiento de Antíbulas instaló el 5 de abril de 1955 en honor del Camaleón junto a una de las entradas del azogue de Blaitul.

Aceptó, en cambio, la pensión de viudedad y lo comprendo.

—No quiero un céntimo de él. Lo que me den será para los niños, que a fin de cuentas eran y son sus hijos.

Semanas antes me había llamado a la redacción del periódico. Era el 18 de enero, jueves, a media mañana. Agentes de la Guardia Popular acababan de transmitirle la noticia. Me pidió por favor que fuera yo en su lugar a identificar el cadáver. Y me advirtió:

—No va a ser agradable. Dicen que está en cachos.

Tebe Fren insistió en acompañarme. El taxista llevaba conectada la radio del coche. De pronto, mientras circulábamos por el Bulevar de las Damas, empezó a sonar *Fue en la noche, noche*. Yo iba muy metido en mis cavilaciones; no me di cuenta. Tebe se sulfuró.

—Apague usted la radio o nos bajamos.

Una de las ediciones de *Cámara Actual* correspondientes al mes de abril de 1955 dedicó un reportaje de varios minutos a la inauguración de la estatua que representa a mi hermano. Por entonces yo iba poco al cine y me lo perdí; pero recientemente he podido ver la copia que se conserva en el depósito de la casa-museo. El tiempo, que ha serenado mis ojos, ha tenido la gentileza de enseñarme a mirar sin exaltación los episodios dolorosos del pasado.

El locutor emplea en dos ocasiones el eufemismo «trágico accidente». Más que su lenguaje insincero, abundante en circunloquios, me interesan las imágenes. Destaca entre los asistentes, al lado del alcalde, Marivián. Va vestida con un abrigo blanco de piel que hace un efecto relumbrante en medio de tanto traje marrón y gris. No menos golpean la mirada del espectador los guantes rojos de boxeo que lleva puestos. El locutor conjetura que la famosa actriz los empleó como gesto emotivo de homenaje hacia el «campeón fallecido dos meses antes a consecuencia de un trágico accidente».

Días después, se publicó en *Voz Roja* un comentario elogioso acerca de una comedia estrenada de víspera en el Teatro Gorki. El último párrafo contiene la frase siguiente: «El público acogió alborozado la ocurrencia de la actriz principal, que al final de la obra, haciendo gala de simpatía y sentido del humor, salió con guantes de boxeo a agradecer los aplausos».

El hecho parece que se repitió en funciones posteriores. Doña Lísbera y el

profesor Jan de Muta estuvieron presentes en una de ellas. Los dos se acuerdan de Marivián haciendo reverencias al público al término de la representación, las manos embutidas en aquellas prendas de combate que ponían una nota de inesperada comicidad a su atuendo negro de señora distinguida.

Doña Lísbera no entendió el propósito de la actriz. Tampoco sintió tentaciones de atribuirle ninguno por cuanto la obra que acababa de presenciar consistía en una sucesión de escenas jocosas y consideró que tal vez la burla continuaba. Sin darle ni quitarle la razón, el profesor pensó que se trataba simplemente de una extravagancia lúdica del género de las que practican los artistas, si bien con menor frecuencia en nuestro adusto país que en los del bloque capitalista.

Está asimismo probado que a lo largo de aquel mes Marivián se dejó ver en varias ocasiones con los referidos guantes por las calles de Antíbula. En algún momento a las autoridades del régimen debió de escamarles la repetición de la broma. Cuando a principios de julio la actriz acudió a una recepción oficial en el Palacio de la Revolución con aquella facha desconcertante, un agente de la Guardia Popular le cerró el paso.

En las altas esferas del Partido ya no había duda de que tras la conducta aparentemente juguetona de la actriz se escondía una provocación, incluso una protesta de índole política. Al instante intervino la censura e intervino el camarada Ij.

La siguiente vez que *Cámara Actual* se ocupó de Marivián fue en agosto de 1955. La actriz había anunciado en plena racha de éxitos su intención de suspender por tiempo indefinido sus actuaciones públicas. La noticia dura apenas cuarenta y cinco segundos, muy pocos en comparación con reportajes precedentes, en ningún caso inferiores a los tres minutos. Las imágenes muestran a Marivián haciendo declaraciones junto a la puerta de un vagón de tren. La vemos hablar ante varios micrófonos, pero no oímos su voz. Es el locutor quien repite lo que se supone que ella dijo. Que emprende viaje a una aldea de la montaña donde aprovechará la tranquilidad y el aire puro para recobrar fuerzas, componer letras de canciones y darle una nueva orientación a su futuro profesional. Una persona cuya cara queda fuera del encuadre le tiende un ramillete en el momento de subir al tren. Aunque por esos días aprieta el calor, tanto Marivián como la gente que la rodea van vestidas con ropa de abrigo. Ella misma lleva bufanda, manoplas y gorro de cosaco. Su aspecto juvenil no se corresponde con la edad que tiene en agosto de 1955, treinta y siete años. El reportaje adolece de otras incoherencias. Durante tres o cuatro segundos asoma a la pantalla, sobre el tejado del tren, una parte fácilmente reconocible de aquella esfera gigantesca de reloj que había antes dentro de la estación central. Dicho reloj, como nadie ignora, fue destruido por el terremoto de 1954 y todavía no ha sido reemplazado. Vemos asimismo entrar en el vagón, ejerciendo de sombra discreta detrás de Marivián, a Lurbia Duendud, a quien en realidad le fue prohibido acompañar a su señora en aquel presunto viaje de reposo a la montaña. Años después, cuando la visité en su casa, me contó que toda la noticia consiste en una patraña urdida por el Gobierno.

—A Ij los gritos de la Señora no lo sacaban de su frialdad. Yo creo que incluso los disfrutaba. No sé si usted me entiende.

Descubrí que por el pelambre del lince se movían unos bichos minúsculos. Hasta entonces no me habían llamado la atención. No eran pulgas, tampoco piojos, sino una especie de ácaros traslúcidos con un puntito oscuro en el caparazón.

—¿No será esta la ropa que llevaste anoche? —me preguntó Coranda.

—Por supuesto que no. La de anoche la he llevado a lavar.

—Yo en tu lugar la habría tirado a la basura.

Hasta el momento no me había venido ningún picor.

—Por causas menores imponía castigos brutales. En cambio, en el Zurru, los jueves, se dejaba reñir y maltratar igual que un niño. Una noche la Señora le arrojó a la cara el carné del Partido. No miento, se lo juro. El carné, así, plaf, a la cara. Y le

soltó unos insultos tremendos que prefiero no repetir ahora. Todo lo que le diga es poco. Pues bien, él no movió una pestaña. Se sabía superior. La Señora podía armar el mayor escándalo del mundo; a Ij le bastaba dejarla tres o cuatro días sin su medicina para tenerla de nuevo sumisa. Le dijo que no la quería ver en público con guantes de boxeo. Ella tenía el convencimiento de que la Posepu estaba detrás de la muerte del Camaleón. No aseguraba que lo hubiera matado, ojo, sino que lo había acosado y acosado hasta que él hizo lo que hizo. Entonces, para quejarse, la Señora salía a la calle con aquellos guantes rojos. Así mostraba su desacuerdo, ¿entiende?, pero el camarada Ij se lo prohibió. La pobrecita se tuvo que plegar.

—Hombre celoso el Secretario General.

—Celoso y malvado. Nadie sabe lo que yo sé. Por eso me acorralan sus sicarios. Para que me calle. Pero con usted puedo expresarme libremente porque usted no es como ellos. Usted se parece de cara al Camaleón. Los ojos son los mismos. Unos ojos preciosos. ¿Nunca se lo han dicho? La Señora estaría de acuerdo conmigo.

—Gracias.

—A ella le gustaban los hombres bien plantados. Si además eran cariñosos tanto mejor. A todas horas los necesitaba a su alrededor para no sentirse desvalida. Y luego los recompensaba como a ellos les gusta que los recompensen. Ella daba más de lo que recibía. Lo daba todo, se lo aseguro. Todo, puesto que se daba a sí misma. Ij no podía soportar tanta generosidad. La privó de sus guardaespaldas. Este a la cárcel, ese a un campo de trabajo, aquel al paredón, uno detrás de otro por traicionar los ideales colectivistas y esas cosas.

A veces, de un certero papirotazo, lograba mandar algún que otro bicho lejos del lince.

—Para que no repitiera lo de los guantes encerró a la Señora durante seis meses en una vieja casa de la montaña. Completamente sola la tuvo con unos vigilantes bajitos y malcarados de la Posepu. Ni siquiera le permitieron suicidarse. Lo intentó, según me dijo, pero no le dejaban. Seis meses de soledad con aquellos tipos viscosos que tenían orden de no dirigirle la palabra. ¿Se figura usted mayor tormento para una mujer acostumbrada a los aplausos, que no aguantaba el silencio ni la falta de compañía? No disponía de teléfono ni de radio ni de periódicos. Por supuesto que no le dejaban escribir cartas ni tampoco recibirlas. Nadie la pudo visitar. ¿Cómo la íbamos a visitar si ni tan siquiera sabíamos adónde la habían llevado?

Sonó el timbre a media mañana. Abrí. Nunca hasta entonces el mandadero se había presentado en mi casa. No poco alarmado le reproché que hubiese cometido tamaña imprudencia. Sonriente me respondió que en adelante ya no me harían falta sus servicios. La razón estaba explicada en la nota que acto seguido me entregó. Leí:

«Pequeñuelo, he conseguido tu rehabilitación. Ya puedes ir olvidándote de

la difunta diva de la que hoy por hoy eres el único que se acuerda. Prepárate para trabajos de más enjundia, útiles a la sociedad y lucrativos para ti. En una palabra, espabila. Me pregunto yo cuántos regalos deberás hacerme en el futuro para saldar la deuda que has contraído con el menda. En estos instantes un carné de la APSIC expedido casualmente a tu nombre relumbra encima de mi escritorio. El régimen que nos alimenta acoge entre sus brazos al hijo pródigo. Así pues, mañana temprano te quiero en el periódico, bien peinado y ávido de obedecerme. Al principio te encargarás de asuntos deportivos. Si, pasado un tiempo, vemos que los de arriba han asimilado la presencia de tu firma en las páginas del diario podrás volver a tu sección predilecta. Esto hay que celebrarlo, ¿eh? No se te ocurra presentarte en mi despacho sin una botella de vino. Tu benefactor, al que debes agradecimiento eterno, Tebe».

Acaso sea, de todas las reunidas en *Marivián, instantes de una vida*, mi foto predilecta. Las hay mejores, más bellas y desde luego más divertidas en el libro. Ninguna, sin embargo, me causa tan honda impresión.

Está datada en marzo de 1956. Marivián acaba de poner fin a su estancia de medio año en la montaña. ¿«Estancia de reposo al amparo de sus privilegios», como afirma Abrel Darbast en su libelo? Pocas personas saben en Antíbula que Marivián ha permanecido confinada todo ese tiempo. Quien lo sabe hace bien en guardar la boca.

Lurbia Duendud: «Ya no era la misma. Volvió cambiada. No sé, llena de tristeza, de silencios amargos, muy flaca y miedosa».

La fotografía nos la presenta ciertamente con un aspecto desmejorado. Las manos componen una viva imagen de la fragilidad. Descarnadas, mortecinas, resaltan en ellas los huesos, apenas cubiertos por una fina capa de piel. Los pómulos parecen más salientes que en épocas anteriores. Los ojos, aquellos ojos suyos, grandes, maravillosos, seductores, se desdibujan hundidos en el fondo de sendas sombras espesas. El excesivo maquillaje, que debería contribuir a ocultar los estragos de la edad, los revela con crudeza.

Un cotejo entre esta foto (pág. 188), tomada durante una actuación teatral, y la inmediatamente anterior, de 1955, induce a dudar que estemos observando a la misma persona.

Aún más que el deterioro físico de la actriz me conmueve la escena en la cual participa. Un hombre joven, con túnica corta de romano, yace en el suelo. Tiene la cara vuelta hacia la cámara, los párpados cerrados, las facciones serenas, inexpresivas, de los muertos. La espada caída junto a su cabeza sugiere la posibilidad de un combate perdido.

Marivián está en cuclillas a su lado mirándolo con gesto dolorido. La primera vez que vi la foto se me puso un picor de lágrimas en los ojos. Se lo conté a Coranda. Ella lo comprendió al instante.

—¿Cómo no identificar al guerrero vencido con tu hermano?

—Así es. Entonces tuve una especie de revelación. Caí en la cuenta de que llevaba largo tiempo reconciliado con esta mujer a la que nunca conocí en persona. No siento hacia ella ni una miaja de la aversión que hasta hace poco compartí con mi cuñada.

—Ahora la admiras.

—Lo que me inspira sobre todo es respeto.

—Y pena.

—Bastante, sí.

—En un punto habrá que dar la razón a la loca. Eres buena persona.

—No me gusta que la gente sufra, eso es todo.

Hacía años que la oposición católica había convertido a Marivián en blanco frecuente de sus diatribas. La prensa clandestina consideraba a la actriz uno de los símbolos más visibles del régimen colectivista. Un modo usual de atacar a este consistía en arremeter contra ella sin compasión. Dichos ataques proliferaron con sostenida ferocidad tras la vuelta de Marivián de su confinamiento secreto en la montaña. Ya no cesaron sino hasta trascurrido un tiempo de sus exequias públicas.

Con respecto a épocas anteriores entrañan, a partir del verano de 1956, una novedad. Y es que una y otra vez llega a las páginas de *Dios Mediante* información confidencial relativa a la actriz, procedente sin la menor duda de alguna persona conocedora de sus asuntos privados.

Alguien la estuvo traicionando durante los últimos meses de su vida.

«Con esta última ejecución asciende a seis el número de amantes de Marivián castigados a la pena máxima. Una suma similar cumple reclusión penal en la isla de Molu. Algunas especies de arácnidos también acostumbran deshacerse del macho copulador tras el apareamiento».

(10 de septiembre de 1956).

«Lo mismo da que sus camaradas en el pecado crean o no en los designios divinos, pero no por la incredulidad que profesan dejarán estos de cumplirse como de manera indiscutible ya se están cumpliendo. A la decadencia física, cada día más evidente, de esta soberana de la inmoralidad se unen ahora síntomas inequívocos de flojera cerebral, como pudimos comprobar el jueves último, cuando en plena representación de una obra de propaganda a favor del Gobierno olvidó su texto en varias ocasiones. Luego hemos sabido que tales olvidos y cierta técnica expresiva, no sabemos si de su invención, basada en la farfulla y el tartamudeo, están motivados por el estado de obnubilación ética en que la desvergonzada vive de un tiempo a esta parte».

(6 de octubre de 1956).

«Pues si antes practicaba la coquetería de beber champán, ahora, dicen que atemorizada por la decadencia física que Dios le ha impuesto en justo castigo por su vida disoluta, no sale a un escenario sino después de haber apurado hasta la última gota una botella de vodka, regalo habitual de la embajada soviética, o de licores fuertes que le procuran sus valedores del Partido».

(25 de octubre de 1956).

«Tienen sus servicios secretos, nosotros tenemos los nuestros, incansables en la tarea de defensa de la fe y las buenas costumbres, y lo suficientemente eficaces como para revelarnos que anteayer, lunes, pasadas las nueve de la noche, hora oscura propicia a los actos pecaminosos y delictivos, fue entregada una carga de dieciocho frascos de morfina en el antiguo palacete del Marqués de Zurrú, donde nadie ignora quién los esperaba».

(1 de diciembre de 1956).

«El jefe supremo de la nación por la gracia de las armas y no por el beneplácito del pueblo al que dice servir; el líder del único partido permitido, 1,68 metros de estatura, casado por la Santa Madre Iglesia (en la de Santa Cenarrita, en 1927), padre de seis hijos, los tres mayores estudiantes en Moscú como corresponde a su privilegiada posición económica y social; el padrecito Ij, “ateo hasta las cachas” (según le complace jactarse en público), para quien las descargas de los pelotones de fusilamiento equivalen a sinfonías, acude desde hace largo tiempo todos los jueves, hacia las diez de la noche, al domicilio de la cortesana mayor de la república, donde, como no queremos pensar mal, suponemos que se limitará a departir con ella hasta la medianoche de cuestiones importantes para el bien de la sociedad. Quien ponga en duda nuestra información no tiene más que acercarse al Zurrú a la hora y en los días antedichos, y comprobar con sus propios ojos cómo un retaco de 1,68 de estatura, con gafas de sol a las diez de la noche y las solapas de su gabán levantadas, se apea de un coche negro y se encamina con pasos presurosos y un tanto saltarines en busca de su deleite carnal de la semana».

(3 de enero de 1957).

«*Voz Roja*, periódico elegido por el demonio para dar forma escrita a sus infamias, ocultó y después negó que Marivián hubiera sido ingresada, como habíamos informado nosotros, el día 8 en el hospital de Baigravia. El vulgar panfleto vozrojeril tuvo la desfachatez de reforzar sus embustes publicando una fotografía que mostraba a la accidentada con aspecto saludable; pero al día siguiente, ante las pruebas fehacientes por nosotros aportadas, no le quedó más remedio que desdecirse de su falsedad y admitir lo que para entonces era una verdad de todos conocida, que la actriz había permanecido en el hospital, en calidad de paciente, hasta ayer. Ahora propalan un diagnóstico falaz. Afirman que Marivián sufrió un desmayo mientras subía las escaleras de su casa. De acuerdo con el resultado de nuestras pesquisas, la frívola y casquivana meretriz fue conducida en ambulancia al hospital pura y simplemente porque se había cortado las venas de ambas muñecas, no sabemos si con un cuchillo o con qué. Si no es por la rápida intervención de su secretaria personal, que dio aviso telefónico de lo ocurrido al servicio de urgencias del hospital, ahora la gran dama de los escenarios de Antíbula estaría dando cuenta de sus muchos pecados al Secretario General de los infiernos, el camarada Satanás».

(12 de febrero de 1957).

«Sabemos por fuentes fidedignas que un hombre de pequeña estatura ha obsequiado con un Carde T55 de color azul, joya de la industria automovilística nacional, a la que ingresó este mismo mes en el hospital con unos cortes profundos en los antebrazos después de caerse por las escaleras de su casa. La lujosa dádiva pretende contribuir a la rápida curación de dichos cortes. Advertimos a nuestros lectores que deberán continuar subiendo y bajando escaleras con precaución, puesto que no está demostrado que todo el mundo que ponga por obra un intento de suicidio recibirá días después un coche de regalo».

(24 de febrero de 1957).

—Sí, señor. Tiene usted toda la razón. La salvé como la he salvado tantas veces sin que se diera cuenta. Sin que me lo agradeciese. La Señora vivía ocupada consigo misma. Demasiado ocupada para ver que fuera de los espejos donde no paraba de mirarse había otras personas. Los artistas son así. Ella tenía mucho miedo de cumplir cuarenta años. Cada vez falta menos para que me convierta en una anciana, decía. En una anciana de cuarenta años. ¡Qué ocurrencia! Y se abrazaba a mí como pidiendo ayuda. Como si yo tuviera fuerzas para parar el tiempo. Se abrazaba a mí como se habría abrazado a una columna para no caerse. Yo era una cosa a su lado. Y al final ni siquiera eso.

»Después de medio año de encierro en la montaña ya no era la misma. Volvió cambiada. No sé, llena de tristeza, de silencios amargos, muy flaca y miedosa. Vaya usted a saber lo que le hicieron. Sin pastillas no podía dormir. Y con pastillas me parece que tampoco. Porque muchas noches la oía desde mi habitación ir de aquí para allá. Y a veces, zas, romper una botella o un vaso contra la pared. El cansancio la ponía de mal humor, ¿comprende? Me reñía. No paraba de reñirme. Nos reñía a todos. ¿A usted le parece eso justo? Después de tantos años dedicados a servirla. Porque yo no he tenido vida. Mi vida era la Señora, de lo cual no me arrepiento, ¿eh? No me interprete usted mal.

»Luego trabajó en esas dos películas horribles de Clafel. La una peor que la otra. Terminó destrozada, con el orgullo por los suelos. Por primera vez no era la actriz principal. Una catástrofe. ¿Cómo hacerle entender que a su edad no daba el tipo para interpretar papeles de chica enamorada e inexperta? Mel, que se ufanaba de ser su amigo, las dos veces le enseñó guiones donde a la Señora le tocaban parlamentos bastante largos. Con eso la engañó. Pero a la hora de rodar, resulta que le habían suprimido intervenciones. Y otras que le habían dejado se las cortaron al hacer el montaje. Ella exigió hablar con el ministro de Cultura y Espectáculos. El asunto llegó hasta el camarada Ij, que intercedió para que el Instituto Cinematográfico otorgara a la Señora su premio de todos los años.

»Pero ¿qué pasó? Que el premio importante se lo dieron a la otra más joven y la

Señora se tuvo que conformar con una estatuilla a la mejor actriz de reparto. Una humillación. Usted no asistiría a la ceremonia de entrega, supongo. No, claro, hay que estar muy a buenas con el Partido para conseguir una invitación. La Señora balbuceó unas palabras de agradecimiento desde el estrado, sin las bromas ni las risas de costumbre. Fingió estar emocionada para que no se notase que había bebido más de la cuenta. Bueno, se notaba igual. De noche, cuando volvíamos a casa, mandó al taxista que parase en medio del puente de Jabora. Se apeó y tiró la estatuilla del premio al río. Y los zapatos también los tiró. Y un collar de perlas muy valioso que llevaba. Y yo creo que al final no se tiró ella misma porque entre el taxista y yo la sujetamos. Dijo cosas muy feas que no quiero repetir delante de usted. En el Zurrú siguió bebiendo y atiborrándose de medicinas, y yo no podía dormir pensando: de esta no sale. Tuve un mal presentimiento, ¿me comprende? Hacia la una oí sus pasos. Dormíamos pared con pared, creo que ya se lo he dicho. De pronto sonó un estrépito. Clis clas. Como de objetos de porcelana y metal que se caían. Y al final, zum, el típico ruido de un cuerpo al golpearse contra el suelo. Salté de la cama. Ay qué mala espina me daba el silencio que había ahora en la casa. Comprobé que la Señora había cerrado la puerta de su habitación con llave. No solía hacerlo. A veces reclamaba mi presencia pegando con la mano en el tabique, sin levantarse de la cama. Por eso no echaba nunca la llave, pero ahora sí. No respondía. ¿Qué hago? Lo primero de todo llamé por teléfono al hospital. Me prometieron el envío de una ambulancia. Luego salí corriendo a la calle, a despertar a los dos agentes de la Posepu. Ellos fueron los que derribaron la puerta. Y allí estaba la Señora en el suelo, desangrándose. ¿Qué habría sido de ella sin mí? ¿Usted cree que me lo agradeció? Quizá sea por mi forma de ser que a mí nadie me agradece nada.

—Bueno, yo sí le estoy agradecido por todo lo que me está contando.

—Usted es otra cosa. Se ve de lejos.

Del Carde T55 que el camarada Ij regaló a Marivián hay tres imágenes en el libro de fotografías. La tercera de ellas apareció el 2 de octubre de 1957 en los periódicos y revistas afectos al régimen, así como posteriormente en un número del noticiario cinematográfico *Cámara Actual* dedicado por entero al accidente. La foto muestra el coche volcado de víspera, con las ruedas hacia arriba, en una hondonada cubierta de matorrales, junto a dos hombres con uniforme de bombero.

La segunda fue tomada con ocasión del estreno, el 14 de septiembre de 1957, de *El jardín de los cerezos* en el Gran Teatro Popular de la República. Después de trabajar en una serie de obras teatrales y películas de rango menor, la actriz vuelve a encandilar al público haciendo de Lubov Andréievna, figura relevante en la célebre pieza de Chéjov. El estreno culmina en un éxito apoteósico. El cronista de *Voz Roja* menciona una «ovación atronadora de más de veinte minutos» y centenares de puros y hotidimas rojas en rededor de la actriz, sobre el escenario. Acabada la función, un

fotógrafo pulsa el disparador de su cámara cuando Marivián toma asiento en el Carde T55, parado en la calle. La actriz todavía está pisando con un pie la acera. Del zapato de tacón hasta el borde de la falda se alarga una pierna bien torneada, embutida en las llamadas medias de cristal, muy modernas por entonces, que realzan su sensualidad. Lleva gafas negras y los labios serios, pintados presumiblemente de un rojo oscuro que, en la imagen sin color, parece negro. A su lado, Mel Amel, con esmoquin, chistera y bufanda blanca, sostiene la puerta abierta. Al fondo, sentada al volante, se entrevé la silueta de Lurbia Duendud.

En cuanto a la primera fotografía, la ausencia de una nota explicativa impide saber cuándo y dónde fue tomada. Vemos a Marivián apeándose por la puerta trasera del automóvil, de nuevo con gafas oscuras y, pinzado entre los dientes, un puro encendido. Una de sus manos, enguantada, se alarga al encuentro de otra varonil ofrecida para servirle de sujeción. A través del cristal de la ventanilla, sentada al volante, se entrevé la silueta de Lurbia Duendud.

«HA MUERTO LA CAMARADA MARIVIÁN

»Desde ayer, martes, por la mañana, los escenarios de Antíbula están de luto.

»De amanecida la Guardia Popular de Tráfico recibió aviso de un grave accidente en la carretera general 21. Como a unos diez kilómetros antes de llegar a la ciudad de Fótebre, un vehículo Carde modelo T55 había caído por un talud de veinte metros después de salirse de la calzada por razones que se desconocen.

»Consta que en el momento del infortunio no llovía, el asfalto estaba seco y las condiciones de visibilidad eran buenas, por lo que se especula con la posibilidad de que nuestra gran actriz hubiera perdido el control de su automóvil tratando de esquivar algún animal o por haber sufrido un vahído u otro percance mientras conducía.

»Marivián viajaba sin acompañantes. Se ignora el destino de su viaje, aunque a juzgar por la ruta elegida todo indica que abrigaba el propósito de visitar a unos parientes afincados en Sóeo.

»A la llegada de los guardias al lugar del accidente, el cuerpo sin vida de Marivián se hallaba atrapado dentro del coche, por lo que fue preciso el concurso de una dotación de bomberos. En vista de la gravedad extrema de sus heridas, se da por seguro que la actriz falleció en el acto.

»Con motivo del luctuoso suceso que ha consternado a miles de antibuleses, el jefe de Gobierno y Secretario General del Partido Colectivista, camarada Ij, pronunciará en la tarde de hoy un discurso que será radiado simultáneamente por todas las emisoras de la nación.

»Está previsto que el cadáver permanezca expuesto para un último homenaje de la clase trabajadora en el vestíbulo del Palacio de la Revolución por un plazo de cinco días. Las primeras condolencias no se han hecho esperar. El embajador de la Unión Soviética...».

(Extracto de la noticia publicada en *Voz Roja* el 2 de octubre de 1957).

—El origen del falso accidente mortal —le dije a Coranda— está sin la menor duda en aquella frase de *Dios Mediante* a finales de septiembre. No puede ser de otro modo.

—A ver, repítemela. Después te daré mi opinión si se me ocurre alguna.

Busqué entre los papeles de mi cartapacio la hoja donde la tenía anotada.

—«Como acaso no era hombre para más y sí para mucho menos, todos los jueves, desde las diez hasta la medianoche, se había de conformar con la ridícula perversión de lamerle los dedos de los pies». ¿Qué me dices?

—Pues sí que es raro que en un país donde todo el mundo miente por costumbre se difundan tamañas confidencias.

—Exacto.

—Tampoco es especialmente grave lo que ahí se cuenta.

—Para un macho de 1,68 metros de estatura quizá sí lo sea.

—Hay cosas peores.

—Lo grave, sin embargo, no es lo que se cuenta, sino la circunstancia de que se cuente.

—No te sigo.

—¿Cómo llega esa información desde el Zurru hasta el sótano, el desván o la cueva secreta donde se imprime el periódico clandestino?

Coranda dio un respingo de perplejidad.

—Ahora entiendo —dijo— por qué te echó de su casa.

—La mataron. Mataron a la Señora. La Señora no murió a causa de un accidente. Eso es ridículo. Imposible. Yo lo sé. Yo he hecho mis pensamientos. Y ellos sospechan que he adivinado lo que pasó.

Hablaba con una especie de contención amarga, rígidas las facciones, los ojos fijos en la cabeza del lince.

—¿Sabe una cosa? Gente de la Posepu se llevó a todo el servicio doméstico y a mí también para un interrogatorio. De rutina, decían. Y repetían por el camino: De rutina, de rutina. ¡Qué cosa más rara! Eran las once de la noche cuando nos sacaron del Zurru con sigilo. Muy amables, eso sí. Un trato de caramelo. Y luego nos tuvieron hasta las siete de la mañana respondiendo preguntas sobre nuestra vida pasada. Nos invitaron a café y galletas, y la mujer del cocinero se quedó dormida en la silla y no la despertaron. Entretanto, la Señora sola en casa. Yo eso es lo que creía, sin preocuparme. Porque la Señora era del Partido y se podía permitir muchas cosas. Ya le he contado que una vez, en un arranque de furia, le tiró a Ij el carné a la cara.

Otros, por menos, han acabado en un ataúd. Ahora sé que nos sacaron del Zurrú para librarse de testigos.

Pensé que desbarraba. Quizá la muerte de Marivián la había afectado de tal manera que, sin darse cuenta, estaba desgranando episodios sacados de sus pesadillas. Con la mayor suavidad posible manifesté que nada de cuanto decía podía tomarse como prueba de la existencia de un crimen.

—¿Pruebas? ¿Quiere usted pruebas? ¿Le bastan dos? ¿Tres? Los que mataron a la Señora no tuvieron en cuenta un detalle. Un pequeño detalle. Una nonada. Y es que la Señora no sabía conducir. La Señora no distinguía una rueda de un asiento. Se lo aseguro. Nunca le interesó aprender. ¿Para qué? Yo la llevaba, yo la traía. ¿Usted se imagina que una persona que nunca agarró un volante emprende de noche un viaje en automóvil por el campo? ¿Le parece posible que los vigilantes de la Posepu no vieran el Carde salir del garaje? La mataron, créame.

Admití, no solo por contentarla, que su hipótesis me parecía plausible. Añadió:

—El mismo año de su muerte, hacia la primavera, la Señora recibió por mediación de la embajada alemana unas lentes de contacto. Eran un modelo de última hora, un invento de un profesor checo, no me pregunte el nombre, y yo la llevé en el Carde a recogerlas. La Señora tenía mala vista. Además, le empeoró durante los meses de estancia forzosa en la montaña. A la vuelta hizo una película. Actuó a ciegas, Lurbia, me dijo. La mala vista le causaba muchos problemas, sobre todo en el teatro. Porque, claro, si interpretaba una obra sobre los tiempos antiguos, de cuando los fundadores de Antíbula o así, no podía llevar lentes normales. Entonces, aprovechando ciertas influencias, se hizo mandar las de contacto que le he dicho. En su última obra actuó con ellas. Logró un éxito grandísimo porque se podía mover a su antojo, ¿comprende? Y se las quitaba solo para dormir. Tampoco este detalle lo tuvieron en cuenta sus asesinos.

—Quiere decir que Marivián no llevaba ningún tipo de lentes cuando...

—Yo las encontré todas, las de contacto y las demás, por la mañana en su habitación. Sin ellas la Señora habría tenido que bajar al garaje tanteando las paredes.

Mi asombro era verdadero cuando le pregunté por qué creía ella que habían matado a la Señora.

—Si era la reina del régimen —agregué sin sospechar que estaba conduciendo la conversación a un terreno delicado—, si la colmaban de honores, si el propio Secretario General...

—Ese es el peor de todos —dijo tajante, como mordiendo cada palabra antes de sacarla de la boca, y acto seguido se hizo un silencio embarazoso entre ella y yo.

La hora tardía, el cansancio, la sed..., no sé lo que me llevó a olvidarme de la cautela que había mantenido hasta entonces y a establecer en voz alta una posible relación entre la muerte de Marivián y la revelación de confidencias de cama aparecida a finales de septiembre en *Dios Mediante*.

Lurbia Duendud, tensas las facciones, le arreó un manotazo a la mesa. Me

sobresalté y, conmigo, el lince, que saltó al suelo visiblemente alarmado.

—Váyase.

Por las musleras de mis pantalones se movían lentamente varios bichos en distintas direcciones. Lurbia Duendud se había levantado de la silla.

—Que se vaya le he dicho.

Anonadado, balbuciente, le pedí disculpas sin saber todavía con exactitud de qué debía disculparme. Ella me miraba con severidad desde el otro lado de la mesa, la mueca dura, el labio inferior tembloroso, abriendo y cerrando junto a las caderas sus pequeñas y huesudas manos como si estuviera apretando el aire.

Me siguió, pegada a mi espalda, hasta la puerta sin parar de lanzarme absurdas acusaciones. Antes de cerrarla de un golpazo me amenazó con ordenar a *Músculo* que me mordiese la garganta.

Semanas después de nuestra boda, Coranda me llamó una mañana por teléfono a la redacción para pedirme que me encontrase con ella sin falta en el depósito. La noté alterada. Pregunté. No me podía contestar. Que pidiera permiso a Tebe Fren y fuese a verla. Supuse que le habrían comunicado el cierre de la casa-museo Marivián y necesitaba a toda costa ternura, consuelo, esas cosas.

Transcurridos tres años del fallecimiento de la actriz, cada día era menor el número de visitantes interesados en contemplar sus reliquias. En realidad, la directora había hablado con los empleados, no de cierre definitivo, sino de traslado de la casa-museo a un recinto menos espacioso, así como de una «reducción drástica de las piezas expuestas y del personal encargado de su cuidado y vigilancia».

Coranda temía perder aquel empleo poco fatigoso, aunque aburrido, y que le asignasen uno al que no consiguiera amoldarse debido a su condición de lisiada. Su recelo derivó en convencimiento cuando le conté que Tebe Fren me había puesto al corriente del estado de gravedad del camarada Ij. El cáncer se le había extendido a varios órganos. Le quedaba poco tiempo.

—No caben dudas al respecto —me dijo Tebe Fren con una botella de vodka en la mano—, por más que esté prohibido difundir la noticia. Brindemos.

Sin el patrocinio del Secretario General, Coranda y sus compañeras de trabajo estaban convencidas de que la casa-museo no persistiría en su forma actual, si no es que simplemente desaparecería. La constatación de esto último es lo que yo esperaba oír de sus labios cuando llegué a la entrada del depósito y, para mi sorpresa, encontré a mi mujer sonriente y con signos claros de alegría en la mirada. De broma me exigió el carné de la APSIC, que en aquel instante yo no llevaba conmigo.

—En tal caso has venido en vano.

—Ah, pues adiós.

Me retuvo a su lado agarrándome de una manga. A cambio de un beso, dijo, me dejaría entrar en el depósito. Le recordé que mis investigaciones acerca de Marivián

habían terminado, que ella misma me había hecho prometerle que no seguiría ocupándome de la actriz después de nuestra boda. Así y todo, pagué el precio exigido.

A continuación me llevó del brazo ante una concavidad en el muro, de grandes dimensiones, que servía de ropero. Colgados de una barra que se extendía de una a otra pared, cada uno con su percha correspondiente, se alineaban al pie de cien vestidos, chaquetas, capas y demás prendas de abrigo que en vida pertenecieron a Marivián. Yo las había examinado una por una en el curso de varias visitas. Coranda apartó unas cuantas de dichas prendas en un costado. Entonces surgió a nuestra vista una puerta encalada en la que nunca antes me había fijado. Abierta por indicación de Coranda, descubrí una hornacina como de metro y medio de anchura, provista asimismo en su interior de una barra de la cual colgaban diez o doce prendas, quizá más, entre ellas un grueso abrigo de zorro. Coranda me dijo, señalándolo:

—Mete la mano en el bolsillo.

Nada más notar al tacto la suavidad de la seda, adiviné lo que había allí dentro antes que asomara por el borde del bolsillo una punta del pañuelo rosado.